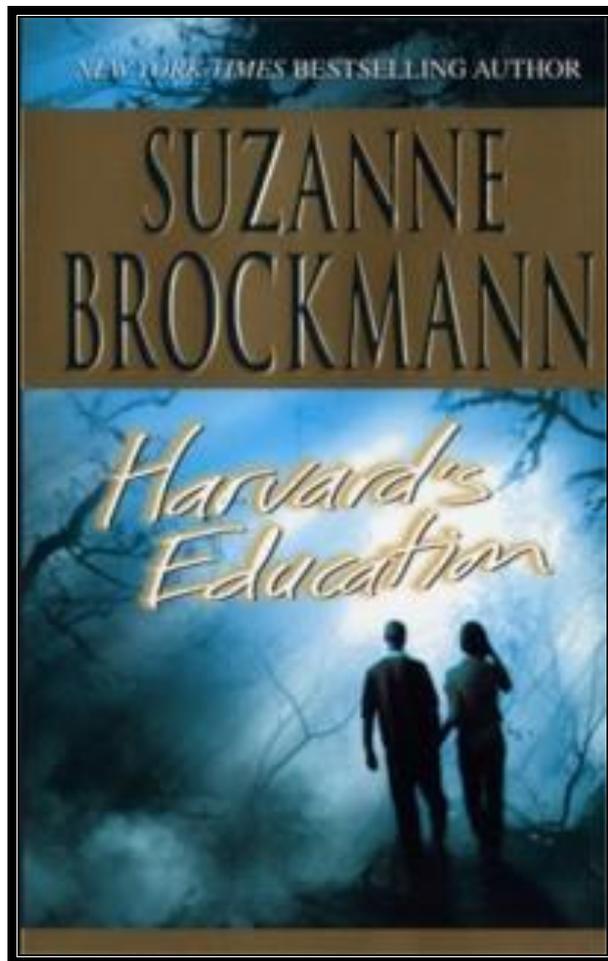


CORAZÓN EN PELIGRO

Suzanne Brockmann





Capítulo 1

Aquello iba mal. Muy mal. En unos cuantos minutos más, aquel equipo al completo, una combinación de agentes de la Comisión Federal de Inteligencia, la FInCOM, y de los SEAL de la Marina de Estados Unidos, iba a saltar en pedazos.

Había un pequeño ejército de terroristas escondidos aquella calurosa noche de julio. Los Ts, o tangos, como los SEAL acostumbraban a llamar a los terroristas, estaban esperando su llegada con rifles de asalto, tan potentes como el arma que P.J. Richards sujetaba entre las manos sudorosas.

P.J. intentó que se le calmara el ritmo del corazón, intentó que la adrenalina que le fluía por el organismo trabajara en su favor, en vez de hacerlo contra ella, mientras se caminaba sigilosamente en la oscuridad.

El agente de la FInCOM Tim Farber dirigía la operación, pero Farber era un chico de ciudad, y un tonto. No sabía nada de lo que era avanzar entre matorral espeso en un terreno parecido al de la selva, como aquél. Claro que P.J. no era la más indicada para hablar: ella se había criado entre asfalto desmenuzado y cemento, una selva completamente distinta.

Sin embargo, sabía lo suficiente como para darse cuenta de que Farber debía moverse con más sigilo si quería oír los sonidos de la noche que los envolvía. Por otra parte, aunque fuera crítica, el hecho de que hubiera cuatro agentes de la FInCOM y tres SEAL con ella en aquel terreno, siguiendo aquel rastro, hacía que se sintiera como parte de un enorme regalo de Navidad, envuelto y atado con un grandioso lazo, que esperaba bajo el abeto de un terrorista.

—Tim —susurró P.J. por los auriculares inalámbricos de radio que llevaban todos los miembros del equipo—. Despléganos y baja el ritmo.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Quédate atrás si te parece que nos movemos demasiado rápido para ti —le dijo Farber, y P.J. sintió un ramalazo de frustración. Al ser la única mujer del grupo, estaba recibiendo más comentarios condescendientes de los que podía soportar.

Sin embargo, aunque P.J. sólo midiera un metro cincuenta y siete centímetros y pesara cincuenta y un kilos, podía correr mucho más que cualquiera de aquellos hombres, incluyendo a los Navy SEAL grandes y malos. También disparaba mejor que ellos. En lo referente a la fuerza bruta, sí, tenía que admitir que estaba en desventaja. Sin embargo, eso no importaba. Aunque no pudiera levantarlos por el aire y lanzarlos lejos, los sobrepasaba en inteligencia.

Sintió un movimiento a su derecha y levantó el arma.

No era más que un SEAL llamado Harvard. Se llamaba Daryl Becker y era jefe sénior, el equivalente naval a un sargento del ejército. Tenía una figura impresionante con ropa de calle, pero vestido de camuflaje, con las gafas protectoras, parecía más peligroso que cualquier hombre que ella hubiera conocido. Se había cubierto la cara y la cabeza, que llevaba afeitada, con manchones de pintura verde y marrón, que se mezclaban de una manera extraña con su piel negra.

Era mayor que los demás SEAL del ilustre Escuadrón Alfa. P.J. suponía que tenía unos diez años más que ella, lo cual significaba que tenía treinta y cinco. O quizá más. Aquél no era un novato. Era un hombre adulto, completamente formado. Se rumoreaba que se había licenciado cum laude en Harvard antes de enrolarse en la Marina del tío Sam.

El se dirigió a ella por signos:

— ¿Está bien? —le preguntó también moviendo los labios, como si a P.J. se le hubieran olvidado los gestos que les permitían a todos comunicarse en silencio. Quizá a Greg Greene o a Charles Schneider se les hubieran olvidado, pero ella los recordaba todos.

—Estoy perfectamente —respondió ella de igual modo, aunque con tirantez, frunciendo el ceño para subrayar su desaprobación.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Harvard llevaba cuidándola desde el principio. Desde que los agentes de la FInCOM se habían reunido con los SEAL del Escuadrón Alfa, aquel hombre, en concreto, no había dejado de observarla atentamente, sin duda, listo para agarrarla cuando cediera a su naturaleza femenina, y se desmayara.

P.J. le transmitió por medio de signos lo que Tim Farber había pasado por alto: «Alto. Escucha. Silencio. Algo no va bien».

El bosque estaba extrañamente silencioso. Todos los insectos habían dejado de chirriar; había alguien más allí, o ellos mismos estaban haciendo demasiado ruido. Cualquiera de las dos cosas era una mala noticia.

P.J. oyó la voz de Tim Farber por los auriculares.

—Raheem dice que el campamento está a unos cuatrocientos metros. Dividíos en grupos.

Ya era hora. Si ella fuera la agente a cargo de la operación, habría separado el grupo en parejas desde el principio. No sólo eso, sino que no habría creído al pie de la letra todo lo que decía el informador, Raheem Al Hadi, y no habría avanzado a toda velocidad, mal informado y envalentonado.

—Olvidadlo —dijo Tim—. Raheem dice que la mejor ruta es este camino. Estos bosques están llenos de trampas. Manteneos juntos.

P.J. se sintió como un casaca roja, marchando por el camino de Lexington a Concord, presentando el blanco perfecto para la guerrilla rebelde.

Había hablado de Raheem con Tim antes de que salieran para llevar a cabo aquella misión. O, más bien, había hecho algunas preguntas para suscitar reflexión, que él había respondido improvisadamente. Raheem había proporcionado más veces información a los SEAL. Su trayectoria demostraba que era de fiar. Tim no había conseguido tranquilizarla; ella había averiguado, por medio de los otros dos agentes de la FInCOM, que Farber creía que los SEAL lo estaban probando para ver si confiaba en ellos. Y él estaba dispuesto a demostrar que sí.

«Manténgase cerca de mí», le dijo Harvard por señas.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Irritada, P.J. fingió que no lo veía mientras revisaba su arma. No necesitaba que la cuidaran. Sin embargo, él se puso frente a ella. «Vamos», le indicó. «Sígueme».

«No, sígame usted», respondió ella. Ya estaba cansada de seguir ciegamente a cualquiera. Había ido allí a neutralizar a unos terroristas, y eso era exactamente lo que iba a hacer. Si él quería seguirla, muy bien.

El la agarró por la muñeca y movió la cabeza a modo de advertencia.

Estaba tan cerca que P.J. notaba el calor de su cuerpo. El era mucho más alto que ella, más de treinta centímetros, y P.J. tuvo que alzar la vista para poder verlo bien.

De repente, él sonrió, como si le divertiera la mirada asesina que EJ. le estaba lanzando a través de las gafas. Él desconectó el micrófono de sus auriculares y se inclinó hacia ella para poder susurrarle al oído:

—Sabía que causaría problemas desde el primer momento en que la vi.

Era muy sorprendente que la sonrisa de aquel hombre pudiera cambiar por completo su cara de guerrero adusto y salvaje a la de un amante muy interesado y algo divertido. O quizá estuviera sólo divirtiéndose mucho y sólo un poco interesado, y ella tuviera demasiada imaginación.

P.J. tiró de la mano para zafarse de él y, al hacerlo, el mundo explotó a su alrededor. Harvard cayó al suelo. Había recibido un disparo.

La mente de P.J. quedó helada, pero su cuerpo reaccionó rápidamente mientras un proyectil le pasaba junto a la cabeza.

Subió el arma y se tiró al suelo, y con la visión periférica, localizó a los tangos que se habían acercado a ellos por detrás, arrastrándose. Disparó y alcanzó a uno, después a otro, y después a tres en rápida sucesión.

A su alrededor, las armas se disparaban y los hombres gritaban de rabia y dolor. Por lo que ella podía ver, todo el equipo estaba rodeado, salvo por el pequeño agujero que ella había hecho en la línea de ataque de los terroristas.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Una baja —dijo P.J. a través del micrófono, siguiendo el procedimiento de la FInCOM, mientras se arrastraba con las rodillas y los codos hacia Harvard. Sin embargo, él había recibido un tiro directo. De un vistazo, ella se dio cuenta de que no serviría de nada arrastrarlo con ella mientras salía de la zona de peligro.

—Refuerzos, ¡necesitamos refuerzos! —dijo Tim Farber, con una voz muy aguda. P.J. lo oyó mientras se movía sigilosamente hacia uno de los terroristas que había derribado.

—Cuando lleguen los refuerzos no quedará nada de nosotros —respondió Chuck Schneider, también con la voz chillona.

¿De veras? No, si ella podía evitarlo.

Había un árbol con las ramas bajas un poco más allá del punto de emboscada de los terroristas. Si pudiera llegar hasta allí y trepar a él... desde aquella situación tan ventajosa, podría disparar sin que los terroristas supieran de dónde les caían las balas.

P.J. se puso en pie y, agachada, corrió hacia el árbol. Vio a un tango levantarse entre los arbustos en el último segundo y disparó dos veces. Lo alcanzó en mitad del pecho. El hombre cayó, y entonces, P.J. vio a otro detrás de él.

Estaba muerta. En aquel instante supo que estaba muerta. De todos modos disparó, pero sin poder apuntar.

El sí pudo.

La fuerza del doble impacto la empujó hacia atrás, y cayó. Se golpeó la cabeza contra algo duro, un tronco o una piedra, y sintió la explosión de un dolor muy intenso detrás de los ojos.

—¡Código ochenta y seis! ¡Ochenta y seis! ¡Alto el fuego!

Y al instante, el fuego cesó. Al instante, aquel ejercicio terminó, sin más.

EJ. sólo veía luces brillantes por todas partes. Intentó abrir los ojos e incorporarse, pero el movimiento hizo que todo su mundo se tambaleara. Las



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

náuseas la obligaron a acurrucarse en el suelo. Rezó para poder recuperar el equilibrio antes de que alguien se diera cuenta de que estaba ausente del recuento.

—Necesitamos un médico —dijo una voz por los auriculares—. Tenemos una agente con una posible lesión en la cabeza.

PJ. notó que unas manos le tocaban los hombros y la cara. Alguien le quitó las gafas. Era demasiado pedir que no se dieran cuenta.

—Richards, ¿me oye? ¿Todavía está conmigo? —era Harvard. Su voz se volvió más tensa y más alta cuando dijo—: ¿Dónde demonios está ese médico? —más suave otra vez, y más dulce, como la miel—. Richards, ¿puede abrir los ojos?

Ella abrió un ojo y vio la cara de Harvard; tenía la barbilla y las mejillas cubiertas de amarillo de la bola de paint hall que le había alcanzado.

—Estoy bien —susurró ella. Todavía no había recuperado el aliento, que había perdido a causa del impacto de la pelota de paint hall justo en el abdomen.

—Y un cuerno —replicó él—. Lo sé muy bien. La he visto haciendo esa imitación de George de la Jungla. Iba directamente hacia ese árbol...

Harvard se convirtió en dos, y con uno ya había suficiente. P.J. tuvo que cerrar los ojos de nuevo para no seguir viendo doble.

—Un minuto más...

—El médico está de camino, jefe sénior.

—¿Es grave la herida, H.? —PJ. Reconoció aquella voz; era el comandante del Escuadrón Alfa, el capitán Joe Catalanotto, Joe Cat, como lo llamaban sus hombres.

—No lo sé, señor. No quiero moverla por si tiene una lesión en el cuello. ¿Por qué demonios ninguno nos hemos dado cuenta de que era muy peligroso dispararle una bala de pintura a una chica de su tamaño? ¿Qué puede pesar, cincuenta kilos? ¿Cómo es posible que se nos haya escapado este detalle?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

P.J. estaba superando el mareo. Sólo sentía náuseas y latidos de dolor en la cabeza. Le hubiera gustado disponer de unos minutos más para recuperarse, pero Harvard acababa de llamarla chica.

—No ha sido para tanto —dijo PJ. Abrió los ojos y se esforzó por incorporarse—. Me estaba moviendo cuando me alcanzó el proyectil, y la fuerza del golpe hizo que perdiera el equilibrio. No es necesario convertir esto en un incidente nacional. Además, peso cincuenta y dos kilos —en un buen día—. He jugado al paint hall muchas veces sin el menor problema.

Harvard se estaba arrodillando a su lado. Le tomó la cara entre las manos y le tocó ligeramente la parte trasera de la cabeza con las yemas de los dedos. Le rozó una parte increíblemente lastimada, y ella no pudo evitar hacer un gesto de dolor.

El soltó un suave juramento, como si a él también le doliera.

—Duele, ¿eh?

—Estoy...

—Bien —dijo él, terminando la frase por ella—. Sí, señora, ya lo ha dejado bien claro. Pero tiene un chichón del tamaño de una montaña en la parte trasera de la cabeza. Es posible que tenga una conmoción cerebral.

P.J. vio a Tim Farber en segundo plano, tomando notas para el informe que iba a entregar a Kevin Laughton.

Recomiendo que, de ahora en adelante, el papel de la agente Richards en este grupo antiterrorista sea limitado a las labores administrativas...

Algunos hombres no podían soportar trabajar junto a una mujer. P.J. miró a Harvard. Sin duda, él sería el primero en firmar aquella recomendación de Farber.

En silencio, ella redactó su propio informe.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Hey, Kev, me he caído y he aterrizado mal. Pero, antes de que me saques de este equipo, demuestra que ningún agente masculino de la FInCOM ha cometido un error parecido y... Oh, espera, ¿qué es lo que estoy recordando? A cierto agente de alto nivel a quien no mencionaremos, pero cuyas iniciales son K. L., cayendo con muy poca gracia desde la ventana de un segundo piso durante una operación de entrenamiento un año y medio antes...

P.J. se concentró en la imagen de Laughton sonriendo mientras se frotaba la clavícula recién curada; él todavía sentía punzadas de dolor cada vez que llovía. Aquella imagen hizo que la sonrisa petulante de Farber resultara más fácil de soportar.

De ningún modo iba a sacarla Kevin Laughton de aquella misión. Había sido su jefe durante dos años, y sabía que ella merecía estar allí, pasara lo que pasara y por encima de las quejas machistas de Tim Farber.

Llegó el médico, y después de alumbrarle los ojos con una linterna, le examinó el chichón de la cabeza sujetándola con mucha menos delicadeza que Harvard.

—Quiero examinarla en el hospital —le dijo el médico—. Creo que está bien, pero me sentiría más seguro si le hiciéramos alguna radiografía. Tiene un buen chichón. ¿Siente náuseas?

—Me quedé sin respiración, así que es difícil decirlo —respondió P.J., evitando la pregunta. Harvard estaba sacudiendo la cabeza mientras la miraba, y ella esquivó también su mirada.

—¿Puede caminar, o necesita una camilla?

—Puedo caminar —dijo P.J. rápidamente, aunque sentía las piernas como si fueran de goma.

Notaba que Harvard seguía mirándola mientras intentaba ponerse en pie. Se acercó, como si todavía quisiera impedir que cayera. Realmente aquello era muy curioso. Cualquiera otra mujer se habría muerto de emoción si un hombre tan guapo como el jefe sénior Dary Becker hubiera sido su héroe.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Sin embargo, ella no era cualquier mujer.

Había llegado tan lejos por sus propios medios, y no iba a permitir que un estúpido chichón minase su reputación.

Ya era lo suficientemente difícil trabajar para la FInCOM, donde los chicos dejaban jugar a las chicas de mala gana. Además, durante ocho semanas le habían permitido el acceso al mundo de los Navy SEAL de los Estados Unidos, que estaba completamente vetado para las mujeres.

Durante aquellos dos meses, los miembros del equipo del invencible Escuadrón Alfa iban a vigilarla estrictamente, esperando que cometiera algún error para poder decir: «¿Veis? Por esto precisamente no dejamos entrar a mujeres».

Los SEAL eran unidades especiales de la Marina estadounidense. Sus militares estaban altamente adiestrados y tenían la reputación bien merecida de ser lo más parecido a superhéroes de cómic.

Las siglas provenían de las palabras mar, aire y tierra, y los SEAL podían operar de manera igualmente efectiva en cualquiera de aquellos medios.

Eran listos y valientes, y estaban un poco locos. Tenían que estarlo, para soportar aquellas espantosas sesiones de entrenamiento, que incluían la legendaria Semana del Infierno. Por lo que había oído P.J., un hombre que todavía permaneciera en el programa SEAL después de terminar la Semana del Infierno tenía todo el derecho a creerse superior y ser arrogante.

Y los hombres del Escuadrón Alfa podían ser ambas cosas, a veces.

Mientras P.J. se obligaba a caminar lentamente pero con estabilidad, notaba todos los ojos de los miembros del Escuadrón Alfa en la espalda.

Sobre todo, los del Jefe Sénior Harvard Becker.



CAPÍTULO 2

Harvard no sabía qué demonios estaba haciendo allí.

Era casi la una de la madrugada, y él ya debería estar en su apartamento. Debería estar sentado en el sofá, descansando y tomando una cerveza fría mientras veía las cintas de vídeo de los capítulos de Jóvenes y temerarios de aquella semana, en vez de convertir su propia vida en una telenovela.

En vez de eso, estaba en la barra del bar de aquel hotel de lujo, con el resto de los miembros solteros del Escuadrón Alfa, haciendo un estúpido intento de estrechar lazos con los niños prodigio de la FInCOM.

La máquina de discos emitía el sonido de las guitarras de una canción horrible sobre un tipo que iba detrás de su chica y la mataba porque ella tenía un corazón traicionero. Y Wes y Bobby eran los únicos SEAL que Harvard veía entre aquella multitud. Ellos estaban sentados en un extremo del bar, y los agentes de la FInCOM estaban en el otro. No iba a haber mucho acercamiento aquella noche.

Harvard no culpaba en lo más mínimo a Wes y a Bobby. Los cuatro fabulosos de la FInCOM no tenían mucho en común con los integrantes del Escuadrón Alfa.

En realidad, era asombroso. Había más o menos siete mil trescientos agentes en la Comisión Federal de Inteligencia, la FInCOM. Cualquiera habría supuesto que los cuatro agentes elegidos tenían una S gigante estampada en la pechera de la camisa, como mínimo.

Timothy Farber era el supuesto chico de oro de la FInCOM. Era un joven sin experiencia, casi recién salido de la universidad, a quien todavía quedaban varios años para llegar a los treinta y que tenía una personalidad seria, concienzuda y desprovista de humor, algo muy molesto. Era un ferviente seguidor del pensamiento de la FInCOM: las cosas se hacían siguiendo en todo el protocolo de la Comisión. Aquello, sin duda, funcionaba muy bien cuando



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

había que desviar el tráfico para permitir el paso al convoy del presidente, pero no serviría para enfrentarse a unos fanáticos religiosos impredecibles y suicidas.

No. Harvard sabía por experiencia que el líder de un equipo antiterrorista tenía que ajustar constantemente su plan de ataque. Debía alterarlo y revisarlo a medida que se conocían nuevas variables. El líder de un equipo debía saber escuchar la opinión de los demás, y saber que algunas veces la idea de otro podía ser la mejor idea.

Joe Cat había hablado con Alan «Frisco» San Francisco, uno de los mejores instructores de BUD/S, el Entrenamiento Básico de Demoliciones Submarinas, de Coronado, y él había puesto al impetuoso Tim Farber al mando de aquel primer entrenamiento para intentar bajarle los humos. Frisco era un antiguo miembro del Escuadrón Alfa que ya no figuraba en la lista del servicio activo debido a una lesión permanente en la rodilla; aunque tenía deberes que le obligaban a permanecer en California, estaba constantemente en contacto con Harvard y con el capitán del escuadrón.

Sin embargo, a juzgar por el modo en que Farber recibía homenaje en aquel momento, rodeado por sus dos compañeros de la FInCOM, a Harvard le resultó evidente que el plan de Frisco no había tenido éxito. Farber se había quedado impasible ante su fracaso.

Quizá al día siguiente, cuando el Escuadrón Alfa estudiara el desarrollo del ejercicio, Farber entendiera por fin que él mismo había creado aquel desastre.

Sin embargo, Harvard lo dudaba.

Mientras él observaba, Farber dibujó algo en una servilleta, y los otros dos agentes del FInCOM asintieron con seriedad.

Greg Greene y Charles Schneider tenían más o menos la edad de Harvard, unos treinta y cinco o treinta y seis años, o quizá un poco más. Se habían pasado la mayor parte de las clases preliminares con una expresión de aburrimiento, como si ya supieran todo lo que les estaban enseñando. Sin embargo, durante el ejercicio nocturno habían dado pocas muestras de imaginación. Eran agentes de la FInCOM corrientes, mequetrefes, como los llamaban los SEAL.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

No causaban problemas, seguían las normas hasta la última coma, esperaban que otro tomara la iniciativa y tenían muy buen aspecto con un traje oscuro y gafas de sol.

También habían tenido buen aspecto manchados con la pintura amarilla de las armas de los terroristas. Habían seguido las órdenes de Tim Farber sin cuestionarse nada, y durante la emboscada del entrenamiento habían resultado muertos a tiros.

Y sin embargo, no parecía que hubieran aprendido que seguir a Farber de aquel modo había sido un error, porque allí estaban, siguiendo a Farber todavía. Sin duda, porque un alto cargo de la FInCOM les había dicho que lo siguieran.

Sólo uno de los supermequetrefes del equipo había cuestionado abiertamente las decisiones de mando de Farber.

P.J. Richards.

Harvard miró a su alrededor por el bar otra vez, pero no la encontró en ningún sitio. Seguramente estaba en su habitación, tomando un baño y poniéndose hielo en el golpe de la cabeza.

Demonios, todavía podía verla saltando hacia atrás como una muñeca de trapo cuando la había alcanzado la bala de pintura. El llevaba mucho tiempo sin ir a la iglesia, pero había rezado en silencio para que la chica no se hubiera roto el precioso cuello.

Los hombres morían en aquellas sesiones de entrenamiento. Era uno de los riesgos de ser SEAL. Sin embargo, P.J. Richards no era ni un hombre ni un SEAL, y la idea de que estuviera con ellos, enfrentándose a los peligros a los que ellos se enfrentaban con tanta despreocupación, le ponía los pelos de punta a Harvard.

—Eh, jefe sénior. No esperaba verte por aquí —le dijo Lucky O'Donlon, que estaba alejándose de la barra con una jarra de cerveza.

—Yo tampoco esperaba verte por aquí, O'Donlon. Estaba seguro de que te habrías ido a visitar a tu novia a toda velocidad.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Harvard siguió a Lucky hasta la mesa donde estaban sentados Bobby y Wes, los inseparables gemelos del Escuadrón Alfa. Bobby Taylor era casi tan alto como Harvard y daba la impresión de ser tan ancho como alto. Si no hubiera querido ser SEAL, habría podido ser jugador de rugby. Y Wes Skelly era un hombre de baja estatura, delgado y nervudo, y muy tatuado. Lo que le faltaba en altura y peso lo compensaba con una boca extremadamente grande.

—Renee tenía una reunión del concurso de belleza del estado —le dijo Lucky, mientras se sentaba a la mesa y le acercaba una silla a Harvard para que se uniera a ellos. Le sirvió una cerveza a Bobby de la jarra, y después otra a Wes—. ¿Quieres que te traiga un vaso? —le preguntó a Harvard.

—No, gracias —dijo Harvard, negando con la cabeza mientras se sentaba—. ¿Cuál era el título que acaba de ganar Renee? ¿Miss Virginia Beach?

—Miss Virginia Costa Este —dijo Lucky.

—Guapa chica. Y joven.

Lucky sonrió como si el hecho de tener una novia que todavía no había cumplido los diecinueve años fuera para estar orgulloso.

—Ya lo sé.

Harvard sonrió. Cada cual con lo suyo. A él, personalmente, le gustaban las mujeres con un poco más de experiencia.

—Eh, Crash —dijo Wes—. Siéntate.

William Hawken, el miembro temporal más nuevo del Escuadrón Alfa, se sentó frente a Harvard; lo miró a los ojos y asintió ligeramente para saludar. Hawken era un individuo inquietante. Era moreno y silencioso, y parecía que podía hacerse invisible a voluntad. A primera vista, no era especialmente alto, ni tampoco musculoso, ni guapo.

No obstante, Harvard sabía que había que ir más allá de la primera vista. Aquel hombre tenía el sobrenombre de Crash, estrepitoso, por su capacidad de moverse con sigilo en cualquier circunstancia, en cualquier condición. Tenía los ojos de azul metálico, con una vista tan aguda que resultaba cortante. No necesitaba mirar mucho por una habitación, pero la absorbía, la memorizaba, la



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro grababa, probablemente de modo permanente. Y bajo la ropa suelta tenía el cuerpo de un corredor de larga distancia, musculoso, sin un gramo de grasa.

—Tómame una cerveza —le dijo Lucky a Crash.

—No, gracias. No bebo cerveza. Esperaré al camarero.

Harvard sabía que Crash formaba parte de aquel proyecto especial con la FInCOM por petición del capitán Catalanotto. Estaba encargado de organizar todas las actividades terroristas a las que el equipo de SEAL y agentes de la FInCOM tendrían que enfrentarse durante las siguientes ocho semanas. El había sido la fuerza estratégica que estaba tras la matanza del paint hall de aquella noche. Por el momento, la puntuación era Crash uno, equipo cero.

Harvard no lo conocía muy bien, pero Hawken tenía una reputación legendaria. Había pertenecido al misterioso Grupo Gris de los SEAL durante años. Se rumoreaba que había formado parte de incontables operaciones negras. Eran operaciones secretas, tan controvertidas como peligrosas. Supuestamente, los SEAL eran enviados a otros países para llevar a cabo tareas que ni siquiera reconocía el gobierno de Estados Unidos: neutralizar a traficantes de drogas, terminar con líderes políticos y militares que perpetraban genocidios, etcétera. Los SEAL estaban obligados a jugar a ser Dios, o al menos a desempeñar los papeles de juez, jurado y verdugo a la vez. No era un trabajo que Harvard hubiera deseado para sí.

Si los SEAL que estaban realizando alguna de aquellas misiones encubiertas tenían éxito, obtendrían poco o ningún reconocimiento. Si fracasaban, estaban solos, y posiblemente tendrían que enfrentarse a una acusación de espionaje sin que hubiera ninguna oportunidad de que su gobierno aceptara la responsabilidad.

No era de extrañar que Crash no bebiera cerveza. Seguro que tenía una úlcera enorme a causa del estrés.

Sin duda, aquella noche había ido al bar a conocer mejor a los SEAL del Escuadrón Alfa, los hombres con los que iba a trabajar durante las ocho semanas siguientes.

Lo cual le recordó a Harvard el motivo por el cual él mismo había ido al bar. Miró hacia el grupo de la FInCOM. No había ni rastro de PJ.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¿Alguno ha intentado hacer migas con los mequetrefes esta noche?

—¿Aparte de tus intentos de intimar con P.J. Richards, quieres decir? ¿De intentar tomarle la mano en el bosque? —le preguntó Wes, riéndose de su propia broma—. Vaya, jefe sénior, es la primera vez que caes el primero en una sesión de entrenamiento de paint hall.

—Fui yo quien te dio, H. —dijo Lucky—. Espero no haberte hecho daño.

—Eh, ya era hora de que supiera lo que es que te derriben —replicó Bobby.

—No pude resistirlo —siguió Lucky—. Eras un blanco tan grande, tan perfecto, allí de pie...

—Yo creo que Harvard te dejó que lo disparas. Creo que estaba intentando ganarse las simpatías de P.J. —dijo Wes—. ¿Está buena o no está buena?

—Es una colega de trabajo —les dijo Harvard—. Tened respeto.

—Tengo respeto —dijo Wes—. De hecho, hay pocas cosas que respete tanto como una mujer que está tan buena. Mírame a los ojos, Harvard, y dime con sinceridad que no piensas que es despampanante.

Harvard se echó a reír. Wes era como un pitbull cuando se le metía en la cabeza una idea como aquélla. Sabía que, si no lo admitía, Wes no lo dejaría tranquilo en toda la noche. Miró a Crash, que a su vez lo estaba mirando con una expresión divertida, y puso los ojos en blanco con exasperación.

—Está bien. Tienes razón, Skelly. Es despampanante.

—¿Lo veis? Harvard estaba distraído —dijo Bobby—. Es el único motivo por el que pudiste acertar el disparo.

—Sí, estaba concentrado en lo que no debía —convino Lucky—. En esa encantadora señorita Richards —dijo, sonriéndole a Harvard—. Y no es que yo te culpe, jefe. Es un bombón.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¿Vas a ir por ella? —le preguntó Wes—. Las mentes curiosas quieren saberlo. Es bajita, pero tiene unas piernas estupendas.

—Y un trasero magnífico.

Wes sonrió beatíficamente y cerró los ojos.

—Y un increíble par de...

—Vaya, esta conversación es muy divertida.

Harvard alzó la vista y vio a P.J. Richards justo detrás de él.

—Sin embargo —continuó ella—, no vamos a pasar toda la noche hablando de las piernas y el trasero de Tim, y Charlie, y Greg, ¿no?

P.J. tenía sus enormes ojos castaños muy abiertos, con una expresión de inocencia fingida.

Silencio. Un silencio total, mortal.

Harvard fue el primero en reaccionar. Apartó la silla y se levantó.

—Me disculpo, señorita...

—No. No tiene que disculparse, jefe sénior Becker. Lo que tiene que hacer es aprender a no cometer los mismos errores irrespetuosos una y otra vez. Lo que tienen que hacer ustedes, como hombres, es dejar de reducir a las mujeres a objetos sexuales. ¿Estupendas piernas, trasero magnífico e increíble par de qué, señor Skelly? —inquirió ella, y miró a Wesley—. Supongo que no iba a hacer un cumplido de mis enciclopedias, sino que iba a hacer un comentario sobre mis pechos.

Wes se quedó acobardado.

—Sí. Lo siento, señora.

—Bien, le concedo que es sincero, pero es lo único que voy a concederle —dijo P.J., y miró a Bobby y a Lucky—. Ustedes fueron los primeros terroristas a los que disparé durante el ejercicio, ¿verdad? —dijo, y se volvió hacia Crash—.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

¿Cuántos miembros de su equipo resultaron alcanzados esta noche, señor Hawken?

—Seis —dijo él, y sonrió—. De los cuales usted derribó a cuatro.

—Cuatro de seis —prosiguió ella, sacudiendo la cabeza, y exhaló un suspiro de incredulidad—. Les gano en su propio juego, y no están hablando de lo bien que disparo. Están hablando de mi trasero. ¿No les parece que hay algo que no va bien en todo esto?

Lucky miró a Bobby, y Bobby miró a Wes.

Pareció que Bobby intentaba pensar la respuesta que necesitaban, pero no consiguió dar con ninguna.

—Eh...

PJ. todavía tenía las manos en las caderas, y no había terminado.

—A menos, claro, que piensen que sólo tuve suerte, o que quizá no los hubiera derribado de haber sido un hombre. Quizá fue mi feminidad lo que los distrajo y los dejó anonadados. Quizá estaban demasiado atontados ante mis pechos femeninos, que por cierto, muchachos, son de una escasa talla ochenta y cinco, y que apenas se notan cuando llevo el chaleco de combate. No es que estemos hablando de un gran escote.

A Harvard se le escapó una sonrisa.

Ella le lanzó una mirada asesina.

—¿Le estoy divirtiendo, jefe sénior?

Demonios, aquella mujer estaba enfadada. Y también era muy divertida, pero él no iba a mejorar las cosas riéndose, así que se puso serio.

—De nuevo, me gustaría disculparme, señorita Richards. Le aseguro que no pretendíamos faltarle al respeto.

—Quizá no —dijo ella—, pero lo han hecho.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Cuando la miró a los ojos, Harvard detectó en ellos cansancio y resignación, como si aquello le hubiera sucedido muchas veces. Vio también fatiga física y malestar, y se dio cuenta de que probablemente todavía le dolía mucho la cabeza debido al golpe que se había dado.

Sin embargo, no podía evitar pensar que, pese a todo lo que ella había dicho, Wesley tenía razón. Aquella chica era preciosa. Tenía un cuerpo delgado, atlético y muy femenino. Tenía la piel lisa y clara, como la de una niña, y de color chocolate. Se imaginó lo suave que sería bajo sus dedos, lo deliciosa que sería bajo sus labios. Tenía una cara larga y estrecha, con la barbilla fuerte y orgullosa; su perfil era de la realeza africana, y sus ojos de un castaño tan profundo que el color se le confundía con las pupilas. Parecían dos piscinas de líquido oscuro en las que uno podía sumergirse. Llevaba el pelo recogido en una coleta.

Sí, era muy guapa. Era muy guapa y muy atractiva.

Ella se dirigió hacia la barra, y Harvard la alcanzó antes de que hubiera atravesado el bar.

—Mire —le dijo—, no sé cuánto ha oído de esa conversación...

—Lo suficiente, créame.

—La verdad es que usted ha sido una distracción esta noche, al menos para mí. Tenerla aquí es sumamente desconcertante.

Ella se cruzó de brazos y arqueó una ceja.

—¿Y por qué me dice eso?

—Oh, no es una frase para ligar. Si yo le dijera una de éstas, usted lo sabría con toda seguridad.

Ella apartó la mirada y vaciló. Vaya, no era tan dura como quería aparentar.

Harvard aprovechó la ventaja.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Probablemente es mejor que sepa que yo creo que no hay sitio para una mujer en este tipo de proyectos de alto riesgo de la FInCOM.

P.J. lo miró fijamente.

—Pues entonces es una buena cosa que usted no formara parte del comité de selección de candidatos, ¿no cree?

—No tengo ningún problema con que las mujeres ocupen puestos en la FInCOM y en el ejército de Estados Unidos —continuó él—, pero creo que deberían desempeñar labores de bajo riesgo, como trabajo administrativo, en vez de tomar parte en el combate.

—Entiendo —dijo P.J.—. Así que me está diciendo que, pese a que soy la mejor tiradora de toda la FInCOM, piensa que el mejor sitio para mí está tecleando?

—Es cierto que esta noche ha demostrado que es una tiradora experta. Sin embargo, el hecho es que es una mujer. Tenerla en mi equipo, en el campo de acción, en una situación de combate, sería una grave distracción.

—Ese es su problema —respondió ella furiosa—. Si no puede mantener cerrada la cremallera de los pantalones...

—No tiene nada que ver con eso, y lo sabe. Es instinto de protección. ¿Cómo vamos a hacer mis hombres y yo nuestro trabajo si estamos preocupados por usted?

P.J. no podía creer lo que estaba oyendo.

—Entonces, como usted tiene una mentalidad de la Edad de Piedra, como usted tiene un problema, yo debo adaptarme, ¿no es así? Pues no. Tendrá que dejar de pensar en que soy una mujer, y entonces todo irá bien.

El soltó una carcajada de incredulidad. —Eso no va a suceder.

—Intente ir al psicólogo, jefe sénior, porque he venido para quedarme.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

El no sonrió. Su expresión era dura e inflexible. —¿Sabe? Es probable que la única razón por la que usted está aquí sea cumplir una cuota. Ayudar a alguien importante a que sea políticamente correcto.

—Yo podría decirle exactamente lo mismo: es usted el único hombre negro del Escuadrón Alfa.

El no parpadeó. Se quedó inmóvil, observándola.

Señor, era muy grande. Se había puesto una camiseta limpia, pero todavía llevaba los pantalones de camuflaje del ejercicio. Con aquella camiseta tirante sobre los anchísimos hombros y el pecho, y con la cabeza afeitada brillándole bajo la tenue luz del bar, tenía un aspecto imposiblemente peligroso. E increíblemente guapo y masculino.

No, Harvard Becker no era un chico dulce, eso estaba claro. Sin embargo, era el hombre más guapo a quien P.J. hubiera conocido. Tenía un rostro anguloso de pómulos altos y mandíbula fuerte. Tenía la nariz grande, pero era del tamaño apropiado para la anchura de su rostro. Y tenía las orejas más perfectas que ella hubiera visto en su vida. Llevaba un pequeño pendiente de diamante que brillaba y reflejaba la luz.

No obstante, lo primero que le había llamado la atención sobre él a P.J. eran sus ojos castaño oscuro. Eran el punto focal de su rostro, de todo su ser. Si era cierto que los ojos podían ser una ventana al alma, la de aquel hombre era muy intensa y poderosa.

Era un hombre auténtico.

De hecho, algunos clientes del bar, tanto hombres como mujeres, lo miraban de reojo. Algunos con cautela, otros con nerviosismo, y el resto irradiando feromonas.

Sin necesidad de volverse, Harvard habría podido chasquear los dedos y tres o cuatro mujeres se habrían lanzado a sus brazos.

Bueno, quizá estuviera exagerando un poco. Pero sólo un poco.

Aquel hombre podría tener a cualquier mujer que quisiera, y lo sabía. Y aunque P.J. todavía lo oía diciendo que sí, que ella era despampanante, sabía



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

que él no querría tener una aventura con ella. Le había dejado bien claro que ni siquiera quería que fueran amigos.

Por su parte, P.J. tampoco podría permitirse una aventura con él, ni con nadie más. Lo había evitado con éxito durante la mayor parte de sus veinticinco años de vida, y podía seguir haciéndolo.

Él la estaba observando con intensidad. Cuando habló, P.J. se dio cuenta de que había percibido su cansancio y su dolor de cabeza, por mucho que ella hubiera querido disimularlo. La voz de Harvard tuvo un tono sorprendentemente amable.

—Debería irse a descansar.

P.J. miró hacia el grupo de Tim Farber y de los demás agentes de la FInCOM.

—Había pensado en tomar algo antes de subir a mi habitación —respondió ella. La verdad era que deseaba con todas sus fuerzas meterse en una bañera de agua caliente y después a la cama, pero también quería demostrarles a los demás agentes y a los SEAL que era tan dura como ellos. Más dura. Podía ir directamente desde el hospital al bar. No estaba herida de verdad. Podía soportar cualquier cosa y volver preparada para más.

Harvard la siguió hacia la barra del bar, y ambos ocuparon un par de taburetes separados del resto de los agentes.

—Ni siquiera he tenido conmoción cerebral —dijo, sin molestarse en elevar la voz. Sabía que Farber la estaba escuchando.

—Lo sé —dijo él—. Paré en el hospital antes de venir hacia acá. El médico me dijo que ya la habían examinado, y que se había marchado.

—Como ya he dicho, estoy bien.

—Vaya, me llaman al busca —dijo Harvard, y miró el número. Mientras se aproximaba el camarero, lo saludó por su nombre—. Qué hay, Tom. Ponme lo de siempre. Y lo que quiera la señorita.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Yo pago mi consumición —protestó P.J., mirando su propio busca por hábito. Estaba silencioso.

—Ella paga su consumición —le dijo Harvard a Tom con una sonrisa—. ¿Te importa que use el teléfono para hacer una llamada local?

—Por supuesto, jefe sénior —dijo el camarero, y puso el teléfono sobre la barra antes de mirar a P.J.—. ¿Qué le pongo, señorita?

Té helado. Lo que más deseaba era un vaso alto y frío de té. Sin embargo, los hombres grandes y duros no bebían té helado, así que ella tampoco podía hacerlo.

—Una cerveza, por favor.

A su lado, Harvard estaba silencioso, escuchando atentamente a quien hubiera llamado. Se había sacado una pequeña libreta del bolsillo y estaba apuntando algo. Se le había borrado la sonrisa de los labios y estaba muy serio.

—Gracias, Joe —dijo, y colgó.

Joe. Había estado hablando con Joe Catalanotto, el comandante del Escuadrón Alfa. Se puso en pie, se sacó la cartera y puso varios billetes de dólar sobre la barra.

—Lo siento, no puedo quedarme.

—¿Hay algún problema en la base? —preguntó P.J.

—No, es personal —respondió él, guardándose la cartera.

Al instante, ella se ablandó. —Lo siento...

—Mi padre ha sufrido un infarto —dijo Harvard con calma—. Está en el hospital. Tengo que irme inmediatamente a Boston.

—Lo siento —repitió P.J.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Su padre. Así que Harvard tenía de verdad un padre. Por algún motivo, ella se había imaginado que había surgido por generación espontánea, ya formado como un adulto.

—Espero que se ponga bien...

Pero Harvard ya estaba a medio camino hacia la puerta.

Ella lo miró hasta que desapareció por el vestíbulo del hotel.

El camarero había dejado una jarra de cerveza helada frente a ella, y frente al sitio que había ocupado Harvard, había puesto un vaso de té helado. Lo de siempre.

P.J. sonrió. Vaya con su teoría sobre los hombres grandes y duros.

Apartó la cerveza y se tomó el té helado, preguntándose qué otras sorpresas guardaba para ella Harvard Becker.



CAPÍTULO 3

—Tiene mal aspecto.

—Tiene mucho mejor aspecto que ayer en la ambulancia —respondió la madre de Harvard, mientras se sentaba con cuidado sobre una de las sillas del porche.

Él observó, una vez más, todas aquellas cosas que había notado por primera vez en el hospital. Las canas de su pelo. Las arrugas cada vez más marcadas que había en su rostro, ligeramente redondo y todavía bello. El hecho de que la cadera le estuviera causando molestias de nuevo, y de que se moviera con rigidez, con más lentitud cada vez que la veía.

El padre de Harvard tenía un aspecto horrible; era una versión encogida de sí mismo, allí tendido en la cama del hospital, conectado a todos aquellos monitores y a aquellos tubos. Tenía los ojos cerrados cuando Harvard había entrado en la habitación, pero se había incorporado lo suficiente como para hacer un chiste malo. Algo sobre lo que tenía que hacer para que su hijo fuera a visitarlos.

Sus padres se estaban haciendo viejos.

El infarto había sido relativamente suave, pero, desde aquel momento, el doctor Medgar Becker tendría que dejar de comer lo que le apeteciera y observar estrictamente el régimen bajo en grasas y el ejercicio que le había impuesto su médico. También tendría que rebajar el estrés de su vida. Sin embargo, en su puesto de jefe de departamento de lengua inglesa de una de las universidades más reputadas de Nueva Inglaterra, eso no iba a ser fácil de conseguir.

—Vamos a vender la casa, Daryl —le dijo su madre.

A Harvard casi se le cayó la lata de refresco que tenía entre las manos.



Suzanne Brockmann
—¿Qué?

Corazón en peligro

Su madre elevó la cara hacia el calor del sol del atardecer e inspiró la brisa salada y fresca.

—A tu padre le han ofrecido un puesto de profesor en una pequeña universidad de Phoenix. Tendrá una tercera parte de las horas de clase que aquí, y mucha menos responsabilidad. Creo que ha sido una señal de Dios, que ha querido decirnos que era hora de que tu padre rebajara el ritmo de vida.

Harvard respiró profundamente, y cuando habló, su voz fue tan calmada como la de su madre.

—¿Por qué no me lo habíais contado antes?

—Medgar no estaba seguro de que pudiera hacer un cambio tan grande. No queríamos preocuparte hasta que supiéramos que íbamos a hacerlo.

—A Phoenix. En Arizona.

Su madre sonrió al percibir su escepticismo.

—Estaremos cerca de Kendra y Robby, y de las niñas. Jonelle y su familia no estarán lejos, en Santa Fe. Y también estaremos mucho más cerca de ti cuando estés en California. Será mucho más fácil que vengas a visitarnos. Allí hay un buen teatro municipal, algo que estoy deseando. Y la última vez que estuvimos allí, encontramos una casita perfecta a un paseo del campus.

Harvard se apoyó contra la barandilla del porche, mirando hacia el agua verde del Puerto de Boston. Sus padres habían vivido en Hingham, Massachusetts, en aquella casa junto al mar, durante treinta años. Aquél había sido su hogar desde que él tenía seis años.

—He leído que el mercado inmobiliario está muy parado ahora —dijo Harvard—. Quizá tardéis en encontrar un comprador.

—Ya lo hemos encontrado, y nos paga en efectivo, ni más ni menos. Lo llamé esta mañana desde el hospital para aceptar su oferta. Firmaremos la venta en dos semanas.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Él se volvió a mirarla.

—¿Tan pronto?

Su madre sonrió con tristeza.

—Sabía que, de todos mis hijos, tú serías el que peor te lo tomarías. Cuatro hijas y un hijo, y tú eres el más sentimental. Sé que siempre has adorado esta casa, Daryl, pero no nos queda más remedio.

Él sacudió la cabeza mientras se sentaba a su lado.

—Estoy sorprendido, eso es todo. No he tenido tiempo para acostumbrarme a la idea.

—Estamos cansados de tener que apartar la nieve a paladas. No queremos pasar otro invierno de Nueva Inglaterra. Allí, en Arizona, tu padre podrá jugar al golf casi todo el año. Y esta casa es demasiado grande para nosotros dos, ahora que Lena se ha ido a la universidad. La lista de ventajas es muy larga. La lista de inconvenientes sólo tiene uno: mi Daryl se pondrá triste.

Harvard le tomó la mano a su madre.

—Yo vengo aquí dos veces al año, como mucho. Tienes que hacer lo que sea mejor para papá y para ti. Siempre y cuando estéis seguros de que es lo que queréis hacer.

—Oh, sí estamos seguros. Y después de lo de anoche, muy seguros —le dijo su madre y después le apretó los dedos—. Pero hemos estado hablando de tu padre y de mí y no he podido preguntarte qué tal estás tú.

Harvard asintió.

—Estoy muy bien, mamá.

—Cuando te llamé anoche, me temí que estuvieras en algún país extranjero salvando al mundo, o sea lo que sea lo que hacéis los SEAL.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

El sonrió forzosamente. Sus padres iban a dejar aquella casa en unas semanas. Casi con total seguridad, era la última vez que estaba sentado en aquel porche—. Salvar el mundo es una expresión que lo resume muy bien.

—¿Le has dicho a ese capitán tuyo que a tu madre le molesta que no puedas hablar libremente de esas misiones tan peligrosas a las que os envían?

Harvard se echó a reír.

—Ahora estamos destinados temporalmente a Virginia. Estamos ayudando a entrenar a algunos agentes de la FInCOM con técnicas antiterroristas.

—Eso parece relativamente seguro.

—Sí, pero me va a tener liado durante las próximas siete semanas. No voy a poder ayudar con la mudanza. ¿Estás segura de que podrás organizado todo, teniendo a papá en reposo?

—Lena vendrá a casa para el verano, y Jonelle se ha ofrecido voluntaria para ayudar.

Harvard asintió.

—Bien.

—¿Qué tal está ese amigo tuyo, el que acaba de casarse y tener un hijo, aunque no por ese orden? —Harían Jones —dijo Harvard. Su madre frunció el ceño. —No, normalmente no lo llamas así. —Su apodo es Cowboy.

—Ese. Cowboy. ¿Cómo se me había olvidado? ¿Qué tal le van las cosas?

—Sólo lleva casado unos pocos meses, pero hasta ahora le va bien. Está en una misión con el Equipo Dos de los SEAL en California. Se le presentó la oportunidad de formar parte de un proyecto que no pudo rechazar.

—Un proyecto del que tampoco podrás decirme nada, sin duda. Harvard sonrió.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—No, lo siento. Sin embargo, te va a gustar esta ironía: el compañero de natación de Cowboy del entrenamiento BUD/S, un hombre llamado William Hawken, está trabajando temporalmente con el Escuadrón Alfa.

—Vaya, qué pequeño es el mundo. Todos estamos conectados de alguna manera; algunos más que otros. Hablando de conexiones —añadió la madre de Harvard, inclinándose hacia delante—, ¿hay alguna posibilidad de que traigas a tu novia a la casa nueva para Acción de Gracias? El soltó un resoplido.

—No. No estoy saliendo con nadie en este momento.

—Todavía picoteando por ahí, ¿eh? ¿Ligoteando sin comprometerte?

Harvard cerró los ojos.

—Mamá.

—¿Es que pensabas que tu madre no lo sabía? Sé que eres un hombre inteligente, así que no voy a soltarte el discursito del sexo seguro. Aunque, en mi opinión, el único sexo seguro es el que hay entre un hombre y su mujer —afirmó ella mientras se levantaba de la silla—. Bueno, ya he terminado de avergonzarte. Voy a hacer algo de comer.

—¿Por qué no me dejas que te lleve a un restaurante?

—¿Y perder la oportunidad de asegurarme de que comas comida casera al menos una vez este mes? No.

—Entraré a ayudarte en un segundo.

Ella le besó la cabeza.

—¿Sabes? Naciste con pelo. Tienes un pelo excepcionalmente bonito. No entiendo por qué te empeñas en afeitártelo de ese modo.

Harvard volvió a reírse.

—Intentaré dejármelo crecer para Acción de Gracias.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Ya había reservado algunos días para pasar la fiesta con sus padres, en casa. En casa.

Era raro, pero todavía pensaba que aquella casa era su hogar. Sólo había vivido allí quince años, pero consideraba que su casa era su santuario. Podía ir allí siempre que lo necesitara, para recuperar el equilibrio y centrarse. Era el único lugar al que había pensado que podía volver siempre, que siempre permanecería igual.

El olor dulce de las galletas que su madre cocía en el horno. El olor a la pipa de su padre. El aire fresco del mar.

Era muy raro pensar que en menos de dos semanas su casa le pertenecería a unos extraños.

Y que estaría pasando Acción de Gracias lejos del océano, en la nueva casa de sus padres, en Arizona.

—¡Disculpe, jefe sénior Becker! ¡Lo he estado buscando!

Harvard se volvió y se encontró a PJ. Richards caminando hacia él y echando fuego por los ojos.

Se dio la vuelta y continuó andando. No quería soportar aquello justo en aquel momento. Estaba cansado, estaba hambriento y llevaba la misma ropa que cuando se había marchado de allí, cuarenta y ocho horas antes. Y además de todo eso, nada más llegar se había encontrado siete asuntos que necesitaban su atención urgente sobre el escritorio.

Iban a pasar más de dos horas antes de que pudiera volver a casa y meterse en la cama. Y eso, si tenía suerte.

EJ. corrió para alcanzarlo.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¿Ha dado usted la orden de que disminuya la distancia que tengo que correr hoy y mañana a cuatro kilómetros, cuando el resto del equipo tiene que correr nueve?

—Exacto.

—¿Por qué? —preguntó ella airadamente.

Estaba furiosa. Harvard soltó un juramento entre dientes y se volvió hacia ella.

—No tengo tiempo para esto.

—Tendrá que encontrarlo. Siento que mi existencia sea un inconveniente —continuó EJ.—, pero...

—Mi orden sigue el procedimiento normal —le dijo él con tirantez.

Sin embargo, EJ. no estaba escuchando.

—Presentaré una queja formal si continúan tratándome de manera diferente a mis compañeros...

—La manera de tratarla sigue las normas en lo que se refiere a un agente de la FInCOM que haya sufrido una lesión lo suficientemente grave como para tener que ir al hospital.

Ella parpadeó.

—¿Qué ha dicho?

—Según las normas que se han dictado para esta misión, si un mequetrefe va al hospital, el mequetrefe debe hacer un entrenamiento físico más ligero hasta que se determine que está listo, o lista, para rendir al máximo. Siento decepcionarla, señorita Richards, pero no se la está tratando de manera diferente a los demás.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Estaba atardeciendo, y el cielo estaba cubierto de nubes rosadas y rojas. La base tenía un aspecto romántico, casi de cuento de hadas. Todo era más suave y más cálido bañado en aquella luz rosa. En Hingham, habría sido una noche de verano perfecta para dar un paseo hasta la heladería, coqueteando con las amigas de su hermana mientras ellas lo miraban con adoración.

La mujer que tenía enfrente lo estaba mirando, pero no con adoración. De hecho, lo miraba como si él estuviera intentando venderle un deshumidificador en el desierto.

—¿Las normas?

—Sin duda, alguno de sus jefes tenía miedo de que el Escuadrón Alfa hiciera daño a sus agentes. Hay una lista de normas relativas a este entrenamiento.

—A mí no me han mostrado ningún libro de normas.

Harvard resopló. Había perdido la paciencia. Siguió caminando y la dejó allí.

—Claro, tiene razón, me lo estoy inventando todo.

—¡No puede culparme por ser recelosa! —exclamó EJ., corriendo tras él—. Que yo sepa, nunca ha habido ese tipo de reglas para un entrenamiento. ¿Por qué iba a empezar ahora la FInCOM?

—Sin duda, alguien ha oído hablar de la Semana del Infierno del entrenamiento BUD/S, acerca de la falta de sueño y de los agotadores exámenes de resistencia que realizan los SEAL al final de la fase primera de los entrenamientos. Estoy seguro de que tenían que hiciéramos algo semejante con los mequetrefes en este adiestramiento antiterrorista. Y tenían razón. Si pudiéramos, lo haríamos. Porque, en la vida real, los terroristas no le prestan demasiada atención a los tiempos muertos.

PJ. volvió a mirarlo con antagonismo.

—Quiero que sepa que el término «mequetrefe» me parece ofensivo.

—Es un sobrenombre inofensivo.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Muy bien, pues a mí no me gusta.

—Pero no hay muchas cosas que le gusten por aquí, ¿verdad? —y menos él. Harvard abrió la puerta de la cabaña en la que se habían instalado las oficinas temporales del Escuadrón Alfa—. A propósito, mi padre se pondrá bien. Estoy seguro de que se moría por saberlo.

—¡Oh, Dios! ¡Siento muchísimo no haberle preguntado!

El error de Harvard fue volverse a mirarla.

Estaba consternada. Completamente horrorizada; toda su ira se había desvanecido al instante. El casi se sintió mal por ella, y no quería sentirse mal por nadie, ni siquiera por sí mismo.

Había estado desconcertado desde que había recibido aquella llamada de Joe Cat para decirle que su padre había sufrido un infarto. Toda su vida personal se había tambaleado. Sus padres estaban haciéndose viejos, y su hogar ya no iba a ser su hogar.

Y allí estaba P.J. Richards, haciendo todo tipo de acusaciones y recordándole lo fácil que sería aquella misión de no ser por su presencia femenina.

—Por favor, perdóneme. No quería ser insensible. He sido una grosera por no preguntar antes. ¿Se va a poner bien de verdad?

Mientras Harvard miraba los ojos profundos de P.J., supo que se estaba engañando a sí mismo. No había estado desconcertado desde la llamada de teléfono; había estado anonadado desde que había visto a aquella pequeña mujer bajar de la camioneta de la FInCOM y entrar en su vida. Le habían gustado su aspecto físico y su apasionamiento desde el principio, y su capacidad de enfrentarse a los errores propios hacía que le gustara todavía más.

—Sí —le dijo—. Estará perfectamente dentro de unas semanas. Y le han dado un buen pronóstico, siempre y cuando respete su dieta —después asintió con la esperanza de que ella se diera por despedida, pero deseando que pudiera abrazarla y besarla para quitarle aquella expresión consternada,



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

mortificada, del rostro. Gracias a Dios que no estaba lo suficientemente loco como para intentarlo—. Si me disculpa, señorita Richards, tengo mucho trabajo.

Harvard entró a la cabaña y cerró la puerta. Sabía que comenzar una relación tórrida con aquella mujer era lo último que debería hacer, pero lo deseaba de todos modos.

Demonios, lo deseaba, la deseaba.

Quería deshacerse de aquella desagradable sensación de ir siempre a la deriva, y perderse por un tiempo en su dulzura.

Respiró profundamente y se puso a trabajar.

Su padre iba a ponerse bien en pocas semanas, pero Harvard sospechaba que su propia recuperación iba a tardar un poco más.

P.J. no había hecho tantas prácticas de tiro en toda su vida. Habían llegado al día décimo cuarto de entrenamiento, y en todas las jornadas había pasado una buena parte del tiempo en la sala de tiro.

Antes de empezar el entrenamiento, ella disparaba mejor que los otros tres agentes de la FInCOM, y mejor que algunos de los SEAL del Escuadrón Alfa. Y después de dos semanas de perfeccionamiento, era tan bueno como aquel SEAL tan calmado que tenía acento sureño, el segundo comandante del Escuadrón Alfa, a quien todos llamaban Blue. Y él era casi tan bueno como el oficial al mando del Escuadrón, Joe Cat. Pero, por supuesto, nadie se acercaba a la habilidad de Harvard.

Harvard. P.J. había conseguido evitarlo desde aquel día en que estaba tan enfadada que había olvidado las reglas básicas de la educación. Todavía no se creía que se le hubiera olvidado preguntarle por la salud de su padre. Su furia podía ser una excusa, de no ser por el hecho de que aquel grado de grosería era inexcusable.

Señor, había quedado como una idiota aquella noche.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Pero, por mucho que intentara convencerse de que estaba evitando el contacto con Harvard por vergüenza, sabía que aquella no era la única razón.

Aquel hombre era muy bueno en su trabajo. ¿Cómo no iba ella a respetar y a admirar a un hombre así? Y además de aquella admiración, sentía una gran atracción física por él. Era la receta de un desastre total, con guinda incluida.

P.J. entró en la cafetería y tomó una bandeja y un sándwich de pavo. Resultaba que la comida que habían estado tomando desde el principio no era la comida estándar que proporcionaría el tío Sam. Aquella comida la servía un catering de lujo del centro de la ciudad, como si fuera una de las normas del FInCOM. Aquella lista de normas existía. Harvard tenía razón.

Sintió cómo la seguían sus ojos cuando se detuvo a servirse un vaso de té helado.

Como de costumbre, había sentido su presencia desde que había entrado en la sala. El estaba sentado de espaldas a la pared. Tenía dos platos en la bandeja, ambos vacíos. Estaba sentado frente al silencioso Crash, con los pies sobre una silla, con una taza de café entre las manos, observándola.

Harvard la observaba todo el tiempo. Durante el entrenamiento físico. Durante las clases. Durante las prácticas de tiro.

Parecía que no tenía nada mejor que hacer con su tiempo.

Cuando no la estaba observando, estaba cerca, siempre dispuesto a ofrecerle su ayuda. La estaba volviendo loca. A Greg Greene y a Charlie Schneider no les ofrecía ayuda.

Era evidente que no pensaba que la necesitaran.

P.J. estuvo tentada de acercarse a su mesa, sentarse y preguntarle qué tal estaba haciéndolo. Sin embargo, ella ya sabía la respuesta.

El propósito de la clase de aquella mañana había sido el trabajo en equipo. Tim Farber, Charlie, Greg y ella lo habían hecho fatal. P.J. había leído los expedientes personales de los otros tres agentes, así que cuando le preguntaron, al menos pudo enumerar datos básicos, como cuál era el lugar de



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

nacimiento de sus compañeros. Sin embargo, no había podido responder otras preguntas más personales sobre ellos. No sabía qué era lo que ellos consideraban sus propios puntos fuertes y sus debilidades. Y ellos tampoco sabían nada sobre ella. Ni siquiera sabían que era de Washington, D.C., lo cual, aparentemente, era tan culpa suya como de ellos.

Y era cierto. P.J. sabía que no había hecho ningún intento por conocer a Tim, a Charlie o a Greg. Había dejado de pasar por el bar del hotel por las noches, y se quedaba en su habitación leyendo los apuntes y preparándose para la jornada del día siguiente. Le parecía un uso más provechoso de su tiempo, y además así evitaba los ojos vigilantes de Harvard. Sin embargo, se había dado cuenta de que aquello era un error.

P.J. se dirigió hacia la mesa de los otros agentes de la FInCOM y forzó una sonrisa amistosa.

—Eh, chicos, ¿os importa que me sienta con vosotros?

Farber la miró.

—Lo siento, nos íbamos ahora mismo. Yo tengo que hacer unos papeleos antes de la clase siguiente.

—Yo tengo que ir a la sala de tiro —le dijo Charlie con una sonrisa falsa.

Greg no dijo nada. Tomó su bandeja y se marchó con Charlie.

Y sin más, se habían ido y habían dejado a P.J. allí plantada, con la bandeja entre las manos, como una idiota. No era nada personal, se dijo. Ella había llegado tarde, ellos ya habían terminado de comer y todavía tenían cosas que hacer.

Sin embargo, se sintió rechazada. Miró a su alrededor por la sala, y en aquella ocasión Harvard no era el único que la estaba mirando. El capitán del Escuadrón Alfa, Joe Catalanotto, también la observaba.

Ella se sentó y desenvolvió su sándwich, rogando que los dos hombres la dejaran tranquila. Tomó un mordisco mientras intentaba transmitir el mensaje de que quería estar sola.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¿Cómo le va, Richards? —preguntó Joe, mientras sacaba una silla y se sentaba a horcajadas, apoyando los brazos en el respaldo.

Su lenguaje corporal no había servido de nada. Tenía la boca llena, así que saludó con la cabeza.

—¿Sabe? Uno de mis grandes desacuerdos con la FInCOM es que se niegan a reconocer que los equipos no pueden formarse al azar —dijo él con su acento neoyorquino—. No se puede elegir a los integrantes de forma aleatoria y que el equipo funcione.

P.J. tragó.

—¿Y cómo lo hacen los SEAL?

—Yo seleccioné cuidadosamente a los miembros del Escuadrón Alfa —le dijo Joe—. Llevo toda la vida trabajando con Blue McCoy, mi segundo comandante. Desde el entrenamiento básico, el BUD/S, ¿sabe? Ella asintió.

—Y también conozco a Harvard desde hace mucho tiempo. El resto de los chicos... bueno, tienen buena reputación, y cuando estaba buscando hombres con ciertas habilidades... fue cuestión de reunirlos y asegurarme de que sus personalidades encajaban antes de pedirles que se unieran al Escuadrón —explicó el capitán—. Algo me dice que la FInCOM no tuvo tanto cuidado con las personalidades compatibles cuando hicieron la selección para este equipo.

P.J. soltó un resoplido.

—Eso es un gran eufemismo.

Distraídamente, Joe hizo girar su alianza por el dedo. P.J. intentó imaginarse cómo era la mujer que había conseguido los votos de fidelidad de aquel hombre guapo y carismático. Debía de ser única, muy especial. Probablemente, alguien con el cerebro de un ordenador y el cuerpo de una supermodelo.

—Lo que debería haber hecho la FInCOM —le dijo él—, si querían un equipo de cuatro, era seleccionar un líder y dejar que él o ella eligiera a los miembros restantes, gente con la que hubiera trabajado antes, y entre la que hubiera confianza.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Pero si hubieran hecho eso, yo no estaría en este equipo.

—¿Y por qué está tan segura?

P.J. se echó a reír.

Joe también se rió. Tenía una dentadura perfecta.

—No, lo digo en serio.

P.J. dejó su sandwich sobre la bandeja.

-Capitán, disculpe que le diga que está loco, pero está loco. ¿De verdad cree que Tim Farber me habría seleccionado a mí?

-Llámame Joe -le dijo él-. Y no, por supuesto que Farber no te habría elegido. No es lo suficientemente listo. Por lo que he visto, de vosotros cuatro, él no es el líder natural. Ha engañado a mucha gente, pero no tiene lo que hace falta. Y los otros dos... —el capitán se encogió de hombros-. No me han impresionado demasiado. De los cuatro, la misión debería haber sido tuya.

P.J. no dio crédito a lo que acababa de oír. No sabía qué decir ni qué hacer, pero sí sabía que no debía dejar caer el té helado. Sujetó con fuerza el vaso.

-Gracias...Joe -murmuró-. Te lo agradezco.

-Lo estás haciendo bien, P.J. -le dijo él, y se puso en pie con un movimiento ágil-. Sigue así.

Mientras él se alejaba, R.J. cerró los ojos. Dios, hacía mucho tiempo que nadie le daba ánimos, y casi se le había olvidado lo importante que era oír alabanzas de vez en cuando. Otra persona, en aquel caso el oficial al mando del Escuadrón Alfa, reconocía que ella estaba haciendo bien su trabajo. Pensaba que ella debería dirigir el equipo.

De los cuatro agentes de la FInCOM...

P.J. abrió los ojos. Se dio cuenta, con una súbita claridad, de que el cumplido del capitán tampoco había sido tan halagador como ella había



Suzanne Brockmann
pensado. Ella era la mejor candidata para dirigir el equipo comparada con Farber, Schneider y Greene.

Corazón en peligro

Sin embargo, eso era mejor que oír que una mujer no tenía sitio en un equipo así.

Envolvió lo que quedaba de sándwich en el plástico y lo tiró a la basura de camino hacia la salida, consciente de que Harvard estaba mirándola.



CAPÍTULO 4

—Blue ha llamado para decir que llega tarde. Vendrá dentro de media hora —dijo Joe Catalanotto mientras cerraba la puerta después de hacer entrar a Harvard. Después lo guió hacia la cocina de la casita alquilada.

—Fue a casa primero, ¿no? —Preguntó Harvard, sacudiendo la cabeza con resignación—. Le dije al muy tonto que no parara en casa —dijo.

La mujer de McCoy, Lucy, había llegado a la ciudad dos días antes. Después de que el matrimonio pasara un mes y medio separado, Harvard no tenía ninguna duda de cuál era el motivo de la tardanza de Blue.

Y Blue iba a aparecer en aquella reunión en casa de Joe Cat con una sonrisa felina, relajado y feliz, con apariencia de ser exactamente lo que era: un hombre que acababa de pasarlo bien.

Demonios, parecía que todo el mundo en el Escuadrón Alfa tenía diversión aquellos días. Todo el mundo salvo Harvard.

Joe tenía a su mujer con él en Virginia. Lucky O'Donlon estaba saliendo con Miss Virginia Costa Este. Incluso Bobby y Wes estaban saliendo con un par de mujeres de la ciudad.

Harvard intentó recordar cuándo era la última vez que había salido con un miembro del sexo opuesto. Junio, mayo, abril, marzo... había sido en febrero. Había estado saliendo con una mujer llamada Ellen durante algunos meses. No era nada serio; ella lo llamaba, salían y terminaban en su casa. Sin embargo, él no se había dado cuenta de en qué momento había dejado de llamarlo. Ni siquiera se acordaba bien de su cara.

Cada vez que lo intentaba, sólo podía ver los enormes ojos de P.J.

—Hola, Harvard —dijo la mujer de Joe, Verónica, que estaba en la cocina.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Como siempre, estaba haciendo tres cosas diferentes al mismo tiempo. Tenía unas verduras cortadas en la tabla, y había una cazuela borboteando al fuego. Tenía los papeles de su último proyecto de consultoría extendidos por la mesa, y su hijo de un año y medio, Frankie, estaba en la trona, intentando comer por sí solo.

—Eh, Ron —le dijo Harvard mientras Joe iba a la nevera a tomar unas botellas de cerveza—. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Estoy aprendiendo a cocinar —dijo ella, con su acento inglés.

Tenía el pelo pelirrojo, suelto por los hombros, y llevaba unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Sin embargo, era una mujer con mucha clase y, llevara lo que llevara, siempre parecía que estaba preparada para asistir a un evento protocolario. Con un collar de perlas, estaría lista para marchar.

—¿Cómo está tu padre? —le preguntó a Harvard.

—Mucho mejor, gracias. Casi al cien por cien.

—Me alegro mucho.

—Se acerca el día de la mudanza, y mi madre sigue amenazándolo con empaquetarlo a él también si sigue intentando levantar cosas demasiado pesadas.

Joe lo miró.

—No me habías dicho que tus padres se mudaban.

—¿No?

—No.

—Mi padre ha aceptado un puesto de profesor en Arizona. En Phoenix. Es una universidad sencilla, pequeña.

—Es perfecto —dijo Verónica—. Justo lo que él necesita. Un ritmo más lento, y un cambio de clima.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Sí, es estupendo —dijo Harvard, intentando sentirse alegre—. Y han encontrado un comprador para su casa, así que...

Joe tomó el abridor de botellas del cajón sin dejar de mirar a Harvard.

—¿Y tú te lo has tomado bien?

—Sí, sí, claro —respondió Harvard.

Verónica se volvió hacia el bebé.

—Vamos, Frank, de verdad. Se supone que tienes que usar el otro extremo de la cuchara.

Frankie le sonrió mientras continuaba mordiendo el mango de la cuchara.

—Ha heredado la sonrisa de su padre —le dijo Veronica a Harvard, y ella también le sonrió a Joe—. Y él sabe que cuando sonrío, puede salirse con la suya en todo. Te juro que estoy condenada. Estoy destinada a pasarme el resto de la vida manipulada por estos dos hombres.

—Claro —dijo Joe, mientras le daba un beso a su mujer en el hombro, antes de entregarle a Harvard la botella de cerveza abierta—. La manipulé hace dos semanas para que me permitiera barnizar todo el porche trasero. Esta casa ni siquiera es nuestra, pero la manipulé para que me dejara trabajar bajo el sol, lijando la madera, aplicando capa tras capa de barniz...

—Fue divertido. Frank y yo ayudamos —dijo Veronica.

Joe se echó a reír.

—¿Te quedas a cenar? —Le preguntó ella a Harvard—. Estoy haciendo un estofado. Espero.

—Oh, no, Ron, lo siento —dijo Harvard—. Tengo otros planes.

Planes como comer comida digerible. Verónica era una de las mujeres más dulces y bellas del mundo, pero no sabía cocinar.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¿De verdad? —le preguntó ella, con los ojos brillantes—. ¿Tienes una cita? ¿Con la agente de la FInCOM? ¿Cómo se llama, PJ. algo?

Harvard estuvo a punto de atragantarse con la cerveza.

—No —dijo—. No, no estoy saliendo con ella —añadió, y miró a Joe—. ¿Quién te ha dicho que iba a salir con ella?

Joe sacudió la cabeza y se encogió de hombros para negar su implicación.

—Es una suposición. La vi el otro día —explicó Veronica, mientras removía el estofado—. Fui a llevar algo a la base. Es muy atractiva.

Desde luego.

—Bueno, entonces, ¿qué pasa? —preguntó Verónica, apoyándose en la encimera—. ¿Ya se la ha apropiado Lucky O'Donlon?

¿Lucky y P.J.? Claro; pensándolo bien, Harvard se dio cuenta de que Lucky sí había estado dando vueltas alrededor de P.J., aunque con cierta cautela, durante los últimos días. Sin duda, Miss Virginia Costa Este había empezado a aferrarse a él. Harvard sabía que no había nada que pudiera hacer huir a Lucky más rápidamente, y ponerlo de nuevo a la caza y captura. Sonrió, pensando en cómo reaccionaría PJ. ante las insinuaciones nada sutiles de Lucky.

La sonrisa se le borró de los labios. A menos que ella sólo quisiera mantenerlo a distancia a él.

—PJ. no está saliendo con nadie, Ron —le dijo Joe a su esposa, mientras abría la puerta del porche trasero—. Está trabajando mucho intentando ser uno de los chicos. No lo va a estropear todo porque Lucky le conceda una dosis del encanto O'Donlon.

—A algunas mujeres les resultaría irresistible un hombre guapo y rubio como Lucky —bromeó Veronica—. Sobre todo, cuando son tan guapos que parece que acaban de salir de un episodio de Los vigilantes de la playa.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—No hay ninguna norma que prohíba que un SEAL salga con una agente de la FInCOM —dijo Harvard, intentando mantener un tono calmado—. Siempre y cuando sean discretos.

En cuanto llegara a la base, iba a buscar a O'Donlon y... ¿qué? ¿Darle una paliza? ¿Hacerle una advertencia? Harvard sacudió la cabeza. El no tenía derechos sobre la chica.

—Ronnie, ¿te importaría mandar a Blue al porche cuando llegue? —le pidió Joe a su esposa mientras Harvard y él salían.

Cuando Harvard cerró la puerta, miró atentamente a su viejo amigo. El capitán del Escuadrón Alfa estaba relajado y feliz. La tensión que irradiaba de aquel hombre como una aureola había disminuido y era sólo un brillo débil. Y eso era asombroso, porque la reunión de aquella noche era para hablar de los elevados niveles de frustración en cuanto a aquella misión de entrenamiento a los agentes de la FInCOM.

Al menos, el nivel de frustración de Harvard era muy alto.

—¿De veras no te molestan todas las interferencias de la FInCOM y del almirante Stonegate? —le preguntó Harvard.

Joe se encogió de hombros y apoyó los codos sobre la barandilla del porche.

—¿Sabes, Harvard? Sabía que este programa era inútil desde que supe cuáles eran los agentes a los que habían elegido los de la FInCOM para formar el equipo. Para ser sincero, no creo que podamos hacer nada para conseguir que esos cuatro trabajen juntos de una manera efectiva. Así que haremos lo que podamos, y después recomendaremos con énfasis que la FInCOM se quede fuera de las operaciones antiterroristas. Sugeriremos que se lo dejen a los SEAL.

—Si vas a tirar la toalla, ¿por qué no cancelas el programa directamente? ¿Por qué seguimos perdiendo el tiempo con...?

—Porque soy egoísta —dijo Joe, y se volvió a mirarlo con seriedad—. Porque el Escuadrón Alfa funciona al doscientos cincuenta por ciento de energía y eficiencia en todas las ocasiones, y los chicos necesitan estos días de



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

tranquilidad. Yo lo necesito también. Mira, Harvard, para Ronnie es muy duro que yo siempre me esté marchando. Ella nunca sabe cuándo vamos a sentarnos a cenar juntos por la noche, ni si es la última vez que voy a estar en casa durante una semana, o un mes, o, que Dios no lo quiera, para siempre. Ella no dice nada, pero lo veo en su mirada. Y esa mirada no está en sus ojos últimamente porque sabe que estaré dirigiendo este programa de entrenamiento durante las próximas seis semanas. Ella tiene otras seis semanas de gracia, y no se las voy a quitar. Ni a las demás esposas, tampoco.

—Te entiendo —dijo Harvard—. Pero me sabe mal hacer todo esto para nada.

—No es para nada —respondió Joe, y apuró su cerveza—. Sólo tenemos que revisar cuál es el objetivo del programa. En vez de crear un equipo combinado de agentes de la FInCOM y de SEAL, estamos creando una experta en lucha antiterrorista. Vamos a darle a esa experta toda la información que pueda asimilar, y ¿sabes lo que va a hacer ella?

—¿Ella?

—Ella va a transmitirle toda esa sabiduría a Kevin Laughton, y va a decirles a los jefes de la FInCOM que lo mejor que pueden hacer en caso de una emergencia terrorista es mantenerse aparte y dejar que los SEAL solucionen la situación.

Harvard soltó un juramento.

—¿Ella?

—Sí, me refiero a P.J. Richards —dijo Joe, sonriendo—. ¿Sabes? Deberías intentar hablar con ella de vez en cuando. No muerde.

Harvard puso mala cara.

—Sí muerde. Y yo tengo las marcas de sus dientes para demostrarlo.

Joe arqueó las cejas.

—¿De verdad?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—No me refería a eso.

—Oh, claro. Se me había olvidado. No te importa que tenga una aventura con Lucky siempre y cuando sean discretos —dijo Joe con un resoplido—. ¿Por qué me da la sensación de que pronto habrá una petición de cambio de destino temporal para O'Donlon en mi mesa?

—Sabes que yo no haría algo así. —Bueno, quizá deberías hacerlo. Harvard apretó los dientes. —Cat, estoy intentando ser profesional.

—¿Qué pasó? ¿Te rechazó?

Harvard se apartó de la barandilla y se encaminó hacia las puertas dobles de la casa. Después se detuvo y se volvió a mirar a su capitán.

—¿Qué papel piensas que va a tener en la FInCOM?

—¿Estás cambiando de tema?

—Sí.

—No puedo creer que ni siquiera hayas intentado trabar amistad con esa mujer. Si yo no estuviera felizmente casado, estaría insinuándome discretamente. Es lista, es guapa, es...

—¿Qué papel piensas que va a tener en la FInCOM? —repitió Harvard.

—Está bien —dijo Joe, encogiéndose de hombros—. Como quieras. Yo la veo ascendiendo a algún puesto alto, probablemente, a formar parte de la plantilla de Kevin Laughton. Ya ha trabajado con él. Él fue quien insistió en que formara parte del programa.

Kevin Laughton y P.J. Harvard; se preguntó por aquella relación. Notó una punzada de disgusto. Todo se hacía más complicado cuando las mujeres entraban en una ecuación. De repente, el sexo se convertía en un problema, en una motivación, en un factor.

En una posibilidad.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Demonios, ¿por qué no podía P.J. quedarse en la oficina de la FInCOM, a salvo, fuera de su vista?

—La veo como la voz de la razón en la FInCOM, de modo que, si se produce una situación con terroristas, como lo que ocurrió en el aeropuerto de Athens, ella le dirá a Laughton que llame a los SEAL desde el principio, en vez de esperar una semana y dejar que mueran cinco agentes y diez civiles. Estados Unidos no tiene política de negociación con los terroristas —continuó Joe—. Tenemos que ir un paso por delante de ellos y asestar un golpe inmediato y letal, que demuestre nuestra fuerza. ¿Qué hay tangos en otro aeropuerto? La FInCOM nos llama y nosotros llegamos en horas. El primer informativo de la CNN no le presta atención a la causa de los desgraciados, sino que habla de lo rápidamente que fueron reducidos. Es una noticia sobre el número de bolsas de cadáver que hacen falta para sacar a esa escoria de allí. ¿Que los tangos tienen rehenes? Lo mismo. Llegamos y los liberamos. Nada de quedarnos mirando, retorciéndonos las manos. Y al final, los terroristas se darán cuenta de que sus acciones violentas provocan una reacción rápida y violenta de los Estados Unidos en todas las ocasiones.

—¿Y tú piensas que P.J. realmente va a llegar a un punto de la FInCOM en que su opinión se tenga en cuenta? —Preguntó Harvard con escepticismo—. ¿Que si ella dice que llamen a los SEAL, le van a hacer caso?

—¿A ella sola? Probablemente no —dijo Joe—. Es mujer, y es negra. Pero sí creo que Kevin Laughton llegará a la cima, y creo que ella estará a su lado cuando eso suceda. Cuando ella diga que llamen a los SEAL, él la escuchará.

Harvard se quedó en silencio. Demonios, cómo odiaba la política. Y odiaba la imagen de Laughton con P.J. a su lado.

—Y, puesto que nuestro objetivo ha cambiado —preguntó Harvard—, ¿todavía vamos a intentar convencer a los de la FInCOM que nos permitan dirigir programas de entrenamiento que excedan su límite de diez horas? ¿Y qué pasa con esa petición de salir del país con los mequetrefes? Si tú prefieres quedarte aquí, en Virginia...

—No —respondió Joe—. Creo que a P.J. le crearía más impresión ver una actuación real. Ya sabes, que sienta el impacto de estar en un país extranjero durante estos ejercicios.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Pero acabas de decir que Verónica...

—Ronnie no se preocupará porque yo salga de la ciudad unos cuantos días para hacer algo tan seguro como un ejercicio de entrenamiento. Y creo que es muy importante convencer a PJ. de que la creación de un equipo combinado de SEAL y de agentes de la FInCOM no es plausible. Me parece que una buena manera de conseguirlo es hacer dos ejercicios diferentes de cuarenta y ocho horas en el Oriente Medio o en el sureste de Asia. Dejaremos que los mequetrefes participen en la primera operación. Y cuando hayan fracasado lamentablemente otra vez, me gustaría tener a PJ. como observadora mientras el Escuadrón Alfa hace una operación similar de entrenamiento y la hace bien. Quiero que vea lo bien que funciona el Escuadrón Alfa, pero quiero que antes sepa lo difícil que es.

—Tendremos que cursar una operación oficial al almirante Stonegate.

—Ya la he enviado. Son muy negativos. Piensan que vamos a hacerles daño a los mequetrefes.

Harvard sonrió.

—Y probablemente, tienen razón. Sólo Dios sabe lo que podría ocurrirles si no duermen lo suficiente.

—También he llamado a la oficina de Loughton, pero no consigo dar con él. Hasta el momento, en su oficina me han dicho que las reglas son las reglas.

La puerta se abrió, y Blue entró al porche.

—Siento llegar tarde.

Harvard miró a Joe.

—¿A ti te parece que lo siente?

—Lo está intentando.

—Pero no lo consigue. Mira esa sonrisilla que no puede quitarse de la cara.



Suzanne Brockmann

Blue se sentó.

Corazón en peligro

—De acuerdo, de acuerdo, no lo siento. Lo admito. Bueno, ¿y de qué estáis hablando? ¿De PJ. Richards? Las notas de sus exámenes son muy buenas, y supongo que os habéis dado cuenta de que es una tiradora excepcional.

—Sí, ya la hemos declarado Superwoman —le dijo Harvard.

—Lo que tenemos que hacer ahora —dijo Joe—, es asegurarnos de que ella tiene los mismos sentimientos de cariño hacia nosotros que los que nosotros tenemos hacia ella. Queremos que, cuando vuelva junto a Laughton, le diga que somos los mejores, no que se mantenga apartado de esos asquerosos SEAL. Ella ha sido un poco distante, cierto, pero tampoco nosotros la hemos recibido con los brazos abiertos.

—Eso está a punto de cambiar —dijo Blue—. Antes de salir de la base he oído a Lucky diciendo que iba a cenar con ella. Es el embajador de los brazos abiertos del Escuadrón Alfa, justo en este mismo momento. Joe soltó una palabrota.

—Eso no era lo que yo tenía en mente. Será mejor que vayas a interceptar eso —dijo, volviéndose hacia Harvard.

Pero Harvard ya estaba corriendo hacia su coche.

PJ. apretó el botón del ascensor de su hotel.

Vaya, aquello sí que había sido gracioso.

Por fin había decidido hacer algo. Durante los días anteriores había llegado a la conclusión de que tenía que intentar hacerse amiga de alguno de los SEAL. Necesitaba un aliado, porque era más que evidente que aquellos hombretones grandes y fuertes le tenían un miedo mortal.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Necesitaba que alguno de ellos comenzara a mirarla como si fuera su igual. Sólo haría falta uno; aquél les enseñaría a los demás que podía hacerse. Ella podía ser aceptada primero como persona, y después como mujer.

Sin embargo, aquel elegido no iba a ser el SEAL llamado Lucky, seguro.

Tenía una sonrisa agradable, y una moto preciosa, pero sus intenciones al pedirle que saliera a cenar con él no eran formar una bonita amistad. Por el contrario, él esperaba algo de acción.

Una acción diferente a la que ella buscaba.

Al principio la había engañado. Tenían un interés común en las motos, y él le permitió conducir la suya desde la base hasta el restaurante. Pero, cuando iba tras ella, se había abrazado demasiado para la velocidad tan calmada que llevaban.

Por lo tanto, ella le había comunicado directamente, entre la ensalada y el segundo plato, que no tenía ningún interés en otra cosa que no fuera una amistad no sexual. Cuando llegó el café, había conseguido convencerlo. Y aunque él no era tan sincero como había sido ella, por el modo en que miraba su reloj sin parar, ella supo que no tenía ningún interés en otra cosa que no fuera una relación sexual.

Lo cual la dejaba como al principio.

Se abrieron las puertas y PJ. pasó a la pequeña zona de espera que había junto a los ascensores. Buscó en su bolso la tarjeta para abrir la habitación. Estuvo a punto de no ver a Harvard Becker allí sentado, a oscuras.

Y cuando lo vio, casi siguió caminando. De haber tenido cerebro, habría seguido su camino. Sin embargo, se quedó inmóvil debido a la sorpresa, mirándolo con la boca abierta como una idiota. Él era la última persona a la que hubiera esperado encontrarse allí sentado.

Harvard la saludó.

—Señorita Richards.

Ella carraspeó.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¿Me estaba buscando? ¿Me necesitan en la base? Podía haberme enviado un mensaje al busca.

—No —dijo él, y se puso en pie. Dios, qué alto era—. En realidad, estaba buscando a Lucky O'Donlon.

—No está aquí.

—Sí, ya lo veo.

P.J. se dirigió hacia su habitación, temiendo que, si no se movía, su ira saldría a la superficie. ¿A quién estaba vigilando él? ¿A quién estaba intentando proteger? ¿A ella, o a Lucky? De todos modos era insultante. Abrió la puerta de su habitación con un movimiento brusco.

—¿Por casualidad sabe adónde ha ido?

—A la base —respondió ella secamente. Tenía ganas de cerrar de un portazo, pero se forzó a darse la vuelta y mirarlo.

—Siento haberla molestado —dijo Harvard.

—¿Quería algo más?

Tan pronto como hubo hecho la pregunta, se dio cuenta de que no debía haberla hecho.

Un calor evidente se reflejó en los ojos de Harvard; ella se dio cuenta de que la atracción física era mutua. El la deseaba. El mensaje estaba claro en sus ojos castaños. Sin embargo, Harvard se limitó a reírse; fue una carcajada suave que estuvo a punto de pararle el corazón a PJ.

Lo único que tenía que hacer era entrar en la habitación y dejar la puerta abierta, y él la seguiría y...

¿Y qué? Estropearía su vida, sin duda.

El no estaba de su lado. Había admitido sin tapujos que no le gustaba trabajar con ella, que no quería hacerlo.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

P.J. se humedeció los labios secos y alzó la cabeza. Intentó aparentar que no la afectaba para nada su presencia.

—Buenas noches, jefe sénior.

Cerró la puerta y respiró profundamente.

Dios Santo, ¿cómo iba a pasar las seis semanas y media siguientes? Necesitaba desesperadamente un aliado.



CAPÍTULO 5

Harvard se dio cuenta del preciso instante en que P.J. entró al bar. Se volvió y allí estaba ella, mirando a todas partes, fingiendo que él no existía.

Aquel día había sido de clases para los mequetrefes, y Harvard se había estado ocupando de otros asuntos. Había ido a la cafetería a la hora de la comida, con la esperanza de ¿qué? No estaba seguro. Sin embargo, cuando llegó allí, Wes le dijo que P.J. se había ido a la sala de tiro.

La tarde pasó con lentitud. Lo más interesante fue que habló con el ayudante de la ayudante de Kevin Laughton, que le dijo que de ningún modo iba a alterarse el libro de normas de la FInCOM para permitir aquellos ejercicios de tres días. ¿No se habían comprometido ellos ya con respecto a aquel asunto? Y no, el señor Laughton no podía ponerse al teléfono; estaba ocupado en asuntos importantes.

Harvard había intentado sonsacar algo, adular, explicarse, pero había colgado el teléfono sin esperanza de que Laughton los llamara a Joe Cat ni a él.

Harvard se encaminó hacia una mesa vacía que había en el bar, sin perder de vista a P.J. por el rabillo del ojo, intentando dar con la mejor manera de aproximarse a ella.

Era raro. El nunca había tenido que esforzarse por una mujer. Normalmente, ellas le caían en el regazo. Sin embargo, P.J. no iba a caerse en ningún sitio. Estaba huyendo en dirección contraria a él.

La única otra mujer a la que había tenido que perseguir era Rachel.

Demonios, no había vuelto a pensar en Rachel desde hacía años. La había conocido durante una operación de adiestramiento en Guam. Ella era bióloga marina y formaba parte del equipo de investigación del gobierno de Estados Unidos que se alojaba en las instalaciones militares. Era muy guapa; en parte afroamericana, asiática y hawaiana. Y tenía una timidez dulce.

Durante una o dos semanas, Rachel había hecho que Harvard pensara en la eternidad con ella. Fue la única ocasión en su vida en que estuvo a punto



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

de cruzar la línea entre el deseo y el amor. Pero entonces a él le habían enviado a la operación Tormenta del Desierto y, mientras estaba ausente, ella se había reconciliado con su ex marido.

Todavía recordaba lo que había sentido al recibir la noticia: fue como si le clavarán un cuchillo ardiendo en las entrañas. Todavía recordaba el dolor y la frustración, la sensación de estar al borde de la desesperación. No le había gustado nada, y desde entonces se había asegurado de que aquello no se repitiera.

Miró a P.J. y se encontró con sus ojos. Rápidamente, P.J. desvió la mirada, como si la chispa que se había encendido al instante hubiera sido demasiado caliente para ella.

Caliente era la palabra clave.

Sí, él era el perseguidor, pero no estaba en peligro de sufrir lo mismo que había sufrido con Rachel.

P.J. no se parecía a Rachel, para empezar.

Para continuar, aquella corriente que existía entre P.J. y él era una atracción animal absoluta e irracional. Lujuria. Sexo puro y ardiente. Dos cuerpos unidos en la búsqueda del placer.

Su relación con Rachel no había tenido nada que ver con eso. Él había sido muy cuidadoso con ella. Se había contenido en tantas cosas...

Sin embargo, al mirar a P.J. a los ojos, los veía a los dos enzarzados en una danza de pasión que no tenía nada de cortés. Veía sus piernas enroscadas alrededor de su propio cuerpo mientras él la embestía, con dureza, con rapidez, apoyados contra la pared de su habitación del hotel.

Oh, sí. Iba a ser asombrosamente placentero, pero nadie iba a llorar cuando terminara.

Harvard sonrió para sí ante su presunción de que aquello fuera a ocurrir.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Lo primero que tenía que hacer era averiguar cómo conseguir que aquella chica dejara de huir lo suficiente como para poder hablar con ella. Después, podría intentar convencerla de que habían tenido un mal comienzo.

Debería haber tenido la cabeza más fría la noche anterior.

Se había quedado allí, junto a la puerta de su habitación, y no había podido pensar en otra cosa que en lo guapa que era, y en lo mucho que él la deseaba, y lo contento que se sentía al ver que Lucky no había ido al hotel con ella.

No estaba seguro de que hubiera podido mantener una charla amable aunque lo hubiera intentado. Pero ni siquiera lo había intentado. Se había quedado como un pasmarote, mirándola como si ella fuera Caperucita y él el Lobo Feroz.

Al menos, no había babeado.

Avisó al camarero mientras se sentaba y pidió un té helado con azúcar. Después, miró otra vez hacia PJ.

En aquella ocasión, ella lo estaba mirando directamente con una sonrisa increíble. En una escala del uno al diez, tenía un cien. Harvard notó que sus labios se curvaban en una sonrisa de respuesta. No podía explicar qué era lo que había operado aquel cambio en ella, pero tampoco iba a quejarse.

—Eh —dijo PJ. mientras se acercaba—. ¿Qué estás haciendo por aquí?

Cuando llegó a su lado, Harvard se dio cuenta de que no lo estaba mirando a él en absoluto. Su punto de atención estaba tras él. Se volvió y vio a Joe Cat, que había entrado al bar por la puerta trasera.

—Me apetecía pasar por aquí esta noche, antes de volver a casa —le respondió el capitán a P.J.—. ¿Qué hay de nuevo?

—No mucho —dijo PJ., mientras le dedicaba a Joe Cat otra de aquellas sonrisas—. Todo el mundo está pegado a la televisión, viendo el béisbol —explicó con una expresión resignada.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

«Disculpa», tuvo ganas de decir Harvard, «no todo el mundo está viendo el béisbol». El camarero puso su bebida frente a él, pero ni siquiera entonces P.J. le dirigió una mirada.

Joe se quitó la chaqueta.

—¿No te gusta el béisbol?

—No demasiado. Es muy lento para mí. El bateador tarda mucho en prepararse, y el lanzador también, y mientras, yo estoy ahí sentada pensando «¡Lanza ya la bola!» —dijo ella, y se rió. Tenía una risa cantarina—. Y después, la bola sale disparada tan rápido que no la veo hasta que repiten la imagen a cámara lenta.

—Entonces, tampoco te gustará el rugby. Hay demasiadas pausas en el partido.

—Es cierto, no me gusta —dijo P.J.—. ¿Tienes tiempo para sentarte un rato? ¿Puedo invitarte a una cerveza?

—Me encantaría —respondió Joe.

—Entonces, ponte en una mesa. Yo vuelvo ahora.

P.J. se dirigió al bar.

—Si no se sienta conmigo, señor, quizá tenga que pegarle con severidad —le dijo Harvard a su amigo.

Joe se echó a reír y se sentó en la mesa de Harvard.

—¿Es que te has creído que no te veía ahí sentado, escuchando la conversación?

—Claro que, a lo mejor ella no quiere tomar una cerveza contigo cuando vuelva y vea que hay compañía —dijo Harvard—. Lleva esquivándome todo el día, y es probable que siga haciéndolo.

—No, es más dura que eso.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Harvard soltó una carcajada de incredulidad mientras exprimía el limón en el té.

—Espera un segundo. ¿Ahora resulta que eres un experto en el comportamiento de esa chica?

—Estoy intentándolo —respondió Joe—. Hoy he estado dos horas con ella en la sala de tiro. Apareció por casualidad cuando yo estaba allí. ¿Sabes, H.? Es muy buena. Tiene instinto de tiradora. Y una habilidad natural para hacer blanco.

Harvard no sabía qué decir. ¿P.J. había aparecido por casualidad? Tomó un sorbo de té.

—Además es muy graciosa —añadió Joe—, Tiene un gran sentido del humor. Es una señorita muy aguda, muy lista.

Harvard recuperó la voz.

—Ah, ¿de verdad? ¿Y qué piensa Verónica de todo esto? —preguntó, medio en broma medio en serio.

A Joe no se le escapó eso. Y aunque P.J. estaba a punto de acercarse con dos cervezas, él se inclinó hacia Harvard.

—No tiene nada que ver con el sexo —le dijo rápidamente—. P.J. es muy atractiva, pero tú sabes muy bien que no voy en esa dirección. Quiero más a Ronnie de lo que tú podrías entender. Pero estoy casado, no muerto. Todavía puedo apreciar a una mujer atractiva cuando la veo. Y ser amistoso con esta mujer va a beneficiarnos más que rechazarla. Ella se ha acercado a mí. Claramente, está intentando hacer amigos. Eso es exactamente lo que queríamos.

Harvard vio que P.J. miraba hacia la mesa y lo veía sentado con Joe. La vio vacilar, erguir los hombros y continuar su camino. Lo saludó con un gesto de la cabeza mientras dejaba las jarras de cerveza sobre la mesa.

—Jefe sénior Becker —dijo con frialdad, sin mirarlo a los ojos—. Si hubiera sabido que se iba a unir a nosotros, le habría ofrecido una bebida, también.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Él no sabía que sirvieran cicuta en aquel bar.

—Puede invitarme en la segunda ronda —le dijo.

—Tengo mucho que estudiar. No sé si podré quedarme a tomar otra ronda —respondió P.J., y se sentó tan lejos como pudo de él.

La temperatura de aquel rincón del bar había bajado varios grados de golpe.

—Baloncesto —dijo Joe entonces—. Seguro que te gusta el baloncesto.

Ella sonrió, y la temperatura subió un poco.

—Sí.

—¿Juegas?

—Soy una jugadora frustrada —admitió P.J.—. Tengo problemas de altura. Nunca he practicado lo suficiente como para llegar a ser buena.

—¿Ha visto alguna vez algo de esa nueva liga profesional femenina? —le preguntó Harvard, intentando participar en la conversación.

P.J. se volvió hacia él con una mirada glacial.

—He visto unos cuantos partidos —respondió, y se volvió hacia Joe Cat—. No veo muchos partidos. Prefiero estar al aire libre, jugando. Lo cual me recuerda que Tim Farber me dijo que eres muy bueno al frontón. Juegas también al racquetball. Hay una pista en el hotel, y estoy buscando un oponente.

Harvard se movió en el asiento, apretando los dientes para no decir nada.

—He jugado un poco —le dijo Joe.

—Mmm. Por experiencia sé que cuando la gente dice que ha jugado un poco, es que son muy humildes para admitir que si juegas con ellos te van a dar una paliza.



Suzanne Brockmann
Joe se rió.

Corazón en peligro

—Supongo que eso depende de cuánto lleves jugando.

P.J. le devolvió la sonrisa.

—Oh, un poco.

Estaba coqueteando con Joe. P.J. estaba allí sentada, frente a él, coqueteando con su capitán. ¿Qué pretendía? ¿Qué estaba intentando conseguir?

Sonó el busca de Joe. El miró a Harvard.

—¿Tú tienes algo?

El busca de Harvard estaba silencioso.

—No, señor.

—Es buena señal. Ahora mismo vuelvo.

Mientras Joe se dirigía hacia la barra para hablar por teléfono, P.J. fingió que se sentía fascinada por la estructura arquitectónica del edificio.

Harvard dio con los nudillos sobre la mesa. Ella se sobresaltó y lo miró.

—No sé qué es lo que te propones —le dijo él sin miramientos—. No sé qué quieres conseguir acercándote al capitán, si es algo relacionado con tu carrera o con alguna sensación de poder personal, pero estoy aquí para decirte que te olvides. ¿Es que durante tu investigación de este hombre no te has dado cuenta de que está casado y tiene un hijo? ¿O quizá es que eres de las que prefieren eso?

Mientras la observaba, la mirada heladora de los ojos de P.J. se transformó en otra de ira volcánica.

—¿Cómo se atreve? —le susurró.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Me atrevo porque Cat es mi amigo, y porque usted, señorita mequetrefe, es una tentación. Así que retírese.

—Es usted tal... hombre —dijo ella, como si fuera el peor insulto que podía lanzarle—. El capitán es la única persona de todo este programa que se ha molestado en sentarse a hablar conmigo. Pero si usted se atreve a decirme que lo único que está haciendo es perseguirme, pese a que tiene una mujer y un niño en casa...

—Él no la está persiguiendo. Usted lo está persiguiendo a él.

—No.

—Apareció casualmente en la sala de tiro cuando Cat tenía su hora de práctica. Entra en este bar, y usted se lanza sobre él.

Ella se aturulló, sin poder negar sus acusaciones.

—No tiene ni idea de cómo son las cosas, ¿verdad?

—Pobrecita, tan lejos del hogar. ¿Es ahora cuando empiezan a sonar los violines? Dígame, ¿siempre elige a los hombres casados porque hay menos posibilidades de involucrarse de verdad en la relación?

Ella estaba hirviendo de rabia.

—¡Sólo estaba intentando hacer amigos!

—¿Amigos?

—Ya sabe, esa gente que sale de vez en cuando, que comen juntos a veces, que se reúnen para jugar al Scrabble.

—Amigos —repitió Harvard con escepticismo—. Usted quiere ser amiga de Cat.

P.J. se puso en pie.

—Sabía que no iba a entenderlo. Posiblemente no ha tenido una amiga en toda su vida.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Estoy preparado para aprender, dispuesto y con la ventaja adicional de que no estoy casado. Se me da muy bien jugar al Scrabble, entre otras cosas.

Ella soltó un resoplido.

—Lo siento, pero, para mí, es un enemigo.

—¿Que soy qué?

—Me ha oído perfectamente. Quiere que me vaya de esta operación de entrenamiento por puros principios. Piensa que las mujeres no deben estar en la línea de fuego. No me juzga como un individuo, sino sólo basándose en el hecho de que no tengo pene. ¿Y qué tiene eso de especial? ¿Usa su pene para apuntar con el rifle? ¿Le ayuda a esquivar las balas o a correr más deprisa?

Aquella mujer podía sacarlo de sus casillas, y al mismo tiempo, hacerle reír.

—No, que yo sepa.

—No que yo sepa, tampoco. Es usted un fanático, señor, y no tengo ganas de estar un segundo más en su compañía.

Harvard dejó de reírse. ¿Un fanático?

—Eh —dijo.

Pero PJ. ya se había marchado.

A Harvard nunca le habían llamado fanático. Un fanático era alguien de mente cerrada que pensaba inflexiblemente que tenía la razón en todo. Pero, en realidad, ella tenía razón. Las mujeres no debían estar en misiones de combate, portando y disparando armas, y siendo blanco de otros. No era fácil ver a otro ser humano, apuntar y apretar el gatillo. Había incontables informes psicológicos que demostraban que las mujeres eran mucho más propensas a quedarse paralizadas a la hora de disparar. Cuando llegaba el momento crítico, no podían hacer su trabajo.

Sin embargo, Harvard no podía imaginarse que tampoco su padre fuera capaz de disparar un arma. Seguramente, si le ponían un rifle entre las manos,



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

apuntaría el cañón hacia el suelo y comenzaría a dar una clase sobre la guerra en la literatura norteamericana moderna.

Harvard pensó en lo que diría P.J. acerca de eso. Podía oír su voz claramente, como si estuviera detrás de él.

«El hecho de que su padre y los hombres como él no sean buenos soldados no significa que ningún hombre deba ser soldado. Y, del mismo modo, no todas las mujeres reaccionaríamos de la misma manera a la hora de apretar el gatillo».

Demonios, quizá fuera un fanático de verdad.

Joe volvió a la mesa.

—Supongo que P.J. no se ha ido al servicio, ¿verdad?

Harvard negó con la cabeza.

—No. Eh... veamos... —se puso a contar con los dedos y dijo—: La enfadé, la enfurecí y al final conseguí que se marchara de aquí completamente disgustada.

Joe frunció los labios mientras asentía.

—Y todo eso, en sólo seis minutos. Impresionante.

—Pero ella me ha llamado fanático —dijo Harvard.

—Sí, bueno, tienes que admitir que has sido bastante cerrado en cuanto a que P.J. formara parte de este programa.

Demonios. Joe Cat también pensaba que él era un fanático.

Joe terminó su cerveza.

—Tengo que irme. La que llamaba era Ronnie. Frankie ha tenido una infección de oído durante estos últimos días, y ahora está vomitando el antibiótico. Voy a encontrarme con ella en el hospital en quince minutos.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¿Es algo grave?

—No, el niño está bien. Yo le digo a Ronnie que son cosas de bebés, que es normal, pero ella no va a poder dormir hasta que se lo diga un médico. Claro que, seguramente, tampoco dormirá entonces. Yo siempre le digo que se supone que es el bebé quien tiene que despertar a su madre por las noches, no al revés. Pero ella tiene una amiga que perdió un bebé por la muerte súbita. Espero que, cuando Frank cumpla dos años, sea capaz de dormir toda la noche.

Joe tomó su chaqueta del respaldo de la silla, donde la había colgado.

—¿Estás seguro de que no puedo ayudar en nada?

El capitán lo miró.

—Sí —le dijo—. Hay algo que sí puedes hacer: mantenerte alejado de P.J. Richards. Está claro que no os vais a hacer amigos.

Allí estaba aquella palabra otra vez. Amigos.

—Si hay algo que he aprendido como comandante —continuó Joe—, es que no se puede obligar a la gente a que se caiga bien.

Lo más gracioso de todo era que a Harvard le caía muy bien PJ. Le gustaba mucho.

—Espero, sin embargo, que no sea mucho pedir que trabajéis juntos con amabilidad —añadió Joe.

—Yo he sido amable —dijo Harvard—. Ella es la que se ha ido de aquí hecha una furia.

Joe asintió.

—Hablaré con ella mañana por la mañana.

—No, Cat... deja que yo maneje la situación.

Harvard no era un fanático, pero sí era culpable de haber generalizado y de no haber tenido en cuenta que había un pequeño grupo de población que



Suzanne Brockmann

era la excepción a la regla, y que quizá PJ. Richards estaba dentro de aquel pequeño porcentaje.

Corazón en peligro

Joe Cat miró a Harvard y sonrió.

—Ella te vuelve loco, pero no puedes estar lejos de ella, ¿verdad? Ay, Harvard, tienes problemas, tío.

Harvard negó con la cabeza.

—No, capitán, se equivoca. Lo único que quiero es hacerme amigo de la señorita.

Los dos sabían que estaba mintiendo descaradamente.



CAPÍTULO 6

—¿Y eso es una disculpa? —preguntó PJ., riéndose—. ¿Me dice que es culpable de tener la mente estrecha en lo referente a las mujeres, pero que sigue creyendo que tiene razón?

Harvard agitó la cabeza.

—No he dicho eso.

—Sí lo ha dicho. Estoy parafraseando, pero ése es el significado de su mensaje.

—Lo que he dicho es que pienso que hay mujeres que tienen, digamos, las tendencias agresivas necesarias para soportar la presión del frente, pero que son más la excepción que la generalidad.

—Hay muy pocas, quiere decir —dijo PJ., cruzándose de brazos—, prácticamente inexistentes.

Harvard se giró hacia un lado y después se volvió hacia ella de nuevo. Estaba intentando reprimir la frustración que sentía, eso había que concedérselo, pensó PJ.

—Mire, no he venido a discutir con usted. De hecho, quiero que encontremos la forma de llevarnos bien durante las seis semanas siguientes. Joe Cat es consciente de que hay problemas entre nosotros. Quiero que nos vea trabajando codo con codo sin esta nube de tensión que nos sigue. ¿Piensa que podríamos conseguirlo?

—¿El capitán lo sabe? —preguntó PJ.

Le dolían todos los músculos del cuerpo, así que finalmente cedió a la tentación de sentarse en el sofá de cuero del vestíbulo.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Harvard se sentó frente a ella.

—No es para tanto. Cuando se trata con tantas personalidades alfa, hay que suponer que a veces el grupo no funcionará a la perfección —dijo él, y la miró fijamente—. Pero creo que ninguno de los dos quiere salir de este programa. Los dos queremos permanecer aquí tanto como para hacer un esfuerzo extra, ¿no tengo razón?

—Sí —dijo ella con una sonrisa—. Por una vez.

Harvard también sonrió.

—Una broma. Mucho mejor que pelearse.

—Media broma —lo corrigió ella.

El sonrió todavía más, y P.J. vio su perfecta dentadura.

—Es un comienzo —dijo Harvard. P.J. aprovechó la oportunidad y le dijo: —En serio, jefe sénior, necesito que me trate como a una igual.

—Creía que lo había hecho.

—No. Siempre me está observando, vigilándome como si fuera una niña, asegurándose de que no me he separado del resto de los niños de la guardería.

Harvard negó con la cabeza.

—Yo no...

—Sí —dijo ella—. Sí lo hace. Siempre me pregunta si necesito ayuda. ¿Es demasiado pesada esa mochila, señorita Richards? Cuidado con el terreno, señorita Richards. Deje que le dé un empujón para subir al bote, señorita Richards.

—Eso sí lo he hecho —admitió Harvard—. Pero también ayudé a subir a Schneider y Greene.

—Quizá, pero no se lo anunció a todo el mundo como hizo conmigo.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Se lo anuncié a usted porque me parecía que debía avisarla antes de agarrarla del trasero.

Ella siguió mirándolo, negándose a ceder ante el azoramiento que le estaba coloreando las mejillas.

—Bueno, pues resulta que yo no necesito ayuda para subir al bote. Soy lo suficientemente fuerte como para subir por mí misma.

—Es más difícil de lo que parece.

—Pero yo no he tenido la oportunidad de averiguarlo, claro.

Tenía razón. Quizá debería haber dejado que averiguara que no podía subir al bote sin un empujón, pero ella no había podido averiguarlo, así que tenía razón. Harvard hizo lo único que podía hacer.

—Lo siento —dijo—. No debería haberme adelantado. Es sólo que las mujeres no tienen normalmente la fuerza necesaria en la parte superior del cuerpo como para...

—Yo sí —lo interrumpió ella—. Es una de las veces en las que mi tamaño me proporciona ventaja. Seguro que puedo hacer más flexiones que usted, porque tengo que levantar menos peso.

—Es cierto que pesa menos, pero también sus brazos son más pequeños.

—Eso no significa que no tenga músculos —P.J. se subió la manga de la camiseta y flexionó el bíceps—. Pruebe. Esto es músculo sólido.

Ella quería de verdad que le tocara el brazo.

—Vamos —le dijo P.J.

Harvard la tocó ligeramente; posó las yemas de los dedos sobre la firmeza de sus músculos. Tenía la piel caliente, suave. Y, cuando él movió los dedos, fue más una caricia que un examen de fuerza.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Se le quedó la boca seca, y al mirar hacia arriba, se dio cuenta de que todo lo que estaba pensando se le reflejaba en los ojos y que ella lo estaba viendo. La deseaba. No había discusión, no había dudas. Si ella decía «adelante», él no titubearía ni un segundo.

P.J. apartó el brazo como si se hubiera quemado.

—Mala idea, mala idea —dijo ella, como si estuviera hablando para sí, y reprendiéndose. Se puso en pie—. Tengo que irme a la cama. Usted también debería irse a descansar. Mañana debemos levantarnos muy temprano.

Harvard se apoyó en el respaldo del asiento mientras inspiraba profundamente. Después dejó escapar todo el aire de golpe.

—Quizá ése sea el modo de aliviar algo de la tensión que hay entre nosotros.

Ella lo miró con una expresión de cautela.

—¿Cuál?

—Usted y yo —dijo Harvard sin rodeos—. Acostarnos, sacarnos esta atracción del cuerpo. P.J. se cruzó de brazos.

—No sé por qué me imaginaba que iba a sugerirlo.

—Era sólo una idea.

Ella lo miró, y por cómo estaba sentado, y por cómo intentaba disimular el hecho de que estaba totalmente excitado por haberla tocado sólo un poco, comentó:

—Por algún motivo, me parece que es algo más que una idea.

—Con sólo decir una palabra, todo cambiará de ser una buena idea a ser la realidad —dijo él, observándola con una mirada ardiente—. Estoy preparado.

P.J. tuvo que carraspear antes de poder hablar de nuevo.

—Es una idea muy mala.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¿Está segura?

—Completamente.

—Sabe que sería estupendo.

—No, no lo sé —respondió ella con sinceridad.

—Bueno, yo sé que sería mejor que estupendo.

Parecía que él estaba dispuesto a quedarse allí sentado toda la noche, intentando convencerla de que lo hicieran.

Sin embargo, ella estaba más empeñada que él.

—No puedo hacerlo. No puedo ser despreocupada con algo tan importante como esto.

Señor, ojalá él supiera toda la verdad. P.J. se dio la vuelta hacia su habitación y él se puso en pie para seguirla.

—No me estoy imaginando esto —le preguntó en voz baja, con una expresión muy seria—, ¿verdad? Quiero decir... sé que usted siente lo que hay entre nosotros. Es demasiado poderoso.

—Hay una atracción, sí —admitió ella—. Pero eso no significa que tengamos que perder la prudencia y acostarnos. A usted ni siquiera le caigo bien.

—No es verdad —replicó Harvard—. Es al revés. Yo no le caigo bien. A mí me gustaría que fuéramos amigos.

P.J. se rió.

—¿Amigos que tienen relaciones sexuales? Qué idea más original. Estoy segura de que es el primer hombre a quien se le ocurre algo así.

—¿Quiere que sea algo platónico? Yo puedo hacer que sea platónico todo el tiempo que quiera.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Bueno, ésa es una gran palabra que yo no pensaba que conociera.

—Me licencié con honores en una de las universidades más duras del país —dijo Harvard—. Sé muchas palabras grandes.

—Mire —dijo ella—. No soporto el hecho de que me haya tratado como a una niña o como a un hombre inferior. Si de verdad quiere ser mi amigo, entonces, póngame a prueba. Lléveme al límite, vea lo lejos que puedo llegar antes de ponerme barreras imaginarias y encerrarme en ellas. O fuera.

Harvard asintió.

—No puedo prometer ningún milagro, pero lo intentaré.

—Es todo lo que pido.

—Bien —dijo Harvard, y le tendió la mano—. ¿Amigos, PJ.?

Ella iba a estrechársela, pero finalmente no lo hizo.

—Amigos, Harvard —accedió ella—, pero seremos amigos durante más tiempo si nos tocamos lo mínimo.

Harvard se echó a reír.

—No estoy de acuerdo.

PJ. sonrió.

—Sí, bueno, viejo amigo, no es la primera vez que no coincidimos, y estoy segura de que no será la última.

—Eh, Richards, ¿estás despierta?

—Ahora sí —dijo PJ.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Cerró los ojos y se dejó caer sobre la cama con el teléfono pegado a la oreja.

—Bien, me alegro, porque es demasiado temprano para dormir.

Ella abrió un ojo y miró el despertador.

—Jefe sénior, son más de las once.

—Sí, demasiado tarde para irse a dormir —dijo Harvard, con una voz insufriblemente alegre al otro lado de la línea—. Mañana no hay que estar en la base hasta las diez. Eso significa que es la hora de jugar. ¿Estás vestida?

—No.

—Bueno, ¿a qué estás esperando? Date prisa o van a empezar sin nosotros. Estoy en el vestíbulo. Ahora mismo subo.

—¿Empezar qué?

Sin embargo, Harvard ya había colgado. P.J. también colgó el auricular, aunque sin incorporarse. Se había acostado a las diez con la idea de dormir más de diez horas seguidas aquella noche. Lo necesitaba.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Richards, abre!

El muy tonto estaba en la puerta. P.J. cerró los ojos un poco más fuerte, con la esperanza de que se diera por aludido y se marchara. Ella sólo quería dormir.

Aquella semana había sido agotadora. El jefe sénior había cumplido su palabra y había dejado de distinguirla de los demás. P.J. ya no había tenido más empujones de ayuda ni más tratamiento especial. Estaba dejándose la piel, pero conseguía aguantar el ritmo. Por supuesto, los agentes de la FInCOM recibían un entrenamiento menos intenso que el que recibían normalmente los SEAL. Aquello era un paseo por el parque para el Escuadrón Alfa. Sin embargo, P.J. no estaba intentando convertirse en una SEAL. Estaba allí para aprender de



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

ellos, para saber cuál era el mejor modo de que la FInCOM y el país pudieran librar y ganar la guerra contra el terrorismo.

Harvard no había dejado de vigilarla, pero al menos, cuando la miraba, tenía el brillo de algo distinto en los ojos. Quizá no fuera aprobación, pero sí apreciación de algún tipo. Ella estaba haciendo las cosas mucho mejor que Farber, Schneider y Greene sin la ayuda de Harvard, y él lo sabía.

A ella le gustaba notar aquella admiración. Le gustaba mucho; demasiado.

—Vamos, Richards, no remolonees.

PJ. abrió los ojos y vio a Harvard junto a su cama. Parecía increíblemente alto.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó ella, que se había puesto alerta al instante; se incorporó y se sujetó la sábana contra la barbilla.

—Entrando.

—¡La puerta estaba cerrada!

Harvard se rió.

—Supuestamente. Vamos, tenemos que ir a una partida de cartas. Trae la cartera. Los chicos y yo vamos a sacarte todo el sueldo esta noche.

Una partida. Ella se apartó el pelo de la cara. Para alivio suyo, estaba vestida. Se había quedado dormida con la camiseta y los pantalones.

—¿Póquer?

—Sí. ¿Sabes jugar?

—Apostar es ilegal en este estado, y yo soy agente de la FInCOM.

—Muy bien. Puedes arrestarnos a todos, pero después de llegar a casa de Joe. Date prisa, ¿quieres? —le dijo Harvard, y se dirigió hacia la puerta.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Primero voy a arrestarte por allanamiento de morada —refunfuñó PJ.

No quería salir. Sólo quería quedarse dormida en aquella cama enorme. Sin embargo, se levantó rápidamente. Lo más seguro era estar alejada de la cama mientras Harvard estuviera en la habitación.

—Las cerraduras electrónicas son muy fáciles de forzar. Pasar a esta habitación no puede calificarse de allanamiento de morada —de repente, Harvard miró al techo y cerró los ojos—. Demonios, puedo sentirlo. Están empezando sin nosotros.

—¿Qué le parece a la pobre esposa del capitán que aparezcamos en su casa a estas horas de la noche?

—A Verónica le encanta el póquer. Ella también estaría jugando si no estuviera en Nueva York por trabajo. Vamos, Richards. Ponte el calzado.

—Tengo que vestirme.

—Ya estás vestida.

—No.

—Llevas camiseta y pantalones cortos. No es exactamente elegante, pero es muy práctico con este calor. Vamos, chica, ponte las zapatillas y...

—No puedo ir así.

—¿Es que quieres ponerte tu uniforme de Superwoman?

—Muy gracioso.

El sonrió.

—Sí, gracias. Algunas veces soy tan gracioso que me mondo yo mismo.

—No quiero ir con esta pinta de estar demasiado...

—¿Relajada? ¿Accesible? ¿Humana? Sí, en este momento pareces casi humana, PJ. Estás perfectamente vestida para pasar un rato jugando a las



Suzanne Brockmann

cartas con los amigos. Eso era lo que querías, ¿no te acuerdas? Un poco de amistad platónica.

Corazón en peligro

Accesible. Humana. En su trabajo, ella no podía permitirse demasiado ser así. Sin embargo, también sabía que tenía tendencia a ir hacia el otro extremo.

Además, sabía que Harvard había organizado aquella partida para ella. Iba a ir a casa de Joe Cat aquella noche y les iba a demostrar al resto de los miembros del Escuadrón Alfa que era aceptable ser amigo de una mequetrefe. De aquella mequetrefe en particular.

PJ. ni siquiera estaba segura de caerle bien del todo al jefe sénior. Sabía que aunque le hubiera demostrado que soportaba el ritmo del entrenamiento, él únicamente toleraba su presencia. Apenas.

Sin embargo, pese a todo, se había puesto de su parte aquella noche.

PJ. asintió.

—Gracias por invitarme. Voy a tomar un jersey y podemos irnos.

Aquello no era una cita.

El se sentía como si estuviera en una cita, pero no era así.

Harvard miró a PJ., que iba sentada al otro lado del asiento corrido de su furgoneta.

—Hoy lo has hecho muy bien —dijo para romper el silencio.

Ella había salido airoso del ejercicio de aquella tarde. El equipo de la FInCOM había recibido información de Inteligencia, que le señalaba la situación de un supuesto campamento terrorista en el que se encontraba, también supuestamente, el arsenal del grupo.

P.J. le sonrió. Demonios, qué guapa era cuando sonreía.



Suzanne Brockmann
—Gracias.

Corazón en peligro

Había usado con destreza el ordenador para acceder a toda la información sobre aquel grupo de terroristas. Había investigado más que los otros agentes, y había averiguado que los terroristas no mantenían las municiones en el mismo sitio más de una semana. Por las fotografías de satélite, se había dado cuenta de que los terroristas estaban a punto de moverse.

Los otros tres mequetrefes habían recomendado esperar otra semana para disponer de más reconocimientos hechos por el satélite antes de decidir otra cosa.

PJ. había redactado órdenes prioritarias para que el equipo de SEAL y agentes de la FInCOM hicieran una operación de inteligencia sobre el terreno. Sus órdenes indicaban que el equipo debía llevar el explosivo suficiente como para volar el arsenal si realmente se encontraba allí. También había cursado una petición especial para la Oficina Nacional de Reconocimiento para que reposicionaran un Satélite KeyHole que monitorizara y grabara cualquier posible movimiento de las armas.

Sólo había una cosa que Harvard hubiera hecho de forma diferente: no se habría molestado en poner en marcha el equipo combinado de SEAL y agentes de la FInCOM. Habría enviado sólo a los SEAL.

Pero si funcionaba el plan de Joe Cat, para cuando P.J. Richards terminara aquel entrenamiento de ocho semanas, se daría cuenta de que añadir agentes de la FInCOM al Escuadrón Alfa era como echar abono de mono a una máquina perfectamente engrasada.

Harvard esperaba que así fuera. No le gustaba trabajar con incompetentes como Farber. Y, aunque lo había estado intentando, no podía pasar por alto el hecho de que PJ. fuera una mujer. Era lista, era fuerte, pero era una mujer. Harvard no pensaba permitir que formara parte de su equipo. Alguien terminaría muriendo, y seguramente sería él.

Harvard miró a P.J. mientras detenía la furgoneta frente a la casa de Joe Cat.

—¿Jugáis a menudo al póquer? —le preguntó ella.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—No, normalmente preferimos el escondite inglés.

Ella intentó no sonreír, pero no pudo evitarlo, al imaginarse a los miembros del Escuadrón Alfa por el césped del jardín de Joe Cat, inmóviles en diferentes posturas.

—Hoy estás hecho todo un cómico.

—No se puede ser jefe sénior sin sentido del humor —le dijo él—. Es un requisito imprescindible para el puesto.

—¿Y por qué eres jefe sénior? ¿Por qué no eres teniente, por ejemplo? ¿Por qué no seguiste por el camino de los oficiales? Quiero decir, si realmente fuiste a Harvard...

—Realmente fui a Harvard —dijo él—. ¿Y por qué jefe sénior? Porque quería. Estoy exactamente donde quiero estar.

Había una historia detrás de aquella decisión, y Harvard se dio cuenta, por la mirada de PJ., que ella quería saberla. Pero por mucho que le gustara la idea de quedarse allí, en la tranquila penumbra de la noche, hablando con ella, su misión era llevarla a la casa de Joe y seguir construyendo aquella amistad que habían comenzado casi una semana antes.

Los amigos jugaban a las cartas.

Los amantes se sentaban en la oscuridad y compartían secretos.

Harvard abrió la puerta de la camioneta.

—Bueno, vamos.

—Entonces, ¿jugáis a menudo al póquer? —insistió ella mientras llegaban a la puerta principal.

—No, en realidad no —admitió Harvard—. No tenemos mucho tiempo para jugar.

—Entonces, ¿esta partida es por mí?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

El la miró a los ojos. Demonios, era preciosa.

—Creo que es para beneficio de todos —le dijo con sinceridad, y sonrió—. Deberías sentirte honrada. Eres la primera mequetrefe con la que jugamos al póquer.

—Odio que me llames eso —dijo PJ., con resignación, porque sabía que él no iba a dejar de hacerlo—. Y esto no es ningún honor. Es para estrechar la relación, ¿no es así? Por algún motivo, has decidido que me necesitas como parte del equipo —añadió, y entornó los ojos especulativamente—. Es por el interés del Escuadrón Alfa, ¿no? Pero, ¿por qué?

Ella era muy guapa, pero ni la mitad de guapa que de lista.

Harvard abrió la puerta de la casa y entró.

—No seas desconfiada. Eso sólo es una partida de póquer entre amigos. Ni más ni menos. Ella soltó un resoplido. —Sí, claro. Lo que usted diga, jefe sénior.



CAPÍTULO 7

PJ. Llegaba tarde.

Un camión se había quedado cruzado en la carretera principal que llevaba a la base, y ella había tenido que dar un gran rodeo para llegar.

Tomó la bolsa de ropa deportiva del maletero de su coche de alquiler y salió corriendo hacia el campo donde cada día se reunían los SEAL y los agentes de la FInCOM para comenzar el día corriendo unos cuantos kilómetros.

Todos la estaban esperando.

Farber, Schneider y Greene habían salido del hotel sólo unos minutos antes que ella. PJ. los había visto entrar al coche de Farber y salir del aparcamiento mientras bajaba de su habitación en el ascensor de cristal exterior. Debían de haber atravesado aquel punto de la carretera un momento antes de que quedara cerrada.

—Siento llegar tarde —dijo, sin aliento—. Ha habido un accidente que ha bloqueado la...

—Olvídalo. No importa —dijo Harvard, sin mirarla apenas—. ¿Estamos listos? Pues comencemos.

Para Harvard, la impuntualidad era el pecado original. No había ninguna excusa. Ella se había esperado que la reprendiera de manera amable, incluso que hubiera insinuado que un hombre no habría llegado tarde.

Pero no había gastado ninguna broma.

¿Qué le ocurría?

Desde la partida de póquer, PJ. había disfrutado de la amistad relajada de los hombres con los que había jugado. Crash estaba allí, aunque ella pensó que era tan extraño para los demás como ella. Y el callado teniente al que



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

llamaban Blue; la versión del equipo de Laurel y Hardy, Bobby y Wes, también. Incluso el mismo capitán, cuyo precioso bebé de aspecto angelical estaba dormido en la habitación que había al final del pasillo, había ocupado uno de los asientos de la mesa de juego.

P.J. había ganado. Había elegido una versión del juego llamada Tennessee. La forma arriesgada del juego, de castigos y recompensas altos, había encantado a los SEAL, y habían jugado varias rondas aquella velada.

PJ. había ganado todas ellas.

En aquel momento, dejó su bolsa en el suelo y siguió mientras Joe Cat se quedaba un poco rezagado para esperarla. Los otros hombres ya estaban en marcha.

—Siento muchísimo haber llegado tarde —dijo de nuevo.

—Yo he llegado cuarenta y cinco segundos antes que tú —dijo el capitán—. Supongo que Harvard ha pensado que no podía gritarte a ti después de no haberme gritado a mí.

Se estaban moviendo a un buen ritmo. Era rápido, pero no demasiado rápido, sólo lo suficiente para que P.J. tuviera que prestar atención a su respiración. No quería estar jadeando, sin poder hablar, cuando llegaran a su destino.

—¿Te grita el jefe sénior? —le preguntó a Joe Cat.

—Algunas veces —dijo él, sonriendo—. Pero nunca en público, por supuesto.

Corrieron en silencio durante un rato. La gravilla crujía bajo sus pies, y aquél era el único sonido.

—¿Está bien su padre? —preguntó finalmente P.J.—. No vi ayer a Harvard en todo el día, y hoy parece que está muy preocupado. ¿Ocurre algo?

Intentó que la pregunta sonara despreocupada, como si sólo estuviera charlando, como si no se hubiera pasado un buen rato la noche anterior



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

pensando en Harvard, preguntándose por qué no había estado presente durante la cena.

Sólo habían recorrido un kilómetro y medio, pero ella ya estaba calada de sudor. Aquel día el ambiente estaba muy húmedo. El aire la envolvía como si fuera una manta mojada.

—Su padre está bien —dijo Joe—. H. ha tenido otros asuntos personales. Creo que por eso está tan monosilábico esta mañana; hoy es el día de la mudanza.

—¿Mudanza?

—Los padres de Harvard se mudan de casa. No es que él me lo haya dicho, pero creo que se siente mal por no poder estar ayudando. Por no mencionar que está muy triste por el hecho de que se vayan de Massachusetts. Durante muchos años, su familia ha vivido en una enorme casa antigua con vistas al mar, en Boston. Yo fui a su casa varias veces con él antes de que sus hermanas empezaran a casarse y a marcharse. Tiene una familia estupenda, gente cariñosa y amable. Él se crió en esa casa. Tiene muchos recuerdos.

—¿Vivió en la misma casa durante casi toda su vida? Dios Santo, yo me mudé cinco veces en un año. Y eso sólo el año que cumplí doce.

—Sé a lo que te refieres. Mi madre y yo éramos profesionales mandando tarjetas de cambio de dirección. Pero H. vivió en el mismo sitio desde que era un niño hasta que se marchó a la universidad. Increíble, ¿eh?

—Y además, sus padres están vivos y siguen juntos —PJ. sacudió la cabeza—. ¿No sabe la suerte que tiene? A menos que también tenga un secreto disfuncional oscuro y profundo que yo no conozco.

—No creo, pero no estoy cualificado para responder esa pregunta. Creo que es mejor que Harvard hable de esas cosas, ¿sabes?

—Claro —dijo ella rápidamente—. No quería ponerte en una situación incómoda.

—Sí, lo sé —dijo él—. Y yo no quería que sonara como si te estuviera diciendo que te metieras en tus propios asuntos. Porque no es así.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

PJ. se echó a reír sin poder remediarlo.

—Vaya, me alegro de que hayamos aclarado eso.

—Es que... sólo estoy especulando. No quería confundirte de ningún modo.

—Lo sé. No me confundes —dijo P.J., y cuando él la miró, se sintió obligada a aclarar—: El jefe sénior y yo sólo somos amigos.

Joe Catalanotto se limitó a sonreír.

—Conozco a Harvard desde hace mucho tiempo, tanto como a Blue —dijo después de que hubieran corrido otro kilómetro y medio en silencio.

—Sí, me dijiste que el teniente McCoy y tú fuisteis compañeros durante el entrenamiento BUD/S, ¿no es así?

—Sí, fuimos compañeros de natación.

Compañeros de natación. Eso significaba que Joe Cat y Blue habían sido asignados para trabajar juntos durante el entrenamiento para convertirse en SEAL. Por lo que PJ. sabía sobre el riguroso entrenamiento, especial, tenían que convertirse en algo parecido a hermanos de sangre, fiarse de los puntos fuertes del compañero y suplir sus carencias y debilidades. No era de extrañar que, después de tantos años de trabajo codo con codo, los dos hombres pudieran comunicarse con una sola mirada.

—H. estaba en nuestra clase de graduación —le dijo Joe—. De hecho, él formó parte de nuestro equipo de bote durante la Semana del Infierno. Una parte vital.

—¿Quién era su compañero de natación?

—El compañero de Harvard dejó los SEAL justo antes de que llegara nuestro turno de llevar nuestro IBS hasta las rocas del Hotel Del Coronado.

—¿IBS?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Es un bote hinchable de tamaño pequeño —dijo Joe—. Y el término pequeño es relativo. Pesa unos ciento veinticinco kilos y puede albergar a siete hombres. El equipo lo lleva por todas partes durante la Semana del Infierno. Cuando llegó el momento de que arribáramos al muro de rocas, sólo éramos cuatro hombres, todos alistados, y aquello pesaba endemoniadamente. Pero conseguimos llegar al final. ¿Alistados?

—¿Blue y tú no empezasteis como oficiales? Joe subió el ritmo.

—No. Los dos nos alistamos. Nos abrimos paso desde el comienzo.

—¿Y por qué Harvard no tomó ese camino? —preguntó ella, y añadió rápidamente—: Es por curiosidad.

El capitán asintió, pero no pudo evitar una sonrisa.

—Supongo que no quería ser oficial. La Escuela de Candidatos de Oficial se puso en contacto con él muchas veces, tantas que parecía una broma. De hecho, durante el entrenamiento básico BUD/S, lo emparejaron con un teniente. Me parece que fue un intento de conseguir que se diera cuenta de que era un magnífico oficial en potencia.

—Pero el teniente lo dejó.

—Sí. Para Harvard fue un golpe muy fuerte. El pensó que debería haber sido capaz de apoyar a su compañero e impedir que lo dejara. Pero para todos nosotros estaba muy claro que H. había estado cargando con aquel tipo desde el principio. Matt, creo que se llamaba, habría salido del entrenamiento muchas semanas antes de no haber estado con Harvard.

—Supongo que entonces, Harvard ya era un jugador de equipo —dijo PJ.

Tenía toda la camiseta empapada en sudor, y las piernas y los pulmones estaban empezando a quemarle, pero el capitán no mostraba ninguna señal de aminorar el ritmo de la marcha.

—Exactamente —dijo Joe, que no parecía corto de aliento mientras seguía corriendo—. Se sentía mal al pensar que estaba fallándole a Matt, pero en realidad, era Matt el que le había estado fallando desde el primer día. Los compañeros de natación tienen que equilibrar sus fuerzas y sus debilidades. No



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

vale que uno lo dé todo y el otro se limite a apoyarse en él. Aunque Harvard consideró el abandono de Matt como un fracaso personal, todos los demás nos dimos cuenta de que era muy beneficioso. Ya es lo suficientemente difícil superar el adiestramiento de un SEAL como para tener que hacerlo con un hombre ahogado a la espalda.

PJ. veía a Harvard a la cabeza del grupo; se había quitado la camiseta, y sus músculos poderosos brillaban de sudor. Se movía como un bailarín; sus pasos eran gráciles y seguros. Al mirarlo, parecía que correr no requería esfuerzo.

Cuando Joe Cat subió el ritmo un poco más, a P.J. comenzó a resultarle difícil correr y hablar al mismo tiempo.

El capitán mantuvo silencio mientras adelantaron primero a Schneider y a Greene y después a Tim Farber, pero no era porque no pudiera hablar. Cuando estuvieron fuera de su radio de escucha, él se volvió y sonrió a PJ.

—Mi abuela podría adelantar a esos tipos.

—¿Cuánto vamos a correr hoy? —preguntó PJ. cuando pasaron la marca de los ocho kilómetros. Sus palabras surgieron entrecortadas.

—Lo que quiera Harvard.

Y no parecía que Harvard fuera a parar pronto. De hecho, cuando PJ. lo miró, él incrementó el ritmo.

—¿Sabes? Antes yo era más rápido que Harvard —le dijo Joe—, pero entonces él se afeitó la cabeza y se libró de la resistencia al viento.

P.J. se echó a reír.

—Así que le pregunté a Ronnie, tú qué piensas, ¿me afeito también la cabeza? Y ella me dijo que de ninguna manera. Yo le pregunté que por qué; ella siempre está hablando de lo atractivo que es Harvard, y de que las mujeres caen a sus pies, y a mí me parecía que quizá yo también debería adoptar ese look tan limpio. Así que va ella y me dice que le gusta mucho que lleve el pelo largo, como lo que ella llama el estilo de las portadas de las novelas románticas. Pero yo no puedo dejar de pensar en la resistencia al viento, hasta



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

que ella me da por fin la noticia de que si yo me afeitara la cabeza, no estaría atractivo. Parecería un dedo gordo del pie enorme y blanco.

PJ. soltó una carcajada, intentando imaginárselo sin pelo, y dando con una imagen muy similar a la que había descrito su esposa.

Joe estaba sonriendo.

—No hay que decir que tengo la maquinilla de afeitar bien guardada en el armario del baño.

Cada vez que oía el sonido melódico de la risa de PJ., Harvard apretaba los dientes.

Era como si ella estuviera coqueteando con Joe, y Harvard se sentía celoso. No sólo de eso, sino de cualquier tipo de amistad que hubieran podido trabar P.J. y el capitán. Estaba teniendo muy mal día.

Tomó un atajo hacia la base, sabiendo que aquel día podría correr sin parar y no conseguiría sentirse mejor. Corrió rápidamente, marcando un ritmo que sabía que haría polvo a los tres mequetrefes.

No tenía duda, sin embargo, de que PJ. lo soportaría. Siempre que corría, tenía una mirada que él había visto en muchos candidatos a SEAL cuando llegaban hasta el final del entrenamiento BUD/S. Como ellos, EJ. tendría que estar muerta y enterrada antes de rendirse.

Casi era una lástima que PJ. fuera una mujer. Tal y como ella misma había dicho, era una de las mejores tiradoras de toda la FInCOM. Era buena, era dura, pero era una mujer.

Por mucho que él lo intentara, no podía aceptar que hubiera un lugar para las mujeres en las situaciones de combate. Cuanto antes la ascendieran y la sacaran del campo de batalla, mejor.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Corrió más rápidamente y para cuando llegaron hacia la última recta antes de llegar al final, Lucky lo estaba maldiciendo a cada zancada. Bobby y Wes estaba quejándose en estéreo cuando Harvard se detuvo. Incluso Blue y Joe Cat estaban sin respiración.

P.J. intentaba disimular que le faltaba el aliento, pero se inclinó hacia delante con la cabeza agachada y las manos en las rodillas.

Harvard la agarró de la camiseta y tiró de ella hacia atrás para que se colocara en una posición más vertical.

—Sabes muy bien que no debes situar la cabeza en un punto más bajo que el corazón después de correr así —le dijo con aspereza.

—Lo siento —dijo ella con un jadeo.

—A mí no me pidas disculpas. Yo no soy la persona cuya reputación va a sufrir cuando cumplas las expectativas de todo el mundo y te desmayes como una señorita.

Ella echó chispas por los ojos.

—Y yo no soy el machote estúpido que tenía que demostrar alguna idiotez masculina haciendo que el equipo lo siga corriendo a la máxima velocidad que podía.

—Créeme, cariño —dijo él, con una sonrisa forzada, para asegurarse de que ella captara el doble sentido de sus palabras, y después, bajo la voz—: Sólo tienes que decir la palabra necesaria, y te haré una demostración en privado.

P.J. entrecerró los ojos y frunció los labios. Entonces, Harvard se dio cuenta de que había ido demasiado lejos.

—¿Qué te pasa hoy?

Harvard comenzó a darse la vuelta, pero ella lo detuvo, posándole una mano sobre el antebrazo, sin preocuparse de que él estuviera sudoroso.

—¿Estás bien, Daryl? —le preguntó en voz baja.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Entre la mirada de enfado e impaciencia de los ojos de PJ., él vio también una profunda preocupación.

Harvard soltó un suave juramento.

—Lo siento, Richards, me he salido del tiesto. Pero... aléjate, ¿de acuerdo? Hoy no soy la mejor compañía.

Miró hacia arriba y vio que Joe Cat se había acercado.

—Voy a dar el resto de la mañana libre al equipo —dijo el capitán—. Nos veremos en la cabana Quonset después de la comida.

Harvard sabía que Joe les estaba dando tiempo libre por él. Joe sabía que Harvard necesitaba unas cuantas horas para aclararse la cabeza.

No debería ser así; él tenía mucha experiencia, era demasiado profesional como para deprimirse a aquellas alturas de su vida. Sin embargo, antes de que pudiera protestar Joe Cat se alejó.

—¿Quieres dar un paseo? —le preguntó PJ. a Harvard.

Sin embargo, no le dio oportunidad de responder. Le tiró del brazo e hizo un gesto con la barbilla, señalando el camino por el que habían corrido.

—Vamos.

Después, tomó varias botellas de agua de su bolsa de deporte y le dio una a él. Harvard la abrió y dio un largo trago.

—¿Es que quieres psicoanalizarme, Richards?

—No. Sólo voy a escuchar. Es decir, si quieres hablar.

—No quiero hablar.

—Muy bien. Entonces, sólo caminaremos.

Anduvieron en silencio durante un kilómetro y medio, y después, tres. Pero cuando llegaron a cinco kilómetros, ella tomó la pasarela de madera que



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

había a la derecha y bajó a la playa. Él la siguió en silencio, observando cómo se sentaba en la arena y comenzaba a quitarse las zapatillas de deporte.

P.J. lo miró.

—¿Quieres bañarte?

—Sí.

Harvard se sentó a su lado y se descalzó.

P.J. se quitó la camiseta. Llevaba un sujetador deportivo gris, que le cubría mejor que cualquier biquini, pero al verla, al ver toda aquella piel suave y perfecta, Harvard recordó muy bien que no estaba dando un paseo con uno de los chicos.

—Mira —le dijo P.J.—. Prácticamente, puedo escurrir la camisa.

Harvard se esforzó por mantener la vista apartada de su pecho, que se le dibujaba bajo la gruesa tela gris. No era muy voluminoso, pero lo que había era una preciosidad.

Sin embargo, él intentó no pensar en ello. Si seguía por aquel camino, sólo iba a tener problemas.

—Vamos —le dijo P.J. Se puso en pie y le tendió la mano.

El tuvo ganas de retenerla, de entrelazar los dedos con los de ella, pero ella se soltó y corrió sin esfuerzo hacia la orilla. Después se tiró a las olas y apareció un poco más adelante, entre la espuma del mar.

Harvard se unió a ella en aquel lugar calmado. Había corriente y resaca, pero P.J. había demostrado sus dotes para la natación en varias ocasiones durante las pasadas semanas. Él no dudaba de su capacidad para mantenerse a flote.

Ella se apartó el pelo de la cara y se ajustó la coleta.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¿Sabes? No aprendí a nadar hasta el año pasado.

—¡No puede ser cierto! —exclamó Harvard, completamente sorprendido.

—Me crié en Washington D.C. En el centro. La única vez que vivimos cerca de una piscina, estuvo cerrada ocho meses por reformas. Cuando la abrieron, ya nos habíamos mudado —dijo ella con una sonrisa—. Cuando era pequeña, hacía que nadaba en la bañera.

—¿Tus padres no te llevaron nunca a la playa en verano?

RJ. se rió.

—No, no vi el mar hasta que hice un viaje con la clase del instituto a Delaware. Quería dar clases de natación en la universidad, pero al final no lo hice. Y después, me asignaron este trabajo. Me pareció que si iba a trabajar con los Navy SEAL era buena idea aprender a nadar. Y tenía razón.

—Yo aprendí a nadar cuando tenía seis años —le dijo Harvard—. Fue el verano en que...

Ella esperó, y como él no continuó hablando, preguntó:

—¿El verano que qué?

Harvard sacudió la cabeza, pero ella no lo dejó pasar.

—El verano en que decidiste que serías marine y SEAL —aventuró.

Harvard notó la agradable sensación del agua fresca contra la piel cálida. Se puso a flotar sobre la superficie.

—No. Hasta que terminé la universidad, pensaba que sería profesor de literatura inglesa, como mi padre.

—¿De verdad?

—Sí.

Ella lo miró.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Estoy intentando imaginarme cómo serías con gafas y una americana con coderas de ante, y quizá con una pipa —dijo, y se rió—. Pero no consigo borrar el M-16 que llevas al hombro, y la combinación es interesante.

—Sí, sí —dijo él, moviéndose perezosamente—. Ríete todo lo que quieras. Las chicas se mueren por los tipos que saben recitar a Shakespeare. Además, ¿quién sabe? Quizá un día decida usar mi licenciatura en enseñanza.

—Seguro que con el M-16 mantendrás a los estudiantes a raya.

Harvard se echó a reír.

—Bueno, nos estamos apartando de lo principal —dijo PJ.—. Aprendiste a nadar cuando tenías seis años, ¿y ése fue el verano en que ganaste tu primer millón de dólares en la bolsa?

—No.

—Mmm. ¿El verano en que tuviste tu primera cita? Harvard se rió nuevamente.

—Tenía seis años.

Ella sonrió.

—Pareces precoz. Fue el verano en que...

—Fue el verano en que mi familia se mudó a nuestra casa de Hingham —la interrumpió Harvard—. Mi padre decidió que si íbamos a vivir a una manzana del mar, todos debíamos aprender a nadar.

RJ. se quedó silenciosa.

—¿Es la misma casa de la que se están mudando hoy tus padres? —le preguntó finalmente.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Joe Cat.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

P.J. había estado hablando de él con Joe. Harvard no sabía si sentirse contento o molesto. Se alegraría de saber que ella había estado haciendo preguntas sobre él; sin embargo, se sentiría molesto si Cat hubiera estado haciendo de casamentero.

—¿El capitán se ha acercado a ti y te ha contado las últimas noticias? ¿Que el padre y la madre de Harvard se mudaban hoy?

—No. Me lo dijo porque yo le pregunté si sabía el motivo de que tuvieras tan malas pulgas.

Entonces, P.J. se colocó sobre una ola y dejó que la arrastrara hasta la orilla como si fuera una profesional del surf, como si llevara haciéndolo toda la vida.

Ella se lo había preguntado a Joe. Harvard la siguió fuera del agua sintiéndose complacido.

—No es para tanto. Me refiero al hecho de que se muden. Me estoy comportando como un crío.

P.J. se sentó en la arena, se inclinó hacia atrás y se apoyó sobre los codos mientras estiraba las piernas.

—¿Cuánto tiempo vivieron tus padres en la misma casa? ¿Treinta años?

—Más o menos.

Harvard se sentó a su lado y miró al mar para no dejar que sus ojos se clavaran en las piernas de P.J. Demonios, tenía unas piernas estupendas. Era imposible no mirar, pero se dijo que no pasaba nada, porque se iba a asegurar de no tocarla. Por mucho que lo deseara.

—No eres ningún crío. Es algo importante —le dijo ella—. Puedes permitir que te afecte. El la miró a los ojos, y ella asintió. —Puedes —repitió P.J.

—Verás... es algo muy estúpido —dijo Harvard—. He empezado a tener pesadillas. Me veo como un niño de diez años otra vez, y voy caminado a casa desde el colegio. Cuando llego, me encuentro la puerta cerrada, así que llamo, y sale una señora desconocida a decirme que mi familia se ha mudado, pero



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

que no sabe a donde han ido. Y no quiere dejarme entrar. Me siento perdido, como si todo aquello con lo que contaba hubiera desaparecido... es una tontería —repitió—. En realidad, llevo años sin vivir en esa casa. Y sé dónde van a ir mis padres. Tengo la dirección y el teléfono nuevos. No sé por qué todo esto me agobia tanto.

Se tumbó en la arena y se quedó mirando al cielo.

—Es una oportunidad muy buena para mi padre —continuó—. Ojalá hubiera podido tener tiempo para ir y ayudarlos con la mudanza.

—¿Dónde van a mudarse? —le preguntó EJ.

—A Phoenix, Arizona.

—Allí no hay mar.

—Eso no debería importar. Es a mí a quien le gusta el mar, y yo ya no vivo con ellos.

—¿Dónde vives?

Harvard no pudo responder sin pensar antes.

—Tengo un apartamento amueblado aquí en Virginia.

—Eso sólo es un alojamiento temporal. ¿Dónde tienes tus cosas?

—¿Mis cosas?

—Tu cama. Tu mesa de la cocina. Tu colección de sellos. No sé, tus cosas.

—No tengo cama ni mesa de la cocina. Y el último sello lo usé para enviarle una carta a mi hermana pequeña a la Universidad de Boston.

—¿Y tus libros? —dijo PJ.—. ¿Dónde los tienes?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—En una cámara de temperatura controlada en un guardamuebles de Coronado, California —dijo él, y se rió—. Demonios, soy patético. Quizá debería comprarme un letrero para la puerta que diga «Hogar dulce hogar».

—¿Estás seguro de que alguna vez te mudaste de casa de tus padres? —le preguntó ella.

—Quizá no —admitió Harvard, con los ojos cerrados—. Pero si ése era el caso, me mudo hoy, ¿no? Quizá por eso me siento tan mal. Es el final simbólico de mi niñez. Tenía que suceder más tarde o más temprano, teniendo en cuenta que dentro de cuatro años cumpliré cuarenta —él la miró, y el buen humor había iluminado sus ojos.

Harvard era un hombre muy guapo. Su cuerpo no podía ser más perfecto, como si lo hubiera esculpido un gran artista. Sin embargo, eran sus ojos lo que mantenían despierta a P.J. por las noches. Había muchas cosas escondidas en aquellas profundidades castañas.

Había sido un movimiento atrevido por su parte el hecho de sugerirle que fueran a dar un paseo a solas. Con cualquier otro, P.J. se lo habría pensado dos veces. Sin embargo, con cualquier otro los límites de la amistad no eran tan difíciles de definir.

En lo referente a aquel hombre, P.J. estaba dispuesta a transgredir sus propias normas. Y aquello era algo nuevo para ella. Un sentimiento peligroso.

—La casa de Hingham tenía muchos desperfectos —le dijo Harvard—. Había goteras en el techo de la cocina. Por mucho que intentáramos arreglarlo, en cuanto había tormenta teníamos que poner un cubo debajo para recoger el agua. Las tuberías hacían ruido, y las ventanas no cerraban bien y dejaban pasar el aire. Mis hermanas siempre estaban ocupando el teléfono. La solución de mi madre para todo aquello era servir una buena comida, y mi padre estaba tan inmerso en Shakespeare la mayor parte del tiempo que no sabía en qué siglo estaba.

Estaba intentando hacer bromas, intentado salir de la tristeza, intentando fingir que no tenía importancia.

—Estaba impaciente por marcharme de allí, ¿sabes? Quería irme a la universidad.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¿Sabes esa pesadilla que tienes? —le preguntó ella. El asintió.

—Bueno, a mí no me ocurrió exactamente así —le dijo P.J.—. Pero un día llegué a casa del colegio y me encontré todos los muebles en la acera. Nos habían desahuciado, y mi madre se había ido. No se había enfrentado a la noticia intentando buscar otro apartamento, sino yéndose de juerga.

El se sentó de golpe.

—Dios mío.

—Yo tenía doce años. Mi abuela había muerto tres meses antes, y sólo estábamos mi madre, Cheri, y yo.

No sé lo que hizo Cheri con el dinero del alquiler, pero me lo imagino. Recuerdo aquel día como si fuera ayer. Tuve que rogarles a los vecinos que nos cuidaran algunos muebles, los que no nos habían roto o robado. Tuve que elegir la ropa que podía llevarme y la que tenía que dejar allí. No podía llevarme libros ni juguetes, y nadie tenía sitio para guardarme las cosas, así que las metí en un callejón con la esperanza de que siguieran allí cuando encontráramos otro sitio para vivir. Aquella noche llovió, y nunca me molesté en volver. Sabía que las cosas que había guardado se habían estropeado. Supongo que me imaginé que ya no me servirían de nada los juguetes, de todos modos.

P.J. hizo una pausa y respiró profundamente.

—Sin embargo, aquella mañana, metí toda la ropa que podía llevar en bolsas de la compra y me fui a buscar a mi madre. Tenía que encontrarla para que buscáramos un sitio donde dormir aquella noche. Si intentaba ir sola, los servicios sociales me tomarían bajo su tutela. Y, por muy mal que fueran las cosas con Cheri, tenía miedo de que fueran peor.

Harvard juró en voz baja.

—No te cuento esto para que te sientas peor. Sólo quiero que sepas que tienes mucha suerte, Daryl. Tienes un pasado sólido. Deberías alegrarte y dejar que te fortalezca.

—Tu madre...



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Mi madre era drogadicta —le dijo P.J.—. Y no me preguntes por mi padre. Creo que ni siquiera mi madre sabía quién era. Cheri tenía catorce años cuando me tuvo. Y su madre tenía dieciséis cuando la tuvo a ella. Yo hice las cuentas y me apercibí de que si seguía la tradición familiar, sería madre a los doce años. Esa es la infancia de la que escapé, aunque por poco. Pero si hay una cosa que aprendí de Cheri, es a tener un fuerte contacto con la realidad. Estoy donde estoy hoy día porque miré a mí alrededor y pensé que no iba a seguir ese camino. Así que, en cierto modo, yo también valoro mi pasado. Sin embargo, no siento tanta alegría por él como deberías estar sintiendo tú.

—Demonios —dijo Harvard—. Comparado contigo, yo me crié en el paraíso. Ahora sí que me siento como un crío llorón.

P.J. miró el océano que se extendía hasta el horizonte. Le encantaba saber que continuaba y continuaba y continuaba, que seguía hasta más allá del punto en que la Tierra se curvaba, y que ella ya no podía verlo.

—He empezado a considerarte un amigo —le dijo a Harvard—, así que me gustaría advertirte que sólo tengo amistades libres de sentimiento de culpabilidad. No puedes tomar nada de lo que te he dicho y usarlo para quitarle valor a tus cosas malas. Todo el mundo tiene su propio bagaje, ¿no? Y los amigos no deberían poner su maleta junto a la de otro y decir que la otra es más grande, o más pequeña, o que no importa —le explicó con una sonrisa—. Yo viajo con una nevera vieja, y está llena. No la tires, y yo estaré bien. La tuya, por otra parte, es una maleta de lujo. Pero la mudanza de tus padres ha roto la cerradura, y ahora tienes que ordenarlo todo antes de poder arreglarla.

Harvard asintió, sonriendo.

—Es una forma muy poética de decirme que no haga un concurso de desgracias, porque ganarías por goleada.

—Eso es. Aunque también te estoy diciendo que no tienes por qué fustigarte porque te cause tristeza que tus padres dejen la ciudad donde has crecido —prosiguió P.J.—. Es lógico que eches de menos tu casa. Pero, al mismo tiempo, tienes que estar alegre. Piénsalo. Has tenido un sitio al que puedes llamar hogar, y a tu familia, que formó un hogar feliz durante todos aquellos años. Tienes recuerdos, recuerdos buenos que siempre podrás revisar, con los que siempre podrás consolarte. Sabes lo que significa tener una casa, cuando la



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

mayoría de la gente del mundo va por ahí flotando, sin saber lo que echan de menos, pero echándolo de menos de todos modos.

Ya estaba. Le había dicho todo lo que quería decirle. Sin embargo, él se había quedado tan callado que PJ. se preguntó si había ido demasiado lejos. Ella era la reina de las familias disfuncionales. ¿Qué sabía ella de lo normal? ¿Qué derecho tenía a hablarle de su visión del mundo con tanta autoridad?

Harvard carraspeó.

—¿Dónde vives tú ahora, PJ.?

—Tengo un apartamento en Washington D.C., pero casi nunca paso por allí. Soy una de esas personas que flotan. Todavía no he deshecho la mayoría de las cajas de la universidad. Ni siquiera he buscado los muebles para el piso, aunque sí tengo una cama y una mesa para la cocina —le dijo con una sonrisa—. No necesito terapia extensiva para saber que mi instinto de permanencia no está desarrollado. Supongo que es algo que conservo de cuando era niña. Aprendí a no vincularme a ningún lugar porque, más tarde o más temprano, el casero nos echaría y tendríamos que ir a vivir a otra parte.

—Si pudieras ir a vivir a cualquier parte del mundo, ¿a donde irías?

—No me importa dónde, siempre y cuando no sea el centro de una ciudad —dijo P.J. sin titubear—. En una casa pequeña con jardín. No tiene que ser grande, lo necesario para tener flores. Nunca he vivido lo suficiente en un sitio como para ver crecer un jardín —añadió con melancolía.

Harvard estaba subyugado por la imagen de PJ. en aquel momento. Acababa de correr más de doce kilómetros a un ritmo que había hecho jurar a sus hombres, y después había caminado cinco kilómetros. Estaba llena de arena, pegajosa del sudor y la sal. Estaba despeinada y su maquillaje había desaparecido mucho antes. Era dura, tenía empuje, y estaba acostumbrada a sobresalir en un mundo de hombres. Pese a todo aquello, era dulce y sentimental.

PJ. lo miró fijamente y, como si le hubiera leído el pensamiento, se echó a reír.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Dios, soy una llorona —dijo—. Si le cuentas a alguien lo que te he dicho, eres hombre muerto.

—¿Qué, que te gustan las flores? ¿Desde cuándo es eso una noticia que haya que ocultar?

Algo cambió en su mirada.

—A ti pueden gustarte las flores —le dijo ella—. Puedes leer a Jane Austen en la cafetería a mediodía. Puedes beber té helado en vez de cerveza o whisky. Puedes hacer lo que quieras. Sin embargo, si yo actúo como una mujer, si me pongo ropa interior de encaje en vez de usarla cien por cien de algodón, me miran de una manera rara. La gente se pregunta si soy capaz de hacer bien mi trabajo.

Harvard intentó hacerla sonreír.

—Personalmente, yo me abstengo de la ropa interior de encaje.

—Sí, pero tú puedes llevar calzoncillos de seda, y todos pensarán que es muy magnífico. Si yo me pongo algo de seda, esos mismos hombres empezarán a pensar con una parte de la anatomía que no es el cerebro.

—Eso es la naturaleza humana —dijo él—. Es porque eres una mujer bella y...

—¿Sabes? Al final, todo es una cuestión de sexo —PJ. lo interrumpió con enfado. Siempre. No se puede poner juntos en la misma habitación a hombres y mujeres, porque siempre sucede algo. No digo que sólo sea culpa de los hombres, pero a veces, los hombres pueden ser unos desgraciados. ¿Sabes que tuve que empezar a defenderme de los novios de mi madre cuando tenía diez años. Diez. Venían a casa, se colocaban con ella, y cuando ella perdía el conocimiento, comenzaban a husmear por la puerta de mi habitación. Mi abuela vivía entonces, y ella los ahuyentaba, los echaba de casa. Pero después de que ella muriera, cuando yo tenía doce años, me quedé sola. Crecí rápidamente, te lo aseguro.

Al oír todo aquello, Harvard se puso enfermo. Pero tenía que saberlo. Tenía que preguntárselo.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¿Alguna vez... ellos...?

—Hubo uno —respondió ella en voz baja, mirando al mar—. No se retiró cuando lo amenacé con llamar a mi tío. Por supuesto, yo no tenía ningún tío. Era posible que él lo supiera. O quizá estuviera demasiado colocado como para que le importara. Tuve que salir por la ventana para huir de él, pero en medio del pánico, salí por la ventana que no era. Salí en la que no tenía escalera de incendios. Cuando estuve ahí fuera, ya no podía volver atrás. Me quedé allí, en la cornisa, en un piso dieciséis, presa del miedo, mirando a los diminutos coches que pasaban por la calle, sabiendo que si me resbalaba moriría, y que si volvía dentro de casa, era como si fuera a morir también —dijo, y miró a Harvard—. Sinceramente, creo que habría saltado antes de permitir que él me tocara.

Harvard la creía. Aquel hombre, fuera quien fuera, quizá no le hubiera hecho daño físicamente a P.J., pero sí emocional y psicológicamente.

Tuvo que carraspear antes de poder hablar.

—Supongo que no recordarás el nombre de ese desgraciado —preguntó él.

—Ron algo. No creo que supiera su apellido.

Harvard asintió.

—Es una lástima.

—¿Por qué?

Harvard se encogió de hombros.

—Por nada. Sólo estaba pensando que me sentiría mucho mejor después de darle una paliza.

P.J. se rió. Emitió una carcajada, en parte de buen humor, y en parte de sorpresa.

—Pero no me hizo daño, Daryl. Yo pude cuidar de mí misma y... no me pasó nada.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¿De veras? Dime una cosa, ¿siguen dándote miedo las alturas?

Ella no tuvo que responder. Él vio la verdad en sus ojos antes de que ella se volviera. Se puso en pie y se acercó a la orilla para mojarse los pies.

Harvard la siguió y se detuvo a su lado.

A PJ. le daba vueltas la cabeza. ¿Miedo a las alturas? Terror, más bien.

Sin embargo, no podía creer que él lo hubiera adivinado. No podía creer que le hubiera contado tantas cosas como para delatarse. Se fortaleció y lo miró.

—No tengo vértigo, jefe sénior. No es ningún problema.

Por la expresión del rostro de Harvard, ella supo que no la creía.

—No tengo ningún problema —repitió.

Demonios. Le había dicho demasiadas cosas. Una cosa era hablar de la casa de sus sueños, pero hablarle de su vértigo era demasiado.

No iba a beneficiarla en nada que aquel hombre conociera sus debilidades. No podía permitirse tener ninguna para coexistir en aquel mundo de hombres. No podía tener miedo a la altura. No se lo permitiría. Lo superaría, pero no si él lo convertía en un problema.

PJ. se agachó y se aclaró las manos en el agua.

—Será mejor que volvamos ya, si queremos comer algo.

Sin embargo, Harvard le bloqueó el camino hacia las zapatillas y la camiseta, que estaban en la arena.

—Gracias por tomarte tiempo para hablar conmigo —le dijo.

Ella asintió, sin mirarlo a los ojos.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Sí, yo también me alegro de que seamos amigos.

—Es muy agradable poder confiar en alguien, y saber que no tienes que preocuparte de que otra gente sepa tus secretos —le dijo él.

P.J. lo miró entonces, pero Harvard ya se había dado la vuelta.



CAPÍTULO 8

—Vaya, hoy está todo muy tranquilo por aquí —dijo Harvard mientras entraba en la vieja cabaña Quonset que albergaba las oficinas temporales del Escuadrón Alfa.

Lucky era el único presente, y alzó la vista desde el monitor de uno de los ordenadores.

—Hola, H. —le dijo con una sonrisa alegre—. ¿Dónde has estado?

—Había una reunión con el comandante de la base que no podía perderme por nada del mundo —dijo Harvard, mientras ponía los ojos en blanco—. Era de suma importancia que fuera con el capitán para escuchar más quejas sobre el hecho de tener al escuadrón instalado aquí. Esta base es de marines, y los SEAL no respetan las reglas. No saludamos lo suficiente. Conducimos demasiado deprisa. Hacemos mucho ruido en la sala de tiro. No nos cortamos el pelo —dijo, y se pasó una mano por el cráneo recién afeitado—. O nos lo cortamos demasiado. De verdad, no hay manera de complacer a algunas personas. Todas las semanas la misma canción, y todas las semanas nos sentamos allí, yo tomo notas y el capitán asiente con seriedad y explica que el ruido de la sala de tiro es porque descargamos las armas y que siente mucho las molestias, pero que una de las razones por las que el Escuadrón Alfa tiene un historial de éxitos tan impresionante es porque todos los días practicamos el tiro, y eso no va a cambiar. Y después, interviene el oficial de aprovisionamiento y nos dice que la próxima vez que queramos otra caja de lapiceros, debemos pedirlos en la oficina de Max. Parece que ya hemos consumido nuestra asignación de lápices —dijo, y sacudió la cabeza—. Nos han hablado sobre eso durante diez minutos.

—¿Diez minutos? ¿Por los lápices?

Harvard sonrió.

—Eso es —dijo, y se volvió hacia su oficina—. Joe viene justo detrás. Debería llegar ahora mismo, a no ser que lo atrapen para quedarse a comer.

Lucky hizo una mueca de lástima.



Suzanne Brockmann

—Pobre Cat.

Corazón en peligro

Harvard asintió y abrió la puerta de su despacho.

—Hazme un favor y marca el número del busca del capitán. Mándale un código de emergencia. Vamos a sacarlo de allí.

Lucky tomó el teléfono y marcó rápidamente unas series de números. Después colgó.

—¿Y dónde están todos los demás? Pasé por la clase de camino hacia acá, pero estaba vacía. Todavía no han ido a comer, ¿no?

—No, están en el aeródromo. Yo también voy para allá en diez minutos —dijo Lucky, alzando la voz para que se le oyera por la puerta abierta de la oficina.

Harvard dejó de revisar los expedientes que tenía sobre el escritorio.

—¿Dónde están?

—En el aeródromo. Es el día de los saltos.

—¿Hoy? —preguntó Harvard, y se acercó a la puerta a mirar al otro SEAL—. No puede ser. Estaba programado para la semana que viene.

—Sí, pero se cambió todo, ¿no te acuerdas? Tuvimos que adelantar los saltos una semana.

Harvard negó con la cabeza.

—No, no me acuerdo de eso.

Lucky soltó una palabrota.

—Debió de ser el día que te fuiste a Boston. Sí, me acuerdo que no estabas, así que Wes se encargó de decírtelo. Dice que escribió una nota y te la dejó en el escritorio.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

El escritorio de Harvard estaba lleno de expedientes y papeles, pero él sabía exactamente lo que había en cada carpeta y en cada pila. Quizá pareciera desorganizado, pero no lo estaba. Y él no veía ningún memorándum de Wesley Skelly en aquel escritorio.

¿O sí?

Bajo la taza de café con el asa rota en la que tenía los bolígrafos y los lapiceros asomaba una esquina de papel amarillo. Levantó la taza y le dio la vuelta al papel.

Era aquello.

Wes le había escrito una comunicación oficial en el interior de un envoltorio de chocolatina. Era un garabateo casi ilegible.

—Voy a matarlo —dijo Harvard con calma—. Cuando lo encuentre, lo voy a matar.

—No tienes que buscarlo mucho —dijo Lucky—. Está en el hangar con los mequetrefes, en la clase de preparación. Está ayudando a Blue a enseñarles lo básico del paracaidismo.

Harvard sacudió la cabeza.

—Si hubiera sabido que el día de saltos era hoy, me las habría arreglado para cambiar la reunión de esta mañana. Quería estar presente para dejarles bien claro a los mequetrefes que participar en este ejercicio es opcional. ¿Estabas tú cuando Blue habló con ellos? ¿Entienden que no tienen que hacerlo obligatoriamente?

Lucky se encogió de hombros.

—Sí, pero todos quieren hacerlo. No es para tanto.

Sí era para tanto. Harvard sabía que para PJ. tenía que ser muy difícil.

Cuando había averiguado, el día anterior, que ella tenía vértigo, ya sabía que había una sesión de saltos de paracaídas, pero creía que sería dentro de



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

una semana. De haber sabido que no era así, se lo habría advertido en aquel mismo momento. Le habría dicho que si elegía no participar, nada iba a cambiar en el resultado de aquel programa.

El propósito del ejercicio no era enseñar a los mequetrefes a ser paracaidistas. No había manera de conseguirlo con un solo día de clase y sólo un salto. Cuando habían preparado aquel programa, el capitán había pensado que aquella sesión mostraría a los agentes una perspectiva de las habilidades que debían tener los SEAL para que su equipo antiterrorista fuera efectivo.

Se suponía que era para fortalecer el mensaje del programa: dejar que los SEAL hicieran las cosas lo mejor posible sin interferencias.

Harvard miró el reloj. Era un poco más de las doce.

—O'Donlon, ¿a qué hora está programado el salto?

—A la una y media —le dijo Lucky—. Voy a ir para ayudar. Ya sabes, nunca me pierdo una oportunidad de saltar.

Harvard respiró profundamente. Más de una hora. Bien. Todavía había tiempo; podía relajarse y tomarse aquello con calma. Podía quitarse el uniforme de vestir y ponerse el traje de saltar, no tenía que salir corriendo hacia el hangar gritando de pánico.

Sonó el teléfono. Tenía que ser Joe Cat que respondía a su llamada al busca.

Harvard descolgó.

—Escuadrón de Rescate.

Joe disimuló la carcajada con una tos.

—Informe de situación, por favor.

El capitán estaba usando su voz de oficial, y Harvard supo que, estuviera donde estuviera, no estaba a solas.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Tenemos una grave falta de lapiceros, capitán —dijo Harvard rápidamente, con su mejor imitación de la voz de un oficial abrumado por el estrés en una película de Hollywood—. Creo que será mejor que venga y se ocupe de ello.

Joe tosió de nuevo, más fuerte en aquella ocasión.

—Entiendo.

—Siento interrumpir su almuerzo, señor, pero los hombres están llorando. Estoy seguro de que el comandante lo entenderá.

La voz de Joe sonó ahogada.

—Le agradezco su llamada.

—Por supuesto, si prefiere quedarse a comer con los...

—No, no. No, voy de camino. Muchas gracias, jefe sénior.

—Yo también te quiero, capitán —dijo Harvard, y colgó el teléfono.

Lucky estaba en el suelo, muerto de risa. Harvard le dio un empujoncito con el pie y habló con su voz normal.

—Voy a quitarme este traje de color vainilla. No se te ocurra marcharte al aeródromo sin mí.

El medio sandwich de pollo que se había tomado PJ. estaba dando vueltas en su estómago.

El teniente Blue McCoy estaba frente al grupo de SEAL y agentes de la FInCOM, explicándoles el ejercicio de aquella tarde.

RJ. intentó prestar atención mientras él recitaba el número del avión desde el que iban a saltar.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Saltar fuera del avión.

P.J. respiró profundamente. Podía hacerlo. Sabía que podía hacerlo. Iba a odiarlo, pero era como ir al dentista. El tiempo pasaría y, finalmente, aquello terminaría.

—Vamos a saltar del avión en parejas —dijo Blue—. Os quedaréis con vuestro compañero de vuelo durante todo el ejercicio. Si os separáis cuando toquéis tierra, debéis encontraros inmediatamente después de deshaceros de vuestro paracaídas. Recordad que estaremos midiendo el tiempo desde el momento en que saltéis del avión hasta el momento en que lleguéis al punto de recogida. Si llegáis sin vuestro compañero, quedaréis descalificados, ¿entendido?

P.J. asintió. Tenía la boca demasiado seca como para responder.

La puerta se abrió al otro extremo de la habitación, y Blue hizo una pausa y sonrió.

—Ya era hora de que llegaran.

P.J. se volvió y vio a Harvard cerrando la puerta. Llevaba unos pantalones de camuflaje, unas botas negras y una camiseta verde ajustada. La estaba mirando directamente. Asintió una sola vez y después se dirigió a McCoy.

—Siento interrumpir —dijo. P.J. se dio cuenta de que Lucky estaba a su lado—. ¿Ha formado ya los equipos, teniente?

Blue asintió.

—Tengo aquí la lista, jefe sénior.

—¿Le importa que haga una revisión rápida para poder entrar en materia?

—Por supuesto que no —respondió Blue, y miró hacia la habitación—. ¿Por qué no se toman un descanso de cinco minutos?

P.J. no era la única de la habitación que estaba nerviosa. Greg Greene fue al servicio por cuarta vez en media hora. Los otros hombres se quedaron



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

sentados estirando las piernas. Ella permaneció en su sitio, deseando que fuera el día siguiente y todo aquello hubiera pasado ya.

Observó a Harvard; él se inclinó sobre la mesa para mirar la lista. Se apoyó con los brazos, y se le marcaron los músculos. Por una vez, P.J. se permitió admirarlo, tan sólo por tener un poco de distracción.

Aquel hombre era perfecto. Y hablando de distracciones, su camiseta no era lo único que se le ajustaba. Los pantalones de camuflaje le marcaban la curva del trasero de un modo pecaminosamente magnífico. No entendía por qué alguien iba a querer camuflar aquella obra de arte.

El estaba hablando con Blue, y los dos hicieron una pausa y la miraron. Ella apartó rápidamente la vista. ¿Qué le estaba diciendo Harvard al teniente? Estaba claro que hablaban sobre ella. ¿Acaso Harvard le estaba contando a McCoy lo que ella le había confesado el día anterior en la playa? ¿Estaban sopesando la posibilidad de que ella se quedara paralizada de pánico y los pusiera a todos en peligro? ¿Iban a negarse a que saltara?

Ella los miró y se dio cuenta de que Harvard todavía la estaba observando y que sin duda veía que el sudor frío le empapaba la camiseta y le humedecía el labio superior. Sabía que debía evitar que se le reflejara el miedo en los ojos y en la expresión, pero no podía evitar sudar, y no podía aminorar los latidos de su corazón ni controlar el temblor de sus manos.

Estaba muy asustada, pero no pensaba permitir que nadie le dijera que no podía hacer aquel salto.

Harvard habló de nuevo con Blue. Blue asintió, tomó el papel y escribió algo. Harvard se acercó a ella.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja, para que nadie pudiera oírlo.

Ella no pudo sostenerle la mirada. El estaba lo suficientemente cerca como para percibir su miedo, y para ver que no estaba bien. P.J. no se molestó en mentir.

—Puedo hacerlo.

—No tienes por qué.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Sí. Es parte del programa.

—Este salto es opcional.

—Para mí no.

El se quedó en silencio durante unos segundos.

—No hay nada que pueda hacer para sacarte esto de la cabeza, ¿verdad?

—No.

Harvard asintió.

—Eso pensaba.

Después se alejó y caminó hasta el fondo de la sala.

PJ. cerró los ojos y respiró profundamente. Quería que aquello terminara ya. La espera la estaba matando.

—Bien —dijo Blue—. Escuchad: estos son los equipos. Schneider está con Greene, Farber conmigo, Bobby con Wes y Crash con Lucky. Richards con el jefe sénior Becker.

PJ. se volvió a mirar a Harvard. Él también la estaba mirando, y ella supo que aquello era cosa suya. Si no podía convencerla para que no saltara, iba a ir con ella para cuidarla por el camino.

—En la otra habitación encontraréis un traje de salto, un casco y un cinturón con varias herramientas. Entre ellas, una cuerda.

Farber levantó la mano.

—¿Para qué es la cuerda?

Blue sonrió.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Es una de esas cosas que puede resultar útil —respondió—. ¿Alguna pregunta más? La habitación quedó en silencio. —Vamos a recoger el equipo y al avión —dijo Blue.

Harvard se sentó junto a P.J. y se abrochó el cinturón de seguridad mientras el avión despegaba.

P.J. tenía los puños apretados en los brazos del asiento como si fueran su tabla de salvación. Sin embargo, tenía la cabeza apoyada en el asiento y los ojos cerrados. Para cualquier otro observador estaba relajada, en calma.

Ella lo había mirado brevemente cuando él se sentaba, y después había vuelto a cerrar los ojos. Aquello le dio a Harvard la oportunidad de observarla. Era una mujer muy bella, pero él ya había conocido a mujeres muy bellas, algunas de ellas mucho más exóticas que P.J. Pero ella era distinta. Con P.J., era él quien tenía que esforzarse, que perseguirla. Y cada vez que él se acercaba, ella se alejaba.

Era muy molesto. Y también era algo estimulante.

Cuando el avión comenzó a descender, ella abrió los ojos y lo miró.

—¿Quieres que repasemos otra vez el procedimiento de salto? —le preguntó en voz baja. Ella negó con la cabeza.

—No hay mucho que repasar. Levanto los pies y salto del avión. La línea estática abre el paracaídas automáticamente.

—Si tu paracaídas se enreda o no se abre bien —le recordó Harvard—, si algo sale mal, libérate de él y asegúrate de que estás completamente suelta antes de tirar de la segunda cuerda. Y cuando aterrices...

—Ya hemos visto eso en clase —dijo P.J.—. Sé aterrizar.

—Hablar de ello no es lo mismo que hacerlo.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Ella bajó la voz.

—Daryl, no necesito que me lleves de la mano.

Daryl. Ella lo había llamado Daryl otra vez, como el día anterior. El también habló en voz baja.

—¿No estás ni siquiera un poco contenta de que esté contigo?

—No —respondió P.J., mirándolo a los ojos—. Porque sé que piensas que no puedo hacerlo sola.

Harvard se giró en el asiento y se puso de frente a ella.

—De eso trata trabajar en equipo. No tienes por qué hacerlo sola. Tienes un problema con este ejercicio en particular; pues bien, podemos hacer un salto tándem, con doble arnés y un solo paracaídas. Yo haré la mayor parte del trabajo, nos pondré en el suelo. Tú sólo tienes que cerrar los ojos y agarrarte.

—No. Gracias, pero no. Una mujer en este trabajo no puede permitirse el lujo de aparentar que necesita ayuda.

Él sacudió la cabeza con impaciencia.

—No se trata de ser mujer. Se trata de ser humano. Todo el mundo tiene algo que no puede hacer con tanta facilidad o comodidad como los otros. Si tú tienes un problema con las alturas...

—Shhh —susurró ella, mirando a su alrededor para comprobar si alguien los estaba mirando. No era así.

—Cuando trabajas en equipo —continuó Harvard, hablando en voz más baja—, no es bueno que ocultes tus debilidades. Yo nunca he ocultado las mías.

P.J. abrió unos ojos como platos.

—No esperarás que crea que...

—Todo el mundo tiene algo —le dijo él—. Cuando es necesario, tienes que enfrentarte a ello y hacer el trabajo. Pero cuando tienes un equipo de siete



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

u ocho hombres y necesitas que dos de ellos escalen un edificio de veinte pisos y reconozcan el tejado, eliges a los dos que están más cómodos en las alturas, en vez de elegir a dos que pueden hacer el trabajo pero que van a invertir mucha energía concentrándose en no mirar hacia abajo. Por supuesto, no siempre es tan sencillo. Hay muchos factores en cualquier situación.

—¿Y cuál es tu debilidad?

Claramente, por su tono de voz y la expresión de su rostro, no parecía que ella pensara que tenía alguna. Harvard tuvo que sonreír.

—¿Por qué no se lo preguntas a Wes o a O'Donlon? ¿O a Blue? O a Skelly. Eh, Bob, ¿qué es lo que yo odio por encima de todo?

—A los idiotas.

—A los idiotas de alto rango —dijo Bobby.

—Que te dejen esperando al teléfono, los atascos de tráfico y el café frío —dijo Lucky.

—No, no, no —dijo Harvard—. Me refiero... sí, tenéis razón, pero me refiero a los equipos. ¿Qué es lo que me causa sudores fríos cuando estamos en una misión en el mundo real?

—Los SDV —dijo Blue sin titubear—. Los vehículos submarinos. Algunas veces los usamos cuando un equipo tiene que desplegarse desde un submarino nuclear. Es como un submarino en miniatura. Harvard los odia.

—Meterse en uno de esos es como meterse en un ataúd —le explicó Harvard a PJ—. A mí nunca me ha gustado esa imagen.

—Al jefe sénior no se le dan muy bien los espacios comprimidos —dijo Lucky.

—Soy ligeramente claustrofóbico.

—Y cuando tienes que salir de un submarino por la vía de escape con él también es muy gracioso —dijo Wes con un resoplido—. Todos salimos desde el submarino a esta cámara pequeña, y es muy pequeña, ¿verdad, Harvard?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Harvard asintió.

—Muy pequeña.

—Nos quedamos ahí todos juntos, apretados, como si fuéramos payasos en un Volkswagen, y el espacio se va llenando de agua lentamente —continuó Wes—. A cualquiera que le agobien los espacios reducidos le causa angustia.

—Nosotros ponemos a Harvard en el medio —le dijo Blue a PJ.—, y dejamos que cierre los ojos. Cuando llega el momento de salir, cuando se abre por fin la escotilla final, el que está a su lado le da un empujón...

—O le tira del cinturón y lo saca hacia el agua, si su meditación no ha ido bien —añadió Wes.

—Algunas personas que tienen claustrofobia se sienten muy mal por la sensación de estar rodeados de agua, y tienen problemas para bucear —le dijo Harvard—. Pero yo no tengo ese problema. Cuando ya estoy en el agua, estoy bien. Siempre y cuando pueda mover los brazos, estoy perfectamente. Pero si estoy en un espacio pequeño, con los brazos y las piernas atrapados contra el cuerpo... me pongo un poco tenso.

—¿Tenso? —Preguntó Lucky con sorna—. ¿Un poco? Me acuerdo de aquella vez en que...

—No necesitamos hablar de eso, gracias —lo interrumpió Harvard—. Digamos que no hago espeleología en mi tiempo libre.

PJ. se rió.

—Nunca lo habría pensado —dijo ella—. Si pareces el hermano mayor de Superman.

El sonrió.

—Incluso el viejo Superman tenía que enfrentarse a la criptonita.

—Diez minutos —anunció Wes, y al instante, el ambiente dentro del avión cambió. Los hombres del Escuadrón Alfa se convirtieron en profesionales y comenzaron a revisar nuevamente el equipo.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Harvard notó que PJ. se ponía rígida. La sonrisa se le borró de los labios mientras se preparaba mentalmente.

El se inclinó hacia ella y le habló en voz muy baja, para que nadie pudiera oírlo.

—No es demasiado tarde para retirarse.

—Sí.

—¿Cuántas veces va a requerir tu trabajo que te tires en paracaídas? —le dijo él—. Nunca. Esto es una...

—No, nunca no —lo corrigió ella—. Una vez. Al menos una vez. Esta vez. Puedo hacerlo, sé que puedo. Dime, ¿cuántas veces has tenido que salir a través de la cámara de un submarino? Yo sólo tengo que hacer esto una vez.

—Está bien. Entiendo que quieras saltar. Pero, al menos, vamos a hacer un salto tándem...

—No. Sé que quieres ayudarme, pero aunque pienses que me ayudas a corto plazo, sé que esto me causaría un prejuicio a largo plazo. No quiero que la gente piense que no tuve agallas para saltar sola. No quiero que tú pienses eso.

—No lo voy a pensar.

—Sí. Ya lo piensas. Sólo porque soy mujer, crees que no soy tan fuerte ni tan capaz. Piensas que necesito que me protejan. Greg Greene está allí sentado, como si fuera a darle un ataque al corazón. Sin embargo, tú no estás intentando convencerlo de que no haga el salto.

Harvard no pudo negarlo.

—Voy a hacer sola este salto —le dijo PJ. con firmeza, aunque le temblaban las manos—. Y, como formamos pareja para este ejercicio, hazme un favor. Cuando lleguemos al suelo, intenta llevar un ritmo rápido.



PJ. no podía mirar hacia abajo. Miraba hacia el paracaídas, hacia la tela de puro blanco contra el azul brillante del cielo.

Se estaba moviendo hacia el suelo a más velocidad de la que ella había imaginado.

Sabía que tenía que mirar hacia abajo para encontrar la zona de aterrizaje y para marcar en su mente el lugar donde Harvard aterrizará. No tenía ninguna duda de que él tocaría tierra a pocos metros de aquel punto, pese al fuerte viento que soplaba del oeste.

A ella le ardía el estómago y tenía náuseas. Apretó los dientes y se obligó a mirar hacia los campos diminutos y los árboles que había bajo ella.

Le llevó varios minutos encontrar la zona abierta en la que se había marcado el punto de aterrizaje. Y lo habían marcado; había una diana blanca enorme en la hierba de aquel campo. Era tan visible que resultaba descarada, y sin embargo, ella estaba tan concentrada en los dibujos de los campos y los bosques, que casi no lo había encontrado.

¿Cómo sería intentar encontrar un objetivo sin marcar? Cuando los SEAL estaban en una misión real, sus zonas de aterrizaje no estaban marcadas. Y casi siempre hacían los saltos por la noche. ¿Cómo sería estar allí en la oscuridad, flotando en un territorio hostil, vulnerable y expuesta?

Ya se sentía lo suficientemente vulnerable, y eso que no había nadie esperando en el suelo para matarla.

Le resultó imposible controlar el paracaídas. PJ. intentó virarlo hacia la diana, pero era como si no tuviera huesos en los brazos, y el viento la envió a otro campo que había más allá de la carretera.

Los árboles eran cada vez más grandes, y el suelo se acercaba a ella velozmente. No hubo nada que ella pudiera hacer. El viento se la llevó hacia un grupo de árboles y P.J. cerró los ojos esperando el impacto. Sin embargo, se detuvo de un tirón.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Abrió los ojos y volvió a cerrarlos con fuerza. ¡Dios Santo! Su paracaídas se había enredado en las ramas de un árbol altísimo, y ella estaba colgada a diez metros del suelo.

Se obligó a respirar profundamente, a inhalar y exhalar hasta que el ataque de pánico inicial remitió. Cuando abrió los ojos nuevamente, miró hacia las ramas que había por encima de ella. ¿Estaba muy enredado su paracaídas? Si intentaba moverse, ¿podría desenredarlo? No, no quería hacer eso. El suelo estaba demasiado lejos. Si caía desde aquella altura podía romperse las piernas, o el cuello.

Notó el pánico nuevamente y cerró los ojos para controlar la respiración otra vez. Inspiró y espiró una y otra vez.

Cuando consiguió bajar el ritmo de su pulso, miró al árbol. Había ramas muy grandes con muchas hojas que le impedían ver el paracaídas, pero por lo que sí veía, tenía la sensación de que estaba bien sujeto.

El sudor le caía de la frente, desde debajo del casco, y se lo enjugó inútilmente.

Tenía sobre los hombros los aros que sujetaban el arnés a las cuerdas del paracaídas; tiró de ellos, primero suavemente, y después con más fuerza.

Estaba bien sujeta al árbol.

Sin mirar al suelo, llevó una mano hasta su cinturón, hasta la cuerda ligera que tenía enrollada contra el muslo. La cuerda era fina, pero fuerte. Y sabía por qué la llevaba consigo. Sin ella, tendría que quedarse colgada allí, esperando a que la rescataran, o arriesgarse a una grave lesión si intentaba saltar desenganchando las anillas del arnés del resto del paracaídas.

Desenrolló parte de la cuerda y se ató uno de los extremos al cinturón. Después alzó la cabeza para estudiar las cuerdas del paracaídas por encima de su cabeza. Le temblaban las manos y le ardía el estómago, pero se decía una y otra vez que estaría bien siempre y cuando no mirara al suelo.

—¿Estás bien?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Aquella era la voz de Harvard, pero PJ. no se atrevió a mirarlo. Sintió un ramalazo de alivio que casi le provocó un ataque de emoción. Tuvo que respirar profundamente otra vez. No podía perder el control, y menos frente a aquel hombre.

—Estoy estupendamente —dijo ella, con más valentía de la que estaba sintiendo, cuando por fin pudo hablar—. De hecho, estoy pensando en dar una fiestecita aquí arriba.

—Demonios, pensé que por una vez te alegrarías de verme.

Y se alegraba. Estaba entusiasmada de oír su voz, aunque realmente no lo viera. Sin embargo, no iba a decírselo.

—Supongo que, mientras estás ahí, podrías ayudarme a averiguar cómo puedo bajar de aquí —le dijo. La voz le tembló, y la delató.

El supo que tenía que dejar de tomarle el pelo.

—Ata un extremo de la cuerda a tu arnés —le dijo con la voz calmada, en un tono relajante, de seguridad—. Y lanza la cuerda sobre esa rama gruesa que hay a tu lado. Yo agarraré ese extremo y te sujetaré. Entonces, podrás desenganchar el arnés del paracaídas y yo te bajaré al suelo.

PJ. estaba en silencio, mirando todavía hacia el paracaídas.

—Sólo tienes que asegurar bien la cuerda al arnés. ¿Puedes hacerlo, PJ.?

Ella tenía náuseas y estaba temblando, pero todavía podía atar un nudo. Esperaba.

—Sí, pero, ¿y el paracaídas?

—Olvídate del paracaídas. Tu prioridad, y mi prioridad, es que bajes de ese árbol con seguridad.

—Se supone que yo tengo que esconder mi paracaídas. No creo que dejarlo ahí como si fuera una bandera blanca encaje en la definición de esconder que hizo el teniente McCoy.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—PJ., sólo es un ejercicio...

—Tírame tu cuerda.

El se quedó callado.

—Tírame la cuerda —repitió ella—, por favor. Puedo pasarla alrededor del paracaídas, y cuando haya bajado, intentaremos tirar de él.

—Vas a tener que mirarme si quieres atrapar la cuerda.

Ella asintió.

—Lo sé.

—Átate la cuerda primero al arnés —le dijo a ella—. Quiero que te asegures antes de empezar con el paracaídas.

—Está bien.

A PJ. le temblaban tanto las manos que apenas podía atarse el nudo. Sin embargo, lo consiguió. Hizo tres nudos diferentes, y tal y como le había dicho Harvard, arrojó un extremo de la cuerda sobre una rama gruesa.

—Muy bien —dijo Harvard en tono de aprobación, con la voz cálida—. Lo estás haciendo muy bien.

—Ahora tírame tu cuerda, por favor.

—¿Estás lista?

Ella tenía que mirarlo. Bajó la vista, y el suave movimiento de la cabeza hizo que se meciera ligeramente. Le pareció que el suelo, los matorrales, las piedras, las hojas y Harvard estaban a una enorme distancia. Cerró los ojos.

—Oh, Dios...

—PJ., escúchame. Estás segura, ¿lo entiendes? Yo estoy atando el final de tu cuerda a mi cintura. Te tengo. No te dejaré caer.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

PJ. se quedó callada, intentando controlar desesperadamente la respiración.

—¿Me has oído? —le preguntó Harvard.

—No me dejarás caer. Lo sé.

—Desengancha el arnés del paracaídas y deja que te baje de ahí.

Dios, eso era lo que ella quería. Lo deseaba con todas sus fuerzas.

—Pero antes necesito tu cuerda.

Harvard se rió de exasperación.

—Demonios, ¡eres cabezota! Este ejercicio no es tan importante. No es para tanto.

—Quizá para ti no, pero para mí sí.

Mientras Harvard la miraba, se le ocurrió una solución.

—PJ., no tienes por qué atrapar mi cuerda. Ni siquiera tienes que mirar hacia abajo, ni abrir los ojos. Ataré mi cuerda al final de la tuya y tú sólo tendrás que tirar hacia arriba.

Ella se rió, aunque fuera una carcajada llena de estrés.

—Vaya. ¿Cómo no se me había ocurrido?

—Sólo saldrá bien si te sientes lo suficientemente segura ahí arriba sin que yo sujete el extremo de tu cuerda.

—Hazlo —dijo ella—. Hazlo para que pueda bajar de aquí.

Harvard ató rápidamente el extremo de cuerda al final de la de PJ.

—¡Ya está! Tira hacia arriba.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Se puso la mano sobre los ojos para protegerse del sol y poder mirar a P.J. mientras ella tiraba de la cuerda que tenía atada al arnés. Se enrolló la cuerda alrededor del brazo, entre el codo y la muñeca. Él admiró su capacidad de control; P.J. era capaz de pensar con bastante claridad para ser alguien que había sido presa del pánico un momento antes.

Ella trabajó rápidamente, y pronto lanzó los finales de ambas cuerdas al suelo.

Harvard se pasó la cuerda atada al arnés de P.J. por la cintura y tiró de ella para probar la fuerza de la rama que iba a soportar el peso de la muchacha.

—Muy bien, estoy listo —le dijo.

Aquello no iba a ser fácil para ella. Tendría que liberarse del paracaídas. Tendría que tener fe absoluta en que él no iba a dejarla caer.

P.J. no se movió, no habló. Él no estaba seguro de que pudiera respirar.

—P.J., tienes que confiar en mí —le dijo él con voz calmada.

Ella asintió. Alzó los brazos y desenganchó las anillas.

P.J. no pesaba casi nada, incluso con todo el equipamiento. Él la bajó lentamente, sin esfuerzo, con cuidado, pero cuando ella dio con los pies en el suelo, le flaquearon las rodillas y se desmoronó. Durante un momento, posó la cabeza en el suelo.

Él se acercó rápidamente a ella, mientras P.J. se incorporaba. Ella lo miró mientras se quitaba el casco, y el alivio y la emoción de sus ojos fueron tan profundos que Harvard no pudo contenerse. La abrazó y la apretó contra sí.

Ella se aferró a él, y él sintió los latidos acelerados de su corazón, oyó su respiración entrecortada, notó su temblor.

Harvard experimentó un desbordamiento de emoción. Era una extraña mezcla de ternura, de admiración y de un anhelo agriado. Aquella mujer encajaba demasiado bien entre sus brazos.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Gracias —susurró ella, con la cara apretada contra su hombro—. Gracias.

—Eh —respondió Harvard, y se apartó ligeramente para mirarla a los ojos—. No me des las gracias. Lo has hecho tú misma. Tú hiciste lo más difícil.

P.J. no dijo nada. Sólo lo miró con sus enormes ojos castaños.

Harvard no pudo contenerse. Se inclinó hacia ella y la besó.

Oyó su suspiro cuando cubrió su boca con los labios, y fue aquel sonido ligeramente entrecortado lo que dio al traste con lo que quedaba de su resistencia. Le dio un beso profundo, sabiendo que no debía, pero sin preocuparse más por nada.

Ella tenía los labios muy suaves, la boca muy dulce, y él notó que su capacidad de control se derretía como la mantequilla en una sartén caliente. Notó que le temblaban las piernas de deseo, de deseo y de algo más. Algo grande y muy poderoso. Cerró los ojos, incapaz de analizarlo, incapaz de hacer otra cosa que no fuera besarla sin parar.

La besó con hambre, y RJ. le devolvió los besos con tanta pasión que él estuvo a punto de echarse a reír a carcajadas.

Era como un rayo entre sus brazos, demasiado eléctrica para abrazarla. Su cuerpo era todo lo que él hubiera imaginado, y más. Era diminuta, pero perfecta; una combinación embriagadora de músculos firmes y carne suave. El podía cubrir uno de sus pechos por completo con la palma de la mano. Podía, y lo hizo.

Y ella se apartó de él, asombrada.

—Oh, Dios mío —susurró, mirándolo con los ojos abiertos como platos. Se alejó y se sentó en el suelo.

Harvard se sentó a su lado.

—Supongo que sí te has alegrado un poco de verme, después de todo, ¿eh?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Quería que sonara como una broma, pero no pudo hacer otra cosa que susurrar.

—Vamos muy retrasados —dijo PJ., al tiempo que se giraba—. Debemos apresurarnos. He estropeado nuestro tiempo.

Se puso en pie, se desabrochó el arnés y se quitó el traje de salto que llevaba sobre los pantalones y la camiseta. Mientras Harvard la observaba, ella tomó la cuerda atada al paracaídas e intentó tirar de la fina tela para bajarla del árbol.

La suerte, sumada al hecho de que el peso de PJ. ya no tiraba del paracaídas hacia abajo, hizo que la tela se deslizara por las ramas y cayera por fin. Cubrió a PJ. por completo.

Cuando Harvard se levantó para ayudarla, ella ya había conseguido hacer un paquete relativamente pequeño con la seda del paracaídas y con su traje, y lo había escondido bajo unas zarzas gruesas.

Se tambaleó ligeramente mientras consultaba la pequeña brújula de su reloj.

—Por allí —dijo, señalando hacia el este.

Harvard no pudo reprimir su exasperación.

—No pensarás que vas a ir andando hasta el punto de recogida.

—No —respondió ella—. No voy a ir andando, voy a ir corriendo.

PJ. miró la lista de tiempos que habían hecho las demás parejas de SEAL y agentes de la FInCOM durante el ejercicio de la tarde.

—No entiendo cuál es el problema —dijo Schneider, encogiéndose de hombros.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

PJ. se volvió hacia él con incredulidad.

—Crash y Lucky tardaron catorce minutos y medio en llegar al punto de recogida. Bobby y Wes llegaron unos segundos más tarde. ¿No ves la diferencia entre esos tiempos y los sesenta y nueve enormes minutos que tardasteis Greene y tú? ¿Y con los cuarenta y cuatro minutos que tardó el teniente McCoy porque estaba cargando con Tim Farber? ¿O mi tiempo, cuarenta y ocho minutos vergonzosos, aunque estaba trabajando con el jefe sénior? ¿No ves nada raro?

Farber carraspeó.

—El teniente McCoy no estaba cargando conmigo...

—¿No? Mira otra vez los números. Sé perfectamente que si el jefe sénior hubiera estado emparejado con el teniente McCoy, tendrían un tiempo de menos de quince minutos. En vez de eso, sus tiempos han sido triplicados porque tenían que cargar con compañeros sin experiencia.

—Es la primera vez que saltaba en paracaídas —protestó Greene—. No puede esperarse que hagamos las cosas como los SEAL sin el mismo entrenamiento que ellos recibieron.

—Eso es —dijo PJ—. No hay manera de que la FInCOM pueda darnos el entrenamiento que la Marina les da a los SEAL. Es una locura pensar que un equipo de agentes de la FInCOM y de SEAL pueda trabajar con eficiencia. Estos tiempos son la prueba. El Escuadrón Alfa podría haber hecho el trabajo mejor, y más deprisa, sin nuestra supuesta ayuda.

—Estoy seguro de que con un poco de práctica... —comenzó a decir Tim Farber.

—¿Quizá sólo los ralenticemos la mitad del tiempo? —preguntó PJ.

Cuando alzó la vista, vio a Harvard apoyado contra un árbol, observándola. Ella apartó la mirada rápidamente, temerosa de que advirtiera el calor que le había teñido de rojo las mejillas.

Había perdido la cabeza aquella tarde y había permitido que la besara.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

No, corrección. No sólo había permitido que la besara. Le había devuelto los besos con entusiasmo. Todavía tenía aquella sensación íntima de su mano sobre el pecho.

Dios Santo, nunca hubiera pensado que una caricia pudiera provocar tanta satisfacción.

Mientras Farber y los otros dos idiotas se alejaban, porque claramente ya no estaban interesados en escuchar sus comentarios, Harvard se acercó a ella con una sonrisilla.

—¿Quieres que te lleve al hotel, o vas a volver corriendo?

Ella tenía los labios secos, y cuando se los humedeció con la punta de la lengua, Harvard le miró la boca. Cuando la miró después a los ojos, ella observó las mismas llamas que se habían encendido aquella tarde. A él se le había borrado la sonrisa de los labios, y tenía una expresión de depredador.

Ella no tenía ninguna oportunidad contra aquel hombre.

El pensamiento se le pasó por la cabeza, pero lo rechazó al instante. Qué tontería. Claro que tenía una oportunidad. La habían perseguido todo tipo de hombres, y Harvard no era distinto.

Sólo era más alto, más fuerte y diez veces más guapo que cualquier otro a quien ella hubiera conocido. Y más inteligente. Sin embargo, ella no estaba segura de que quisiera arriesgar su libertad, ni siquiera por un hombre como él.

—Vamos —dijo él, y la tomó del brazo para conducirla hacia la carretera—. He confiscado un jeep. Tienes aspecto de que te vendría bien dormir doce horas seguidas.

—Mi coche está en la base.

—Puedes recogerlo mañana. Te llevaré yo.

P.J. lo miró, preguntándose si se había imaginado lo que implicaban sus palabras: que él todavía estaría con ella cuando amaneciera.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Harvard abrió la puerta del jeep y probablemente la hubiera subido al asiento si ella no se hubiera adelantado. Cerró la puerta antes de que él pudiera hacerlo.

El sonrió, y ella tuvo que apartar la mirada.

Cuando Harvard subió al coche y arrancó el motor, volvió a mirarla. P.J. se preparó, esperando que él dijera algo, que sacara el tema de aquel beso increíble, fantástico y completamente inapropiado.

Pero él estaba silencioso. No dijo ni una palabra en todo el trayecto hasta el hotel. Y cuando llegaron, no aparcó. Paró frente a la entrada principal para que ella bajara.

RJ. intentó disimular la sorpresa.

—Gracias por traerme, jefe sénior.

—¿Te parece bien que te recoja mañana a las siete y media?

Ella negó con la cabeza.

—No te pilla de camino. Quedaré para ir a la base con Schneider o Greene.

—Me gustaría recogerte, así que estaré aquí a las siete y media —dijo él, y la miró fijamente—. Lo que me gustaría de verdad es estar todavía aquí a las siete y media —añadió, sonriendo ligeramente—. No es demasiado tarde para invitarme.

P.J. tuvo que apartar la vista. Le latía el corazón con tanta fuerza como cuando estaba colgada de aquel árbol.

—No puedo hacerlo.

—Es una pena.

—Sí —dijo ella, y se quedó asombrada de haberlo dicho en voz alta. Abrió la puerta. Tenía que salir de allí. No sabía qué otra cosa podía decir.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Te veré a las siete y media —dijo él—. Aquí mismo.

PJ. asintió.

—Está bien —respondió, y comenzó a alejarse del jeep.

—Hoy me he sentido muy orgulloso de ti, Richards —le dijo Harvard suavemente—. Me has demostrado que puedes enfrentarte casi a cualquier cosa. Hay muy pocos hombres, salvo los de los equipos de SEAL, de quienes pueda decirse algo así.

Ella lo miró con sorpresa, pero él no se detuvo.

—Has hecho un trabajo estupendo desde el primer día. Tengo que admitir que no creía que una mujer pudiera con ello, pero me alegro de que seas parte del equipo.

P.J. resopló, y después se echó a reír.

—Vaya —dijo finalmente—. Realmente, debes de querer acostarte conmigo.

En el semblante de Harvard se reflejaron muchas emociones. Por un segundo, pareció ofendido. Después sonrió y sacudió la cabeza con resignación.

—Sí, en realidad, no te he dado muchas razones para creerme, ¿verdad? Pero he dicho de verdad lo que pienso. Me he sentido orgulloso de ti hoy, PJ.

—Y, naturalmente, siempre que te sientes orgulloso de uno de tus compañeros de equipo, le das un beso de tornillo.

Harvard soltó una carcajada.

—No, señora. Es la primera vez que he tenido semejante experiencia durante una operación.

—Mmm —dijo ella.

—¿Qué significa eso? ¿Mmm?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Significa que quizá deberías pensar en cómo es estar en mi pellejo. Tú me has dicho que piensas que soy más capaz que muchos de los hombres a los que conoces, ¿no?

—Sí.

—Y, sin embargo, no puedes tratarme como a un igual. Estás impresionado conmigo como persona, pero eso no encaja con lo que sabes del mundo. Así que haces lo único que puedes hacer. Sacas el sexo a relucir. Intentas dominar y controlar. Puede que estés orgulloso de mí, pero no quieres que dure ese sentimiento. Quieres volver a ponerme en mi sitio, en el papel al que tú puedes enfrentarte, el papel de una amante. Así que mmm significa que deberías pensar en lo que eso me haría sentir a mí. P.J. cerró la puerta del jeep.

No le dio tiempo para hacer ningún comentario. Se dio la vuelta y entró al hotel.

No miró hacia atrás, pero notó que él la seguía con la mirada, que la observaba, hasta que ella desapareció de su vista.

E incluso entonces, seguía sintiendo el poder de los ojos de Harvard.



CAPÍTULO 9

Harvard no volvió a ver a P.J. hasta después de la comida. Ella le dejó un mensaje diciéndole que no fuera a buscarla por la mañana, porque iría a la base con Chuck Schneider. Él intentó llamarla, pero el hotel no pasaba las llamadas a su habitación.

Harvard había pensado en todo lo que ella le había dicho la noche anterior. Había estado pensándolo durante toda la noche, y también cuando se despertó. Sin embargo, no pudo hablar con ella hasta que estaban de camino a una reunión en la cabaña Quonset.

—Estás confundida —le dijo sin rodeos, sin un saludo.

P.J. lo miró y después miró a Farber, que caminaba junto a Joe Cat. Los dos iban sólo unos metros por delante, y ella aminoró el paso porque no quería que oyeran la conversación.

Sin embargo, no había nada que oír.

—Ahora no es momento de mantener esta conversación —dijo Harvard—. Pero sólo quería que supieras que he pensado detenidamente en todo lo que me dijiste, y mi conclusión es que estás completamente equivocada.

—Pero...

El abrió la puerta de la cabaña y le cedió el paso.

—Estaría encantado de sentarme a tomar algo contigo esta noche y hablar de esto.

Ella no respondió. No le dijo que sí, pero tampoco le dijo que no.

Harvard se lo tomó como una buena señal.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

La sala principal de la cabaña Quonset estaba preparada para una reunión informativa. Harvard se colocó en la parte delantera de la habitación, junto a Cat y Blue. Observó a P.J. mientras se sentaba. Ella no lo miró. De hecho, miró a todas partes menos a él.

Aquello, quizá, no fuera una buena señal.

P.J. prestó atención completa a Joe Cat mientras explicaba el ejercicio que harían durante los días siguientes. El primer día sería de preparación de información, el segundo día se llevaría a cabo la primera fase de una operación de rescate, localización y reconocimiento del terreno, y el tercer día se haría el rescate. Harvard se dio cuenta de que los tres mequetrefes estaban ligeramente aburridos, distraídos. Sin embargo, a medida que Joe seguía hablando, P.J. estaba cada vez más incómoda. Cuando terminó la explicación, levantó la mano.

—Disculpe, capitán, pero creo que no lo entiendo.

—Me temo que no puedo dar más detalles esta vez —le dijo Cat—. Para que esta operación sea efectiva, no puedo dar más información de la que ya he proporcionado.

—Disculpe, capitán, pero me parece que ya nos ha dado demasiada información. Eso es lo que no entiendo. Nos ha dicho cuál es la naturaleza del ejercicio. ¿Y por qué nos conceden un día entero para prepararnos? En una situación real, no tendríamos advertencia. Todo lo que he aprendido hasta el momento subraya la necesidad de tomar acciones inmediatas. Sentarse un día entero para prepararse no me parece una acción inmediata.

Joe Cat se sentó al borde del escritorio desde el que había estado hablando y miró a P.J.

—¿Hay algo más que no le parezca bien, Richards?

P.J. asintió.

—Sí, señor. Me pregunto por qué la localización y el rescate suceden en dos días distintos. Eso tampoco concuerda con una situación real. En la realidad, no podríamos volver al hotel a dormir bien durante una noche entera en mitad de una operación de rescate de rehenes.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

El capitán miró a Blue y a Harvard. Después se volvió hacia los mequetrefes.

—¿Alguien más tiene el mismo problema que la señorita Richards? ¿Señor Farber? ¿Le parece mal nuestro procedimiento?

—No —respondió Farber—. Un ejercicio de entrenamiento es un ejercicio de entrenamiento. Todo lo que hacemos es un simulacro. No hay rehenes de verdad, y no hay peligro. Así que no tiene sentido trabajar a contrarreloj.

—Incorrecto —le dijo Harvard—. En este tipo de entrenamientos es muy importante trabajar en situaciones lo más parecidas posibles a la realidad.

—Entonces, ¿por qué perdemos el tiempo con este ejercicio? —preguntó PJ.

—Porque la FInCOM nos dio unas normas —explicó Joe—, y una de ellas es que no podemos trabajar más de diez horas seguidas sin darles ocho horas de tiempo de descanso, como mínimo.

—Pero eso es absurdo —protestó PJ—. Con esas restricciones será imposible crear un escenario parecido a la realidad. Parte del desafío de enfrentarse al estrés de una crisis de rehenes es soportar la falta de sueño, ser capaz de trabajar cuarenta y ocho horas seguidas, o setenta y dos, o noventa. De echarse siestas cortas en el asiento trasero del coche, o en mitad de un bosque. Todo esto es absurdo —dijo, y señaló a sus compañeros de la FInCOM—. Todos hemos tenido misiones que excedían las veinticuatro horas. ¿Qué tiene de especial?

—Alguien de la FInCOM tiene miedo de los SEAL —dijo Joe—. Creo que piensan que los vamos a someter a un entrenamiento como el BUD/S. Hemos intentado convencerlos de que eso no es posible ni deseable. Llevamos semanas, meses, intentando convencer a la FInCOM de que revise esas normas.

—Esto es una tontería —dijo PJ—. No me creo que Kevin Laughton accediera a esto.

Harvard intervino de nuevo.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—No hemos podido ponernos en contacto con Laughton. Parece que se lo ha tragado la tierra.

PJ. miró el pequeño calendario de su reloj de pulsera.

—Claro. Todavía está de vacaciones —dijo—. Tiene una casa en la playa, en Carolina del Sur —se puso en pie y se volvió hacia Cat—. Capitán, si me permite hacer uso de su oficina, puedo llamarlo ahora mismo para ponerle al corriente de la situación.

—¿Tiene el teléfono de la casa de vacaciones de Laughton? —preguntó Harvard, sin poder evitarlo. PJ. y Laughton. Allí estaba de nuevo aquella imagen. Aquel día le gustó incluso menos.

PJ. no respondió. Joe ya le había cedido el paso hacia su oficina, y cerró la puerta para proporcionarle privacidad.

Harvard se volvió hacia los mequetrefes y los SEAL.

—Creo que hemos terminado por hoy —les dijo.

Después se volvió y se encontró al capitán y a Blue intercambiando una larga mirada.

—¿Hasta qué punto conoce a Laughton? —murmuró Joe.

Blue no respondió, pero Harvard supo lo que estaban pensando sus dos amigos. Si conocía a su jefe lo suficiente como para tener el teléfono de su casa, lo conocía muy bien.

La llamada llegó a las dos horas.

Harvard estaba navegando por Internet, preguntándose cuánto tiempo tendría que esperar para saber algo de PJ. desde el hotel, preguntándose si ella accedería a quedar con él o se escondería en su habitación sin responder al teléfono cuando él la llamara desde la recepción.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Preguntándose cuál era, con exactitud, su conexión con Laughton.

El teléfono sonó, y Wes respondió.

—Skelly. Sí, señor. Un momento, Almirante, señor —dijo, y puso la llamada en espera—. Capitán, el almirante Stonegate por la línea uno.

Joe entró a su oficina y respondió la llamada. Blue entró con él y cerró la puerta.

—Ha sido muy rápido —comentó Lucky—. O no llama para hablar del proyecto de la FInCOM o llama para decir que no.

—¿Y hasta qué punto conoce P.J. a Kevin Laughton? —preguntó Bobby.

—¿Hasta qué punto tienes que conocer a una chica para darle el número de teléfono de tu casa de la playa? —respondió Wes.

—No tengo casa en la playa.

—Supon que la tuvieras.

—Me imagino que dependería de lo mucho que me gustara la chica.

—Y de cómo fuera —intervino Lucky.

—Ya sabemos cómo es —dijo Wes—. Es como P.J. Exactamente como P.J. Es P.J.

—Por P.J.,yo me pensaría si comprarme una casa en la playa para poder darle mi número de teléfono —dijo Bobby.

Harvard se dio la vuelta en su silla; ya no podía seguir escuchando más especulaciones.

—La chica es una mujer, y seguro que le están pitando los oídos con tanta charla sobre ella. Un poco de respeto. ¿Qué pasa porque tenga el número de teléfono de su jefe?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—El jefe sénior tiene razón —dijo Wes con una sonrisa—. Seguramente, Laughton les da el número de teléfono de su casa de la playa a todos los agentes con los que trabaja. No sólo a las agentes preciosas con las que se acuesta.

Crash intervino. Había estado tan callado, que a Harvard casi se le había olvidado que estaba en la habitación.

—He oído decir que Laughton se acaba de casar. A mí no me parece el tipo de hombre que engañaría a su mujer. Y menos a una mujer con la que lleva casado menos de un año.

—Y P.J. no es el tipo de mujer que tendría una aventura con un hombre casado —añadió Harvard, intentando convencerse también a sí mismo. No debería dudar de ella, pero tenía una vocecita en la cabeza que le preguntaba insistentemente: «¿Estás seguro?».

—Yo tengo un amigo que trabaja en la policía de San Diego —dijo Lucky, mientras abría el envoltorio de una chocolatina—. Dice que trabajar con mujeres le añade todo tipo de locuras al estrés del trabajo. Si trabajas en un caso con una compañera, y existe algún tipo de atracción, todo puede salirse de sus proporciones. Pensadlo. Ya sabéis que todo se intensifica cuando estás en mitad de una operación.

Harvard mantuvo una expresión neutra. El lo había experimentado en primera persona la tarde anterior.

El capitán salió sonriendo de la oficina.

—Lo tenemos —anunció—. Tenemos permiso para tirar el libro de normas y para llevar a nuestros pequeños mequetrefes fuera del país para desarrollar una operación. Vamos al este, amigos. No sé lo que le dijo P.J. a Laughton, pero tuvo impacto.

—Ahí tienes la prueba —dijo Lucky—. Llama a Laughton, y dos horas después, todo cambia. Está liada con él. Tiene que estarlo.

Harvard ya había oído suficiente. Se puso en pie.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¿No se te ha ocurrido que quizá Laughton haya respondido tan rápidamente porque respeta y valora la opinión de P.J. como miembro de su plantilla?

Lucky tomó un pedazo de chokolatina y se quedó pensativo un momento, mientras masticaba.

—No —dijo con la boca llena—. Ella no está interesada en ninguna otra relación, me lo dijo la misma P.J. No quiere tener una nueva relación porque ya tiene una vieja relación. Con Kevin Laughton.

Harvard se rió con incredulidad.

—Estás especulando —dijo, y se volvió hacia el capitán—. ¿Por qué estamos hablando de esto? La relación que pueda tener P.J. con Laughton no es asunto nuestro, sea la que sea.

—Cierto —dijo Joe Cat—. La fecha de inicio del ejercicio se ha pospuesto dos días. Si alguien lo necesita, que se tome un descanso —añadió, y miró a Crash—. Lo siento, Hawken. Sé que vas a quedarte decepcionado, pero parece que hay algunos marines que han estado trabajando con los locales, y van a ser nuestros terroristas en este ejercicio. Vas a tener que ser uno de los buenos.

Crash sonrió.

—Una lástima.

El capitán miró a Harvard.

—Tenemos que comunicárselo a P.J. y a los otros mequetrefes. Hay que decirles que iremos al sur de Asia.

—Yo me ocuparé —dijo Harvard.

Joe Cat sonrió.

—Me imaginaba que querrías hacerlo tú.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Asegúrate de que hagan el testamento y lo dejen todo arreglado —dijo Wes con una sonrisa de pura malicia—. Porque, de ahora en adelante, no hay reglas.

PJ. terminó el filete y la patata asada que había perdido al servicio de habitaciones del hotel y dejó la bandeja en el pasillo, fuera de su habitación. Se duchó y se puso una camiseta y unos pantalones cortos, y entonces, sólo entonces, llamó a recepción para decir que podían pasarle llamadas.

Había un mensaje en su buzón de voz, de Kevin, diciéndole que había conseguido mover los hilos. El proyecto del equipo combinado de SEAL y agentes de la FInCOM recibiría el empujón que necesitaba, sin interferencias.

También había un mensaje de Harvard:

—Llámame. Es importante.

Había dejado su número de busca.

PJ. lo anotó.

Sabía que él quería hablar con ella para intentar convencerla de que no quería acostarse con ella para dominarla y ponerla en su lugar de mujer. No, sus sentimientos de deseo habían surgido del gran respeto que sentía por ella, y del hecho de darse cuenta de que el género no tenía importancia en el trabajo que llevaban a cabo. Sí, claro.

Por supuesto, cabía la posibilidad de que la llamara para darle alguna noticia importante de trabajo. El mensaje de Kevin daba a entender que habría novedades.

Aunque no quisiera, y no quería llamar a Harvard, se dijo, iba a tener que hacerlo.

Sin embargo, él se adelantó. El teléfono sonó, y ella descolgó el auricular.

Suzanne Brockmann



Corazón en peligro

—¿Diga?

—Hola, soy H. ¿Me has llamado? P.J. cerró los ojos.

—No, todavía no. Iba a hacerlo, pero...

—Bien, por lo menos recibiste mi mensaje. ¿Por qué no bajas al bar y...?

P.J. intentó hablar en un tono neutral y agradable.

—Gracias, pero no. Iba a acostarme y...

—Sólo son las diez. No puedes decirlo en serio.

—Sí, lo digo en serio. Tenemos días muy duros por delante, y quiero dormir todo lo posible...

—Pero a partir de mañana tenemos dos días libres —le dijo él.

Ella no se esperaba aquella noticia.

—¿De veras?

—El jueves nos vamos al sur de Asia. Hasta entonces, tenemos dos días libres.

—¿Al sur de Asia? —preguntó P.J. con una carcajada—. Kevin lo ha conseguido, ¿eh? ¡Qué fenómeno! Se merece algo especial por esto. Voy a tener que pensarlo detenidamente.

Al otro lado del teléfono, Harvard se quedó silencioso. Cuando volvió a hablar, por fin, su voz sonó distinta. Más rígida. Más formal.

—Richards, baja. Tenemos que hablar.

Entonces fue ella la que se quedó callada. Respiró profundamente y dijo:

—Daryl, lo siento. No creo que...

—De acuerdo. Entonces, subiré yo.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—No...

Pero él ya había colgado.

PJ. soltó un juramento y colgó de un golpetazo.

Miró a su alrededor por la habitación. Todo estaba muy desordenado, y la cama sin hacer. Sin embargo, no iba a recoger nada. Lo recibiría en la puerta y saldrían al pequeño vestíbulo de la planta para que él le dijera lo que tuviera que decirle.

Cuando llamó a la puerta, PJ. abrió y se lo encontró serio.

—¿Puedo pasar?

PJ. esbozó una sonrisa forzada.

—Quizá sea mejor hablar fuera.

Harvard miró hacia atrás y vio a un par de personas sentadas en el sofá que había junto a los ascensores.

—Preferiría tener privacidad en tu habitación, pero si estás incómoda con eso...

Sí, estaba incómoda, pero admitirlo sería igual que admitir que no era inmune a su atractivo sexual y que no quería estar a solas con él en su habitación. Si él comenzaba a acariciarla, ella no tendría fuerzas para rechazarlo.

Y, si él se daba cuenta...

—Sólo quería hablar contigo —dijo Harvard, buscando su mirada—. Cálzate y vamos a dar un paseo. Te espero junto al ascensor.

Era una buena solución. No tendría que cambiarse de ropa para bajar al bar, y no tendría que dejar que Harvard entrara a su habitación.

—Ahora mismo salgo —le dijo.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Se puso unas sandalias, respiró profundamente y salió.

Harvard había bloqueado un ascensor. Entró tras ella en la cabina y apretó el botón del piso principal del hotel. Estuvo en silencio durante todo el tiempo hasta que salieron del vestíbulo y se dirigieron hacia el jardín, hasta que llegaron al otro extremo de la piscina de agua brillante, que reflejaba los colores del atardecer.

—Tengo que preguntarte una cosa —dijo él por fin, mientras se apoyaba en una barandilla—. Es una pregunta personal. No puedo dejar de pensar que no es asunto mío, pero también creo que en parte sí lo es, porque me afecta y... —tomó aire y lo exhaló—. Estoy dando rodeos, ¿no? Supongo que lo mejor es que vaya al grano.

P.J. sintió tensión en el cuello y los hombros. Él quería hacerle una pregunta personal. ¿Era posible que lo hubiera adivinado? Después de todo, Harvard era un hombre muy perceptivo. ¿Era posible que lo hubiera averiguado por aquellos besos que habían compartido?

Ella también inspiró profundamente. Quizá fuera mejor que lo supiera. Aunque, por otra parte, quizá no. Quizá él se lo tomara como una especie de desafío.

—Puedes preguntar lo que quieras —dijo P.J.—, pero no puedo prometerte que vaya a responder. Él se volvió hacia ella y la miró fijamente. —¿La razón por la que me has estado rechazando...?

Ahí estaba.

—¿... es que tienes una relación con Kevin Laughton?

P.J. oyó aquellas palabras, pero eran tan distintas a lo que se esperaba, que tardó un momento en entender lo que le había preguntado.

Kevin Laughton. Relación. ¿Relación?

Entonces, lo entendió. Lo entendió perfectamente.

—Crees que, por el hecho de tener el teléfono de Kevin, por poder ponerme en contacto con él cuando está de vacaciones, tengo algo con él, ¿no?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—P.J. movió la cabeza con disgusto y se apartó de él—. Tenía que habérmelo imaginado. Con los hombres como tú, todo se reduce al sexo.

Harvard la siguió.

—P.J., espera. Habla conmigo. ¿Quieres decir que no? ¿No hay nada entre Laughton y tú? Ella se giró y lo miró.

—Lo que hay entre Kevin y yo, aparte de una relación profesional ejemplar, es una gran amistad. Parecida a la que yo pensaba que se estaba formando entre tú y yo. Kevin está casado con una de mis mejores amigas de la universidad. Yo mismo los presenté, y se casaron el año pasado. Los tres somos muy amigos. Yo he pasado algunas vacaciones con ellos en su casa de Pawley's Island. ¿He satisfecho tu sórdida curiosidad?

—P.J., lo siento...

—Ni la mitad que yo. Seguramente, todo el maldito Escuadrón Alfa ha estado especulando sobre por qué tengo el teléfono de Kevin, ¿verdad? Pero, si yo fuera un hombre, todos habrían dado por supuesto que lo tengo porque me he ganado la confianza de Laughton trabajando duro.

—Tienes derecho a estar enfadada —dijo Harvard—. Me equivoqué al pensar así. Estaba celoso...

—Seguro que sí —dijo ella—. Seguramente estabas pensando que no era justo que Kevin se lo estuviera pasando bien y tú no.

P.J. se dio la vuelta para marcharse, pero Harvard le bloqueó el paso.

—Mentiría si dijera que el sexo no tenía nada que ver con lo que sentía —dijo Harvard—. Pero hay mucho más en esta cosa que tenemos... supongo que puede llamarse amistad, a falta de un nombre mejor. En muchos sentidos, la relación que tienes con Laughton es mucho más íntima que cualquier relación sexual. Y ahora me siento más celoso por eso. Sé que es una estupidez, pero me gustas mucho, y no quiero compartirla con nadie.

La ira de P.J. se mitigó. Aquel hombre sabía hablar. Además, por su mirada, ella se convenció de que sus palabras no estaban vacías. Estaba



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

confundido por el hecho de tener una amistad de verdad con una mujer, y era lo suficientemente honesto como para admitirlo.

—Los amigos no poseen a los amigos —le dijo con suavidad—. De hecho, pensaba que todo eso de poseer a otra persona se había terminado hace cien años.

Harvard sonrió.

—Yo no quiero ser tu propietario.

—¿Estás seguro?

Harvard se quedó callado un segundo.

—Quiero ser tu amante —le dijo por fin—. A lo mejor tus experiencias con otros hombres te han hecho pensar que eso significa que quiero dominar y controlar, como me dijiste el otro día. Y aunque de verdad me encantaría hacerte suplicar, lo más seguro es que si estuviéramos en esa... situación, tú también me oirías suplicar a mí.

Se estaba acercando lentamente, pero P.J. estaba paralizada por su mirada y el calor de sus palabras. Él le acarició la mejilla con las yemas de los dedos.

—Hemos hecho las cosas a tu manera, y somos amigos, P.J. —le dijo con suavidad—. Me gusta ser tu amigo, pero hay muchas más cosas que quiero compartir contigo. Mucho más. Podemos hacerlo con los ojos abiertos; podemos subir a tu habitación, y podemos estar el uno con el otro sin propietarios, sin problemas —Harvard le pasó un dedo por los labios—. Podríamos cerrar la puerta y no tendríamos que salir en dos días enteros.

Bajó la cabeza y la besó. Ella se apoyó en él, se sintió debilitada. Dos días enteros en brazos de aquel hombre... nunca había sentido una tentación tan fuerte.

—Vamos arriba —le susurró Harvard, y volvió a besarla con la misma dulzura, como si se hubiera dado cuenta de que aquel refinamiento lo llevaría más lejos que la pasión. Pero cuando el beso terminó, ella se volvió y se agarró



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

a la barandilla, intentando librarse de las sensaciones que le habían producido sus caricias.

—No es buena idea —dijo con la voz entrecortada.

—No —murmuró él—. Si lo piensas fríamente, es una locura. Pero algunas veces hay que dejarse llevar por el instinto. Y a mí el instinto me dice que es la mejor idea que he tenido en mi vida.

Y a ella, su instinto también le decía cosas a gritos. Sin embargo, eran cosas contradictorias: «Quizá éste sea el hombre adecuado, pero no es el momento adecuado».

Aquellos sentimientos traicioneros que tenía, la loca necesidad de poseer a aquel hombre... debía ahogarlos, debía quitárselo de la cabeza. Aunque no fuera una experta en relaciones íntimas, sabía que acostarse con Harvard Becker sólo empeoraría las cosas.

Ella tenía que poder mirarlo y trabajar con él durante las siguientes semanas conservando la racionalidad, la frialdad.

—Daryl, no puedo —susurró.

El había estado conteniendo el aliento, y lo dejó escapar con algo parecido a una carcajada.

—Te diría que me dieras una buena razón, pero estoy seguro de que tienes una docena de razones en las que yo ni siquiera he pensado.

Sí tenía una docena de razones, pero eran motivos que no podía compartir con él. ¿Cómo iba a decirle que no podía arriesgarse a tener una relación sexual con él porque tenía miedo de enamorarse?

Le dio una razón que él iba a entender. Respiró profundamente.

—Yo nunca he estado con nadie.

Harvard no lo entendió. Sabía que le estaba diciendo algo importante, pero no entendía el significado de sus palabras. ¿Que nunca había estado dónde?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¿Sabes? Siempre he odiado la palabra virgen —dijo PJ., y de repente, sus palabras quedaron claras—. En mi colegio, los compañeros se burlaban de las niñas de once años que todavía eran vírgenes.

Harvard no pudo evitar una carcajada de incredulidad.

—No es posible. No puedes estar diciéndome que...

—Soy virgen.

Esa era la palabra. El dejó de reírse.

—Dios mío, lo dices en serio, ¿verdad?

—Sí. Antes mentía sobre ello —le dijo PJ., y miró hacia la piscina—. En la universidad uno espera que el resto de la gente no se preocupe de las elecciones personales de los demás, pero no era así. No sé por qué, pero no pasaba nada si eras célibe por otras razones, por ejemplo, porque te estabas tomando un tiempo sin citas, o porque te estabas concentrando en los estudios durante una temporada, o porque estabas buscando tu propio espacio; pero eso sólo era válido si habías tenido vida sexual en el pasado. En cuanto la gente sabía que era virgen, Dios, parecía que tenía una enfermedad de la que debía curarme cuanto antes. Yo veía cómo las otras chicas se dejaban convencer para hacer cosas que no querían hacer con chicos que no les gustaban de verdad, así que yo seguí mintiendo.

Después volvió la cara hacia él.

—Pero no quería mentirte a ti.

Harvard carraspeó. Volvió a carraspear.

—Yo... eh...

PJ. sonrió.

—Vaya, he conseguido dejar sin habla al todopoderoso jefe sénior del Escuadrón Alfa.

Harvard recobró la voz.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Sí. Sin habla es una buena descripción.

Ella estaba allí, frente a él, esperando. ¿Qué? Harvard no sabía cuál era el protocolo cuando la mujer a la que uno había estado intentando seducir febrilmente admitía que nunca había estado antes con un hombre.

Otros hombres podrían tomarse aquello como un desafío; era una gran oportunidad de llegar adonde otro nunca había ido. P.J. habría rechazado, seguramente, a docenas, quizá a cientos de hombres. El hecho de que a él lo considerara una tentación era muy halagador, pero también le causaba temor.

¿Y si pudiera convencerla dulcemente y hacer que se rindiera? ¿Y si subía a su habitación con ella? Para P.J. no sería una aventura casual. Sería algo importante. ¿Estaba él listo para eso? ¿Estaba listo para que aquella mujer se viera atrapada en el remolino de las sensaciones físicas y confundiera un magnífico encuentro sexual con algo más profundo, como el amor?

Harvard miró a P.J. a los ojos.

—Lo que quiero saber es qué hace que una persona mantenga intacta una parte tan importante de su vida durante tantos años —le dijo él—. Una mujer increíble, vibrante, apasionada como tú. Seguramente, habrá muchos hombres que te han perseguido.

—Cuando era pequeña, cuando tenía cinco o seis años, decidí que iba a esperar a encontrar a un hombre que me quisiera y quisiera casarse conmigo, ¿sabes? No sabía nada del sexo en aquel momento, pero sabía que mi madre y mi abuela no habían esperado, significara lo que significara. Veía a las niñas del vecindario con los vientres hinchados y alguien me susurraba siempre que no habían esperado. Priscilla Simons no había esperado. Cheri Richards no había esperado. Yo decidí que esperaría. Y cuando comencé a entender, me quedé fascinada por los libros que leía. Me quedé atrapada en el mito del príncipe azul. Eso me mantuvo esperando unos años más.

Harvard estaba silencioso, esperando a que ella continuara.

P.J. suspiró.

—Algunas veces, me gustaría que la vida fuera sencilla, pero sé que no es posible. Quizá nunca haya estado con un hombre, pero no soy ingenua. Sé



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

que ningún hombre en su sano juicio va a casarse con una mujer sin haberle hecho un examen, por decirlo de algún modo. Tampoco ningún hombre debería hacerlo. La compatibilidad sexual es importante en una relación. Sin embargo, dentro llevo a esa niña que está esperando, en silencio —dijo, y se echó a reír—. Veo esa mirada nerviosa en tus ojos. No te preocupes. No te estoy insinuando que te cases conmigo, ni nada por el estilo. Yo no deseo atarme a nadie. A medida que crecía, veía más y más ejemplos de los patéticos hombres a quienes elegía mi madre, y empecé a pensar que quizá el matrimonio no era lo que yo quería. ¿Quién iba a querer estar atada a uno de aquellos perdedores? Yo no.

Harvard encontró la voz.

—Pero no todos los hombres son perdedores.

—Lo sé. Al crecer he conocido hombres que no eran traficantes de drogas, ni ladrones. Tengo amigos. Pero sólo amigos. Supongo que no pierdo las viejas costumbres. O quizá es que nunca haya confiado en ninguno de ellos. O quizá es que nunca haya conocido a ninguno con el que estuviera dispuesta a comprometerme.

«Hasta ahora». PJ. no dijo las palabras en voz alta, pero quedaron suspendidas entre ellos.

—No te he dicho todo esto para crearte una especie de desafío —añadió, como si le hubiera leído el pensamiento—. Sólo intento explicarte de dónde vengo, y por qué probablemente éste no es el mejor momento para ti y para mí.

«Probablemente no es» no era lo mismo que «No es». Harvard sabía que si iba a convencerla de que lo invitara a subir a su habitación, aquél era el momento preciso. Debía acercarse a ella, acariciarle la mejilla, mostrarle el calor de su mirada. Debería convencerla. Debería decirle que entre ellos había muchas más cosas que decir.

Pero no podía hacerlo. No podía hacer aquello sin pensarlo bien. En vez de acariciarla, apoyó los codos sobre la barandilla.

—Está bien —dijo suavemente—. Entiendo que esto complica las cosas, para ti igual que para mí.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

La mirada de PJ. estuvo a punto de matarlo. Se las arregló para parecer al mismo tiempo aliviada y decepcionada.

Se quedaron en silencio durante largos momentos. Después, PJ. suspiró.

Harvard tuvo que agarrarse con fuerza a la barandilla para no seguirla cuando se alejó.

—Yo... bueno, me voy a dormir. A mi habitación. Ahora.

Harvard asintió.

—Buenas noches.

Ella se volvió y se marchó. Él miró a las luces de las farolas que se habían encendido al atardecer, que se reflejaban en la superficie del agua de la piscina, y pensó en la vida que había tenido PJ. de niña, en todo lo que había tenido que superar, en lo fuerte que debía de haber sido aquella pequeña, la recordó atrapada en el árbol, haciendo su trabajo pese al miedo, pensó en el sabor de sus besos.

Y pensó también que el hecho de que una mujer como aquella se enamorara de él no sería la peor cosa del mundo.



CAPÍTULO 10

El primer ring la sacó de un sueño profundo.

El segundo hizo que P.J. rodara por la cama y mirara con los ojos entrecerrados la hora en el despertador.

Descolgó el auricular al tercero.

—Son las seis menos cuarto de la madrugada. Tengo mi primera mañana libre en más de cuatro semanas. Espero que esto sea una comunicación por parte de la comisión de loterías de que he ganado el gordo.

—¿Y si te dijera que te llamo con una oferta mucho mejor que el gordo?

Harvard. Era Harvard.

P.J. se incorporó, despierta de golpe. Había quedado completamente segura de que con su sinceridad lo había asustado. Se había quedado convencida de que con sus palabras lo había hecho huir en dirección contraria tan rápido como pudieran llevarlo las piernas. Se había pasado casi toda la noche haciéndose preguntas y preocupándose por si la noticia que le había dado había hecho añicos toda su amistad.

Había pasado casi toda la noche dándose cuenta de lo mucho que había llegado a valorarlo como amigo.

—Estaba seguro de que estarías despierta —dijo él con alegría, como si no hubiera pasado absolutamente nada raro entre ellos—. Te imaginaba terminando ya tu primera carrera de diez kilómetros del día. ¿Y qué me encuentro? ¡Que todavía estás durmiendo! No tienes ni idea de que el sol ya está brillando en el cielo y de que hace un día perfecto para un viajecito a Phoenix, Arizona.

—No puedo creerme que me hayas despertado a las seis menos cuarto de la mañana de uno de los dos únicos días que voy a tener para quedarme



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

durmiendo hasta tarde durante el próximo mes —protestó P.J., intentando mantener la calma. No quería pensar en lo contenta que estaba de oír su voz, y no quería que él se diera cuenta.

No lo había asustado. Todavía eran amigos. Y ella estaba muy, muy feliz.

—Sí, sé que es pronto —dijo—. Pero me pareció que la idea de ir al centro del desierto durante la parte más calurosa del verano te parecería irresistible.

—¿Mejor que ganar el gordo, eh?

—Por no mencionar que hay un premio adicional: la ocasión de conocer la casa nueva de mis padres.

—Eres un gallina —le dijo P.J.—. Esto no tiene nada que ver con que quieras que conozca el desierto. Es que tienes que ver la casa de tus padres por primera vez. Y el pobrecito niño necesita que alguien lo tome de la mano.

—Tienes razón —respondió él con seriedad—. Estoy aterrizado. Pensé que tenía dos opciones: o hacerlo del modo difícil, aguantarme e ir, o podía hacerlo todo mucho más fácil pidiéndote que vinieras conmigo.

P.J. no sabía qué decir. Argumentó lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Tus padres acaban de mudarse. No creo que estén listos para recibir invitados.

—No sé qué tamaño tiene la casa —admitió Harvard—. Quizá tú y yo podamos alojarnos en un hotel. En habitaciones separadas —añadió.

P.J. se quedó callada.

—Sé lo que estás pensando —dijo él.

—¿Sí? ¿Y qué es?

—Estás pensando: «Este hombre me persigue porque quiere algo conmigo».



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Se me había ocurrido, sí...

—Bueno, pues te equivocas. Es cierto que te deseo —dijo él, y se rió con suavidad—. Pero yo no voy a presionarte, PJ. Creo que cuando tú estés lista, si alguna vez lo estás, me avisarás. Y hasta entonces, haré las cosas a tu modo. Te pido que vengas conmigo a Phoenix como amiga.

PJ. respiró profundamente.

—¿A qué hora sale el vuelo?

—¿Puedes creerte que en cuarenta y cinco minutos?

PJ. se echó a reír.

—Sí —dijo—. Sí, me lo creo.

—¿Puedes estar en la puerta en diez minutos? —respondió él—. Lleva sólo una bolsa, por favor.

—¡Daryl!

—¿SÍ?

—Gracias —dijo PJ.—. Sólo... gracias.

—Yo soy el que tiene que darte las gracias por venir conmigo —respondió Harvard en voz baja, e inspiró profundamente—. Bueno —dijo en voz mucho más alta—. ¿Hemos terminado ya con este sentimentalismo? Bien. ¡Muévete, Richards! El tiempo pasa. ¡Abajo en nueve minutos! ¡Adelante!

—Siempre pienso en las turbulencias. Harvard miró a PJ. y la encontró con los ojos cerrados, y agarrada con fuerza a los brazos del asiento. —Bueno, pues no lo hagas —dijo él—. Dame la mano.

Ella abrió los ojos y lo miró.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—O en lo poco probable que es que algo tan grande como esto consiga despegarse del suelo.

El tendió la mano con la palma hacia arriba, invitándola a que la tomara.

—Si quieres hablar de física, puedo darte una clase de números y ecuaciones sobre por qué esto vuela —respondió Harvard.

—Y después —prosiguió P.J., como si no hubiera oído nada—, cuando oigo que las ruedas se retraen, pienso en lo terrible que sería que se cayera.

Harvard le quitó los dedos del brazo del asiento y la tomó de la mano.

—No permitiré que te caigas.

Ella sonrió y se soltó.

—Cuando lo dices así, casi te creo.

El sostuvo su mirada.

—No pasa nada porque te tome la mano.

—Sí pasa.

—Los amigos pueden darse la mano.

P.J. soltó un resoplido.

—Sí, estoy segura de que Joe Cat y tú os dais la mano continuamente.

Harvard sonrió ante aquella imagen.

—Si él lo necesitara, yo le tomaría la mano.

—Nunca lo va a necesitar.

—Quizá sí. Quizá no.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Mira, no me da miedo volar —le dijo P.J.—. Es sólo el despegue lo que me pone un poco tensa.

—Sí —respondió Harvard, mirando cómo seguía agarrada al asiento—. Ahora que estamos en el aire te has relajado mucho.

—Estoy relajada —protestó ella—. Lo único que tengo que hacer es cerrar los ojos y estaré dormida en cinco minutos. Menos.

—Eso no es estar relajada —replicó él—. Es un acto inconsciente de defensa. Sabes que vas a estar metida en este avión hasta que lleguemos a Phoenix. No hay forma de salir, así que tu cuerpo se cierra. Los niños lo hacen todo el rato, cuando se enfadan o se ponen tristes. Frankie Catalanotto lo hace a menudo. En un momento dado está gritando porque no le dan otra galleta, y al segundo está dormido. Es como si alguien apretara un interruptor. Es un mecanismo de defensa.

—Me encanta que me compares con un niño enrabiado.

—¿Quieres que te invite a una cerveza, niñita? Ella sonrió casi de verdad.

—¿En un vuelo a las seis y media de la mañana?

—Si funciona...

—Normalmente, me traigo los cascos y un libro en cinta —dijo P.J.—. Y lo escucho mientras hago trabajo administrativo. No puedo hacer demasiadas cosas y mantener el nivel de terror al mismo tiempo.

Harvard asintió.

—Te las arreglas. Haces lo que hay que hacer cuando no queda más remedio. Pero, de vez en cuando, puedes permitir que alguien te tome la mano.

RJ. negó con la cabeza.

—Nunca he pensado que pudiera permitirme ese lujo —dijo ella, y apartó la vista, como si supiera que quizá había revelado demasiado.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Y Harvard, de repente, fue consciente de todas las cosas que no sabía sobre aquella mujer. Ella le había contado muy poco, sólo un poco, sobre su niñez. También sabía que tenía una gran fuerza de voluntad y gran capacidad de control. Y que era más decidida que la mayoría de los candidatos a SEAL que él había visto en los entrenamientos BUD/S en Coronado.

—¿Por qué comenzaste a trabajar para la FInCOM? —le preguntó—. Estoy seguro de que no fue para acumular puntos de vuelo.

Eso provocó la sonrisa que él quería ver. PJ. tenía una sonrisa maravillosa, pero la mayoría de las veces era muy corta. Ella entornó los ojos y se mordió el labio inferior mientras pensaba en la respuesta.

—En realidad, no sé por qué —dijo ella—. Estudié derecho en la universidad, pero me resultó muy aburrido. Me metí a un programa de negocios cuando un equipo de reclutamiento de la FInCOM se puso en contacto conmigo. Escuché lo que tenían que decirme, aunque me tomé todo lo de la gloria y la emoción en el trabajo con cautela, pero...

Se encogió de hombros.

—Hice los exámenes de ingreso por probar. Sin embargo, a cada examen que aprobaba, a cada nivel más alto que alcanzaba, me di cuenta de que quizá hubiera algo para mí allí. Tenía el instinto necesario; me pareció que era buena por naturaleza para algo así. Fue como si tomara un violín y me diera cuenta de que podía tocar un concierto de Mozart. Fue estupendo. Poco a poco me di cuenta de que aquel programa de la FInCOM me estaba atrapando. Me enganchó.

Entonces, se quedó mirándolo.

—¿Y tú? ¿Por qué decidiste alistarte en el ejército? Me dijiste que tenías pensado ser profesor de universidad cuando te licenciaste.

—De literatura inglesa, sí. Como mi padre.

—¿Y qué ocurrió?

—¿Quieres saberlo de verdad? ¿La historia de verdad, y no la versión que les conté a mis padres?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Con aquello, se hizo con la atención completa de P.J. Ella asintió con los ojos muy abiertos.

—Una semana y media después de la graduación —le dijo Harvard—, hice un viaje a Nueva York con un grupo de chicos de la escuela. La hermana de Brian Bradfor, Ashley, estaba cantando en un coro que iba a actuar en el Carnegie Hall, así que él iba a verla, y Todd Wright iba a ir con él porque estaba enamorado de Ashley. Ash sólo tenía sitio para dos, así que el resto nos quedamos en casa del padre de Stu Waterman, a las afueras de la ciudad. íbamos a pasarnos dos o tres días durmiendo en la alfombra del salón de la casa de Waterman, conociendo la ciudad. Pensábamos ir a uno o dos espectáculos, a alguna discoteca y a ver Wall Street. O eso creía yo.

—Oh, oh —dijo P.J.—. ¿Qué pasó?

—Llegamos a Nueva York al atardecer, dejamos a Bri y a Todd cerca de Carnegie Hall y Stu, Ng y yo compramos algo de comer y nos dirigimos a casa del padre de Stu. Sabíamos que Todd y Brian no volverían hasta más tarde, así que decidimos salir. Vi en el periódico que tocaba la banda de Danilo Pérez, que es un pianista de jazz muy bueno, y propuse que fuéramos. Pero Stu y Ng preferían ir al cine, así que nos separamos. Ellos fueron por su camino y yo por el mío. El concierto fue estupendo —prosiguió Harvard—. Lo que ocurrió después no, pero no me arrepiento de haber ido. Salí a las dos y media o las tres menos cuarto de la madrugada. Había llamado a Stu a las dos, y él me dijo que no me preocupara, que todavía estaban despiertos, que no tuviera prisa por volver. Aunque ahora creo que un invitado considerado no llegaría a casa tan tarde. Quise darme prisa y tomar un taxi, pero cuando paraban y me veían, continuaban la marcha. Me imagino que era por cómo iba vestido: una camiseta, unos vaqueros y unas zapatillas de deporte. No es que fuera extraño, pero yo no parecía un licenciado por Harvard. Parecía un chico negro que ha salido hasta muy tarde. Como no paraba ningún taxi, pensé que eran pocos kilómetros, y que podía ir corriendo.

Harvard vio en la mirada de P.J. que ella ya sabía lo que iba a contarle.

—Sí, exacto. Ocurrió lo que estás pensando. No había recorrido ni cuatro manzanas cuando un coche de la policía se puso a mi lado y comenzó a seguirme. Parece que un hombre negro corriendo en aquella parte de la ciudad atrae las miradas de la autoridad.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—No te criaste en una ciudad —dijo PJ—. Si hubieras crecido allí, sabrías que no tenías que correr.

—Sabía que no tenía que correr. Quizá fuera un chico de barrio residencial, pero había vivido en Cambridge durante cuatro años. Sin embargo, aquellas calles estaban tan vacías que estaba seguro de que vería un coche patrulla. Fui descuidado. O quizá hubiera tomado demasiadas cervezas. De todos modos, dejé de correr, y ellos me preguntaron quién era, dónde había estado, que adonde iba, que por qué estaba corriendo. Salieron del coche, porque no creían nada de lo que les estaba diciendo, y yo empecé a sentirme molesto. E indignado. Les dije que sólo habían parado el coche porque yo era negro. Empecé a hablar de lo injusto que era el sistema por permitir semejantes prejuicios, y me llevé la mano al bolsillo para sacar la cartera y mostrarles a aquellos policías escépticos mi tarjeta de identificación de la universidad de Harvard. De repente, los dos policías me estaban apuntando con una pistola. Me quedé en blanco. Me habían parado e interrogado más veces, pero lo de las armas era nuevo. Nunca las había visto antes. Me gritaron que me sacara las manos de los bolsillos y que las pusiera donde ellos pudieran verlas, y al mirarlos, me di cuenta de que tenían los ojos en blanco. Estaban aterrorizados, y les temblaban los dedos en el gatillo. Yo pensé que iba a morir sólo por ser un negro en una ciudad de Norteamérica. Puse las manos en alto, y ellos me gritaron que me tirara al suelo, así que lo hice. Me registraron, me arañaron la cara contra el suelo, y mientras, yo estaba pensando que tenía un cociente intelectual con el que puedo entrar en la maldita Mensa Society, pero eso no es lo que ve la gente cuando me mira. Sólo ven a alguien que podría estar armado y ser peligroso.

Harvard se quedó callado al recordar cómo le había dejado marchar la policía. Le habían hecho una advertencia y lo habían dejado marchar; le habían ofrecido tan sólo una disculpa superficial. Tenía la mejilla arañada, sangrando, y ellos se habían comportado como si él hubiera hecho algo malo. Harvard se había quedado sentado en el bordillo de la acera durante un rato, intentando entender lo que había ocurrido.

—Había oído hablar de los SEAL, supongo que había visto algún programa en la televisión. Y había leído su historia, sobre los hombres rana y los Equipos de Demolición Submarina de la Segunda Guerra Mundial. Admiraba a los SEAL por todos los riesgos que tenían que correr en el día a día, y creo que siempre había pensado que era algo que me hubiera gustado ser en otra



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

vida. Sin embargo, me acuerdo de estar allí sentado, en la acera, después de que el coche patrulla se hubiera ido, pensando en que la esperanza media de vida de un negro en una ciudad norteamericana era de veintitrés años. Nunca había asimilado esa realidad, pero aquella noche lo hice. Y pensé que estaba en peligro sólo por ir andando por la calle. Sólo por suerte no me saqué la cartera del bolsillo trasero del pantalón aquella noche, cuando los policías me estaban gritando que subiera las manos. Si lo hubiera hecho, y uno de ellos hubiera creído que la cartera era un arma, yo habría muerto a los veintidós años. Otra lamentable estadística. Pensé en todo aquello allí sentado. Sí, podría estar seguro sin salir por la noche. O podría hacer lo que había hecho mi padre, y esconderse en algún próspero barrio residencial de las afueras. O podría enrolarme en la Marina y convertirme en SEAL, y al menos, merecería la pena correr riesgos diarios.

Harvard se dejó atrapar durante unos instantes en los enormes ojos de PJ.

—A la mañana siguiente busqué una oficina de reclutamiento y me uní al ejército del tío Sam. El resto, como se suele decir, es historia.

PJ. soltó el brazo del asiento y le tomó la mano.

El miró sus dedos, tan esbeltos y pequeños comparados con los suyos.

—¿Esto es por mí o por ti?

—Es por mí y por ti —le dijo ella—. Es por los dos.

La madre de Harvard olía a canela. Olía como el aire frente a la panadería por la que pasaba P.J. de camino al colegio cuando estaba en el tercer curso, antes de que muriera su abuela.

Toda la casa olía muy bien. Estaba sucediendo algo increíble en la cocina. Algo que estaba en el horno con mucho azúcar y muchas especias.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Ellie Becker tomó a P.J. de una mano y a Harvard de la otra, y los llevó de tour por la casa nueva. Había cajas en todas las habitaciones salvo en la enorme cocina, que estaba prístina y completamente instalada.

Era como las cocinas que P.J. había visto en las comedias de la televisión. El suelo era de azulejos rojizos, de estilo mejicano. La encimera y los electrodomésticos eran blancos, y los muebles de madera. Había una isla de trabajo con un fregadero en mitad de la habitación, y espacio suficiente para una mesa en la que cabían unas doce personas sin problema.

—Compramos la casa por esta cocina —dijo Ellie—. Esta es la cocina con la que he soñado durante veinte años.

Harvard era exactamente igual que su madre. Medía treinta y cinco centímetros más que ella y no era tan redondo en ciertos lugares, pero tenía su sonrisa y la misma chispa en los ojos.

—Es una casa preciosa —le dijo P.J. a Ellie.

Era maravillosa. Nueva, con los techos altos, con una moqueta gruesa en el suelo y las paredes recién pintadas, construida al estilo español, tan generalizado en el suroeste del país.

Ellie estaba mirando a Harvard.

—¿Qué te parece?

El le dio un beso.

—Me parece perfecta. Y también me parece que quiero saber si lo que huele en la cocina son magdalenas de canela y si las galletas de chocolate que se están enfriando en la encimera se pueden comer.

Ella se rió.

—Sí y sí.

—Prueba esto —le dijo él a P.J., y le ofreció una galleta.

P.J. le dio un mordisco.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

La madre de Harvard hacía más cosas aparte de cocinar. Sonreía todo el tiempo incluso cuando lloraba de alegría por ver a su hijo. Era la personificación de la alegría y la calidez, y lo suficientemente amigable como para darle un abrazo a los extraños a los que su hijo llevaba a su casa.

PJ. estaba deseando conocer al padre de Harvard.

—Kendra y las gemelas vendrán a cenar —le dijo Ellie a Harvard—. Robby no puede venir. Tiene que trabajar —añadió, y se volvió hacia PJ—. Kendra es una de las hermanas de Daryl. Va a ponerse muy contenta de conocerte. Yo estoy muy contenta de conocerte, también —dijo, y volvió a abrazar a PJ—. Eres una muchacha preciosa y dulce.

—Cuidado, mamá —dijo Harvard con ironía—. Esta muchacha preciosa y dulce es una agente de la FInCOM.

Ellie miró a P.J.

—¿Eres una de las agentes que está en ese programa antiterrorista en el que está trabajando Daryl?

—Sí. Es una de las elegidas para ser adiestrada en ese programa antiterrorista —repitió Harvard en broma.

—Yo nunca había conocido a una agente de la FInCOM. No te pareces a los que he visto en la televisión.

—Quizá si se pusiera un traje negro y gafas de sol...

PJ. le lanzó a Harvard una mirada fulminante, y él se echó a reír. Tomó otra galleta y se la dio a PJ. Ella negó con la cabeza. Estaban demasiado ricas.

—¿Tienes arma, y todo? —preguntó Ellie.

—Sí, mamá, la tiene y sabe cómo utilizarla. Es la mejor tiradora que me he encontrado en diez años. Y también se le dan muy bien las demás cosas. De hecho, si a los cuatro supermequetrefes de la FInCOM se les pidiera que hicieran el entrenamiento BUD/S, ella sería la única que quedaría en pie.

Ellie emitió un silbido de admiración.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Si él dice eso, tienes que ser buena.

P.J. sonrió a la madre de Harvard.

—Sí lo soy, gracias. Pero no sería la única que quedaría en pie. Sería la única que quedaría corriendo.

—¡Bien dicho! —exclamó Ellie con una sonrisa, y miró a Harvard—. Segura y decidida. Me gusta mucho.

—Sabía que te caería bien —le dijo Harvard, y le ofreció más galletas a P.J. Ella tomó una, sonrió y dio las gracias, y él le devolvió la sonrisa y se perdió durante un segundo en sus ojos.

Todo iba bien. No era tan difícil como él había pensado. La casita era demasiado nueva y no tenía demasiada personalidad, pese a la altura del techo y la cocina, pero su madre estaba muy contenta, eso estaba claro. Y P.J. era una buena distracción. Era difícil concentrarse en el hecho de que Phoenix, Arizona, era muy distinto de Hingham, Massachusetts, cuando estaba usando tantas células cerebrales para memorizar cómo la camisa de seda de P.J. se colgaba de sus hombros y sus pechos.

Estaba impaciente por tomar el vuelo del día siguiente. Si era afortunado, quizá ella volviera a tomarlo de la mano.

Lo absurdo de aquel pensamiento, de la impaciencia porque una mujer lo tomara de la mano, hizo que se riera a carcajadas.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —le preguntó su madre.

—Sólo... me alegro de estar aquí —le dijo él, y le dio un abrazo rápido—. ¿Dónde está papá? Hace demasiado calor como para que esté jugando al golf.

—Tenía una reunión en la universidad. Volverá pronto. Se va a quedar muy sorprendido de verte.

Sonó el temporizador del horno, y Ellie miró a través del cristal. Después, con los guantes, sacó la bandeja llena de magdalenas y la puso sobre un salvamanteles.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¿Por qué no traéis las bolsas del coche?

—Estábamos pensando en tomar un par de habitaciones en un hotel —le dijo Harvard—. En este momento no te vendrá bien tener invitados.

—Tonterías —le dijo su madre—. Hay sitio de sobra. Siempre y cuando no os importen las cajas...

—No sabía si tendrías sábanas desempaquetadas —dijo Harvard, y se apoyó contra la encimera.

—Claro que sí. No os preocupéis. A menos que queráis ir a un hotel, claro.

Harvard entendía lo que su madre no había dicho. «Para tener privacidad». Sabía que a ella no se le había escapado el hecho de que él hubiera dicho habitaciones, en plural. Y sabía que tampoco se le había escapado el hecho de que ella hubiera presentado a P.J. como una amiga. Sin embargo, estaba seguro de que tampoco se le habían escapado las sonrisas bobaliconas que se le escapaban a su hijo en dirección a R.J.

Había un millón de preguntas en los ojos de su madre, pero él sabía que no iba a hacerlas delante de P.J. Podría avergonzarlo y burlarse de él todo cuanto quisiera cuando estuvieran solos, pero era una mujer muy inteligente y sabía cuándo debía callar.

—Eh, ¿de quién es el coche que está fuera?

Harvard no podía creer la diferencia entre el hombre viejo al que había dejado en el hospital y el hombre que entró por la puerta de la cocina. Su padre parecía quince años más joven.

—¡Dary! ¡Sí! ¡Esperaba que fueras tú!

Harvard abrazó a su padre mientras se le llenaban los ojos de lágrimas. Había tenido miedo de, pese a los informes optimistas de su madre, encontrar a su padre envejecido y con exceso de peso, con la amenaza de otro ataque al corazón cerniéndose sobre él. Sin embargo, lo vio mejor que en años.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¡Papá, demonios! ¡Tienes un aspecto estupendo!

—He perdido diez kilos. Me quedan otros quince —le dijo su padre, y le dio un beso en la mejilla al mismo tiempo que le daba golpecitos en el hombro, al darse cuenta de la emoción de su hijo—. Ahora ya estoy bien, hijo. Sigo las órdenes del médico. Nada de carnes rojas, ni de fumar en pipa, ni de huevos con beicon... y hago mucho ejercicio, aunque no tanto como tu, ¿verdad? Tú también estás estupendo, como de costumbre.

Harvard abrazó a su padre una vez más antes de separarse de él. P.J. tenía los ojos muy abiertos, y rápidamente apartó la mirada, al darse cuenta de que se había quedado embobada.

—Papá, te presento a P.J. Richards. Trabaja para la FInCOM. Hemos estado trabajando juntos y nos hemos hecho amigos. Teníamos un par de días de permiso, así que la he arrastrado aquí conmigo. P.J—, te presento a mi padre, Medgar Becker.

El doctor Becker le tendió la mano a P.J.

—Me alegro mucho de conocerte... ¿P.J.?

—Sí, eso es —dijo P.J.—. Pero, realmente, aunque no lo crea, doctor Becker, ya nos conocemos —añadió, mirando a Harvard de modo acusatorio—. No me habías dicho que tu padre era el doctor Medgar Becker.

El se rió.

—¿Conoces a mi padre?

—Sí —dijo ella con una sonrisa, y miró al doctor Becker, que la estaba observando con los ojos entrecerrados—. Seguramente, usted no recordará...

—Washington, D.C —dijo él—. Claro que me acuerdo de ti. Tuvimos un debate sobre Romeo y Julieta.

—¡No puedo creer que se acuerde de eso! —dijo ella con una carcajada.

—He dado conferencias similares durante años, pero tú eres la única estudiante que planteó una pregunta y después defendió con vehemencia su



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

postura, cuando yo ya había contestado. Nunca supe tu nombre, niña, pero te recuerdo.

—El doctor Becker fue profesor invitado en nuestra universidad —le explicó P.J. a Harvard—. Una de mis compañeras estaba especializándose en literatura inglesa, y me convenció de que fuera a la conferencia.

—Me acuerdo de que pensé que llegarías a ser alguien —dijo el doctor Becker.

—Vaya, gracias —dijo P.J.

—¿Sabes? He estado durante años pensando en lo que dijiste sobre que querías que el lenguaje de la obra se modernizara —prosiguió el doctor Becker, tirando de P.J. hacia su despacho—, sobre que la obra fue escrita originalmente para el pueblo, y que como el lenguaje que hablamos ha cambiado tanto desde entonces, ha perdido el público que podría beneficiarse más de su lectura.

Harvard se quedó con su madre mientras P.J. miraba hacia atrás y sonreía, antes de que su padre se la llevara de la cocina.

—Me encanta su sonrisa —dijo él, y no se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que habló su madre.

—Sí, es muy bonita —dijo Ellie, y se rió, sacudiendo la cabeza ante el sonido de la voz de su marido, que seguía charlando al otro extremo de la casa—. ¿Sabes? Se ha estado comportando de un modo extraño últimamente. Yo lo había achacado a que ha tenido una experiencia cercana a la muerte y a que después ha adelgazado mucho. Es como si hubiera decidido cambiarlo todo. Me gusta, la mayor parte del tiempo. Pero me preocuparía un poco su interés por tu chica, si no fuera más que evidente que ella está loca por ti.

—Oh, no —dijo Harvard—. Sólo somos amigos. Eso es todo. Ella no es mía, y yo no estoy buscando conseguirla, tampoco.

—Trae las bolsas del coche —le dijo Ellie—. Podéis instalaros en las habitaciones que tienen el baño compartido —añadió, y sonrió de un modo conspirativo—. Algunas veces, estas cosas necesitan un empujoncito.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—No necesito ningún empujoncito —dijo Harvard con indignación—. Y menos un empujoncito de mi madre.



CAPÍTULO 11

RJ. encontró a Harvard en el porche, con los codos apoyados en la barandilla, mirando la luna llena.

Ella cerró las puertas al salir.

—Hola —dijo Harvard sin volverse hacia ella.

—Hola —respondió PJ., acercándose.

Hacía muchísimo calor. Daba la sensación de estar en un horno. No había ni la más mínima brisa que pudiera refrescar el ambiente.

—Tenía ganas de preguntarte por lo que le has dicho a tu hermana Kendra.

El la miró.

—¿Te refieres a cuando ella estaba haciendo tanto ruido por lo peligroso que debe de ser tu trabajo? PJ. asintió.

Kendra había montado un lío por el hecho de que PJ. se pusiera en peligro por su trabajo, con tipos malos armados que a veces disparaban. Sus argumentos sobre por qué una mujer no debería desempeñar trabajos peligrosos eran los mismos que Harvard le había lanzado a PJ. durante las primeras veces que habían hablado. Pero, para la absoluta sorpresa de P.J., en aquella ocasión Harvard había salido en su defensa.

Le había dicho a su hermana que PJ. era muy buena en lo que hacía, y que era más dura y más fuerte que muchos hombres a los que él conocía. Y después había hecho una declaración que había dejado anonadada a P.J.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Harvard había anunciado que elegiría a PJ. como compañera antes que a muchos hombres a los que conocía.

—¿Lo has dicho de veras? —le preguntó PJ. en aquel momento.

—Claro. Lo he dicho, ¿no?

—Pensaba que sólo estabas siendo... ya sabes.

—¿Pensabas que mentía?

—No. Que estabas siendo amable, caballeroso. No sé. No sabía qué pensar.

—Sí, bueno, pues lo he dicho en serio. Me gustas, y confío en ti.

—Confías en mí. ¿Lo suficiente como para creer de verdad que no tienes que protegerme?

Quería decirle que sí. Ella lo veía en sus ojos. Sin embargo, también percibió su indecisión. Y él no intentó negar que no estuviera seguro.

—Todavía estoy trabajando en eso —le dijo Harvard—. Sin embargo, sí puedo decirte que estoy deseando que llegue la misión. Va a ser muy divertido ir al campo contigo, aunque sólo sea un entrenamiento.

PJ. lo miró fijamente, complacida por el hecho de que hubiera sido sincero.

—Jefe sénior, me siento honrada —le dijo.

Jefe sénior.

Aquel título se interponía entre ellos como una barricada. Ella lo había usado a propósito, y PJ. supo, por su ligera sonrisa, que él se había dado cuenta.

La luna y sus ojos, el calor de la noche y los sentimientos de PJ., todo era demasiado intenso.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Ella miró por encima de la barandilla. El pequeño jardín de los Becker lindaba con un campo de golf. Las suaves colinas parecían algo sobrenatural bajo la luz de la luna. Los bunkers reflejaban la luz y brillaban.

—Han cambiado las vistas al mar por esto —dijo Harvard con una suave carcajada—. Todavía hay una parte de mí que está en estado de shock.

—¿Sabes? Me he pasado cuarenta minutos en el garaje con tu padre, y no ha mencionado a Shakespeare ni una sola vez. Se ha pasado todo el tiempo enseñándome sus nuevos palos de golf. Me parece que a él le gusta mucho más esto que la vista del mar que teníais en Massachusetts .Y sé que a tu madre le encanta tener a tus preciosas sobrinas a un paseo en coche.

—Tienes razón —dijo Harvard, y suspiró—. Soy yo el que adora el mar. Mi padre sólo lo tolera. Mi padre —repitió, y movió la cabeza—. Dios, no puedo creer lo bien que está. La última vez que lo vi pensé que lo enterraría en dos años. Ahora parece que va a vivir otros sesenta.

P.J. lo miró y pensó en que se le habían llenado los ojos de lágrimas cuando había visto a su padre aquella tarde. Al principio, ella no podía creerlo. Lágrimas. En los ojos del jefe sénior Becker.

Era un hombre severo y fuerte, formidable, a cargo siempre de todo. Sin embargo, era algo más. Sabía escuchar a los demás, y su seguridad se basaba en la inteligencia y la experiencia, no en la arrogancia, como ella había pensado al principio. Era divertido, listo y equilibrado.

Y una de las cosas que había ayudado a Harvard a ser así era el amor y el afecto de su familia.

Un amor y un afecto a los que Harvard correspondía incondicionalmente.

¿Cómo sería crecer en una familia así? ¿Cómo sería ser amada de aquel modo?

P.J. sabía que Harvard la deseaba, pero, ¿y si quisiera algo más?

Aquel pensamiento era a la vez maravilloso y atemorizante.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Pero totalmente absurdo. El le había dicho claramente que quería amistad con algo de sexo. Nada que fuera más allá, nada más profundo.

—Tu familia es estupenda —le dijo.

El la miró divertido.

—Kendra va a unirse a mis padres y van a formar tu club de fans. Después de que se te tirara al cuello con su discurso contra las armas, después de que te dijera que ella sólo tomaría un arma para defender a sus hijas, y de que tú le dijeras «Eso es lo que hago yo; cada vez que tomo un arma es para defender a tus hijas». Después de eso, Kendra me llevó a un rincón y me dio permiso para que me casara contigo.

A P.J. le dio un vuelco el corazón. Pero él estaba bromeando. Sólo estaba bromeando. No estaba interesado en casarse. No más que ella. Y ella no estaba interesada.

Habló en un tono ligero.

—Soy demasiado mayor para la adopción. Tal y como yo lo veo, el matrimonio es la única forma de que yo pueda entrar en esta familia, así que ten cuidado —bromeó—. Si encuentro el momento, quizá lo piense.

Harvard se rió y miró hacia atrás con miedo fingido.

—Mejor será que no hagamos bromas de esto en voz alta. Si lo oye mi madre, quizá se lo tome en serio. Y entonces mañana nuestro compromiso estará publicado en el periódico. Escribirá la lista de invitados con una mano, firmará un contrato de catering con la otra y mientras te estará ayudando a elegir un traje de novia.

P.J. siguió con la broma.

—Siempre y cuando el corte me permita llevar el arnés de la pistola debajo...

—La novia llevaba una Smith and Wesson. El novio optó por un HK MP5. Fue un enlace muy romántico.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

PJ. se echó a reír.

—Pasaron la noche de bodas en la sala de tiro.

—No, eso no lo creo —dijo él, y algo en su voz había cambiado.

Cuando PJ. lo miró, el estado de ánimo cambió. El todavía tenía la risa reflejada en los ojos, pero había algo más. Algo caliente y peligroso. El eco de los besos que habían compartido el día del salto en paracaídas. Algo que hacía que ella quisiera pensar detenidamente en sus motivos para evitar las relaciones íntimas.

La noche de bodas. Dios, no pensaba con claridad cuando había dicho eso. No debía haberlo mencionado.

Carraspeó.

—Tu madre me pidió que te dijera que tu padre y ella iban a acostarse. Que apagues las luces y cierras con llave cuando entremos.

Harvard miró el reloj mientras se volvía hacia ella, con un codo apoyado en la barandilla. Con la otra mano le tocó suavemente la manga de la camisa, y después la piel desnuda del brazo.

—Son más de las once. ¿Quieres irte ya a la cama?

Era una pregunta inocente, pero combinada con el calor de su mirada y la presión ligera que ejercía con las yemas de los dedos en su brazo, adquiriría un significado mucho más complicado.

—Lo sé —dijo él—. Te prometí que no te presionaría. Y no hay presión. Sólo se me ocurrió que sería tonto si no comprobaba si entre anoche y hoy no ha cambiado nada.

—No, no ha cambiado nada —susurró ella.

Sin embargo, todo había cambiado. Aquel hombre había vuelto su mundo del revés. Tenía ganas de estar con él. Muchas ganas. Y si hubieran estado en otro lugar distinto a la casa de sus padres, quizá ella se hubiera sentido tentada a ceder. Y aquello habría sido un gran error.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

No podía tener una relación con aquel hombre, al menos hasta que la misión de entrenamiento hubiera terminado. No podía permitir que al final alguien pensara que había tenido éxito en aquel programa tan competitivo porque se había acostado con el jefe sénior del Escuadrón Alfa.

Y, cuando aquel proyecto terminara, tendría que pensar a fondo lo que quería de verdad.

En aquel momento, pensaba que lo deseaba a él. Estaba casi segura.

—No ha cambiado nada —repitió, más alto, intentando convencerse también a sí misma.

Harvard asintió, y después se inclinó hacia ella.

P.J. supo que iba a besarla. El se tomó su tiempo. Incluso se detuvo a mitad de camino hacia sus labios, la miró a los ojos y sonrió antes de continuar.

Y ella... ella no se lo impidió. No se retiró. No dijo nada. Se quedó allí como una boba, esperando a que él lo hiciera.

Su primer beso fue uno de aquellos besos dulces que parecían la especialidad de Harvard, de los que a ella le aceleraban el corazón y le debilitaban las rodillas. Sin embargo, después volvió a besarla, le dio un beso más largo, más profundo, más posesivo, metió la lengua en su boca e hizo lo que quiso. La abrazó y la sujetó mientras seguía besándola como si no tuviera intención de dejar de hacerlo en un buen rato.

P.J. podría haberse indignado, pero lo cierto era que no quería que la boca de Harvard estuviera en ningún otro lugar. Quería que la besara. Adoraba la sensación de estar entre sus brazos. Sus brazos eran fuertes, poderosos, pero capaces de sujetarla con ternura.

Así que se quedó allí, a la luz de la luna de Arizona, en el porche trasero de la casa de los padres de Harvard, y lo besó, también.

Harvard se separó de ella primero, con la respiración entrecortada.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Oh, vaya. Eso no era para presionarte —le dijo. Su voz sonaba como si le faltara el aliento, igual que a ella—. Se suponía que era un recordatorio amistoso de... lo bien que podríamos estar juntos.

—No se me ha olvidado —dijo PJ. Tenía la boca seca, y mientras lo miraba, se los humedeció nerviosamente.

—Oh, demonios —susurró él, y volvió a besarla.

En aquella ocasión, ella saboreó su hambre. En aquella ocasión, él inhaló su esencia, y ella se lo bebió, sedienta.

Lo abrazó. Le pasó los brazos por los hombros y por el cuello. Notó que él deslizaba las manos por su espalda, sintió los músculos poderosos de sus muslos contra las piernas, mientras intentaba acercarse más y más a aquel hombre que había llegado a importarle tanto.

—Oh, Dios —jadeó PJ., y atrajo la cara de Harvard para que se besaran otra vez, cuando él estaba a punto de parar.

No le importaba el hecho de que estuvieran allí, en casa de la madre de Harvard. No le importaba el daño que aquello podía hacerle a su reputación. No le importaba lanzar por la ventana toda la cautela y la contención que había practicado durante toda su vida.

Se estremeció cuando él le pasó los labios por el cuello, cuando le tomó un pecho con la palma de la mano, y aquellas sensaciones que nunca hubiera imaginado hicieron que perdiera cualquier pensamiento coherente.

—Deberíamos parar —susurró Harvard, besando otra vez a PJ.

PJ. no se apartó. Se abrió a él, recibió sus besos con una pasión que a él le cortó el aliento. Ella estaba ardiendo, y él era el hombre que había encendido la llama.

Sin embargo, mientras movía el cuerpo ligeramente, mientras metía con sutilidad el muslo entre sus piernas, mientras pasaba las manos por su cuerpo perfecto, Harvard sabía que no debía hacerlo. Sabía que debería retirarse, y no llevar aquella situación explosiva a un punto sin retorno.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Pero ella sabía a moca por el café que habían tomado con sus padres poco antes, después de que se fueran Kendra y las niñas. Y notaba su calor a través del fino algodón de sus pantalones, mientras ella se apretaba contra su muslo.

Harvard la abrazó con fuerza y vio miles de emociones reflejadas en sus ojos. Miedo, impaciencia, deseo.

Ella lo deseaba. Quizá estuviera asustada, pero lo deseaba de verdad.

El miró de nuevo el reloj. Tenían tiempo. Todavía tenían tiempo suficiente.

El podía llevarla a la casa, a la habitación de invitados, y convertirse en su primer amante.

PJ. podría haber elegido a quien ella hubiera querido, pero lo había elegido a él.

Aquella idea era un poderoso afrodisíaco, e hizo que su decisión fuera muy difícil.

La verdad era que no tenía elección.

Sí, podría tomarla aquella noche. Podría continuar besándola, seduciéndola, y ella iría a su cama, y él podría enseñarle todo lo que se había estado perdiendo durante aquellos años.

La besó de nuevo. Después la sentó cuidadosamente en una de las sillas del porche y se alejó hacia el otro extremo.

O podía cumplir la promesa que le había hecho aquella mañana.

—No estaba jugando limpio —dijo. Su voz surgió como un gruñido ronco, en parte humano, en parte animal—. Sabía que si te besaba lo suficiente, con la pasión suficiente, arderías. Lo siento.

Ella tomó aire, temblando. Después exhaló.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Ha sido... Yo... yo quería... pensaba que... Estoy muy confusa, Daryl. ¿Qué acaba de pasar aquí? ¿No quieres estar conmigo?

Harvard se volvió hacia ella, asombrado porque PJ. pudiera pensar algo así.

—¡No! Demonios, PJ., mírame. Sólo tienes que mirarme para saber si quiero estar contigo.

Ella lo miró.

El se acercó, y ella se dio cuenta de que la erección de Harvard le tensaba la tela de los pantalones. Y el hecho de que ella estuviera mirándolo con los ojos abiertos como platos empeoró las cosas.

—Estoy intentando ser un héroe —le dijo él con la voz quebrada—. Estoy intentando hacer lo correcto. Quiero hacer el amor contigo, lo deseo más de lo que puedes imaginarte, pero, ¿sabes? Hay algo que deseo todavía más. Quiero estar seguro de que, cuando hagamos el amor, te despiertes por la mañana y no te arrepientas en lo más mínimo.

Ella apartó la mirada, con la culpabilidad reflejada en los ojos, y él supo, por muy duro que le resultara, que estaba haciendo lo correcto.

—No estoy segura de si alguna vez voy a poder garantizártelo —le dijo PJ. suavemente.

—Creo que sí. Y yo tengo tiempo. Estoy dispuesto a esperar —dijo Harvard, y se echó a reír—. Espero que no tardes otros veinticinco años.

Ella lo miró y se rió nerviosamente.

—Nunca he conocido a un hombre tanto como para preguntarle esto, pero, ¿eso no duele?

Harvard se sentó cuidadosamente en la otra silla.

—Es muy incómodo, eso sí.

—Lo siento.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Y un cuerno. Veo que te estás riendo de mí.

—Es que me parece muy embarazoso e inconveniente. Me refiero a que, si por ejemplo estás en una reunión con un almirante, y comienzas a pensar en...

—No lo haces —dijo Harvard.

—Pero, y si se te olvida y empiezas a soñar despierto y... ¡oh! Ahí está el tamaño aumentado, por decirlo de algún modo.

Harvard se pasó las manos por la cara.

—Entonces, supongo que empiezas a hacer problemas de cálculo mentalmente. O te sientas enseguida para que nadie note tu... situación.

La risa de P.J. lo envolvió. El veía que ella lo miraba. Se había acurrucado en la silla, con las piernas dobladas y las rodillas junto al pecho.

—¿Puedo preguntarte otra cosa? —dijo ella.

—Sí, siempre y cuando no me pidas que te bese. Creo que sólo puedo ser tan fuerte una vez por noche.

—No, es otra pregunta sobre el pene.

Harvard se echó a reír.

—Oh, bien, porque, ¿sabes una cosa? Las preguntas sobre el pene son mi especialidad.

—¿Me prometes que no te vas a reír de mí?

—Te lo prometo.

—Es algo sobre el tamaño —dijo P.J.—. Todo el mundo dice que el tamaño no importa, pero creo que se refieren a cuando un hombre tiene un pene pequeño, y ése no es el problema aquí. Es evidente. Pero he visto a mujeres muy bajitas con hombres grandes muchas veces, así que sé que debe de funcionar, pero... ¿cómo...? —su voz se acalló.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Estaba muy seria. Harvard supo que debía decir algo, pero no sabía qué.

—Sólo mido un metro sesenta. Sé que soy baja y delgada, pero tú no lo eres. Eres enorme. Todo tú.

Harvard no pudo evitar reírse.

Ella también se rió, y se tapó la cara con las manos.

—Oh, Dios. Lo sabía. Te estás riendo de mí.

—Me río porque me encanta que pienses así de mí. Y me río porque esta conversación no está sirviendo precisamente para ayudar a reducir mi... tensión actual. De hecho, creo que voy a entrar en casa a rellenar mi solicitud a la santidad ahora mismo.

—Sí, continúa. Divaga. No quieres responder mi pregunta. Y te estás riendo de mí.

—No. Esta conversación es un poco... inusual, y además, es un poco absurdo que estemos aquí sentados hablando de si yo encajaría dentro de ti... idemonios! —Harvard tuvo que cerrar los ojos ante las repentinas visiones, vividas y sensuales, que le inundaron la mente. Apretó los dientes, porque casi podía sentirse enterrado en el calor de seda de PJ. Nunca había tenido el paraíso tan cerca, y al mismo tiempo, tan lejos.

—Sí —dijo. Abrió los ojos y la miró fijamente—. Encajaría perfectamente dentro de ti. Tienes que confiar en mí en cuanto a eso, PJ. Me gustaría entrar en la casa y demostrártelo, pero tendrás que aceptar mi palabra. He estado con mujeres pequeñas, y funciona. Es la naturaleza en acción, ¿sabes? Cuando... cuando lleguemos al momento en que vayamos a estar juntos de verdad, no tendrás que preocuparte de que te haga daño.

—Sé que me va a doler la primera vez —dijo ella—.Al menos, un poco.

—Algunas mujeres no tienen problemas con eso. De todos modos, no te preocupes. Cuando llegue el momento, lo haremos deprisa. Te prometo que no te dolerá mucho, y te prometo que después mejorará. Créeme, ¿de acuerdo?

Ella se quedó callada durante un momento, y después asintió.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—De acuerdo.

Harvard se apoyó en el respaldo de la silla con alivio.

—Gracias a Dios. Ahora, ¿podríamos hablar de otra cosa más segura, como los métodos anticonceptivos o el sexo seguro?

—Mmm...

—Estaba bromeando —dijo él rápidamente—. No más preguntas sobre el pene, ¿de acuerdo? Al menos, hasta mañana no.

Harvard miró el reloj: las doce menos veinte de la noche.

—Hay otra cosa que quiero preguntarte —dijo PJ.—. Pero es más personal.

—¿Más personal que...?

—Tú sabes con quién he tenido relaciones yo. Pero yo tengo curiosidad por las tuyas. ¿Con cuántas mujeres has estado?

—Cuando era joven estuve con demasiadas. Durante estos últimos años, con muy pocas. Al cumplir los treinta me volví muy quisquilloso —dijo Harvard, y se movió en la silla—. No he tenido una relación desde el invierno pasado. Estuve con una mujer, Ellen, durante cuatro meses. Si es que a lo que teníamos se le puede llamar relación.

—Ellen. ¿Cómo era?

—Lista. Trabajaba de abogada en algún gran bufete de Washington D. C. No tenía tiempo para maridos ni para novios. Estaba completamente enamorada de su trabajo. Pero era guapa y estaba dispuesta, cuando encontraba el tiempo. Fue divertido durante un tiempo.

—Entonces, ¿con cuántas mujeres has estado? ¿Con cuarenta? ¿Con cuatrocientas? ¿Con más? Harvard se rió.

—No las he contado con muescas en el cinturón, o algo así. No lo sé. Sólo hubo una que me importara de verdad.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—No era Ellen.

—No.

—Alguien que te rompió el corazón. Harvard sonrió.

—En el momento me pareció muy trágico.

—¿Cómo se llamaba? ¿Te importa hablar de ella?

—Rachel. Y no, no me importa. Sucedió hace muchos años. Pensaba que ella era la definitiva, pero su marido no estaba de acuerdo.

P.J. hizo una mueca de dolor.

—Ay —exclamó. Después entornó los ojos—. ¿Y qué estabas haciendo con una mujer casada?

—No lo sabía —admitió Harvard—. Bueno, sabía que estaba separada y que estaba tramitando el divorcio, pero no me había dado cuenta de que todavía estaba enamorada de su ex. El la había engañado, y ella lo dejó. Y allí estaba yo, preparado para consolarla. Con la perspectiva del tiempo, está muy claro que me estaba usando para vengarse de su marido. En realidad, fue muy irónico. La primera vez en toda mi vida que me implicó de verdad, y resulta que ella me está utilizando.

Sacudió la cabeza y siguió:

—Estoy haciendo que parezca muy mala, pero verdaderamente era una chica muy dulce. No creo que lo hiciera a propósito. Conmigo se sentía mejor, y terminó en un punto en el que fue capaz de perdonarlo.

Harvard sonrió, porque por primera vez desde que había sucedido, estaba hablando de ello y no le causaba dolor.

—Sin embargo, yo no sabía nada. Estaba en Oriente Medio con el Escuadrón Alfa, durante la Tormenta del Desierto. Ni siquiera tuve oportunidad de despedirme de ella. Cuando volví a casa, meses después, ella ya había vuelto con Larry. Fue un golpe muy duro. Además, la relación no tuvo un cierre para mí, y tardé mucho en conseguir asimilarlo, en encontrarle sentido.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Algunas cosas no tienen sentido.

—Ahora sí lo tiene. Si yo hubiera seguido con Rachel, no estaría aquí contigo.

P.J. se miró los pies durante un momento antes de hablar de nuevo.

—Tú sabes engatusar muy bien, ¿eh?

—Nunca he tenido ningún problema con las palabras —admitió Harvard.

—Sabes pilotar un avión. Sabes gobernar cualquier tipo de lancha, sabes saltar en paracaídas, corres más rápido que nadie, eres el mejor tirador, te graduaste en Harvard, eres jefe sénior en los SEAL de la Marina, y eres un poeta. ¿Hay algo que no puedas hacer?

El lo pensó durante un instante.

—No puedo, de ningún modo, infiltrarme en un campamento de terroristas suecos.

P.J. se lo quedó mirando. Después comenzó a reírse.

—Larry debía de ser muy especial si Rachel te dejó por él.

Harvard miró de nuevo el reloj. Después se puso en pie y se acercó a ella. Le empujó las piernas a un lado con la cadera y se sentó junto a ella. Le pasó un brazo por la espalda y lo apoyó al otro lado del asiento.

—Es casi medianoche, Cenicienta —le dijo—. Eso significa que puedo besarte sin preocuparme de llegar demasiado lejos.

—¿Por qué? No lo entiendo...

—Shhh —dijo él, y se inclinó hacia delante para atrapar sus labios.

Notó su confusión, sintió su sorpresa. Sin embargo, P.J. titubeó sólo durante medio segundo, antes de devolverle el beso con pasión, antes de derretirse entre sus brazos.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Y el busca de Harvard comenzó a sonar.

Después, el suyo también.

P.J. se apartó de Harvard con sorpresa. Se sacó el aparato del cinturón y apagó la alarma. —Los dos a la vez —dijo—. ¿Qué es? El se puso en pie.

—Tenemos que llamar para averiguarlo, pero creo que se ha acabado nuestro permiso.

P.J. se puso en pie y lo siguió hacia la cocina.

—¿Lo sabías?

—No exactamente.

—Sabías algo, ¿no? Has estado mirando el reloj durante toda la noche. Por eso me besaste. Porque sabías que era casi medianoche y que iban a avisarnos.

—No sabía exactamente cuándo —dijo él, mientras marcaba el número que había aparecido en su busca en el teléfono de sus padres. Sonrió a P.J. y continuó—: Pero me lo imaginaba. Conozco bien a Joe Cat, y sabía que iba a intentar cazarlos por sorpresa. Me parecía que iba a darnos cuarenta y ocho horas de permiso y que nos llamaría a las veinticuatro. Por eso pensaba que nos avisaría a las doce de la noche, más o menos.

Después alzó una mano para indicarle que mantuviera silencio.

P.J. observó los ojos de Harvard mientras hablaba con el capitán Catalanotto. El la sorprendió mirándolo y sonrió. Le pasó la mano por la cintura y la atrajo hacia sí.

Ella cerró los ojos y apoyó la cara contra su hombro. Inhaló su olor. Olía a jabón, a desodorante masculino. A café. A chicle de menta. Y a un perfume masculino que ya le resultaba familiar.

No podía creer que hubiera sido Harvard, y no ella, el que había impedido que hicieran el amor.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Nunca había conocido a un hombre que dijera que no al sexo por consideración a lo que ella pudiera sentir.

—Sí —le dijo él a Joe Cat—. Iré directamente a California y me reuniré con el resto de vosotros allí. Voy a necesitar mis botas y algo de ropa. Y, ¿capitán? ¿Te acuerdas de aquella vez que te salvé el pellejo? Pues tienes que devolverme el favor. Voy a decirte algo que es sólo para tus oídos. P.J. está conmigo. Considera que esto también es su aviso.

Hizo una pausa para escuchar a Joe.

—No —dijo—. No, no. Hemos venido a visitar a mis padres. A mamá y a papá. Te juro que el viaje ha sido completamente inocente y apto para todos los públicos. Pero si alguien se entera, van a pensar que... —se echó a reír—. Exacto. No son maduros. Ese es el problema, jefe. Bueno, P.J. va a necesitar ropa y sus botas. Sé que tú no tienes mucho tiempo, pero quizá podrías pedirle a Ron que fuera al hotel a recoger algunas de sus cosas.

—Oh, Dios —dijo P.J.—. Mi habitación está hecha un desastre.

Harvard la miró y se apartó el auricular de los labios.

—¿De verdad? Ella asintió.

—Bien —la besó rápidamente antes de hablar de nuevo—. Quiere que le adviertas a Ronnie que su habitación está hecha un desastre. Dile a Ron que sólo recoja sus botas. Ya conseguiremos el resto de las cosas que necesite P.J. en Coronado. Estaremos allí antes que tú.

Otra pausa, y después Harvard se rió. P.J. oyó su risa retumbándole en el pecho.

—Gracias, Joe. Sí, vamos para allá.

Colgó el teléfono y la besó con fuerza.

—Es hora de despertar a mis padres y decirles que nos vamos. Y nada de besos —dijo, besándola otra vez, y otra—. Llegó el momento de jugar a los soldados.



CAPÍTULO 12

Harvard notaba que PJ. lo estaba mirando. El estaba en la parte delantera de la sala en la que se había reunido el equipo para recibir la información. Estaban en un destructor de la Marina de los Estados Unidos llamado USS Irvin, y se dirigían hacia su destino.

Habían tomado un vuelo de las Fuerzas Aéreas hasta Corea del Sur. Y en aquel momento se aproximaban por mar a la diminuta nación isla donde iba a tener lugar la operación de entrenamiento. Durante el trayecto, el capitán iba a darles una perspectiva general, aunque breve, sobre la misión.

—Hay un grupo de seis marines que han estado trabajando con los locales para formar una fuerza combinada de militares y oficiales de policía para detener el tráfico de drogas en esta parte del mundo. Parece que esta isla se usa como puerto de escala para los grandes tratos del comercio de heroína del sureste de Asia. El teniente Hawken ha pasado mucho tiempo en este país, y él nos va a dar información sobre el terreno y la cultura dentro de unos minutos, después de que les explique la organización de esta operación.

Joe Cat se sentó en el escritorio y miró a los agentes y a los SEAL.

—Los marines van a representar a unos terroristas que han tomado como rehén a un oficial de los Estados Unidos. El rehén también será representado por un marine. Nuestro equipo combinado debe trasladarse a la isla al amanecer, localizar el campamento de los terroristas, entrar en las instalaciones y liberar al rehén, todo ello sin ser detectado. Tendremos de nuevo armas de paint hall, pero si la misión se lleva a cabo eficazmente, no habrá que usarlas. Los marines han planeado y preparado todo el ejercicio. No va a ser fácil. Estos tipos van a hacer todo lo posible por vencernos. Por si no lo sabíais, mequetrefes, hay un enfrentamiento por la superioridad entre marines y SEAL.

Los SEAL se rieron mientras comentaban que estaba muy claro quién era superior.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—En otras palabras —prosiguió el capitán—, no les caemos bien, y van a hacer todo lo posible, incluso hacer trampas, para asegurarse de que fracasamos. De hecho, no me sorprendería que el rehén se hubiera vuelto hostil. Tenemos que estar preparados por si da la alarma y nos delata.

Tim Farber alzó la mano.

—¿Y para qué vamos a molestarnos en hacer esto si van a hacer trampas, si no va a seguir las reglas?

Harvard dio un paso hacia delante.

—¿De verdad cree que los terroristas no hacen trampas, señor Farber? En el mundo real no hay reglas.

—Y no es nada extraordinario que un rehén haya sufrido un lavado de cerebro y apoye la causa de los hombres que lo tienen cautivo. Tener un rehén hostil es una situación para la que siempre hay que estar preparado —añadió Blue.

—El Escuadrón Alfa ha hecho operaciones de entrenamiento contra marines más veces —les dijo Lucky a los agentes de la FInCOM—. La única vez que hemos perdido fue una en la que trajeron a veinticinco hombres y nos tendieron una emboscada.

—Bueno —intervino Joe—. ¿Alguien tiene alguna pregunta? Señorita Richards, usted siempre tiene algo que preguntar.

—Sí, en realidad sí, señor. ¿Cómo vamos a ir desde el barco hasta la isla? ¿Y cuántos van a participar de verdad en la operación? ¿Cuántos van a quedarse en segundo plano, como observadores?

—Todo el mundo va a participar de algún modo —le dijo el capitán—. Y, para responder a todas sus preguntas, vamos a ir a la isla en dos botes hinchables justo antes del amanecer.

—Volviendo a su primera respuesta —dijo P.J.—, ha dicho que todo el mundo iba a participar. ¿No podría ser más concreto?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Harvard sabía exactamente lo que ella estaba preguntando. Tenía curiosidad sobre si iba a estar en el campo con los hombres o en la retaguardia, participando de un modo más administrativo. Harvard veía, prácticamente, los engranajes de su cerebro funcionando a toda máquina, mientras se preguntaba si la iban a dejar atrás.

—Vamos a dividir el equipo en cuatro subequipos —explicó Joe Cat—. Tres equipos de tres integrantes se aproximarán al campamento terrorista, y un equipo de dos permanecerá aquí en el barco, monitorizando las comunicaciones, poniéndonos al resto al corriente de cualquier nueva información que nos remitan por satélite y controlando nuestro progreso.

PJ. asintió. Harvard vio la resignación en sus ojos. Estaba muy segura de que iban a dejarla atrás.

—En realidad —dijo Blue—, yo soy parte del equipo que se quedará en el USS Irvin. Será mi voz la que oirás si hay algún motivo para suspender la operación. Yo tendré el poder definitivo de terminar con el entrenamiento en cualquier momento —dijo con una sonrisa—. Pensad en que soy la voz de Dios. Yo digo algo, y vosotros obedecéis, o lo pagaréis caro.

—Crash, ¿por qué no nos hablas de lo que sabes sobre la isla? —sugirió Joe.

El comandante Hawken se adelantó. PJ. estaba intentando disimular su decepción por todos los medios, pero Harvard la veía tras su escudo. Había llegado a conocerla bastante bien, y sabía que, pese a que estaba desilusionada, haría todo lo posible por cumplir lo que le fuera asignado.

Crash describió la isla con detalle. Era tropical, con playas estrechas que se extendían a los pies de las montañas volcánicas. Los caminos interiores eran traicioneros, y la selva, muy densa. El medio de transporte más común eran carros tirados por cabras, aunque algunos de los habitantes más ricos de la isla tenían camionetas.

Crash abrió un mapa, y todos se acercaron al escritorio mientras él iba señalando las tres ciudades más grandes de la isla, todas ellas en la costa.

El teniente habló sobre las grandes cantidades de heroína que pasaban por aquella isla de camino a Londres, París, Nueva York y Los Angeles. La



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

situación política del país era inestable. Estados Unidos tenía un acuerdo con la isla; a cambio de la ayuda de Estados Unidos, el gobierno local y el ejército estaban prestando su ayuda en los esfuerzos realizados para detener el tráfico de drogas.

Pero los señores del narcotráfico tenían más control sobre el país que el propio gobierno. Tenían ejércitos privados, más fuertes que el ejército gubernamental. Y cuando los señores se enfrentaban entre sí, cosa que hacían frecuentemente, podían instigar una guerra civil.

Harvard escuchó atentamente todo lo que decía Crash, y cada vez se sentía más inquieto. Aquella desconfianza era un sentimiento poco corriente en él. Sólo se trataba de una operación de entrenamiento, y él había participado en operaciones mucho más peligrosas sin parpadear.

Se preguntó si sentiría aquella preocupación si PJ. no estuviera en el grupo. Sin embargo, lo cierto era que su seguridad se había hecho demasiado importante para él. PJ. había empezado a importarle demasiado.

No le gustaban aquellos sentimientos.

—¿Alguna pregunta? —dijo Crash.

—Sí —dijo Harvard—. ¿Cuál es la situación actual entre las facciones hostiles de la isla?

—Según Inteligencia, las cosas llevan tranquilas desde hace semanas —respondió Joe.

PJ. no pudo mantenerse durante más tiempo en silencio.

—Capitán, ¿cuáles son los equipos que se han formado?

—Bobby y Wes están con el señor Schneider —le dijo Joe—. Lucky y yo estamos con el señor Greene.

Harvard estaba observándola, y detectó un brillo de desilusión en sus ojos. De nuevo, lo disimuló bien. De hecho, era una maestra disimulando sus emociones.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Entonces, yo estoy con el jefe sénior y el teniente Hawken, ¿no? —preguntó Farber.

—No, tú estás conmigo, Timmy —le dijo Blue McCoy con una sonrisa—. Alguien tiene que ayudarme a cuidar del almacén.

Al otro extremo de la sala, P.J. no reaccionó. No parpadeó, no se movió, no dijo una sola palabra. Parecía que era incluso mejor ocultando su satisfacción que su decepción.

A Farber no se le daba bien disimular nada.

—Pero... no puede ser verdad. Richards debería quedarse atrás, no yo.

Joe Cat se irguió.

—¿Por qué, señor Farber?

El mequetrefe se dio cuenta de que había metido la pata en las aguas de la incorrección política.

—Bueno —dijo—, es que... yo pensaba...

P.J. intervino, por fin.

—Dilo, Tim. Piensas que yo debería quedarme atrás porque soy una mujer.

Harvard, Joe Cat y Blue se volvieron a mirar a P.J.

—Dios mío —dijo Harvard, con su mejor cara de desconcierto—. ¿Os habíais dado cuenta? Richards es una mujer. Yo no me había percatado. Será mejor que la dejemos atrás, capitán. Podría ser presa del síndrome premenstrual y volverse loca.

—Podríamos usar eso para ventaja nuestra —dijo Joe Cat—. Ponerle un arma en las manos y señalarle la dirección correcta. El enemigo echará a correr despavorido.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Ella dispara mejor que nadie de esta sala —dijo Blue, sonriendo—. Corre más y es más lista.

—Pero estoy seguro de que lanza como una chica —dijo Harvard—. Lo cual, en estos días, significa que podría estar en la liga de primera.

—Salvo que no le gusta el béisbol —le recordó Joe Cat.

PJ. se estaba riendo, y Harvard sintió un estallido de pura alegría. Adoraba el sonido de su risa y el brillo de diversión y de placer de sus ojos. Se quitó de encima toda la aprensión que había sentido. Trabajar con ella en aquella misión iba a ser muy divertido.

Y cuando la misión terminara...

Farber no estaba tan contento.

—Capitán, todo esto es muy divertido, pero saben igual que yo que el ejército no aprueba por completo situar a las mujeres en escenarios que podrían convertirse en primera línea de acción.

Harvard salió de su ensimismamiento y puso a aquel hombre en su sitio.

—¿Está poniendo en cuestión el juicio del capitán, señor Farber?

—No, sólo estaba...

—Bien —dijo Harvard, interrumpiéndolo—. Preparémonos para el trabajo.

PJ. se sentía como un elefante mientras avanzaba por los matorrales haciendo ruido.

Tenía la mitad de tamaño que Harvard, y sin embargo, comparado con ella, él se movía sin esfuerzo, con sigilo. PJ. no podía respirar sin romper una o dos ramitas.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Y Crash... parecía que se había dejado el cuerpo en el USS Irvin. Se movía de un modo etéreo, como si fuera un jirón de niebla en la oscuridad. El iba en cabeza, y desaparecía durante varios minutos de vez en cuando, para explorar el camino marcado a través de aquella jungla tropical.

PJ. le hizo un gesto a Harvard para que esperara.

«¿Estás bien?», le preguntó él por signos.

Ella se acercó el micrófono a los labios. Se suponía que no debían hablar por radio a menos que fuera imprescindible.

Era imprescindible.

—Te estoy ralentizando —susurró—. Y hago demasiado ruido.

—No puedes hacerlo igual que nosotros porque no has tenido el mismo entrenamiento —respondió él.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? —preguntó—. ¿Para qué estamos aquí los agentes de la FInCOM? Deberíamos volver al USS Irvin. Nuestro papel debería ser dejar que los SEAL trabajen sin interferencias.

Harvard sonrió.

—Sabía que eras lista. Dos horas después de empezar el primer ejercicio los dos y ya has aprendido todo lo que tenías que saber.

—¿Dos ejercicios?

El asintió.

—Este, el primero, va a salir mal con toda seguridad. No es que vayamos a estropearlo a propósito, pero ya es difícil de por sí para el Escuadrón Alfa tener éxito en una misión como ésta cuando no estamos cargados con exceso de equipaje, si me perdonas la expresión.

PJ. hizo un gesto con la mano para descartar aquellas palabras, menos que sutiles. Sabía muy bien que era cierto.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¿Y el segundo?

—El segundo ejercicio será de SEAL contra marines. Tiene como objetivo demostrar que el Escuadrón Alfa puede hacerlo bien si se nos permite trabajar sin interferencias, como tú bien has dicho.

PJ. lo miró fijamente.

—Entonces, lo que me estás diciendo es que los SEAL nunca tuvieron intención de hacer que funcionara el equipo combinado de SEAL y agentes de la FInCOM. El asintió.

—Desde el principio fue evidente que este equipo no iba a ser nada más que fuente de frustración para los SEAL y para los mequetrefes.

Ella intentó entenderlo.

—Entonces, ¿qué hemos estado haciendo durante todas estas semanas?

—Demostrar que esto no funciona. Esperábamos que tú fueras nuestra mensajera. Queremos que le digas a Kevin Laughton y al resto de los mequetrefes que la única ayuda que los SEAL necesitan de la FInCOM es que reconozca que podemos hacer nuestro trabajo mejor sin ellos —admitió Harvard—. Así que supongo que lo que hemos estado haciendo es intentando ganar tu confianza y educarte.

El teniente Hawken apareció a la vista, como una figura de sombras que apenas se distinguía entre el follaje, con la cara pintada de verde y marrón.

—Así que yo tenía razón en cuanto a aquella partida de póquer.

P.J. asintió lentamente, intentando reprimir el ramalazo de decepción e ira que la sacudió. ¿Acaso su amistad con aquel hombre no había sido otra cosa que un intento de manipulación? Tuvo que carraspear antes de poder hablar de nuevo.

—Pero tengo curiosidad por saber una cosa. Esas veces en las que me has metido la lengua en la boca... ¿también fue para ganarte mi confianza y educarme?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Crash desapareció entre los árboles.

—Me conoces bien como para pensar eso —respondió Harvard con calma.

Ninguno llevaba ya las gafas protectoras. No estaban tan cerca del campamento de los supuestos terroristas como para preocuparse porque les alcanzaran las bolas de pintura. El cielo del este se estaba iluminando con el amanecer, y P.J. podía ver los ojos de Harvard. Y en ellos vio todo lo que estaban diciéndole sus palabras, y más.

—Tenemos dos relaciones separadas —dijo él—. Tenemos una relación de trabajo, un respeto mutuo y una amistad sincera que surgió de nuestra necesidad de llevarnos bien.

Levantó una mano y le acarició ligeramente los labios.

—Pero también tenemos esta relación —añadió con una sonrisa—. Esta es la que me encuentro constantemente deseando meterte la lengua en la boca, y en otros sitios, también. Y te aseguro que mis motivos para desear eso son puramente egoístas. No tienen nada que ver con los SEAL, ni con la FInCOM.

P.J. carraspeó nuevamente.

—Quizá podamos hablar más tarde de esto, y después podrás contarme cuál es la relación que queréis de verdad entre el Escuadrón Alfa y la FInCOM. Si voy a ser tu mensajera, vas a tener que ser sincero y contármelo todo. Y me refiero a todo —dijo, y se colocó la cinta del rifle de asalto al hombro—. Sin embargo, ahora creo que tenemos una cita para que nos maten como parte de una matanza de paint hall para demostrar que un equipo combinado de estas características no funciona. ¿Tengo razón?

Harvard sonrió. Tenía una mirada muy cálida.

—Puede que estemos a punto de morir, pero tú y yo somos de la misma clase, y no vamos a dejarnos matar sin luchar.



CAPÍTULO 13

—No son del gobierno, claramente —informó Wesley con su voz, normalmente muy sonora, disminuida al mínimo—. Van demasiado bien vestidos.

—Manteneos ocultos —dijo Blue McCoy, respondiendo a Wes desde su posición del USS Irvin—. No salgáis hasta que sepamos exactamente quiénes son.

Harvard se frotó la nuca, intentando aliviar algo de la tensión que le había atenazado los hombros. Aquel ejercicio se había complicado en un abrir y cerrar de los ojos.

Wes informó de que Bobby y Chuck Schneider estaban en una carretera de la selva, dirigiéndose hacia la montaña, cuando habían oído aproximarse un camión. Arrastrándose, se habían ocultado en un espacio que había bajo un edificio abandonado cercano a la vía para poder ver quién se acercaba.

Resultó que no era sólo un camión, sino un convoy militar completo. Y aquel convoy no iba de paso.

Se detuvieron. Eran seis humees y veinticinco camiones de transporte que ocuparon todo el claro. Los soldados iban vestidos con uniformes harapientos. Comenzaron a montar un campamento alrededor del edificio bajo el que estaban escondidos BobbyWes y Chuck.

Se habían quedado atrapados en aquel lugar al menos hasta el anochecer.

—Nada de heroicidades.

Desde el otro lado de la montaña, donde se encontraba su equipo, Joe Cat recalcó las palabras de Blue.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¿Has oído, Skelly? Sean quienes sean, tienen balas de verdad en las armas, mientras que vosotros sólo tenéis bolas de pintura.

—Sí, capitán —dijo Wes—. Vamos a quedarnos invisibles, muy invisibles.

—¿Los uniformes que llevan son de color gris y verde? —preguntó Crash.

Harvard lo miró. Estaban tendidos en el suelo, escondidos entre el follaje de la selva, no demasiado lejos del equipo de Joe Cat.

—Afirmativo —respondió Wes.

PJ. también estaba mirando a Crash.

—¿Sabes quiénes son? —le preguntó.

El teniente Hawken asintió. A Harvard no le gustó el repentino brillo de alerta en los ojos de color azul líquido del teniente.

—Sí —dijo Crash—. Son el ejército privado de un hombre conocido como Kim. Su sobrenombre es el Coreano, aunque su madre es de la isla. Nunca había traído a sus hombres tan al norte.

Harvard emitió un juramento entre dientes.

—¿Es un narcotraficante?

—Sí.

Blue McCoy se dirigió a ellos desde el USS Irvin.

—Capitán, sugiero que cancelemos este ejercicio antes de que nos veamos en medio de...

—Ya estamos metidos en ello hasta las caderas —dijo Joe Cat, con la voz teñida de tensión—. H., estamos en la línea de árboles que hay cerca del campamento de los marines. ¿Estás muy lejos de nosotros?

—A diez minutos si no te importa quién se entera de que vamos —dijo Harvard—. A treinta si te importa.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Joe soltó una maldición.

—Capitán, estamos de camino —dijo Harvard, y le hizo un gesto a Hawken para que avanzara. Por mucho que él quisiera dirigir al grupo, aquél era territorio de Crash. Podría llevarlos con Joe Cat mucho más deprisa.

—Joe, ¿qué pasa? —Preguntó Blue—. Informe de situación, por favor.

—Tenemos cinco, quizá seis KIA en el claro que hay junto al edificio principal —informó Joe Cat—. Cuatro de ellos llevan uniformes de color gris y verde. Hay uno que parece uno de nuestros marines.

KIA. Aquellas siglas correspondían a los caídos en una acción. Bajas. Harvard vio la profunda impresión que se reflejaba en los ojos de P.J., y su tensión aumentó. Si se veían en medio de una zona de guerra, quería que ella estuviera fuera de allí. Quería que estuviera en el USS Irvin, alejándose de allí a toda velocidad.

A menos que...

—Capitán, ¿y no podría tratarse de un escenario muy elaborado? Quizá los marines estén intentando asustarnos con cuerpos falsos, con sangre falsa...

—Es real, H. —le dijo Joe Cat—. Uno de ellos se arrastró hasta la línea de árboles antes de morir. No está fingiendo. Su cuerpo está frío como una piedra.

Blue intervino.

—Capitán, tengo al almirante Stonegate al teléfono, lanzándoseme al cuello. Todos deben volver al barco. Los cuerpos de los muertos, sobre todo, los de los marines muertos, no forman parte de este entrenamiento. Vamos, reagrupense y...

—Tengo movimientos y señales de vida dentro del edificio principal —lo interrumpió Joe Cat—. Lucky se está acercando para ver si alguno de nuestros hombres está prisionero ahí. Vamos a intentar averiguar quiénes son y cuántos los están vigilando.

—No creo que sean los hombres de Kim —dijo Crash—. Ellos no dejarían a sus muertos a merced de las moscas y los buitres.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Y si no son hombres de Kim, ¿de quién son? —preguntó Harvard, mientras observaba cómo P.J. se esforzaba por seguir a Crash, que se movía inadvertidamente entre la espesura. Sabía que estaba desobedeciendo una orden directa de Blue. Y que estaba llevando a P.J. en la dirección errónea. Debería estar conduciéndola a los pies de la montaña, no hacia arriba. Hacia el océano, hacia la seguridad del USS Irvin.

Sin embargo, no podía retirarse hasta que supiera con seguridad que el capitán y Lucky estaban a salvo.

—El grupo rival está dirigido por John Sherman, un norteamericano expatriado, un antiguo Boina Verde —dijo Crash.

—Capitán, sé que quiere localizar a los marines —dijo Blue—, sé que no quiere dejarlos abandonados, pero...

—Lucky está haciendo señas —interrumpió Cat—. No hay ni rastro de los marines. Parece que hay muchos tangos en el edificio y...

Harvard oyó lo que parecía una explosión. Al instante, el sonido enmudeció; sus oídos estaban protegidos por un mecanismo que saltaba automáticamente en aquellos micrófonos de alta calidad. Pero, ¿de quién era el micrófono?

Harvard oyó maldecir a Joe Cat.

—Hemos tocado una mina —dijo el capitán—. Greene está herido, y hemos atraído la atención de todos.

Crash aceleró el ritmo. Estaban corriendo a toda velocidad, pero no era lo suficientemente rápido. Las voces comenzaron a perderse por sus auriculares.

Disparos. Gritos de Joe Cat, intentando poner a salvo al mequetrefe herido. La respiración jadeante de P.J., que intentaba mantener el ritmo, mientras avanzaban a la carrera por la selva. La voz de Lucky, tensa de dolor, informando de que le había alcanzado una bala. El calmado recordatorio de Crash de que, como sólo tenían paint balls, debían apuntar a los ojos del enemigo.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

De nuevo Joe Cat, su capitán, su amigo, ordenándole a Lucky que tomara a Greene y que comenzara a bajar por la montaña mientras él se quedaba atrás y contenía a una docena de soldados hostiles con un arma que no disparaba balas de verdad.

Harvard añadió su voz a aquel caos.

—Joe, espera. ¿Puedes esperar? ¡Estamos a tres minutos!

Pero, ¿qué estaba diciendo? El capitán no tenía munición real, y ellos tampoco. Estaban lanzándose al rescate, y eran una caballería ridícula, indefensa, incapaz de salvar a nadie.

Entonces, Joe Cat le habló directamente. Su inconfundible acento neoyorquino le llegó a través del ruido, calmado y claro, como si no se estuviera enfrentando a su propia muerte.

—H., cuento contigo y con Crash para que interceptéis a Lucky y a Greene y llevéis a todo el mundo sano y salvo al barco. Dile a Ronnie que la quiero y que... lo siento. Se suponía que esto era una operación de entrenamiento.

—Joe, maldita sea, ¡espera!

Pero la voz de Harvard se perdió entre el sonido de un tiroteo, de unos gritos, de voces que chillaban en un idioma que él no comprendía.

Entonces oyó la voz del capitán, espesa por el dolor, pero todavía desafiante, hablando a sus atacantes.

Y entonces, como si alguien le hubiera quitado los cascos y el micrófono a Joe Cat y los hubiera partido en dos, sólo hubo silencio.

Lucky tenía la pierna rota.

P.J. no era enfermera, pero era evidente que el SEAL tenía la pierna rota. La bala le había atravesado la parte carnosa del muslo, y al caer, se había partido la tibia y el peroné un poco más arriba del tobillo. Estaba pálido y demacrado, pero sus lágrimas no tenían nada que ver con el dolor.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Estaba seguro de que el capitán del Escuadrón Alfa había muerto.

—Lo vi caer, H. —le dijo a Harvard, que estaba trabajando metódicamente para vendar a Lucky y a Greg Greene.

Greg tenía las manos y los brazos severamente quemados de una explosión que lo había elevado por los aires y lo había enviado a diez metros de distancia sin abrirlo por la mitad. Era un milagro que continuara con vida.

—Miré hacia atrás —continuó Lucky—, y vi a Cat recibir un disparo en el pecho. No hay forma de que haya sobrevivido.

Harvard habló por el micrófono.

—¿Qué pasa con esa ambulancia? Farber, ¿estás ahí?

Pero fue Blue quien respondió.

—Jefe sénior, lo siento, pero la ambulancia no va a ir. Tienes que bajar a Lucky y a Greene de la montaña tú mismo.

Harvard estuvo a punto de perder el control por primera vez desde que aquel lío había comenzado.

—Maldita sea, McCoy, ¿qué demonios estás haciendo allí todavía? ¡Muévete! ¡Te necesito para sacar a Cat de aquí!

Blue respondió con los dientes apretados.

—El gobierno local ha declarado el estado de excepción. Todos los soldados de los Estados Unidos y los oficiales han recibido la orden de salir de la isla tan rápidamente como puedan. Daryl, no puedo salir del barco. Y tengo que darte la orden de que cumplas la petición del gobierno.

Harvard se echó a reír con amargura.

—Y un cuerno.

—Es una orden, jefe sénior —dijo Blue con la voz ahogada—. El almirante Stonegate está aquí. ¿Te gustaría oírlo de sus labios?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Con todo el respeto, al almirante que se vaya al infierno. No voy a marcharme sin el capitán.

Harvard hablaba en serio. PJ. nunca lo había visto más serio. Iba a ir a buscar a Joe Catalanotto, y entonces, moriría también. Ella le puso la mano sobre el brazo.

—Daryl, Lucky vio cómo mataban a Joe —le dijo con la voz temblorosa.

Ella no quería que fuera cierto. No podía imaginarse al capitán muerto, no podía imaginarse que toda la vitalidad y buen humor y la luminosidad de aquel hombre se hubieran apagado. Sin embargo, Lucky lo había visto caer.

—No, no es verdad. Él vio cómo el capitán recibía un disparo. Joe está vivo. Lo oí hablar con los soldados que lo atraparon. Oí su voz antes de que cortaran su conexión de radio.

—Querías oír su voz.

—PJ., sé que está vivo.

La estaba mirando con tanta vehemencia, que parecía claro que creía lo que estaba diciendo. PJ. asintió.

—Está bien. Está bien. ¿Qué vamos a hacer? Harvard le soltó la mano.

—Tú vas a volver al USS Irvin con Lucky y Greene. Crash os llevará.

Ella lo miró.

—¿Y qué? ¿Vas a ir a buscar a Joe tú solo?

—Sí.

—No —dijo Blue por los auriculares—. Harvard, eso es una locura. Necesitas un equipo que te apoye.

—Parte de mi equipo está herido, otra está inmovilizada por fuerzas hostiles y la otra está inmovilizada por fuerzas amigas. No tengo mucho de mi parte, teniente. Wes, ¿todavía tienes batería? ¿Estás a la escucha?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Afirmativo —susurró Wesley desde su escondite, que estaba en el centro del campamento del ejército rival.

—¿Crees que tenéis posibilidades de estar libre antes del anochecer? —le preguntó Harvard.

—No. Hay guardias rodeando la estructura del edificio. A menos que todo este ejército recoja el campamento y se marche, no podemos salir de aquí.

PJ. tenía el corazón en la garganta mientras observaba a Harvard. No sabía qué estaba ocurriendo, pero sabía que no iba a marcharse dejándolo allí solo. De ningún modo.

—Jefe sénior, tengo que ordenar de nuevo que vuelvan al barco y traigan a los heridos —dijo Blue—. No podemos elegir en esta ocasión.

—¿Qué ocurre? —le preguntó PJ. a Blue—. ¿Qué está ocurriendo? ¿A qué se debe el estado de excepción?

—Los marines desaparecidos han llegado a la embajada de Estados Unidos hace unos quince minutos —le dijo Blue—. La mayoría de ellos están heridos. Hay dos que siguen desaparecidos, y seguramente habrán muerto. Han dicho que les tendieron una emboscada anoche. Los hicieron prisioneros, pero consiguieron escapar de sus captores y llegar a la ciudad. Los hombres que los atacaron son soldados del ejército privado de John Sherman. Esto es una guerra entre señores del narcotráfico. Si Joe ha muerto, lo mataron en una lucha territorial —explicó.

Al decir aquello, se le quebró la voz y tuvo que tomar aire antes de continuar.

—Así que John Sherman está al norte, y el otro ejército, las fuerzas privadas del rival de Sherman, Kim, se ha movilizó. Van en dirección a Sherman, tal y como han comprobado Bobby y Wes. Las dos facciones están armadas hasta los dientes, y el gobierno se enfrenta a una guerra civil. Su método para intentar resolver la situación es echar a todos los norteamericanos del país. Así que aquí estamos. Yo estoy atrapado en este maldito barco. Como no salte por la borda y vaya nadando a la orilla, no puedo ayudarte, H., trae el resto del equipo al barco.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Era la tercera vez que Blue se lo ordenaba, así que Harvard supo que estaba obligado a hacerlo. Sin embargo, también supo que no quería que lo hiciera. Blue tampoco quería que Harvard volviera al barco sin Joe.

PJ. miró a su alrededor, y de repente se dio cuenta de que Crash no estaba allí. Apagó el micrófono y los auriculares y le hizo un gesto a Harvard para que hiciera lo mismo. El se volvió hacia ella; ya sabía cuál era su pregunta.

—Ha ido al campamento —le dijo a ella—. Le he pedido que fuera para ver si Joe está realmente vivo.

PJ. sostuvo su mirada, sintiendo su dolor, notando que a ella misma se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Si Joe está muerto —dijo en voz baja—, volveremos al barco, ¿de acuerdo?

—No está muerto —dijo Crash, que acababa de aparecer junto a ellos.

PJ. se sobresaltó, pero Harvard no se sorprendió, como si tuviera un sexto sentido que le hubiera dicho que el otro SEAL se aproximaba.

Harvard asintió al oír las noticias de Hawken, como si ya lo supiera. Crash encendió su micrófono y se lo colocó junto a la boca.

—El capitán Catalanotto está vivo —les dijo a Blue y los demás sin ceremonias—. Sin embargo, está herido. Por lo que he podido ver, ha recibido dos disparos, uno en la pierna y el otro en el pecho o en el hombro, no estoy seguro. Ha perdido mucha sangre. No pude acercarme lo suficiente como para verlo bien, pero ha perdido mucha sangre. No podía caminar y lo transportaban en una camilla, hacia el norte, en un camión. Supongo que se lo han llevado al cuartel general de Sherman, que está a unos cinco kilómetros hacia la cima de la montaña.

Hubo silencio desde el USS Irvin, y PJ. supo que habían apagado la radio temporalmente. Se imaginaba la acalorada discusión que estaba manteniendo Blue con los oficiales de alto rango y los diplomáticos, que estaban más preocupados por la relación de Estados Unidos con aquel país pequeño que por la vida de un capitán de los SEAL.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Harvard le hizo un gesto a Crash para que apagara su micrófono.

—Hablame sobre el cuartel general de Sherman —le dijo.

—Es un edificio relativamente moderno —le dijo Hawken—. Un antiguo almacén que se ha convertido en un complejo de alta seguridad. Yo he estado dentro varias veces, pero sólo porque me invitaron y me dejaron entrar por la puerta principal. Hay pocos lugares donde podría estar el capitán dentro del edificio. Hay varias salas de hospital, una en la parte noreste, en el piso bajo, y otras cuantas en el lado este del edificio —Hawken le lanzó una mirada sombría a Harvard—. Aunque también pueden negarle los cuidados médicos y dejarlo en una de las celdas del sótano.

—¿Y cómo puedo entrar? —inquirió Harvard.

—No es fácil —le dijo Crash—. John Sherman es un antiguo Boina Verde. Construyó ese lugar para mantener alejados a los visitantes a los que no desea ver. No hay ventanas, y sólo tiene dos puertas, ambas muy bien vigiladas. La única posibilidad es entrar a través de los conductos de ventilación que hay en la parte oeste del edificio, en el tejado. Yo intenté acceder así al edificio, hace unos seis años, y los conductos se estrechan bastante cuando has recorrido cuatro metros. Tuve miedo de quedarme atascado, así que retrocedí. No sé si usted podría entrar, jefe sénior. Pesa veinte kilos más que yo. Claro que eso fue hace más de seis años. Cabe la posibilidad de que Sherman haya cambiado los conductos de ventilación.

—Estoy segura de que yo sí cabría.

Ambos miraron a P.J. como si se hubieran olvidado de que estaba allí.

—No —le dijo Harvard—. Tú vas a volver al barco con Lucky y Greene.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué? Yo no estoy herida.

—Exacto. Y vas a continuar así. Ellos tienen balas de verdad en las armas, P.J.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Ya me he enfrentado antes a balas de verdad, Daryl. He sido agente durante tres años. Vamos, lo sabes.

—Crash necesita tu ayuda para llevar a Lucky y a Greene al barco.

—Crash no me necesita. Tú me necesitas.

Harvard estaba rígido por la tensión.

—Lo único que necesito en este momento es entrar en el cuartel general de Sherman y sacar al capitán.

PJ. se giró hacia Crash.

—¿Yo cabría por los conductos de aire?

El se quedó en silencio, pensando, observándola con sus extraños ojos azules.

—Sí —dijo finalmente—. Sí cabrías.

Se volvió hacia Harvard.

—Me necesitas.

—Quizá, pero necesito mucho más saber que estás segura —dijo él. Después se dio la vuelta, diciéndole en silencio que la conversación había terminado.

Pero PJ. no iba a permitir que la ninguneara.

—Daryl, no te queda más remedio. Sé que puedo...

—No. Volverás al barco.

PJ. sintió un agudo dolor en el estómago. Todas aquellas cosas que él le había dicho a su familia, a su hermana, a ella misma, eran mentira. El no creía que ella fuera su igual. No pensaba que estuviera a la altura de la situación.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Entiendo. Es culpa mía. Es evidente que te he tomado por otra persona. Alguien más fuerte, más listo. Alguien que de verdad piensa lo que dice...

Harvard se volvió hacia ella con una mirada intensa.

—Demonios, ino puedo cambiar lo que siento!

La abrazó con fuerza, sin preocuparse de las miradas de curiosidad de Greene y Lucky.

—Me importas demasiado, PJ. —le susurró con la voz ronca—. Lo siento, nena, sé que piensas que te estoy fallando —le dijo, mientras apartaba la cabeza para poder mirarla. Le acarició la cara y añadió—: Me importas demasiado.

PJ. notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Oh, Dios, no podía echarse a llorar. Ella nunca lloraba. Se negaba a llorar. Parpadeó furiosamente para impedir que se le cayeran las lágrimas. No sólo se trataba de la incapacidad de Harvard para considerarla como un igual. Se trataba de su supervivencia.

—A mí también me importas —le dijo ella—.Y sé que si intentas hacer esto tú solo, vas a morir.

—Sí. Es una posibilidad.

—No. Es algo seguro. Sin mí, no puedes entrar al edificio sin ser detectado.

—Tú no sabes lo que puede hacer un SEAL cuando se lo propone.

—Tienes que dejar que te ayude.

Blue volvió a hablar por los auriculares.

—No hay cambio en las órdenes. Repito, no hay cambio. Jefe sénior, a menos que esté atrapado como Wes y Bob, y no puedan moverse, les ordenan regresar al barco. ¿Entienden lo que estoy diciendo?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Harvard encendió el micrófono.

—Lo entiendo perfectamente, teniente.

Después apagó el micrófono de nuevo, sin dejar de mirar a PJ.

—Vas a marcharte con Crash —le dijo, y se apartó de ella—. Ya es hora de que salgáis de aquí.

—No —dijo ella con una calma sorprendente—. Lo siento, pero voy a quedarme.

—Es una orden. Si la desobedeces...

PJ. se echó a reír.

—Tú no eres el más indicado para hablar de no desobedecer órdenes directas. Mira, si no puedes manejar la situación, quizá debas volver tú al barco con Lucky y Greene. Quizá Crash sea lo suficientemente hombre como para dejar que lo ayude a sacar de allí a Joe.

—Sí —dijo Harvard con aspereza—. Quizá ése sea mi problema. Que no soy lo suficientemente hombre como para querer verte morir.

—Voy a hacer un trato contigo. Yo no moriré si tú no mueres.

—Sabes que las cosas no funcionan así.

—Entonces, los dos haremos todo lo posible. Somos iguales, ¿no te acuerdas? Tú mismo lo dijiste. Por favor, Harvard. Te ruego que me dejes ayudar. Confía en mí, respétame... Confía en ti mismo. Me has apoyado en muchas situaciones, y me dijiste que me elegirías para que formara parte de tu equipo en cualquier situación. Ahora es el momento de poner en práctica todo lo que has dicho. Elígeme ahora. Elígeme para algo que importa de verdad.

Ella lo tomó de las manos y se las apretó, intentando transmitirle sus palabras, su verdad.

—Sé que es peligroso, pero he hecho cosas peligrosas más veces. Correr riesgos es parte de mi trabajo. Mírame. Me conoces. Conoces mis puntos



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

fuertes y mis debilidades. Quizá no sea una SEAL, pero soy la mejor agente de la FInCOM, y sé, como tú, que puedo pasar por ese conducto de ventilación.

PJ. mostró su as con la esperanza de conseguir que Harvard cambiara de opinión.

—Joe Cat también es mi amigo. Y que yo sepa, soy su única esperanza. Sin mí, no podrás entrar. Llévame contigo y quizá juntos podamos salvarle la vida.

Harvard se quedó en silencio durante unos minutos. Después se acercó el micrófono a la boca y lo encendió.

—Habla el jefe sénior Becker. El teniente Hawken va a bajar de la montaña con el teniente O'Donlon y el agente Greene, siguiendo las órdenes. Por desgracia, la agente Richards y yo estamos inmovilizados. Informaremos de nuestra situación a lo largo del día, pero en este momento parece que no podremos avanzar hacia el USS Irvin hasta después del anochecer.

—Recibido, jefe sénior —dijo Blue—. Cuidado.

—Sí —dijo Harvard, y apagó el micrófono. Después miró a PJ.—. ¿Por qué me sentiré como si acabara de perder el último ápice de cordura?

Se echó el arma al hombro y miró a Crash.

—Si puedo, intentaré dejarlos en territorio amigo —dijo Hawken, refiriéndose a Lucky y a Greene—, y volveré para ayudar.

—Por favor, hazlo. Es duro hacer esto sin ti —le dijo Harvard. Después se volvió hacia PJ—. ¿Estás lista?

Ella asintió.

El también asintió.

—Bueno, por lo menos uno de nosotros lo está.

—Gracias —susurró ella.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Deprisa —dijo él—. Antes de que cambie de opinión.



CAPÍTULO 14

—¿Y ahora qué? —preguntó PJ. mientras Harvard y ella se alejaban del cuartel general de Sherman.

—Tenemos que buscar un lugar para escondernos hasta el anochecer — le dijo él con aspereza—. Haremos turnos para dormir un poco.

No había vuelto a decirle nada que no fuera áspero desde que se habían separado de Hawken, cinco horas antes.

PJ. sabía que Harvard se estaba cuestionando su decisión de permitir que ella lo ayudara. Estaba enfadado consigo mismo, con ella, con toda la situación.

Estaban en una situación muy difícil. Era posible que los dos murieran antes del día siguiente.

PJ. no quería morir, pero estaba segura de que, si iba a morir, no quería pasar las últimas horas de su vida con alguien que estaba tan tenso.

Miró a Harvard.

—No sé si vas a ser capaz de dormir si sigues de tan mal humor.

Por fin, él sonrió después de horas, pero brevemente.

—Sí. Yo tampoco estoy seguro —dijo, y apartó la mirada—. Mira, PJ., me siento como si estuviera rodando montaña abajo, sin control. El hecho de que estés aquí me asusta mucho, y eso no me gusta.

PJ. sabía que a él no le había resultado fácil decírselo.

—Daryl, yo también estoy asustada. El la miró.

—No es demasiado tarde para que te...



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—No lo digas —le advirtió ella—. Ni lo pienses. Estoy asustada, pero voy a hacer lo que tengo que hacer igual que tú. Necesitas mi ayuda para entrar ahí, y lo sabes.

Habían pasado casi todo el tiempo, durante las últimas cinco horas, apostados entre los arbustos, observando las idas y venidas de los soldados que rodeaban la fortaleza de John Sherman.

Era una fortaleza, verdaderamente. Era un almacén reformado, situado en mitad de un claro, en constante peligro de ser devorado por la selva. Harvard le había dicho a P.J. que el edificio era de la guerra del Vietnam. Lo habían construido los franceses para almacenar armas y munición. Sherman lo había renovado, había ampliado la estructura de hormigón y había añadido un sistema de seguridad de última generación.

Harvard y P.J. habían estudiado el sistema, habían observado los movimientos de los guardias y habían examinado el edificio desde todos los ángulos. Harvard había prestado atención especial a los conductos de aire que había cerca del tejado en el lado oeste del edificio, mirándolo durante más de media hora con los prismáticos.

—Si tuviera dos SEAL más, sólo dos, no necesitaría entrar por ese maldito conducto —le dijo Harvard—. Usaría un lanzagranadas y haría un agujero por un lado del edificio. Con dos hombres más, podría sacar así a Joe.

—Con dos hombres más y un arsenal —dijo P.J.—. No tienes un lanzagranadas. Tienes un rifle que dispara pintura.

—Puedo conseguir todas las armas que necesitamos —le dijo él, y ella lo creyó.

No sabía cómo, y no estaba seguro de que quisiera saberlo, pero por la mirada de Harvard y su tono de voz, no tuvo dudas de que si él decía que podía conseguir las armas, podía.

—De hecho, estoy pensando en confiscar algo de equipo en cuanto anochezca. No voy a permitir que entres ahí armada sólo con un rifle de juguete —dijo, y se volvió, reaccionando de repente a lo que acababa de decir—. Quizá ni siquiera te permita que entres.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Sí, sí lo harás.

El la miró de nuevo.

—A lo mejor, antes del anochecer, Bob y Wes ya han podido salir.

PJ. no dijo nada. Harvard sabía tan bien como ella, por el último informe, que Wes estaba seguro de que no podrían moverse en un tiempo. Y él sabía que no tenía sentido esperar a que Crash apareciera.

Ambos habían escuchado por su radio, tres horas antes, que Crash había conseguido poner a salvo a Lucky y a Greene. El sentimiento antiamericano se había intensificado en la ciudad, y había tenido que llevar a los hombres heridos por sí mismo hasta los muelles. Una vez allí, lo habían atrapado. Los soldados que estaban ayudando en la evacuación de los ciudadanos estadounidenses se mostraron inflexibles en cuanto a la vuelta de Crash junto a los heridos.

Crash había intentado librarse de ellos, había intentado convencerlos de que lo dejaran volver a las montañas, pero los soldados eran muy jóvenes y estaban asustados, y totalmente convencidos de que debían cumplir las órdenes. Si no quería usar la fuerza, Crash no tenía otra alternativa que volver. Según su último informe, estaba con Blue McCoy en el USS Irvin.

Y Harvard y P.J. estaban solos.

No había más SEAL que pudieran ayudar a Harvard a rescatar a Joe Cat. Sólo estaba P.J.

Siguió a Harvard mientras se alejaban un poco del cuartel general de Sherman, intentando moverse tan silenciosamente como él.

Parecía que Harvard sabía a donde iba. Sin embargo, si había un camino de verdad que él estuviera siguiendo, P.J. no podía verlo.

El disminuyó el ritmo de la marcha cuando llegaron a un claro y se volvió hacia ella.

—Tenemos que ser muy cuidadosos al cruzar este campo —le dijo—. Asegúrate de pisar exactamente donde yo haya pisado. ¿Entiendes? P.J. asintió.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Después negó con la cabeza. No, no lo había entendido. ¿Por qué?

Sin embargo, Harvard ya había comenzado a caminar, y ella lo siguió, haciendo exactamente lo que él le había dicho, pisando sobre las huellas que él dejaba sobre la alta hierba.

—Si quieres que lo haga así —le dijo, vas a tener que dar pasos más cortos —dijo P.J.—. Aunque no entiendo muy bien por qué debo hacerlo...

—¡Pisa sólo donde yo haya pisado! —le ladró él.

—¡Eh! ¡Tranquilo! No veo ninguna serpiente, así que no entiendo...

—¿Serpientes? ¡Dios Santo, P.J.! ¡Pensaba que lo sabías! Estamos caminando por un campo de minas.

P.J. se quedó helada.

—¿Cómo?

—Un campo de minas. Al otro lado de este claro, más allá de un riachuelo, entre aquellos árboles, hay una cabaña. Está casi derruida porque nadie viene aquí a pasear. Hawken me lo dijo, me dijo que era la zona más segura de esta parte de la isla. Y me dijo que había un modo de atravesar este claro. Eso es lo que estamos haciendo ahora.

Ella lo miraba con los ojos muy abiertos. Después recorrió con la mirada el campo que los rodeaba.

—Estamos dando un paseo por un campo de minas.

—Lo siento. Creía que estabas escuchando cuando Crash nos habló de ello —dijo Harvard, e intentó sonreír para transmitirle calma—. No es para tanto, si pisas exactamente donde yo pise. La buena noticia es que en cuanto lo atravesemos, no tendremos que preocuparnos más de que nadie nos encuentre. Crash me dijo que la gente evita esta zona.

—Por el campo de minas.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Exacto —dijo él, y continuó andando, pisando exactamente por donde le había dicho Crash.

—Pero, ¿quién ha puesto estas minas aquí? ¿Y por qué?

—Los franceses las pusieron hace más de treinta años —dijo Harvard, y miró hacia atrás para ver si ella lo seguía como le había indicado—. En aquel momento estaban en guerra.

—¿Y no deberían haber limpiado este claro, o al menos, haberlo vallado? ¡Ni siquiera hay una señal que advierta de las minas! ¿Y si algún niño se pierde y viene aquí?

—Este es uno de los proyectos en los que están trabajando los marines —le dijo Harvard—. Pero seguramente hay unos doce campos más como éste en la isla. Y miles por toda Asia. Es un problema muy grave. La gente muere, o queda lisiada, todo el tiempo. Bajas de una guerra que terminó hace décadas.

—¿Cómo sabes dónde tienes que pisar? —le preguntó RJ.

—Crash me hizo un mapa en el suelo. Me dijo la ruta que había que tomar.

—Un mapa en el suelo. Entonces, estás guiándote de memoria por un mapa que te dibujaron en el suelo.

—Sí.

Ella emitió un sonido ahogado, entre carcajada y sollozo.

Harvard la miró de nuevo. Estaba muy pálida y tenía los labios apretados.

Casi habían llegado al borde del campo. Cuando estuvieran junto al riachuelo, habrían llegado a terreno seguro. Tenía que distraerla durante unos segundos más.

—¿Estás bien? —le preguntó—. No irás a desmayarte, o algo así, ¿no?

Al instante, los ojos se le encendieron y recuperó el color.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—No, no voy a desmayarme. No me lo habrías preguntado si fuera un hombre.

—Probablemente no.

—Probablemente. ¿Lo admites?

Harvard entró en el agua, se inclinó hacia atrás y la tomó en brazos.

—¡Bájame!

El cruzó el riachuelo con ella en brazos y la dejó en el suelo al otro lado.

—Ya está.

Ella lo miró, y después miró más allá del riachuelo, hacia el campo de minas. Después puso los ojos en blanco, porque se dio cuenta de lo que había hecho Harvard.

—La verdad es que he visto a muchos tipos grandes y fuertes desmayarse —le informó él—. No parece que el género tenga nada que ver para que alguien se quede paralizado y deje de respirar en una situación tensa.

—Yo no me quedo paralizada —le dijo ella.

—Ya, ya me he dado cuenta. Lo has hecho muy bien.

P.J. se sentó en el suelo.

—Vamos a tener que hacerlo otra vez, ¿verdad? ¿Vamos a tener que pasar por ahí? ¡Sólo que entonces será de noche!

—No pienses en eso ahora. Tenemos que descansar un poco.

Ella sonrió con tristeza.

—Sí, estoy lista para echarme una siesta. Tengo el pulso a doscientos por hora.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Harvard se echó a reír y le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Se sentía orgulloso de ella. Aquel día había sido muy difícil, tanto física como emocionalmente, y ella todavía podía hacer bromas.

—Puedes hacer el primer turno de vigilancia, si quieres.

—¿De veras? ¿Te fías de mí para que vigile?

—Me fío de ti para todo —admitió Harvard—. Mi problema no es contigo, sino conmigo mismo. Sé que puedes entrar en ese edificio y encontrar a Cat. Sé que tomarás las decisiones acertadas y que darás los pasos correctos. Pero llevo en esto el tiempo suficiente como para saber que a veces todo eso no es suficiente. Algunas veces, lo haces todo bien y de todos modos te matan —dijo, y soltó un juramento—. Pero, ¿sabes? Confío en que incluso morirías con dignidad, si llegara el caso.

El se quedó en silencio, pero ella supo que quería decir algo más. Esperó, mirándolo.

—No confío en que yo sea capaz de perderte. Acabo de encontrarte, y verás, yo... me he enamorado de ti. Y si mueres, una parte de mí también va a morir.

Ahí estaba. Allí estaba él, en la mesa, preparado para una operación de corazón abierto.

No quería decírselo. En circunstancias normales no le habría dicho una palabra. En circunstancias normales no lo habría admitido ante sí mismo, y menos ante ella.

Pero las circunstancias no eran normales.

Harvard contuvo el aliento, a la espera de lo que ella pudiera decir. Podía responder de muchas maneras. Podía rechazarlo. Podía fingir que no lo había entendido. Podía tomarse a la ligera sus palabras, creer que él estaba bromeando.

En vez de eso, le acarició suavemente la cara, y mientras él la miraba, a P.J. se le llenaron los ojos de lágrimas. Por primera vez desde que él la había conocido, ella no intentó retenerlas.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Ahora ya sabes —le susurró, sonriendo con dulzura—, por qué yo no podía volver con los demás. Ya sabes por qué quería quedarme.

Harvard tenía el corazón en la garganta. Había oído la expresión muchas veces, pero nunca lo había experimentado, no así. Nunca había conocido aquellos sentimientos, ni siquiera con Rachel.

Era un doble milagro, porque aunque ella no le había dicho que lo quisiera, había dejado claro que también sentía algo por él.

Harvard se inclinó para besarla, y ella se puso de puntillas. Ella tenía los labios tan dulces, tan suaves, que él se tambaleó. Notó el sabor de sus lágrimas. De sus lágrimas. La dura y estoica P.J. estaba permitiendo que él la viera llorar.

El volvió a besarla, con más fuerza en aquella ocasión. Sin embargo, cuando la abrazó, el equipo que llevaba en el mono de combate chocó con el equipo del mono de P.J., y sus armas chocaron con torpeza. Les sirvió de recordatorio de que no era el momento ni el lugar más apropiado para aquello.

Sin embargo, no podían ir a otro sitio. Y Harvard sabía muy bien que aquellas pocas horas que tenían quizá fueran el único momento que les quedara.

P.J. debió de adivinar sus pensamientos, porque le acarició la mejilla dulcemente y lo miró a los ojos.

—Quizá no tengamos una eternidad —le dijo en voz baja—. Quizá ninguno vivamos para ver el amanecer. Así que... tendremos que concentrar el resto de la vida en las próximas seis horas —volvió a ponerse de puntillas y lo besó—. Vamos a buscar la cabaña —le susurró—. No me dejes morir sin hacer el amor contigo.

Harvard la miró fijamente sin saber qué decir. Sí. Eso fue lo primero que quiso decir. Quería hacer el amor con ella. Sin embargo, ella había asumido que iban a morir.

Quizá él muriera aquella noche, pero ella no. De entre las pocas cosas que podía controlar en aquella situación, aquélla era una. Y había tomado una determinación: cuando se marchara aquella noche, no iba a llevarla consigo.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Y ella no lo seguiría.

Harvard se había asegurado de ello al llevarla a aquella cabaña al otro lado del campo de minas. Estaría a salvo, y él llamaría por radio a Crash y a Blue para que supieran exactamente dónde estaba. Y después de que él sacara a Joe de allí, si lo conseguía, volvería por ella. Si no, Blue enviaría un helicóptero a recogerla en uno o dos días, cuando la situación se hubiera calmado.

Ella malinterpretó aquel silencio.

—Te prometo —le dijo, entre lágrimas, —que mañana no me arrepentiré.

—Pero, ¿y si vivimos? —le preguntó Harvard—. ¿Y si conseguimos salvar a Joe y mañana estamos con vida?

—Bueno, claro, eso sí voy a lamentarlo.

—No era eso lo que quería decir, listilla, y lo sabes.

—No lo lamentaré —le dijo ella—. Te lo prometo. Vamos, Daryl, el tiempo corre.

Harvard tenía el corazón en la garganta, porque sabía que P.J. creía que ninguno de los dos iba a sobrevivir a aquella misión. Pensaba que sólo les quedaban seis horas de vida, pero estaba dispuesta a compartir aquellas seis horas, el resto de su vida, con él.

Recordó lo que le había contado: sus fantasías de niña. Cuando era pequeña, había soñado que un día encontraría un hombre perfecto, y que la querría lo suficiente como para casarse con ella antes de que se acostaran juntos.

—Cásate conmigo —le dijo Harvard, y aquellas palabras le sorprendieron a él tanto como a ella.

P.J. se quedó mirándolo con los ojos como platos.

—¿Disculpa?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Sólo durante esta noche. Sólo por si acaso no sobrevivimos. Me dijiste que siempre habías querido que tu primer amante fuera tu marido. Pues cástate conmigo aquí mismo, ahora.

—Eso sólo era un sueño tonto —protestó ella.

—No existen los sueños tontos. Si voy a ser tu amante, deja que primero me convierta en tu marido.

—Pero...

—No puedes decirme que no tienes tiempo para asimilar ese tipo de compromiso para que el matrimonio funcione. No hay muchas cosas que puedan estropearse durante seis horas.

—Pero no será legal.

A ella le gustaba la idea; Harvard lo veía en sus ojos. Sin embargo, su parte realista estaba avergonzada de admitirlo.

—No seas tan pragmática —dijo Harvard—. ¿Qué es el matrimonio? Una promesa. Un juramento que una persona le da a otra. Será tan legal como queramos que sea.

P.J. se rió con incredulidad.

—Pero...

Harvard la tomó de la mano firmemente.

—Yo, Daryl Becker, te acepto P.J., como esposa... por cierto —se interrumpió él de repente—. Nunca he sabido lo que significa P.J.

—Probablemente, porque nunca te lo he dicho.

—Pues dímelo.

P.J. cerró los ojos.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Completamente seguro. Abrió los ojos y lo miró.

—Porsche Jane.

—¿Portia? No es tan raro. Es bonito. ¿Como en la obra de Shakespeare?
—P.J. negó con la cabeza.

—No. Porsche, ese coche tan rápido. Harvard se echó a reír.

—No me estoy riendo de ti —dijo rápidamente—. Es que... es tan divertido. Nunca había conocido a nadie que tuviera el nombre de un coche. Encaja contigo.

—Supongo que podía haber sido peor —dijo ella—. Podría haber sido Maserati. O Chevrolet.

—¿Y por qué Porsche?

—La razón resumida es que mi madre tenía catorce años cuando yo nací —dijo P.J., y se cruzó de brazos—. Entonces, ¿vamos a quedarnos aquí hablando durante las seis próximas horas, o qué?

Harvard sonrió.

—Primero voy a casarme contigo. Después ya llegaremos al «o qué».

Iban a hacerlo. Iban a entrar en aquella cabaña que estaba al borde de un campo minado e iban a hacer el amor.

P.J. estaba muy nerviosa, y Harvard sabía que estaba esforzándose por no asustarse. Sin embargo, él no podía evitarlo. Tenía que besarla.

Cuando su boca rozó la de ella, hubo una conflagración instantánea. La cantimplora de Harvard chocó contra el botiquín de primeros auxilios de P.J., pero a él no le importó. La besó con más fuerza y ella le devolvió el beso con igual intensidad. Sin embargo, cuando los prismáticos chocaron contra el cuchillo de caza de P.J., él se apartó, riéndose y deseando con todas sus fuerzas librarse del equipo y de la ropa.

P.J. estaba sin aliento, riéndose también.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Bien, ¿por dónde íbamos? —preguntó él, carraspeando—. Oh, sí. El matrimonio. Yo, Daryl Becker, te tomo a ti, Porsche Jane Richards, como esposa. Prometo amarte durante el resto de mi vida, sea corta o larga.

P.J. dejó de reírse.

—Has dicho que sólo era para esta noche. Harvard asintió.

—Espero que esta noche dure mucho tiempo —dijo, y le apretó la mano—. Te toca.

—Esto es una tontería.

—Sí. Pero hazlo de todos modos. Hazlo por mí. P.J. respiró profundamente.

—Yo, P.J. Richards, te tomo a ti, Daryl Becker, como esposo por esta noche, o para el resto de mi vida, depende. Y prometo...

¿Qué iba a prometer? Harvard se quedó callado, esperando a que ella dijera algo más, algo emocionante. P.J. quería decirle que lo amaba, pero no pudo hacerlo. Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

Sin embargo, pareció que él lo entendía, porque no la presionó. Incluyó la cabeza.

—Dios Santo, hacemos esta promesa aquí, en presencia Tuya —dijo Harvard en voz baja—. No hay jueces, ni testigos, ni papeles oficiales que den fe de nuestras palabras. Sólo Tú, P.J. y yo. Y en realidad, creo que somos los que realmente importamos, ¿no?

Hizo una pausa y miró al cielo. Después miró a P.J. con una sonrisa.

—Bueno, creo que como no nos ha alcanzado un rayo, podemos asumir que tenemos una respuesta afirmativa del Señor.

Entonces, la abrazó.

—Y me parece que no voy a esperar a que El carraspee para besar a la novia.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Bajó la cabeza hacia su rostro, pero se detuvo cuando sus labios estuvieron a centímetros de distancia.

—Ahora me perteneces, P.J. Y yo soy tuyo durante tanto tiempo como tú quieras.

P.J. estaba en mitad de la selva, en la ladera de una montaña, mientras Daryl Becker le levantaba suavemente la barbilla y la besaba. No llevaba un vestido blanco. No llevaba un uniforme de gala. Ambos llevaban el equipo de camuflaje, estaban sudorosos, sucios y cansados.

Aquello no debería haber sido romántico; sin embargo, Harvard había conseguido que fuera mágico.

Y aunque aquel matrimonio no habría resultado válido ante un tribunal, P.J. sabía que todo lo que él le había dicho era cierto. Ella le pertenecía. Le pertenecía desde hacía tiempo, pero no había querido reconocerlo.

—Vamos a entrar —le dijo él en un susurro, y tiró suavemente de su mano.

Fue entonces cuando ella se dio cuenta de que habían estado a pocos metros de la cabaña durante todo el tiempo.

Estaba cubierta de plantas y enredaderas, perfectamente camuflada. P.J. podía haber pasado a dos metros y no haberse dado cuenta de que estaba allí.

Incluso en el tejado había crecido vegetación que intentaba ascender en busca de la luz del sol.

—Dijiste que querías una casa con jardín —le dijo Harvard con una sonrisa.

P.J. se echó a reír.

—Esta casa es un jardín.

La puerta sólo estaba sujeta por una bisagra, y chirrió cuando Harvard la empujó con el cañón del rifle.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

P.J. sostuvo el arma. El hecho de que pareciera que la casa estaba vacía no significaba que lo estuviera.

Sin embargo, no había nadie. Dentro había una sola estancia con el suelo de tierra apelmazada. Allí no crecía ninguna planta. Probablemente, morían por la falta de luz.

Dentro había penumbra y frescura.

Harvard dejó su mochila en el suelo.

—Ahora mismo vuelvo —le dijo, y la miró antes de salir—. Debería haber cruzado el umbral contigo en brazos.

—No seas prehistórico.

—Se supone que da buena suerte —dijo Harvard—. O garantiza la fertilidad. O algo así. Se me ha olvidado. P.J. se rió mientras él salía.

—En los vecindarios en los que yo me crié, esas dos cosas eran muy diferentes.

Dejó el rifle contra la pared, y después se quitó la mochila de los hombros. Aquello estaba muy silencioso sin Harvard. Demasiado oscuro sin su luz.

Pero él volvió en pocos minutos, justo después de que ella se hubiera quitado el chaleco antibalas. Harvard había cortado una brazada de hojas y ramas de palmera, y las tendió en el suelo. Después tomó una manta de su mochila y la extendió sobre las hojas.

Había hecho una cama.

Un lecho nupcial.

P.J. tragó saliva.

Harvard la estaba observando mientras desabrochaba las tiras de velcro de su chaleco para quitárselo. Después comenzó a desabotonarse la camisa que llevaba debajo. Llevaba las mangas enrolladas por encima de los bíceps, y P.J.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

se quedó mirando fijamente sus músculos. Eran tan grandes como los muslos de P.J. Y sus hombros tiraron de las costuras de la camisa cuando abrió la cantimplora y tomó un trago de agua, sin dejar de mirarla ni un momento.

Era su marido.

P.J. sabía que lo que habían hecho no tenía valor legal, que no era verdadero. Sin embargo, estaba claro que Harvard había hablado en serio.

Pensar aquello le causó una ráfaga de placer. Era una tontería, sí, pero no le importaba.

Harvard le tendió la mano y ella se acercó. Su marido.

Cuando P.J. deslizó las manos por dentro de su camisa abierta, a él se le cortó la respiración. Era típico de ella ser atrevida para intentar disimular su incertidumbre y su miedo. Y ella estaba preocupada. El lo veía en sus ojos. Sin embargo, su confianza era más poderosa que su miedo; P.J. confiaba en él, tanto como para estar allí, a su lado.

Harvard se sintió feliz al pensarlo, y también tuvo una fuerte sensación de responsabilidad. Y estaba un poco asustado al pensar que iba a hacerle daño la primera vez que ella hacía el amor. Y también completamente excitado por sus caricias.

El se quitó el chaleco y lo dejó en el suelo, junto al valioso equipamiento.

Ella deslizó las manos por su pecho hacia el cuello y le quitó la camisa por los hombros.

—Eres tan perfecto —murmuró, pasándole los labios por el pecho y las manos por los brazos, hacia abajo—No sabes cuánto tiempo he deseado acariciarte así.

—Eh, eso debería decirlo yo —dijo Harvard, que dejó caer la camisa al suelo, y al instante, la abrazó. R.J. era tan diminuta que podría haberla abrazado dos veces.

Harvard sintió una punzada de duda. Ella era tan pequeña... y él no. La sensación que le estaban provocando sus manos y su boca en la piel lo habían



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

excitado por completo. La deseaba con todas sus fuerzas, rápido, con dureza, contra la pared de aquella cabaña. Quería perder la cabeza en su fuego.

Sin embargo, sabía que no podía hacer aquello. Tenía que tomarse las cosas con calma. No quería hacerle más daño del que fuera inevitable. Tendría que ser cuidadoso, tierno, controlado.

La besó lentamente, obligándose a adoptar un ritmo perezoso, contenido, porque ella estaba nerviosa y seguramente se sentiría un poco tímida...

Sin embargo, en aquel momento Harvard se dio cuenta, con asombro, de que ella ya se había desabotonado la camisa. El intentó ayudarla a quitársela, pero sólo consiguió entorpecerla, porque sin poder evitarlo, comenzó a acariciarle los brazos, el estómago, la espalda. Toda su piel era de seda. P.J. llevaba un sujetador deportivo negro. El quería quitárselo, pero no consiguió encontrar el broche. Además, cuando P.J. comenzó a aflojarse el cinturón, Harvard se distrajo completamente.

Ella se apartó y se sentó sobre la manta para quitarse las botas.

Harvard hizo lo mismo, con la sangre corriéndole desaforadamente por las venas. A él le temblaban los dedos mientras deshacía la lazada de los cordones, mientras ella se deshizo de sus botas y sus calcetines, y entonces, P.J. comenzó a ayudarlo, como si fuera una experta, y no una novata.

Ella le quitó las botas, y después, con un movimiento ágil, se quitó los pantalones y se sacó el sujetador deportivo por la cabeza.

No era nada tímida.

Cuando se volvió hacia él, Harvard quiso detenerla, mantenerla a cierta distancia para poder mirarla. Sin embargo, sus manos tenían otros planes. La atrajo hacia sí y le acarició la piel, y tomó la dulce redondez de sus pechos en la palma de la mano.

Ella era una mezcla perfecta de músculos atléticos y delgados y curvas suaves.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

La besó, intentando con todas sus fuerzas no ser brusco, pero ella no tenía la misma idea. Abrió la boca para invitarlo, como una encarnación abrasadora del éxtasis, y él no pudo resistirse. Gruñó y la besó con más fuerza, más profundamente, apropiándose de su boca con la lengua y de su cuerpo con las manos. Harvard rodó por la manta y se tendió sobre ella, dejando que P.J. notara su deseo duro contra la suavidad del vientre, mientras intentaba desesperadamente conservar el control de sí mismo.

—Quiero acariciarte —susurró ella mientras le besaba la cara, el cuello, la barbilla. P.J. se alejó un poco para mirarlo a los ojos—. ¿Puedo acariciarte?

—Oh, sí —dijo Harvard sin dudarle. Le tomó la mano y le apretó la palma contra su cuerpo.

P.J. soltó una risita nerviosa.

—Dios mío —dijo—. ¿Y dónde quieres poner eso?

—Confía en mí —le dijo Harvard; tuvo que tomar aire cuando ella se envalentonó y comenzó a explorarlo con los dedos, lo rodeó, lo acarició.

—¿Parezco una mujer que no confía en ti? —le preguntó, sonriendo.

Estaba entre sus brazos, vestida sólo con su confianza y unas braguitas negras y diminutas. Sí, confiaba en él. Sin embargo, no confiaba lo suficiente. Si confiara tanto, ella también le habría dicho que lo quería, y no habría tenido cara de asustada cuando él le había jurado que la querría para el resto de su vida.

No importaba. Harvard se dijo de nuevo que no tenía importancia. Aunque le habría gustado escucharlo en palabras, P.J. le estaba demostrando cómo se sentía.

El le acarició la punta del pecho desnudo con un nudillo, y después pasó un dedo por el borde elástico de sus bragas.

—Pareces una mujer que no está lo suficientemente desnuda.

Ella se estremeció por su contacto.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Estoy mucho más desnuda que tú —respondió P.J., y llevó las manos hasta el cinturón de Harvard—. ¿Te importaría que equilibrara la situación, y satisficiera mi curiosidad al mismo tiempo?

—Me encanta tu curiosidad —respondió él, mientras ella le bajaba la cremallera de los pantalones.

El enganchó los pulgares en la cintura de sus calzoncillos y se los bajó, y entonces, sintió un gran placer, porque ella lo acarició, piel contra piel, y lo rodeó con los dedos.

P.J. tenía los ojos abiertos como platos, y él se inclinó hacia atrás y se apoyó sobre los codos para dejarla que lo mirara y lo acariciara mientras intentaba, en silencio, que no le diera un ataque provocado por el placer.

No era habitual en ella que se mantuviera callada durante tanto tiempo, y no lo decepcionó cuando, por fin, dijo:

—Ahora sé lo que es tener envidia del pene.

Harvard se echó a reír. La atrajo hacia sí y le dio otro beso ardiente, disfrutando de la sensación que le provocaban sus pechos suaves contra el torso, mientras entrelazaban las piernas y ella seguía acariciándolo, explorándolo con delicadeza, volviéndolo loco. E igual que le gustaban aquellas caricias, adoraba de la misma forma aquella sensación de plenitud, aquella sensación de pertenencia y alegría profunda. Nunca había sentido nada tan perfecto.

O tan imperfecto. El reloj seguía avanzando. Todo aquel placer iba a terminar muy pronto. El tendría que mentirle y marcharse, y quizá nunca volviera a verlo. Aquello le provocó una sombra en el alma.

Harvard se apartó aquellos pensamientos de la cabeza y respiró hondo. Tenía que calmar las cosas por más de un motivo. Quería que aquella tarde durara para siempre. Y no quería asustarla.

Sin embargo, ella volvió a besarlo y él olvidó su propósito. Tomó su pecho con la boca y la saboreó, la besó y lamió su piel, y ella se arqueó contra él con una explosión de placer tan intensa que Harvard estuvo a punto de perder las riendas.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Succionó con fuerza, y ella gimió. Fue un sonido lento, sexy, e implicaba que fuera lo que fuera lo que ella sentía, no era miedo.

El metió los dedos por el borde delantero de sus braguitas, y P.J. se puso rígida y se apartó ligeramente. El fue más despacio, pero no se detuvo. La acarició más íntimamente mientras la miraba.

—¡Oh! —susurró P.J.

—Avísame si voy muy deprisa —murmuró él, mirándola a los ojos.

—Es tan... delicioso... —susurró ella. Cerró los ojos y se relajó contra él.

—Si quieres, podemos hacer esto durante un rato —le dijo Harvard.

Ella lo miró, sorprendida.

—Pero, ¿y tú? ¿Qué pasa con tu placer?

—Esto me proporciona placer. El hecho de abrazarte, acariciarte así, mirarte... —Harvard se tomó un instante para quitarle las braguitas. Sin duda, era la mujer más bella que él hubiera visto—. Créeme, si hiciéramos esto durante toda la tarde, yo sentiría un placer inmenso.

Ella gimió de nuevo, y se abrazó a él con fuerza mientras Harvard le hundía los dedos un poco más profundamente. Ella movió las caderas hacia arriba por instinto, apretándose contra él. Estaba húmeda y caliente de deseo, y Harvard estaba exultante por saber que él había causado aquel deseo.

Era suya, y suya nada más. Ningún hombre la había acariciado de aquella manera, ningún otro hombre antes que él. Ningún hombre la había oído gemir de pasión. Ningún hombre tendría nunca la oportunidad de ser su primer amante.

La besó de manera posesiva. De repente se sentía ansioso de necesidad, y apretó la dureza larga de su excitación contra la suavidad de los muslos de P.J., sin dejar de acariciarla con delicadeza.

Ella le devolvió los besos ferozmente, y después se apartó un poco para reírse de él.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Eres un mentiroso —le dijo, sin aliento—. Si hiciéramos esto durante toda la tarde... —añadió, imitando su voz.

—No estoy mintiendo. Es cierto que te deseo más de lo que nunca haya deseado a otra mujer, eso no puedo negarlo. Pero esto también es maravilloso. Es más que bueno —le dijo Harvard, tomándose un instante para atrapar su delicioso pezón con la boca—. Podría hacer esto durante toda mi vida y moriría siendo un hombre feliz.

La mordisqueó suavemente y ella jadeó.

—Por favor —susurró —. Quiero... —tenía la respiración entrecortada.

—¿Qué? —Murmuró él, besándole el pecho, las clavículas, el cuello—. Dime, P.J. Dime lo que quieres.

—Quiero que me enseñes cómo podemos encajar. Quiero sentirte dentro de mí.

El la besó de nuevo y se apartó.

—Voy a tomar un preservativo.

P.J. se incorporó ligeramente y se apoyó sobre los codos.

—¿Llevas preservativos a las operaciones de entrenamiento?

P.J. se echó a reír mientras abría uno de los bolsillos de su chaleco de combate.

—Sí, y tú también. Tendrás tres o cuatro en uno de los bolsillos. Son para poner en los cañones de los rifles en caso de lluvia intensa, ¿no te acuerdas?

Ella no le estaba prestando atención. Estaba mirándolo mientras él rompía el paquetito, con los ojos llenos de deseo. Se le había deshecho la coleta y tenía el pelo suelto por los hombros. Su piel de seda brillaba de un modo exquisito a la tenue luz que se filtraba por los agujeros del techo de la cabaña.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Harvard se tomó su tiempo colocándose el preservativo, porque quería memorizar la imagen de ella allí tendida, desnuda, esperándolo. Quería poder recordarlo a voluntad. Quería poder acordarse de aquel rincón del cielo cuando se marchara aquella noche, cuando se dirigiera al infierno.

Pero después, no pudo esperar más.

P.J. extendió los brazos hacia él, y él fue hacia ella. Se arrodilló sobre la manta y la besó, y se tendió entre sus piernas. La besó una y otra vez. Fueron besos largos, lentos, profundos, calculados para dejarla sin respiración. Y también tuvieron un efecto mágico en él, porque se quedó sin aire y medio ciego de necesidad.

Bajó la mano y sintió el calor de P.J. Sabía que aquél era el momento. Para darle placer, primero tenía que hacerle daño.

Pero quizá pudiera enmascarar aquel dolor con el calor del fuego que podía encender en ella.

La besó con fuerza y le acarició los pechos, sabiendo que ella se deleitaría con aquella sensación. La acarició sin piedad y la besó sin descanso mientras se colocaba sobre ella y dejaba que ella sintiera su peso. P.J. levantó las caderas para encontrarse con él, se frotó contra su miembro, y estuvo a punto de precipitar su reacción.

Harvard también estaba consumido por el fuego que había creado.

—Por favor —susurró ella entre besos febriles—. Por favor, Daryl...

Harvard movió las caderas y se hundió en ella.

Ella gimió, pero no era el dolor lo que teñía su voz y lo que resonó por la pequeña cabaña. Se colgó de él con fuerza, y su respiración entrecortada resonó en el oído de Harvard.

El apenas podía hablar.

—¿Estás bien? ¿Quieres parar?

Ella lo miró con los ojos abiertos como platos de incredulidad.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—¿Parar? ¿Quieres parar ahora? El le acarició la cara.

—Sólo dime que estás bien.

—Estoy bien —respondió P.J., riéndose—. Eso es el eufemismo del año.

Harvard se movió. Suavemente. Experimentalmente. Sostuvo su mirada y volvió a llenarla, lentamente en aquella ocasión.

—Oh, Dios mío —susurró P.J.—. ¿Te importaría hacer eso otra vez?

El sonrió y obedeció, mirándola a la cara.

Cuando P.J. quería, era una experta disimulando sus emociones. Sin embargo, mientras él le hacía el amor, todas las sensaciones que estaba experimentando se le reflejaron en el rostro, y él pudo verlas. Su unión era íntima, emocional y física.

Harvard comenzó a moverse más deprisa, y notó que ella se movía con él, en una danza instintiva y antigua.

—Bésame —murmuró P.J.

El adoraba el hecho de mirarla a los ojos, pero habría hecho cualquier cosa que ella le hubiera pedido, y la besó. Y como siempre, ella le abrasó.

Y él le hizo lo mismo a ella.

Sintió que explotaba, que vibraba entre sus brazos, y él también perdió el control. Su propio éxtasis lo atenazó mientras ella se colgaba de su cuerpo, igualando su pasión golpe a golpe. Harvard notó el corazón en los oídos mientras entraba en órbita. No podía hablar, no podía respirar. Sólo podía quererla.

El los llevó suavemente a la tierra de nuevo, y se dio cuenta de que estaba sobre ella, aplastándola. Sin embargo, cuando empezó a apartarse, P.J. se aferró a él.

—Quédate —le susurró—. Por favor.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

El la abrazó y se tumbó de espaldas.

—¿Así es mejor?

P.J. estaba sobre él, y él seguía dentro de su cuerpo. Ella asintió. Alzó la cabeza y lo miró. —Buen acoplamiento.

Harvard soltó una carcajada sin poder evitarlo.

—Sí —dijo—. Un acoplamiento perfecto.

Ella metió la cabeza bajo su barbilla, y él la abrazó con fuerza, sintiendo su respiración en la piel mientras miraba la luz que se filtraba por las grietas del techo.

No recordaba la última vez en que había sentido tanta paz.

Y entonces lo recordó. Había sido años antes, en unas vacaciones, Acción de Gracias o Navidad. Sus hermanas eran pequeñas, y él era poco más que un adolescente. Había vuelto a casa desde la universidad, o quizá aquel fuera su primer año en la Marina.

Harvard estaba en casa, disfrutando de la dicha de haber vuelto, disfrutando de la sensación de pertenecer a un lugar después de estar tanto tiempo fuera.

En aquel momento sentía lo mismo, y no era porque aquella cabaña ruinoso tuviera nada de especial.

No. Lo especial estaba tendido entre sus brazos.

Harvard acurrucó a P.J. contra sí, sabiendo que por fin había encontrado su hogar.

En menos de seis horas tendría que marcharse. Era muy posible que muriera. Sin embargo, Harvard sabía que, incluso aunque viviera, nunca volvería a sentir aquella paz.



Suzanne Brockmann

Porque, aunque viviera, P.J. nunca iba a perdonarlo.

Corazón en peligro



CAPÍTULO 15

Blue McCoy se paseaba por la sala del USS Irvin como un león enjaulado.

Crash puso dos tazas de café sobre la mesa y, en silencio, empujó una hacia el otro hombre.

Se acercó a la puerta y la cerró en las narices del soldado que lo había estado siguiendo desde que había regresado al barco. Era evidente que todos los de a bordo esperaban que intentara volver a la isla. A McCoy lo vigilaban de la misma manera. Ambos habían recibido la advertencia de que salir del barco sería motivo de consejo de guerra.

—No puedo soportarlo —dijo McCoy entre dientes—. Está vivo. No entiendo por qué no nos dejan ir a buscarlo. Tú mismo dijiste que no crees que sobreviva muchos días con las heridas que había recibido.

Era posible que Joe Catalanotto ya estuviera muerto. McCoy lo sabía tan bien como Crash. Sin embargo, ninguno de ellos lo dijo.

—Harvard todavía está allí —le dijo Crash, intentando ser optimista—, y en cuanto anochezca va a ir a buscar al capitán.

—Pero Bob y Wes están inmovilizados —dijo Blue con un cansancio evidente—. Harvard es el único hombre.

—Tiene a P.J. Creo que entre los dos pueden sacar de allí a Joe —dijo Crash, y tomó un sorbo de café—. Lo que quizá no puedan hacer es bajarlo por la montaña y traerlo a salvo hasta el barco.

McCoy abrió la tapa de plástico de su café y miró durante un instante a la nada. Después miró a Crash. Pese a su cansancio, sus ojos estaban claros, tenían la mirada penetrante.

—Necesitamos a alguien que esté listo para entrar y sacarlos en cuanto Harvard nos dé el aviso —dijo, y sacudió la cabeza con disgusto—. Lo he



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

solicitado, pero el almirante ha rechazado la petición —añadió—. No van a permitir que entre un helicóptero norteamericano ni siquiera para una evacuación médica.

McCoy miró a Crash de nuevo. Tenía una expresión asesina.

—Si muere el capitán, lo van a pagar caro.

Crash no lo dudaba.

—¿Sabes? Podría añadir «virgen expiatoria» a la larga lista de empleos a los que nunca podré aspirar —susurró P.J.

Harvard se echó a reír, y ella notó que la abrazaba con fuerza.

—¿De verdad es tan larga la lista?

Ella volvió la cabeza y lo miró a la luz del anochecer, deleitándose con el contacto de su cuerpo fuerte y musculoso curvado contra su espalda. Todavía la asombraba que un hombre tan fuerte pudiera ser tan tierno.

—Claro. Cosas como jugadora profesional de baloncesto. No sólo soy demasiado baja, sino también demasiado vieja. Donante de esperma, por varias razones. Tampoco podría ser administrativo, ni adalid de la supremacía blanca. Tampoco podría ser luchadora profesional. Eso nunca va a suceder.

—¿Y limpiadora de cristales de rascacielos? —sugirió él, con una mirada de diversión.

—Ah. Eso es una de las primeras cosas de la lista. Junto a escaladora y funambulista. Tampoco puedo ser estrella de la canción adolescente. Eso comenzó a figurar en la lista el año en que participé en una función de Navidad en el colegio. Me las arreglé para cantar, pero no soportaba que todo el mundo me estuviera mirando. Es difícil ser una estrella cuando no puedes salir al escenario.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

La sonrisa de Harvard se hizo más amplia.

—Tienes miedo escénico, ¿eh? Nunca lo habría pensado.

—Sí, estoy segura de que no lo entiendes. Me apuesto algo de que en los karaokes del club de oficiales eres el primero en salir.

—Yo no soy oficial —le recordó él—. Pero sí, tienes razón. He heredado el gen para el espectáculo de mi madre.

—¿Tu madre era actriz?

—Sigue siéndolo —respondió él—. Aunque hoy día sólo hace teatro para la comunidad. Es muy buena. Tendrás que verla algún día.

Aunque era muy probable que no tuvieran un mañana, ni ningún otro día; lo único que tenían era el presente, y el sol se estaba poniendo rápidamente. Harvard debió de darse cuenta de lo que había dicho, porque la sonrisa se le borró de los labios. Sin embargo, intentó volver a sonreír, ignorar la realidad y recuperar el buen humor.

Le pasó la mano por un pecho a P.J.

—A lo mejor deberías añadir ser monja a esa lista.

—Lo de monja ya lleva un tiempo escrito —admitió ella, y se estremeció al sentir su caricia—. Digo demasiadas palabrotas como para poder serlo. Y además están los pensamientos impuros.

—Oooh, me encantaría oír algunos de esos pensamientos. ¿En qué estás pensando en este momento? —preguntó él. Aunque su sonrisa era verdadera, ella notó una sombra en su mirada.

—En realidad, me preguntaba por qué no eres oficial —dijo ella.

El le hizo una mueca.

—¿Y eso es un pensamiento impuro?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—No. Pero es lo que estaba pensando. Tú me lo has preguntado —dijo P.J., y se volvió para estar frente a él—. ¿Por qué no te hiciste oficial, Daryl? Joe me ha dicho que te lo han ofrecido bastantes veces.

—Los jefes son quienes dirigen la Marina —dijo él— Todo el mundo piensa que son los oficiales, pero en realidad son los jefes los que hacen las cosas.

—Pero a estas alturas ya serías capitán. Podrías estar dirigiendo el Escuadrón Alfa —dijo ella.

Harvard sonrió mientras le pasaba la mano por el torso desnudo, desde el pecho a la cadera y después hacia arriba nuevamente, con lentitud, de un modo hipnótico.

—Soy uno de los hombres que dirigen el Escuadrón Alfa —le dijo—. Cat es un buen capitán. Pero él es un mustang, un hombre que se alistó y que ascendió a oficial. Tuvo que luchar duramente para conseguir cada uno de los ascensos. Y eso es bueno. El sabe que no lo van a ascender al azar para hacer algún trabajo para el que no es adecuado. Lo que mejor se le da es estar aquí, en el mundo real.

—Pero tú también podrías ser un mustang.

—Yo sería un mustang que estudió en Harvard —replicó él—. Cada vez que me pedían que entrara en el adiestramiento para el cuerpo de oficiales, veía mi futuro en sus ojos. Eso requería que pasara mucho tiempo detrás de un escritorio. Y no sé si la razón por la que me querían a toda costa era para completar una cuota, pero...

—No piensas eso de verdad, ¿no?

Harvard se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá. Durante toda mi vida vi luchar a mi padre. El era uno de los mejores profesores de literatura del noreste. Sin embargo, no era conocido por eso. Era conocido como «el profesor negro de literatura inglesa». Constantemente le pedían que se uniera a la plantilla de otras universidades, pero no era por sus conocimientos. Era para llenar una cuota. Y eso lo frustraba mucho. Estoy seguro de que, como mujer, lo entiendes.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Sí, lo entiendo —dijo ella—. No sé cuántas veces me han llamado para que participara en un grupo de trabajo y después me han dicho que me quedara sentada en la mesa y pusiera buena cara. Nadie quería mis ideas. Querían que las cámaras filmaran a una mujer en plantilla. Ya sabes, por la corrección política.

—Por eso mismo, yo no quise hacerme oficial. Quizá era demasiado receloso, pero temía que perdería mi identidad y me convertiría en el oficial negro. Tenía miedo de ser un dirigente sin poder real, metido detrás de un escritorio para dar buena apariencia. Quizá no gane tanto dinero así, y de vez en cuando algún teniente listillo que no tiene ni la mitad de mi edad intente darme órdenes, pero, aparte de eso, estoy exactamente donde quiero estar.

P.J. lo besó. El tenía una boca muy dulce, muy cálida. Ella volvió a besarlo, lentamente en aquella ocasión, rozándole los labios con la lengua.

P.J. notó que se le formaba una sonrisa.

—Sé que ahora estás pensando en algo impuro.

Era cierto.

—Estoy pensado que si supieras lo que estaba pensando, conocerías mi horrible secreto.

El atrapó su labio inferior entre los dientes y tiró suavemente antes de soltarla.

—¿Y cuál es ese secreto tan horrible?

—El hecho de que, haga lo que haga, no tengo suficiente de ti.

El la besó.

—Claramente, ese sentimiento es mutuo.

Ella deslizó la mano entre sus cuerpos y lo encontró ya excitado.

—¿Quieres ir por el siguiente?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Sí —dijo él, y la besó de nuevo, dulcemente—. Y no. Y esta vez, gana el no. Ya vas a estar suficientemente dolorida así.

El dirigió la mirada, brevemente, hacia las manchas de sangre que había en la manta.

El había sido muy tierno y muy gentil después de que hubieran hecho el amor por primera vez. La había ayudado a limpiarse, y se había limpiado también a sí mismo la sangre de P.J. Ella sabía que a Harvard no le gustaba nada la idea de haberle hecho daño, y la sangre demostraba que se lo había hecho. No intencionadamente, por supuesto, y sí necesariamente. Pero le había hecho daño.

También había conseguido que se sintiera increíblemente bien.

Harvard se apoyó sobre un codo y la miró a la luz suave del anochecer.

—Además, mi dulce Porsche Jane, tenemos que ir pensando en marcharnos.

El miedo que P.J. tenía encerrado dentro explotó de repente. Se les había acabado el tiempo. Había terminado. Tenían que hacer un trabajo: salvarle la vida a un hombre. Tenían que arriesgar su propia vida.

Harvard se desenredó con suavidad de sus brazos y se puso en pie. Tomó la ropa de P.J. y se la entregó. Ambos se vistieron en silencio.

Harvard le había dicho a P.J. que, antes de ir al cuartel general de John Sherman, estaba decidido a encontrar armas para ellos. Le había dicho que tenía pensado hacer aquello solo.

P.J. rompió el silencio.

—Quiero ir contigo.

Harvard miró hacia arriba; se había agachado para abrocharse las botas.

—Sabes que yo puedo hacerlo con más rapidez, con más facilidad, sin ti —le dijo con calma a P.J.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Sí, ella lo sabía. El tardaba más del doble en avanzar silenciosamente por la selva cuando ella lo acompañaba. Sin ella, podría aproximarse al campamento donde estaban atrapados Wes y Bobby y podría robarle a algún soldado un arma que disparara munición real.

Harvard se irguió.

—Si sucede algo —dijo, con la voz aterciopelada, como la oscuridad que los envolvía mientras él se ponía el chaleco de combate—, y no he vuelto antes del amanecer, conecta la radio y dile a Blue dónde estás. Crash sabrá cómo llegar hasta aquí.

P.J. no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Si no vuelves antes del amanecer?

—Tú no puedes salir al campo de minas sola —le dijo él con severidad, convirtiéndose en el jefe sénior—. Quédate aquí. Te dejo lo que me queda de agua y de barritas energéticas. No es mucho, pero te servirán para unos días. No sé cuánto pasará hasta que Blue pueda conseguir un helicóptero para sacarte de aquí.

P.J. se puso en pie con un nudo de dolor en el estómago.

—No estarás planeando no volver, ¿verdad?

—No seas melodramática. Sólo estoy tomando precauciones por si acaso se da la peor de las posibilidades —dijo él, pero no la miró a la cara mientras terminaba de abrocharse el chaleco.

P.J. respiró profundamente y, cuando habló, su voz sonó calmada.

—Entonces, ¿a qué hora crees que volverás? Mucho antes del atardecer, ¿no?

El dejó su cantimplora y sus barritas junto al chaleco de P.J. Después la miró y mintió. Ella ya lo conocía lo suficientemente bien como para saber que estaba mintiendo.

—Volveré antes de las diez si es fácil, y a las doce si es difícil.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

p.J. asintió, observando cómo Harvard comprobaba su rifle. Aunque la única munición que tenía eran paint balls, se estaba asegurando de que funcionara correctamente.

—Has dicho que me querías —le preguntó ella—. ¿Lo has dicho de verdad?

El se volvió a mirarla.

—¿De verdad tienes que preguntármelo?

—Tengo un problema con la confianza.

—Sí —respondió él—. Te quiero.

—¿Aunque sea una agente de la FInCOM? ¿Una mequetrefe?

El parpadeó y se rió.

—Sí. Aunque seas una mequetrefe.

—¿Aunque sabes que cuando me levanto y voy a trabajar, algunas veces la gente me dispara?

El no intentó disimular su exasperación.

—¿Qué tiene que ver eso con el hecho de que te quiera o no?

—Tengo un trabajo muy peligroso. Arriesgo mi vida a menudo. ¿Lo sabías?

—Claro que...

—Y sin embargo, dices que estás enamorado de mí.

—No lo digo, lo estoy.

—¿Me describirías como una persona valiente?

—P.J., no entiendo lo que estás intentando...



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Lo sé —dijo ella—. Estoy intentando hacer que lo entiendas. Sólo quiero que me respondas. ¿Crees que soy una persona valiente?

—Sí.

—¿Fuerte?

—Sabes que lo eres.

—Yo sé lo que soy —le dijo P.J.—. Estoy intentando averiguar si lo sabes tú.

—Sí, eres fuerte —reconoció él—. Tienes fuerza física y también de carácter. Y resistencia. Y voluntad.

—¿Y me respetas por todo eso?

—Por supuesto.

—¿Y me admiras un poco?

—P.J.—

—¿Me admiras?

—Sabes que sí.

—¿Crees que soy buena en mi trabajo en la FInCOM?

—Eres la mejor.

—Soy la mejor en mi peligroso trabajo. Soy fuerte, soy valiente, y tú me respetas y me admiras por ello. Incluso puede que te hayas enamorado de mí por esas razones.

—Me he enamorado de ti porque eres divertida y lista, y bella por dentro y por fuera.

—Pero también soy las otras cosas, ¿no? Si yo no fuera fuerte, y no tuviera lo necesario para ser la mejor agente de la FInCOM, probablemente no



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

sería la persona que soy ahora, y tú no te habrías enamorado de mí. ¿No estás de acuerdo?

El se quedó en silencio durante un momento.

—Sí —le dijo finalmente—. Tienes razón.

—Entonces, ¿por qué estás intentando cambiar quién soy? ¿Por qué intentas convertirme en una heroína romántica que necesita que la rescaten y la protejan? ¿Por qué quieres envolverme entre algodones y mantenerme alejada de cualquier peligro cuando sabes muy bien que las razones por las que te has enamorado de mí se resumen en que no necesito estar entre algodones?

Harvard se quedó callado, y P.J. rogó al cielo que estuviera comprendiéndola.

—Ve a conseguir las armas que necesitamos —le dijo—. Y después vuelve para que podamos llevar a Joe a casa. Juntos.

Después, lo besó con fuerza, con la esperanza de que entendiera todo lo que no le había dicho.

El la abrazó. Después salió por la puerta.

—Te estaré esperando —le dijo P.J.

Pero él ya se había ido.

Al otro extremo de la sala, Blue McCoy se levantó de un salto de su silla, como si alguien le hubiera puesto un cohete debajo. Soltó un juramento.

—¡Ya lo tengo!

Crash se inclinó hacia delante.

—¿Qué?



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—La solución para sacar de allí a Joe. Yo mismo lo he dicho. No van a permitir que un helicóptero norteamericano entre en el espacio aéreo de la isla.

Crash se rió suavemente.

—Claro. Vamos por una radio. Sé a quién podemos llamar. Esto puede funcionar.

Blue McCoy todavía no pudo sonreír.

—Siempre y cuando Harvard pueda hacer su parte del trabajo.

P.J. se paseaba por la cabaña, a oscuras. Sólo se detuvo para mirar su reloj de manillas fluorescentes. Era casi medianoche. Harvard no iba a volver.

Se sentó en el suelo frío, apoyando la espalda en la pared, con el rifle en el regazo, intentando no pensar aquello.

Hasta que no pasara la medianoche iba a seguir creyendo que Daryl Becker volvería.

En cualquier minuto, iba a entrar por aquella puerta. La besaría, le daría un puñado de balas y juntos se irían a buscar a Joe.

En cualquier minuto.

En la distancia, oyó un sonido, una explosión, y se puso en pie. Abrió la puerta de la cabaña y miró hacia fuera; sin embargo, la cabaña estaba en un pequeño valle y no pudo ver más allá de la vegetación que la rodeaba.

La explosión se había producido más allá del campo de minas. De eso estaba segura.

Oyó más sonidos. Disparos. Los estallidos inolvidables de las armas automáticas.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Siguió escuchando con atención, intentando averiguar de qué dirección provenían los disparos. Del sur.

De la dirección en la que se había encaminado Harvard para conseguir las armas.

P.J. se dio cuenta de que quizá pudiera oír lo que estaba sucediendo y encendió su radio.

Lo había hecho varias veces durante las horas que Harvard había estado ausente, pero no oía nada y sabía que debía conservar la batería.

Oyó a Wesley Skelly.

—Ha habido una explosión al otro lado del campamento —dijo en voz baja—, pero los guardias de este edificio no se han movido. No podemos usar esta distracción para escapar. Seguimos aquí atrapados. Maldita sea.

Oyó a Blue McCoy diciéndole a Wes que no se moviera, que permaneciera escondido. Los informes de Inteligencia revelaban que el ejército de Kim se estaba trasladando al norte y que quizá llegara en tres o cuatro horas, quizá antes del amanecer.

P.J. se aseguró de que su micrófono estuviera apagado antes de soltar una palabrota. Las noticias eran cada vez peores. Tendrían que intentar salvar a Joe Catalanotto sabiendo que, en cuestión de horas, el cuartel general de Sherman iba a ser atacado por el ejército contrario.

Eso, si Harvard no estaba tendido en algún sitio, muerto o muriendo.

Y, aunque no fuera cierto, ella sólo se había estado engañando a sí misma. No iba a volver. No podía enfrentarse al hecho de que ella corriera peligro. Quizá la quisiera, pero no tanto como para aceptar que era igual a él.

Era tonta por pensarlo, por intentar convencerlo. Entonces, oyó otro ruido, apenas perceptible. Casi inexistente. Metal contra metal. Alguien se acercaba.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

P.J. se escondió en la cabaña y levantó el cañón del rifle. Crash le había dicho que apuntara a los ojos. Las paint balls podían hacerle mucho daño a alguien que no llevara gafas protectoras.

Entonces, como si se hubiera materializado de entre las sombras, apareció Harvard.

Había vuelto.

¡Había vuelto!

P.J. salió de entre las sombras de la cabaña. La emoción hizo que le flaquearan las rodillas y se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Entra —le dijo con la voz un poco ahogada—. No te preocupes, no voy a dispararte.

—Sí, no quería sorprenderte y que me dieras un balazo en algún lugar incómodo.

Harvard pasó y se detuvo a dejar en el suelo algo que parecía un arsenal, armas y municiones.

—¿Eras tú el que has causado tanto ruido al sur? —le preguntó ella—. ¿Cómo has podido llegar tan pronto hasta aquí?

Harvard comenzó a organizar y cargar las armas que había robado.

—Coloqué una mecha muy larga, y después vine corriendo durante todo el camino.

P.J. se dio cuenta de que él tenía el rostro lleno de sudor.

—He intentado crear una distracción para que Wes, Bob y Chuck pudieran escapar —le dijo, y soltó una carcajada seca—. Pero no ha funcionado.

—Sí —le dijo P.J.—. Lo he oído.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Dios, quería que la abrazara. Sin embargo, él siguió trabajando, agachado en el suelo. La miró a través de la oscuridad.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—No he tenido ningún problema en absoluto. Los alrededores del campamento ni siquiera están vigilados. Entré y tomé lo que quería de distintas tiendas. La ironía de todo ello es que lo único que está vigilado es el edificio donde están atrapados los nuestros.

Se puso en pie y le dio una pistola pequeña, una Browning, y munición.

—Toma. Siento no haber podido conseguirte una funda.

Entonces, ella lo vio. Harvard tenía una mancha de sangre en la mejilla.

—Estás sangrando.

El se limpió la cara con el dorso de la mano y miró la sangre que se había quedado allí.

—Sólo es un arañazo.

Ella intentó mantener la voz calmada.

—¿Vas a decirme lo que ha pasado? ¿Cómo te has arañado?

El la miró a los ojos brevemente.

—No he sido tan invisible como pensaba, y tuve que convencer a uno de que se echara una siesta en vez de ir a informar de que yo estaba cerca. En la escaramuza me arrancó el micrófono e intentó clavármelo en el ojo. Eso es lo que me pasa por querer ser agradable. Si lo hubiera detenido desde el principio con el cuchillo, no habría perdido una parte esencial del equipo.

—Puedes usar mis auriculares —le dijo P.J.

—No. Tú vas a necesitarlos. Yo todavía puedo oír, pero no podré hablar contigo a menos que consiga arreglar esto —dijo Harvard—. Esta operación no hace más que complicarse, ¿no?



Suzanne Brockmann
Ella asintió.

Corazón en peligro

—¿Has oído la noticia?

—¿Sobre el ataque de Kim al amanecer? Oh, sí. Lo he oído.

—Pero has vuelto —dijo ella suavemente.

—Sí —dijo él—. Me he vuelto loco. He venido.

—Supongo que me quieres de verdad —susurró P.J.

El no dijo nada. Se quedó allí mirándola. Y P.J. se dio cuenta, a la suave luz de la luna, de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Caminó hacia él, y él la abrazó con fuerza, apoyando la barbilla en su cabeza.

—Gracias —le dijo P.J.—. Gracias por escuchar lo que te dije.

—Esto es lo más difícil que he hecho en mi vida —respondió él con la voz ahogada—. Pero tenías razón. Todo lo que dijiste era cierto. Yo estaba intentando cambiar lo que eres, porque parte de lo que eres me asusta. Pero si quisiera una mujer a la que cuidar, alguien que estuviera más feliz en casa viendo la televisión en vez de persiguiendo a tipos malos por el mundo, ya la habría encontrado y me habría casado con ella hace mucho tiempo. Adoro quién eres. Y en este momento, que Dios me ayude, eres una agente de la FInCOM que va a ayudarme a salvar al capitán.

—Sé que podemos conseguirlo —le dijo ella, creyéndolo por primera vez. Estaba segura de que, con aquel hombre a su lado, podía conseguir cualquier cosa.

—Yo también lo creo. Vas a entrar en ese conducto de aire y vas a localizar al capitán. Después, saldrás y entre los dos señalaremos su situación y pensaremos cuál es el siguiente paso cuando estés a salvo fuera, ¿estás de acuerdo?

Ella asintió.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Completamente de acuerdo, jefe sénior.

—Bien —dijo Harvard, y la besó—. Vamos a hacerlo y a volver a casa. P.J. sonrió.

—Va a parecer raro, pero me siento un poco triste por marcharme de aquí. Como si este sitio fuera nuestra casa.

Harvard negó con la cabeza.

—No, no es este sitio. Es esto —dijo él, e hizo un gesto entre los dos—, esto que compartimos. Y va a seguirnos allá donde vayamos.

—¿Te refieres al amor?

El le acarició los labios con el pulgar.

—Sí —dijo—. No sabía si estabas lista para decirlo, pero... sí Sé que es amor. Es más grande que cualquier cosa que haya sentido antes.

—No, no lo es. Es más pequeño. Lo suficientemente pequeño como para llenar todas las grietas de mi corazón. Lo suficientemente pequeño como para colarse cuando yo no miraba. Lo suficientemente pequeño como para metérsese bajo la piel y en la sangre. Es como un virus del que no voy a poder curarme —ella se rió suavemente por la cara que puso Harvard—. No es que quiera curarme, claro.

A él volvieron a brillarle las lágrimas en los ojos, y P.J. supo que por mucho que le asustara y le costara darle forma con palabras a lo que sentía, merecía la pena. Sabía que él deseaba oír con todas sus fuerzas las cosas que ella estaba diciendo.

—¿Sabes? Esperaba vivir toda mi vida sin saber lo que es de verdad el amor. Sin embargo, cada vez que te miro, cada vez que me sonrías, pienso, ¡oh! Así que eso es el amor. Ese sentimiento maravilloso y extraño que te hace sentir calor y frío al tiempo, que te hacer reír y llorar. Por primera vez en mi vida, Daryl, entiendo en qué consiste. Hoy, cuando te he entregado mi cuerpo, esperaba que entendieras que mi alma va prendida a él. Pero como te gustan tanto las palabras, sé que quieres oírlo en inglés puro. Y como creo que no vamos a tener mucho tiempo para hablar cuando salgamos de aquí, será mejor



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

que te lo diga ahora. Te quiero. Te quiero hasta que la muerte nos separe, y probablemente hasta después. He sido demasiado gallina para decírtelo cuando nos hemos... cuando...

—Cuando nos hemos casado —le dijo Harvard, y la besó con dulzura en los labios—. Cuando volvamos a los Estados Unidos, voy a hacer que te des cuenta de que esa promesa era de verdad. Voy a convencerte de que hagamos lo mismo frente al pastor de la nueva parroquia de mis padres.

«Cuando volvamos. No si volvemos».

Pero, ¿matrimonio?

—El matrimonio requiere mucho tiempo para funcionar —dijo P.J. con cautela—. Los dos tenemos trabajos que nos llevan por todo el país, por todo el mundo. No tenemos tiempo...

Harvard le entregó un arma.

—No tenemos tiempo para no pasar cada minuto que podamos juntos. Creo que, si he aprendido una cosa en estas últimas horas, es eso.

Harvard se colocó las correas de varias armas al hombro.

—Entonces, ¿estás lista para empezar? P.J. asintió.

—Sí —dijo.

No importaba que estuviera hablando de aquella misión o de su futuro. Siempre y cuando estuviera con ella, P.J. estaba lista para cualquier cosa.



CAPÍTULO 16

—Tienes una hora, como mucho noventa minutos, hasta el cambio de guardia —le dijo Harvard a P.J.

P.J. había escalado hasta el tejado del cuartel general de Sherman sin una queja. Y en aquel momento, iba a tener que descolgarse por el borde para meterse en el conducto de ventilación.

En la selva, él había intentado arreglar el cable del micrófono. Tenía conexión, pero era débil y con interferencias. Sujetó el micrófono con cinta y una plegaria, pero era mejor que nada.

También cambiaron a un canal de radio distinto para que no los oyeran desde el USS Irvin.

P.J. se quitó la mochila y el chaleco de combate para reducir su volumen todo lo posible y facilitar el viaje por el conducto de ventilación. Se metió el arma en la cintura de los pantalones, por la espalda, y tomó también un MP5 y una linterna.

Después respiró profundamente.

—Estoy lista —dijo.

Estaba calmada. El era el que tenía un sudor frío en la piel.

—El tiempo vuela —le recordó ella.

—Sí —dijo Harvard—. Háblame cuando estés ahí dentro.

—Lo haré, si puedo.

No podía pedirle más. Habían repasado el procedimiento más de cien veces; no había mucho que pudiera decirle, salvo repetirle de nuevo que «Si algo sale mal, y te atrapan, dime en qué parte del edificio estás, el piso y la



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

esquina de la que estás más cerca. Yo entraré y te sacaré, ¿de acuerdo? Ya me las arreglaré de algún modo».

Harvard quitó la rejilla de la entrada del conducto y tomó a P.J. en brazos.

—No mires abajo.

—No lo haré. Oh, Dios.

P.J. tenía que entrar de cabeza al conducto. El arma iba primero.

—Ten cuidado —le dijo él.

—Te prometo que lo tendré.

Harvard tomó aire y bajó a la mujer a la que quería más que a su vida hasta el borde del tejado.

Hacía mucho calor allí.

P.J. se había imaginado que haría frío. Después de todo, era un conducto de aire acondicionado. Sin embargo, se dio cuenta de que aquel tubo era como un tubo de escape gigante. Hacía calor, y olía a excremento.

Además, era muy estrecho.

Gracias a Dios, a ella no le molestaban los espacios reducidos. Harvard lo habría odiado. Habría pasado por allí si hubiera tenido que hacerlo, sí, pero lo habría odiado.

Claro que no habría cabido. Ella apenas cabía.

La camiseta se le enganchó en otro de los tornillos de metal que unían las chapas y, con impaciencia, tiró de ella. Se le enganchó de nuevo unos metros más adelante, y P.J. terminó por quitársela.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

La revisó rápidamente para asegurarse de que no tenía ninguna marca o algo escrito, cualquier cosa que pudiera relacionar la prenda con ella o con un norteamericano. Sin embargo, sólo era una camiseta verde y marrón de camuflaje. La moda de los que iban bien vestidos en las selvas de todo el mundo.

P.J. la dejó allí y siguió avanzando.

Se concentró en seguir moviéndose con sigilo. Avanzar le estaba costando más tiempo del que había imaginado; tenía que utilizar mucha energía en permanecer silenciosamente en aquel conducto de metal, cuyas paredes resonaban. A menos que tuviera mucho, mucho cuidado, podía hacer ruido con las botas, o con el MP5.

Siguió avanzando con los codos, con el arma frente a sí, rezando para que aquel conducto la llevara directamente hacia el capitán Joe Catalanotto.

Harvard colocó de nuevo la rejilla en el conducto de aire, con sumo cuidado. No quería que se desprendiera alguna piedrecita de cemento, o algo de polvo, que cayera encima de alguien y lo alertara de que había actividad en el tejado.

Allí arriba quedaba claro que el edificio estaba en peores condiciones de lo que él había pensado.

Harvard sintió cierta satisfacción. Sin duda, las medidas enérgicas de los últimos años contra el tráfico de drogas habían pasado factura a las cuentas bancarias de John Sherman.

Si tenían suerte, si tenían suerte de verdad, P.J. y él podrían sacar de allí al capitán, y después, aquellos dos señores del narcotráfico podrían liquidarse el uno al otro tranquilamente.

—Me acerco a una rejilla —dijo P.J. por los auriculares, y él concentró toda su atención en ella.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Está a la izquierda del conducto —dijo, y continuó hablando casi sin sonido—. Pero es demasiado pequeño para usarlo como salida, incluso para mí.

Harvard comenzó a rezar, a pedir que ella estuviera a salvo. Que nadie la oyera.

Pasaron más minutos en silencio.

—Ahora veo algo —dijo ella—. Encima de mí hay una especie de trampilla.

Harvard contuvo el aliento. Tenía que esforzarse mucho por oírla, porque ella hablaba en voz muy baja.

Durante un momento, Harvard oyó sólo su respiración. Después, P.J. habló de nuevo.

—El edificio está dividido en tres pisos. Estoy en una especie de buhardilla que claramente usan como almacén. El borde da al centro del edificio, que está abierto desde el tejado hasta el piso bajo. Hay luces de emergencia junto a las puertas principales. Por lo que estoy viendo, parece tan grande como para albergar una docena de tanques —dijo, y después bajó más la voz—. En este momento lo usan como dormitorio de unos quinientos hombres. Quinientos...

—Esto es lo que propongo —continuó P.J.—. O bajo un tramo de escaleras y atravieso una habitación llena de soldados dormidos...

—No —dijo Harvard—. ¿Me recibes, P.J.? He dicho que no.

—Te recibo. Y ésa fue también mi primera reacción. Pero el otro modo de llegar a la parte noreste del edificio, donde Crash piensa que pueden tener al capitán, es caminar por unas pasarelas que recorren la parte superior del tejado.

Harvard soltó un juramento.

—Sí, eso también lo recibo —dijo ella.

—Vuelve —dijo—. Ya idearemos otro modo de entrar.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—No lo oigo, jefe sénior —le dijo ella—. Será mejor que vuelva a arreglar el micrófono. Su mensaje no llega.

—Me has oído perfectamente.

—Puedo hacerlo, Daryl —dijo ella con convicción—. Sé que puedo. Lo único que tengo que hacer es pensar en ti, y es como si estuvieras aquí conmigo. Tomándome la mano, ¿sabes?

Lo sabía. Abrió la boca para hablar. Después la cerró. Antes de hablar tomó aire.

—Por favor, no mires hacia abajo.

P.J. tuvo que mirar hacia abajo. Tenía que asegurarse de que ninguno de los hombres que estaba durmiendo abajo se despertaba y la veía.

Al menos no había guardias en la habitación. Eso era una suerte.

Ella se movió silenciosa y muy lentamente por la pasarela.

Por supuesto, incluso teniendo en cuenta aquel factor de suerte, aquélla era una situación muy mala. La pasarela se mecía ligeramente a cada paso que ella daba. Era de metal, y muy antigua, y ni siquiera daba la sensación de ser sólida. La parte por la que caminaba P.J. era una rejilla, y a través de las tiras de metal ella veía el suelo de abajo.

La adrenalina le invadió el organismo e hizo que le rugieran los oídos. Ella necesitaba tener la cabeza clara y un silencio total para percibir cualquier sonido que le indicara que uno de los quinientos hombres se había despertado y estaba mirando hacia el techo.

Sin embargo, estar allí era mejor que caminar por un campo minado. De eso estaba segura. P.J. dio otro paso.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Notaba la presencia de Harvard. Sentía que estaba escuchando su respiración, que la acompañaba a cada paso que daba.

Se aferró a su arma, la pistola Browning. Harvard había arriesgado la vida para conseguírsela. Dio otro paso más. Y otro. Y otro.

Crash se inclinó sobre el hombro de Blue McCoy.

—Harvard no responde —dijo Blue—. O su radio se ha apagado, o han cambiado de canal.

Los dos sabían que había otra posibilidad. Podía haber muerto.

—Voy a empezar a buscarlo.

La mirada de Blue le dio a entender a Crash que no iba a tener en cuenta aquella tercera posibilidad.

Crash encendió su radio y habló rápidamente en francés. Después se volvió hacia Blue.

—Vamos a mantener el canal original abierto, también.

—Ya lo he hecho.

Harvard estaba sentado en el tejado, vigilando por si aparecía inesperadamente un guardia y escuchando con suma atención la respiración constante de P.J., mientras ella recorría una frágil pasarela dos pisos por encima de quinientos soldados enemigos que dormían.

Lo estaba haciendo muy bien. Por su respiración, él sabía que lo estaba haciendo muy bien. El era el que estaba completamente paralizado.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Sigo aquí contigo, nena —murmuró, con la esperanza de que el micrófono funcionara bien y ella lo oyera.

P.J. no respondió, pero eso no significaba que no lo oyera. Después de todo, ella estaba intentando ser sigilosa.

El intentó escuchar más, intentó oír el sonido de sus pasos, pero sólo conseguía oír los latidos frenéticos de su propio corazón.

Por fin, ella habló de nuevo.

—Ya he cruzado —susurró, y Harvard respiró por primera vez en horas.

Después hubo más silencio, durante un minuto, después dos, y tres. El intentó imaginársela mientras bajaba por las escaleras de metal, lentamente, en silencio, atravesando pasillos en los que no había ningún rincón para esconderse.

Aquello estaba durando demasiado tiempo. P.J. llevaba ya veinticinco minutos dentro. Sólo le quedaban cinco minutos más antes de que se cumpliera la mitad del tiempo total; si no se cumplía el límite, se arriesgaban a que los guardias hicieran el cambio de turno y descubrieran a los hombres a los que habían puesto fuera de acción.

—He encontrado la primera de las habitaciones de enfermería —dijo finalmente P.J.—. La que está al noreste está a oscuras, vacía. Voy hacia la siguiente zona, hacia el frente y la zona central del edificio.

De repente, Harvard oyó una inhalación brusca, y sintió que se le aceleraba el pulso.

—¡Informe de situación! —le ordenó—. P.J., ¿qué sucede?

—En la puerta de la siguiente sala hay un guardia. Está dormido en una silla —susurró ella—. Pero la puerta está abierta. Voy a pasar.

Harvard se irguió.

—Entra y cierra la puerta con llave. Haz todo lo que puedas para impedir que entren detrás de ti, ¿entendido?



P.J. se acercó el micrófono a la boca.

—Harvard, te pierdo. He oído que me decías que cerrara la puerta con llave, pero no he oído lo demás. Vuelve.

Interferencias.

Demonios, ¿qué estaba intentando decirle? ¿De qué serviría que se encerrara en la sala con el capitán? Además, ni siquiera sabía si Joe estaba allí.

Se movió lentamente, con sigilo, hacia el guardia dormido.

Podía hacerlo. Podía ser invisible, tan silenciosa como Harvard, siempre y cuando estuviera en la calle de una ciudad o dentro de un edificio.

Los ronquidos del guardia cesaron durante un instante, y P.J. se quedó helada a pocos metros del hombre. Pero después, él siguió roncando, y ella pudo deslizarse al interior de la sala.

El capitán Joe Catalanotto estaba tendido en el suelo.

Era evidente que había estado en la cama de aquella especie de hospital. Había estado esposado a aquella cama. Las esposas abiertas todavía estaban en la estructura metálica.

El había conseguido liberarse de alguna manera.

Sin embargo, no había tenido fuerzas para avanzar más que unos cuantos pasos antes de desmayarse. Parecía que lo había hecho tan sigilosamente que ni siquiera había despertado al guardia que lo vigilaba.

P.J. cerró la puerta silenciosamente, con el pestillo, tal y como le había indicado Harvard. Sin el brillo de las luces de emergencia del pasillo, la sala quedó a oscuras.

Ella se sacó la linterna del bolsillo y la encendió.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

disparo en el hombro, con orificio sólo de entrada. La bala está dentro. Han hecho pocos intentos de cortarle la hemorragia, y ha perdido mucha sangre. Tiene muy mal aspecto. Tiene los ojos hinchados y amoratados, y un corte muy feo en el labio. Parece que esos desgraciados le han dado una buena paliza. No sé si tendrá heridas internas. Daryl, tenemos que llevarlo al Irvin. Ahora.

Interferencias.

—...refuerzos... para mí.

Sí, necesitaban refuerzos, pero P.J. sabía muy bien que no iban a llegar.

—Por favor, repite. Interferencias.

—¡No lo recibo, jefe sénior! ¡Repita! Más interferencias.

P.J. pasó la linterna por la sala. El haz de luz se detuvo en los bloques de hormigón de la pared. Ella pasó la luz de nuevo por la enfermería. Sólo había un muro hecho de aquel material, el muro externo.

P.J. recordaba que Harvard le había dicho que sólo necesitaría un par de SEAL más y un lanzagranadas y...

Refuerzos. Harvard no le estaba hablando de refuerzos. Le estaba diciendo que se retirara. Que se echara hacia atrás, que se alejara del muro exterior. El capitán Catalanotto estaba muy cerca de la pared. P.J. lo agarró por debajo de los brazos y tiró de él.

Joe gruñó.

—¿Ronnie? —susurró.

—No, lo siento, Joe, soy yo, P.J. Richards —le dijo—. Sé que te estoy haciendo daño, querido, pero Harvard va a venir y tenemos que apartarnos de su camino.

—Es capitán querido —le dijo él débilmente—. Vas a tener que ayudarme. Creo que no me funcionan los músculos.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Dios, era muy grande. Sin embargo, entre los dos consiguieron llegar a la esquina más alejada del muro exterior. Sin hacer ruido, P.J. tomó el colchón de la cama de hospital y lo colocó frente a ellos. Era mejor que nada a modo de escudo para protegerlos de lo que pudiera ocurrir.

Aquello, claramente, era una locura.

Aunque ellos consiguieran hacer un agujero a través del muro, el ruido iba a alertar a todo el mundo. Despertarían a unos cuantos soldados.

Y entonces, ¿qué? Entonces tendrían que bajar por la montaña, siempre y cuando Harvard pudiera hacer un puente en uno de los camiones que había abajo, perseguidos por quinientos soldados de Sherman. Y sólo Dios sabía cuántos soldados de Kim avanzaban hacia ellos.

Si iban a salir de allí, sólo había un modo de que no los atraparan. Volando.

P.J. cambió al canal principal de su radio.

—Blue, ¿estás ahí?

—¿P.J.? Dios, ¿dónde has estado? —aquel SEAL tan calmado estaba frenético.

—En este momento estoy con Joe. Está vivo, pero por poco.

Blue soltó un juramento.

—Dijiste que eras la voz de Dios —le dijo P.J.—, y espero que tengas razón. Necesitamos que hagas un milagro. Necesitamos un helicóptero, teniente, y lo necesitamos ahora.

—Te recibo, P.J. —dijo Blue—.Tenemos...

El siguió hablando, pero ella no oyó nada porque el muro de enfrente se derrumbó con un estruendo increíble.

Ella protegió a Joe con su cuerpo, mientras saltaban las alarmas y el aire polvoriento se iluminaba. Pero no eran las luces de un fuego.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Eran las luces de un camión.

¡Harvard había atravesado la pared con un camión!

El mismo apareció entre el polvo como si fuera un superhéroe magnífico.

—Tengo a Cat —dijo, después de levantar al capitán como si no pesara—. ¿Prefieres conducir o disparar? —le preguntó.

P.J. no titubeó mientras se subía al camión.

—Disparar.

Y comenzó a hacerlo, apuntando a los soldados y los guardias que se acercaban a investigar el choque.

Harvard estaba detrás del volante en un segundo. Colocó al capitán en el asiento, entre los dos.

—Yo también puedo disparar —jadeó Joe Cat mientras Harvard giraba el volante para sacarlos del edificio.

—Sí, señor —dijo P.J.—. No dudo que puedes. Pero en este momento tu trabajo es llevar la cabeza baja. Ella apretó el gatillo del HK MP5, disparando a través de una rendija especial que había en la puerta del camión. Alrededor del vehículo, los soldados quedaban tendidos en el suelo.

Harvard aceleró y, después de derrapar, comenzó a bajar a toda velocidad por la ladera de la montaña.

—He podido sabotear todos los camiones menos uno —dijo Harvard—, y viene justo detrás de nosotros.

—Y también hay todo un ejército avanzando hacia nosotros —le recordó P.J.

—Lo sé muy bien —respondió él.

Estaba conduciendo con las dos manos en el volante, avanzando a toda prisa por aquella carretera de montaña, empinada y curva.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Sufrieron un tirón cuando el vehículo que los perseguía chocó contra ellos. Claramente, el conductor conocía aquellos caminos mejor que Harvard.

Harvard pisó el acelerador hasta el suelo. Salieron disparados hacia delante.

—Quítame a ese tipo de encima —le dijo a P.J.—. El parabrisas es a prueba de balas. No apuntes al cristal. Apunta a los neumáticos. Hay un rifle en el suelo. Úsalo.

P.J. levantó los pies. Había un arsenal bajo ella. Tomó el rifle, comprobó que estuviera cargado y abrió la ventanilla.

No era un disparo fácil, porque los camiones se movían a toda velocidad. Apuntó al neumático izquierdo.

Antes de que pudiera apretar el gatillo apareció un helicóptero en el cielo, rugiendo por encima de ellos, siguiendo el trazado de la carretera. Llevaba una cruz roja pintada en un lateral, y una bandera francesa.

Blue McCoy había hecho aquel milagro.

P.J. apuntó cuidadosamente al otro camión y disparó. El vehículo se sacudió violentamente, derrapó y se salió de la carretera, hacia los árboles.

—Buen disparo —le dijo Harvard—. Para ser una chica.

Ella se echó a reír mientras se acercaba el micrófono a la boca.

—Aquí la agente del FInCOM P.J. Richards, saludando al helicóptero francés de evacuación médica. El capitán Catalanotto, el jefe sénior Becker y yo viajamos hacia el sur, en este momento sin persecución inmediata, en el vehículo blindado que ustedes están siguiendo. El capitán necesita atención médica urgente. Debemos encontrar un lugar donde puedan aterrizar para subirlo a la nave.

—Aquí el capitán Jean-Luc Lague —respondió una voz con un fuerte acento francés—. Hay un claro a medio kilómetro.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Bien —dijo P.J., mientras le pasaba a Joe un brazo por los hombros para intentar que no se moviera tanto con los vaivenes del camión. El hombro había empezado a sangrarle de nuevo, y ella usó una esquina de la camisa del capitán para aplicar una ligera presión sobre la herida—. Nos detendremos allí. Pero tendrá que recogernos sin aterrizar, capitán Lague. Hay minas por toda la isla.

—Puedo mantenerme en el aire a un lado de la carretera.

—Bien —le dijo PJ. Después miró a Harvard, y lo encontró sonriéndole—. Lo siento —dijo ella, azorada, y apagó el micrófono—. Es sólo que... pensé que era la única a la que le funcionaba el micrófono, y...

—Lo has hecho perfectamente —dijo Harvard—. Y tienes razón. Mi micrófono no funciona, y Joe no tiene el suyo. ¿Quién más iba a hablar con el capitán Lague?

—Pero estás ahí sentado, riéndote de mí.

—Sólo estoy sonriendo. Estoy feliz por el hecho de que aún estemos vivos —dijo, y sonrió todavía más—. Estoy aquí sentado, adorándote.

—Eh... ¿Harvard? —intervino Blue—. Tu micrófono funciona otra vez.

Harvard se rió mientras frenaba en el campo cercano.

—¿Es que hay alguien que todavía no supiera que estoy absolutamente loco por esta mujer?

—Probablemente el almirante Stonegate no lo sabía —dijo Blue.

El helicóptero los estaba esperando junto al suelo, sin posarse, y Harvard levantó al capitán en brazos. Varios médicos lo subieron a la nave; después, Harvard le dio a P.J. un empujón hacia arriba, y subió detrás de ella.

La puerta se cerró e, inmediatamente, los médicos comenzaron a atender a Joe. El helicóptero se elevó y se dirigió hacia el mar, hacia el USS Irvin.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

El capitán estaba luchando por mantenerse despierto, mientras los médicos le cortaban la ropa y se la quitaban de las heridas.

—iHarvard! —susurró.

Harvard le tomó la mano a su amigo y se la sujetó con fuerza.

—Estoy aquí, Joe.

—Dile a Ronnie que lo siento.

—Vas a poder decírselo tú mismo —le dijo Harvard—. Vas a ponerte bien —añadió—. Y, cuando miró a P.J., ella no se sorprendió de que tuviera los ojos llenos de lágrimas—. Nos vamos a casa.



EPÍLOGO

En todo Estados Unidos había una terrible ola de calor, pero en San Diego, la temperatura permanecía a veinticuatro grados. Una temperatura perfecta.

P.J. miró a Harvard mientras él detenía su coche en un semáforo. El se giró hacia ella y le sonrió, y el resto de la tensión que había experimentado en el vuelo se desvaneció. Dios, cómo odiaba volar. Sin embargo, aquel viaje había merecido la pena. Aquél era el primer día de unas vacaciones de dos semanas que ella necesitaba mucho.

Además, iba a pasar hasta el último minuto de aquellas dos semanas con Daryl Becker.

Habían pasado casi tres semanas desde la última vez que lo había visto, desde que habían vuelto al USS Irvin a bordo de un helicóptero francés. Bobby y Wes habían llegado al barco pocas horas después, arrastrando a Chuck Schneider con ellos.

Habían pasado los tres días siguientes dando informes, todos, salvo Joe Cat, Lucky y Greg Greene, a quienes habían enviado a un hospital de California.

P.J. había dormido en brazos de Harvard todas aquellas noches. Habían sido discretos, pero lo cierto era que a ella no le importaba lo que pensara la gente. Ya no. Habría estado dispuesta a caminar desnuda por todo el barco si aquélla fuera la manera de estar con él.

Cuando terminaron los informes, Harvard había ido a Coronado, y ella había ido a Washington D.C. para mantener una serie de reuniones con Kevin Laughton.

Kevin había comprendido que ella necesitara tomarse unas vacaciones, pero la había convencido para que antes escribiera los informes sobre el equipo combinado de agentes de la FInCOM y de SEAL. Y eso le había tomado más tiempo de lo que ella pensaba.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Sin embargo, en aquel momento era libre durante dos semanas. Catorce días. Trescientas treinta y seis horas.

Harvard la había recibido en el aeropuerto, la había besado hasta que la había dejado atontada y la había metido inmediatamente a su coche.

—¿Cómo está Joe? —le preguntó.

—Muy bien —le dijo Harvard—. Salió del hospital hace una semana, más o menos. Lucky también está bien.

—Me gustaría visitarlos —dijo ella, y lo miró de reojo—. Pero no hasta que nos hayamos desnudado y hayamos estado desnudos durante tres días seguidos.

Él se rió.

—Demonios, te he echado de menos —le dijo él, Debiéndosela con la mirada.

P.J. era consciente de que lo estaba mirando con la misma necesidad. El llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta, e incluso vestido de civil era increíblemente guapo.

—Yo también te he echado de menos.

—Mmm —dijo Harvard—. Quizá deberíamos ir directamente a mi apartamento.

—Pensaba que tenías que enseñarme algo muy importante —bromeó ella.

—Su importancia acaba de decaer un poco. Pero bueno, como ya estamos aquí...

—¿Sí? —preguntó P.J., mirando por la ventana. Estaban en una calle tranquila, en un barrio residencial que daba al mar.

—Quería que vieras esto —le dijo Harvard. Bajó del coche y P.J. lo siguió.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

Entonces, ella vio el letrero de Se vende que había en el césped de una preciosa casita de adobe, la más bonita que ella hubiera visto en toda su vida. Estaba completamente rodeada de flores.

—Vamos —le dijo Harvard—. La agente inmobiliaria nos está esperando.

P.J. entró en la casa como en una nube. Era más grande de lo que parecía por fuera, y tenía una chimenea en el salón, una cocina tan grande como la de la madre de Harvard y tres dormitorios muy grandes.

Había un porche en el salón, y cuando P.J. salió, se dio cuenta de que tenía vistas al mar.

Harvard se inclinó hacia la barandilla a mirar los colores cambiantes del agua.

—Ya he completado los requisitos de una hipoteca, así que si te gusta, podemos hacer una oferta hoy mismo —le dijo a P.J.—. No creo que esté mucho tiempo a la venta.

P.J. no podía hablar. Tenía el corazón en la garganta.

El malinterpretó su silencio.

—A mí me gusta —dijo—, pero si a ti no te gusta, no pasa nada. O quizá es que estoy haciendo las cosas demasiado deprisa. Tengo tendencia a hacer eso, y... —se interrumpió y soltó un juramento—. Me he apresurado demasiado. Ni siquiera hemos hablado de casarnos desde que volvimos, y que yo sepa, en la isla las cosas no eran en serio y...

Por fin, P.J. pudo hablar.

—Yo iba muy en serio.

Harvard sonrió.

—¿Sí? —preguntó—. Vaya, me alegro, porque yo también, ¿sabes?

P.J. señaló a su alrededor.



Suzanne Brockmann

Corazón en peligro

—Es evidente. El la abrazó.

—Mira, sea en esta casa o en cualquier otra, demonios, si quieres hasta podemos vivir en hoteles durante toda nuestra vida, eso no importa. Lo importante es que estemos juntos siempre que podamos —dijo. Miró por la casa y se encogió de hombros—. No sé en qué estaba pensando. Tu oficina está en D. C. ¿Por qué ibas a querer una casa en San Diego?

—Quizá quisiera una casa en San Diego si fuera a trabajar en San Diego. He averiguado que van a abrir una oficina aquí.

—¿De verdad?

P.J. se echó a reír al ver su cara de asombro.

—Sí. Y no te preocupes. Todavía podré trabajar como consejera de Kevin Laughton en lo concerniente a los SEAL —dijo P.J., y miró hacia el salón—. Así que te gusta esta casa, ¿eh? ¿Crees que podríamos convertirla en un hogar de verdad?

El la abrazó de nuevo.

—Te quiero de verdad, y como ya te he dicho, de veras no me importa dónde vivamos. Allí donde esté contigo me sentiré como en casa.

P.J. miró la casa, el mar, las flores que crecían por todas partes en el jardín, y al hombre, el guerrero y el poeta que estaba frente a ella.

Su amante.

Su marido.

Su vida.

—Esta servirá perfectamente —le dijo con una sonrisa—. Bienvenido a casa.